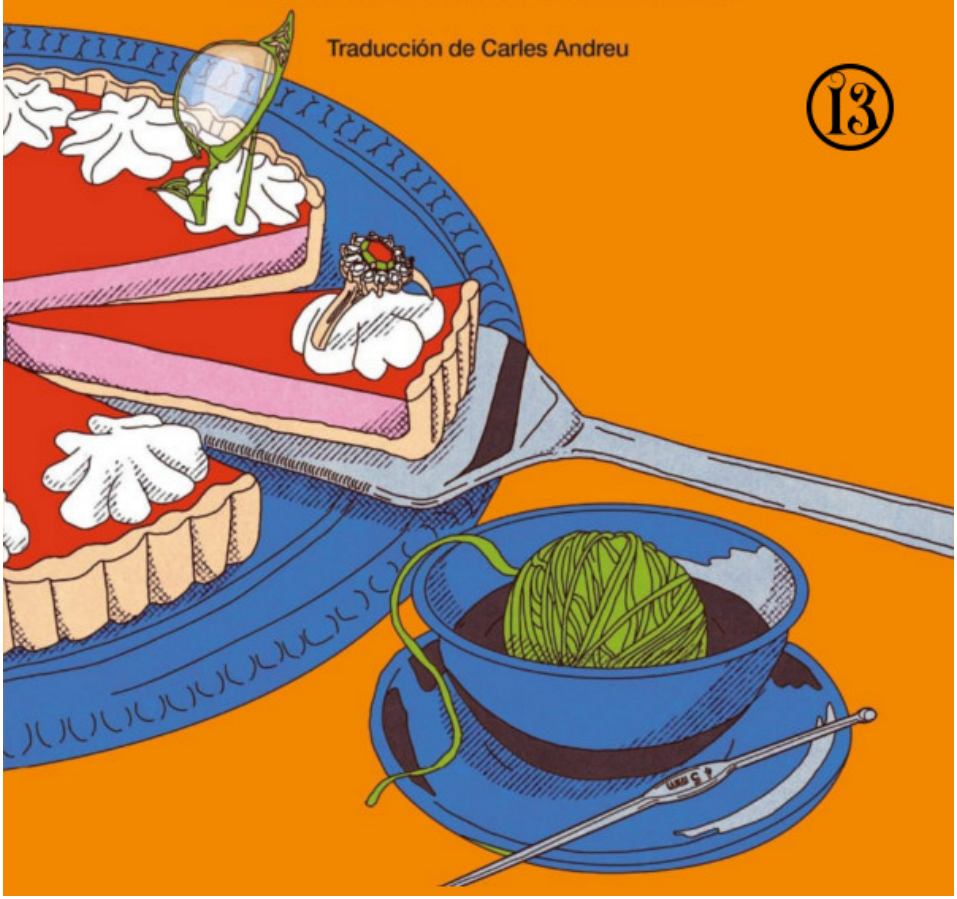
Shalom Auslander

Mamá para cenar

Una novela caníbal

Traducción de Carles Andreu

13



¿Y SI TUVIERAS QUE COMERTE A TU MADRE PARA PODER COBRAR LA HERENCIA?

El genio de la literatura cómica judía, heredero de Philip Roth, Cynthia Ozick o Woody Allen.

«Cuidado con Shalom Auslander: te hará reír hasta que se te rompa el corazón.» *THE NEW YORK TIMES*.

En su lecho de muerte, la madre de esta novela susurra una palabra justo antes de apagarse: «Comedme». Todos sus hijos sabían que lo haría, pero no deja de ser un último deseo engorroso, cuando no cruel. Los Seltzer son canibaloamericanos, pero los hermanos deben ahora enfrentarse a sus contradicciones, a sus dudas, a su modernidad, a la tradición, a la culpa, a conflictos fraternales y a demasiados kilos de carne roja, incluso aunque se la repartan entre los doce hijos. Un plato de mal gusto. Y aun así, si no lo hacen, si no se cenan a mamá esta noche, no podrán cobrar la herencia. Y quizá no vuelvan a verse. El Séptimo ve en ese festín problemas logísticos y emocionales. El Segundo solo ingiere comida kosher, el Noveno es vegano, el Primero odiaba a la matriarca (y los valores tribales y cadenas familiares que representaba) y el Sexto ha muerto (uno menos para el reparto). Después de hablar de madres judías sobreprotectoras y de dioses desalmados en enormes éxitos de ventas y crítica como Lamentaciones de un prepucio, Shalom Auslander va aún más allá y firma una sátira, hiperbólica pero tremendamente certera, desternillante y también triste, de cómo gestionamos nuestra memoria familiar, nuestro dolor y nuestro dinero los que nos quedamos en el mundo cuando alguien importante se nos muere.

Shalom Auslander

Mamá para cenar

Una novela caníbal

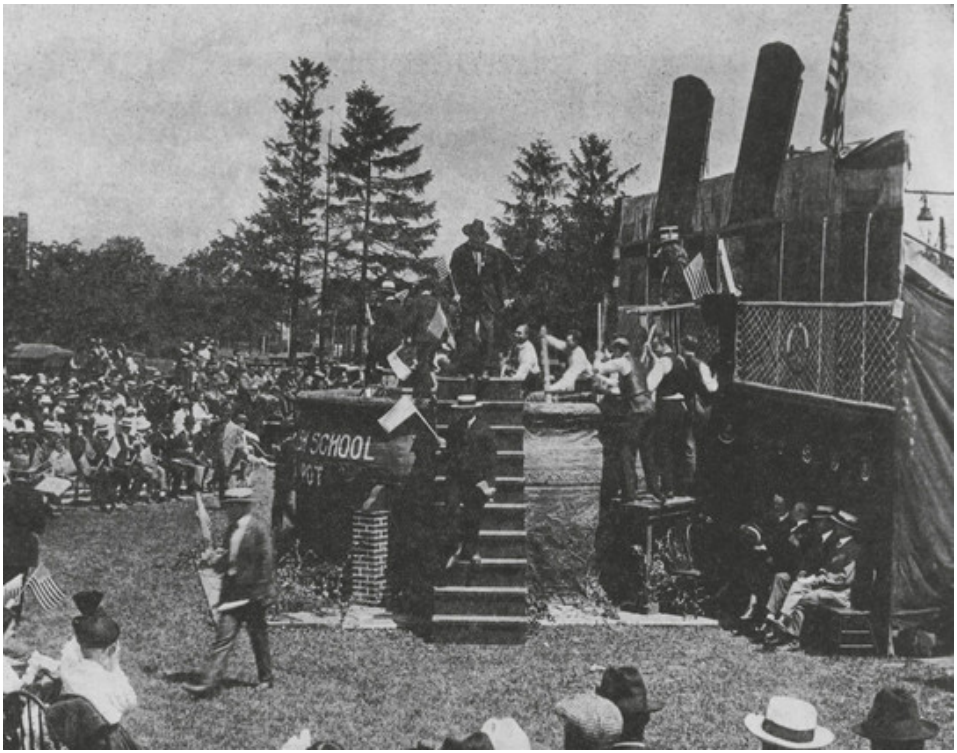
Título original: *Mother for dinner*
Shalom Auslander, 2020
Traducción: Carles Andreu, 2021
El traductor desea agradecer la inestimable colaboración de Lena Greenberg en la revisión de esta traducción

Diseño de cubierta: María Jesús Contreras
Foto del autor: Theo & Juliet

-

Revisión: 1.0
)¡(

Para mis hijos.
Y para Ike,
que me ayudó a romper sus cadenas.



Día de la americanización. Fábrica Ford, Detroit 1917

Sin consideración, sin piedad, sin vergüenza, han
construido grandes y altos muros en torno a mí.
Y ahora, aquí sentado, me desespero.

CONSTANTINO CAVAFIS

Hay dos caníbales junto a una hoguera.
—Mi madre es detestable —dice uno.
—Pues cómete el arroz —dice el otro.

Viejo chiste CanAm

Las madres saben fatal.

Son repugnantes, de la cabeza a los pies —la cabeza es la peor parte—, y no hay condimento que valga, pregúntale a cualquiera que se haya comido una. Ya puedes asarlas, cocinarlas al baño maría, deshidratarlas o convertirlas en cecina, que no servirá de nada. Incluso el olor es horrible: asa una a la parrilla y pensarás que alguien ha estado quemando neumáticos de coche; y, no es por nada, pero con un poco de alioli probablemente un neumático sabría mejor que una madre.

Que conste que no es una cuestión de género, no te emociones. Las mujeres en general no saben peor que los hombres y, de hecho, a menudo saben mejor. En gran medida depende de la preparación, por supuesto, pero los hombres tienden a vivir vidas sedentarias, lo que les da un sabor ahumado que no es del agrado de todos. Las mujeres, en cambio, tienden a ser más activas y a vivir más tiempo; su carne es más magra y su sabor, más sutil.

Pero las madres (concretamente, las mujeres que han dado a luz) son harina de otro costal.

Las madres tienden a vivir mucho más tiempo, con lo que se vuelven correosas y secas: sus años condimentados con desilusiones y angustias, sus muertes a menudo precipitadas por largos períodos de confinamiento en cama, que acartonan músculos y articulaciones.

Como decían en la antigua patria: «Con madre muerta en el convite, nadie repite».

No es que los padres sepan bien, pero los hombres suelen morir antes y a menudo de forma repentina. A ver, tampoco es que sean *wagyu*, pero sí son mucho más apetecibles que las madres.

«Y ¿qué pasa con los que mueren realmente jóvenes?», te preguntarás. «¿Saben bien?»

Pues sí.

Son una delicia.

Es una ironía terrible, de la que solo el antiguo pueblo caníbal es consciente:

Cuanto más joven es el muerto, más dulce es la carne.

Cuanto más dulce es la carne, más amarga es la pena.

* * *

Séptimo Seltzer estaba en su oficina con vistas al bullicioso distrito del SoHo de Manhattan, preguntándose cuántos Whoppers (con doble de *bacon* y extra de queso, sin lechuga) de Burger King iba a comerse su madre antes de caer muerta. Llevaba años comiéndolos, a menudo hasta doce al día, todos los días, tratando de engordar para la muerte, como mandaba la tradición.

«¿Cien, tal vez?», se preguntó.

«Mil.»

«Como mucho.»

«Es imposible que se coma más de mil Whoppers», pensó.

Estaba muy equivocado.

Séptimo llevaba años temiendo la muerte de su madre, desde antes incluso de que empezara a comer Whoppers. Sabía que el momento se acercaba, ineludible como una tormenta frente a la que solo cabía resistir, sobrevivir de alguna manera. Asimismo, sabía también lo que su madre le iba a pedir cuando llegara el momento final.

Iba a preguntarle… *eso*.

La pregunta del millón.

Si se la iba a…, en fin, ya se entiende.

Su madre pronunciaría las palabras —llevaba toda la vida esperando aquel momento—, pero Séptimo no podía; de hecho, no podía ni pensarlas. Pero sabía qué palabras serían y sabía también que, a pesar de todas las promesas que se había hecho a sí mismo a lo largo de los años, de su ardiente determinación de no mirar atrás y de su desesperada necesidad de darle la espalda a ella y al patrimonio cultural singular que compartían, iba a llorar, iba a secarse las lágrimas e iba a responder: «Sí, Mudd, claro que sí».

—¿Mudd? —había preguntado el Dr. Isaacson durante una de

las primeras visitas.

—Es como llamábamos a nuestra madre —dijo Séptimo.

—¿Y eso?

—Bueno —dijo Séptimo—. Es una historia con varias versiones.

—Todas las historias tienen varias versiones —repuso el Dr. Isaacson.

Séptimo llevaba más de una década sin ver a su madre. Entonces, un día, hacía tres años, su hermana Cero lo había llamado y le había dicho que Mudd había empezado a comer Whoppers (con doble de *bacon* y extra de queso, sin lechuga), una docena al día, todos los días, para engordarse antes de morir. A Cero le preocupaba su comportamiento y le pidió a Séptimo que la llamara e hiciera algo.

«No la llames», pensó Séptimo.

La llamó.

«Mierda», pensó Séptimo.

—Hola, Mudd —dijo Séptimo—. ¿Qué tal?

—Me estoy muriendo —respondió ella.

—Te estás muriendo porque comes Whoppers —dijo él.

—Como Whoppers porque me estoy muriendo —repuso ella.

El Dr. Isaacson le había aconsejado a Séptimo que no contactara con su madre, pues Séptimo siempre estaba más deprimido cuando hablaba con ella que cuando no lo hacía. Pero la culpa lo había abrumado y la había llamado a pesar del consejo del Dr. Isaacson. Por lo menos se había resistido a ir a verla, algo que se tomó como una pequeña victoria. Mudd, en cambio, se tomó como una gran victoria el hecho de que su hijo la hubiera llamado, puesto que sabía que tarde o temprano aparecería ante su puerta.

—Pues vale —respondió él—. Haz lo que quieras. Sigue comiendo Whoppers, pero no pienso ir a verte.

Como dejando claro que no había perdido.

—Me has llamado —dijo ella—. Eso es lo único que importa.

Como dejando claro que había ganado.

«Mierda», pensó él.

Tres años más tarde, sentado en su oficina, Séptimo Seltzer estaba ocupado con una macabra operación matemática: una docena de Whoppers al día, todos los días, durante un año.

—Oye Siri —le dijo a su teléfono—, ¿cuánto es doce por

trescientos sesenta y cinco?

—He encontrado lo que estás buscando —dijo Siri—. Doce por trescientos sesenta y cinco son cuatro mil trescientos ochenta.

«¿Cuatro mil quinientos Whoppers al año?», pensó Séptimo. «Es imposible que se coma cuatro mil quinientos Whoppers en un año.»

Era por la mañana pero, al otro lado de la ventana de su oficina, el cielo sobre el río Hudson había empezado a adquirir el tono gris apagado y oxidado de la carne de matadero cuando ha pasado demasiado tiempo fuera de la nevera. Se acercaba la primera nevada del invierno, que iba a pillar a la ciudad desprevenida, pero Séptimo tenía demasiado trabajo como para preocuparse por eso. Su escritorio estaba enterrado bajo una montaña de manuscritos por leer, cada uno de ellos (lo sabía) otra tediosa versión de lo que últimamente le había dado por llamar la No Tan Gran Novela Algoamericana. Era lo único que se escribía en aquel momento y lo único que Rosenbloom, su jefe, quería publicar.

La No Tan Gran Novela Algoamericana tenía una serie de elementos esenciales que Séptimo, con todo su odio por el género, se había dedicado a codificar rigurosamente. El Viaje del Héroe Algoamericano (porque todos habían emprendido un viaje, ¡que Dios lo ayudara!, y todos eran héroes) constaba de seis fases elementales. La primera fase era el Arduo Viaje al Nuevo Mundo, el peligroso y miserable viaje desde Algún Lugar hasta Estados Unidos (algunas veces en coche, otras en tren, pero normalmente en un barco que flotara cuanto menos, mejor; las balsas son uno de los medios de transporte favoritos desde Twain, después del siempre popular «aferrarse a un madero a la deriva»). Los protagonistas se dividían mitad y mitad entre Víctimas que Huyen de Algún Mal Mayor e Inocentes que Persiguen Sueños Nobles pero poco Realistas. A esta fase le seguía la breve pero crítica Fase Dos, Sueños Destruidos que Llevan a la Desesperación Total. Sueños de libertad, riqueza, seguridad o amor: cualquier sueño servirá, siempre y cuando acabe hecho añicos. (En las obras que la crítica consideraba las verdaderas joyas del género, acababan destruidos los cuatro tipos de sueños, una técnica a la que Séptimo se refería como la Escalera de Color de las Adversidades.) Inmediatamente después de los Sueños Destruidos que Llevan a la Desesperación Total venía la tercera fase, la Determinación Frente a la Represión

Sistemática. Esta fase, junto con la cuarta, la Lucha por la Aceptación, constituía el meollo de todas estas historias, el momento en el que el personaje principal, puro de corazón y con los ojos abiertos de par en par, aprendía que el Nuevo Mundo que lo había adoptado era un retrete sucio al que inevitablemente lo arrojarían antes de tirar de la cadena. Pero se trataba siempre de protagonistas nobles y que no se rendían, de modo que finalmente llegaban a la quinta fase, el Deseo Revelado como Defecto Trágico, en la que el personaje principal descubría que el problema no estaba en el Nuevo Mundo, sino más bien en su propio deseo de estar allí, una carencia espiritual inherente al héroe que hacía que este prefiriera las recompensas frívolas, vacías y superficiales del Nuevo Mundo a las recompensas más profundas y espirituales del Viejo. Esta fase era crucial para el éxito del libro, ya que nada aseguraba tanto la aceptación cultural de una obra como el rechazo de la cultura en cuyo seno había surgido.

Los finales de estos libros eran el elemento más cambiante y, de hecho, se habían ido adaptando a los tiempos. Durante muchos años, justo antes de que el sol comenzara a ponerse en el Imperio Americano, estas historias terminaban con una séptima fase llamada Reanudación Desafiante de la Esperanza, en la que, a pesar de las dificultades y las penurias, el protagonista se negaba a perder la esperanza, por sí mismo y por Estados Unidos. Habían sido muy populares en su época, pues sugerían que lo único que se necesitaba para triunfar en América era esperanza (y, precisamente por eso, también sugerían todo lo contrario: que si uno no triunfaba en América era por su culpa, algo que parecía molestar mucho más a Séptimo que a los lectores). Más recientemente, sin embargo, los escritores de No Tan Grandes Novelas Algoamericanas habían empezado a optar por un final que irritaba a Séptimo todavía más que el de la Reanudación Desafiante de la Esperanza y al que se refería como Redescubrimiento Triunfal de un Patrimonio Cultural Singular, en el que el asediado inmigrante llegaba al en absoluto inesperado descubrimiento de que Estados Unidos era un vasto páramo cultural y espiritual, y comprendía que la cultura de la cual estaba huyendo era a la que tenía que volver, como Marcus Garvey pero sin los elogios al Ku Klux Klan y sin echarle la culpa a los judíos.

No era que Séptimo negara los horrores del mundo: su pueblo había experimentado de primera mano las penurias propias de la inmigración, durante cientos de años y en decenas de naciones. Al contrario, Séptimo estaba tan familiarizado con la inhumanidad del hombre para con el hombre que lo irritaba verla tan homogeneizada.

Séptimo rechazaba todos los manuscritos que leía. El problema no era que fueran previsibles; al fin y al cabo trabajaba en el mundo editorial, o sea que estaba acostumbrado a la previsibilidad. No, se trataba de un problema más grande, con el que llevaba batallando toda la vida: la identidad.

Ese palabro.

Para Séptimo, la identidad siempre había sido una prisión de la que anhelaba escapar. Blanco, negro, marrón, americano, europeo, ruso, hombre, mujer, heterosexual, gay, ellos, los otros, ateos, monoteístas, politeístas… La lista de celdas sin escapatoria posible no paraba de crecer. Y sin embargo, últimamente, a su alrededor, los prisioneros levantaban los grilletes con orgullo sobre sus cabezas y vitoreaban su propia esclavitud. Séptimo trabajaba en el octavo piso de un edificio de oficinas y, de haber tenido la garantía de que el impacto de su cráneo contra la acera iba a matarlo, se habría arrojado por la ventana hacía ya veinte No Tan Grandes Novelas Algoamericanas.

Llevaba meses sin adquirir un solo manuscrito, y esa mañana Rosenbloom había ido a verlo.

—Es que son pésimos —le dijo a su jefe.

—¿Todos? —preguntó este.

—Sí, todos sin excepción.

—Pero algo tenemos que publicar.

—¿Por qué? —preguntó Séptimo.

—Porque somos editores —respondió Rosenbloom.

—Qué mala pata.

—¿Qué te pareció la americanocroata esa? —preguntó Rosenbloom—. Pensé que era prometedora.

—¿Qué americanocroata?

—La americanocroata lesbiana proaborto.

Séptimo se encogió de hombros.

—No me pareció tan diferente a la americanocristiana aurista

adicta a la heroína —dijo.

—¿Te refieres a la americanocristiana aurista hemofílica adicta a la heroína?

—No —contestó Séptimo—. La americanocristiana aurista diabética adicta a la heroína.

—¿Del tipo uno o del tipo dos?

—Las dos —dijo Séptimo.

Rosenbloom suspiró.

—Somos criaturas tribales, Séptimo —dijo—. La división es el sino del hombre. Y de la mujer. Lo llevamos en la sangre. ¿Alguna vez has estudiado un mapa de la migración humana? Empezamos en África, todos juntos, y salimos cagando leches en cuanto pudimos, desafiando tormentas, océanos, bestias varias y hambrunas. ¿Por qué? ¿Por el *wanderlust*? ¿Para ver París en primavera? ¡No! Porque no nos soportábamos unos a otros ni un minuto más. El infierno son los demás. Eso lo dijo Sartre, pero si el hombre primitivo hubiera desarrollado el lenguaje, lo habría dicho mucho antes. O la mujer. Recuerda mis palabras, Séptimo Seltzer: algún día cada cual tendrá su propia nación. No digo cada pueblo: cada persona. Es la única forma de que el hombre esté satisfecho. O la mujer. Seltzerlandia. Rosenbloomia. Abdullahville. Hernández Town. Casillas de medio metro por medio metro, divididas de manera uniforme y repartidas por todo el mundo, rodeadas por muros de tres metros de altura y coronadas con alambre de púas y banderas de colores llamativos; y las personas, cada una en su propia casilla, cantando conmovedores himnos sobre cómo su casilla es la mejor, cómo Dios eligió su casilla sobre el resto de las casillas, cómo ese medio metro cuadrado es su medio metro cuadrado y que Dios se apiade de quien intente arrebatárselo. ¿Y sabes qué querremos entonces?

—¿Pistolas?

—No, eso ya lo tenemos —dijo Rosenbloom—. Querremos historias. ¡Cuentos! ¡Leyendas! Sobre el sufrimiento y la opresión en nuestro cuadrado, sobre nuestros viajes desesperados, sobre la valerosa lucha de nuestro fundador para hacer de nuestro cuadrado el mejor cuadrado que ya es, y sobre los malvados enemigos que aún hoy intentan arrebatárnoslo. En Seltzerlandia contarán historias sobre los sucios Rosenbloom; en Rosenbloomia soñarán con borrar a

los Abdullah del mapa; y Abdullah mirará por encima de su muro, verá a Hernández entrar en el cuadrado contiguo y pensará: «Adiós al valor de mi propiedad». Estamos obsesionados con nuestros cuadrados, con nuestra gente, con nuestro pasado. Por eso el hombre no tiene futuro. O la mujer. Esas son las malas noticias.

—¿Y las buenas?

—Es un mercado en expansión —dijo Rosenbloom, y cogió un manuscrito del escritorio de Seltzer—. ¿Es el del latinxceilandésamericano ciego alcohólico? —preguntó.

—Sí —dijo Séptimo—. Muy parecido al del libanoeritreoamericano albino de género neutro.

—Encuentra algo, lo que sea —le ordenó Rosenbloom antes de lanzar el manuscrito sobre el escritorio de Seltzer y salir por la puerta.

Y entonces sonó el teléfono.

Séptimo bajó la mirada y vio el nombre familiar en la pantalla:

Mudd.

Mudd contó una vez que, cuando Primero era un bebé, no sabía pronunciar la palabra *madre* y le salía *mudd*.

—Y una mierda —dijo Primero; había empezado a decir tacos de muy pequeño—. Si la hubiera bautizado yo —aseguraba—, habría elegido algo mucho peor que Mudd.

Segundo se mostró de acuerdo con Primero. Tercero estuvo de acuerdo con Mudd, pero es que Tercero siempre estaba de acuerdo con Mudd. Cuarto, el más listo de todos, se mantuvo al margen y dijo que un mito se convierte en realidad si hay suficientes personas que se lo creen.

Primero despreciaba a Mudd (solo Segundo la odiaba tanto como él, pero la verdad era que la odiaba sobre todo porque Primero la odiaba) y los apelativos que solía dedicarle eran bastante peores que *Mudd*. La llamaba con la palabra que empieza por *a*, y con la que empieza por *b*, y con la que empieza por *c*, y con la que empieza por *d*, y con la que empieza por *e*, y con la que empieza por *f*… Con todas las palabras, de hecho, excepto con la que empieza por *m: madre*. Fue el primero en nacer y también el primero, dieciocho años más tarde, en irse.

«No contestes el teléfono», pensó Séptimo.

Contestó.

«Mierda.»

—Hola, Mudd —dijo.

Hubo una larga pausa antes de que ella susurrara débilmente:

—Ha llegado la hora.

—¿La hora de qué, Mudd? —preguntó Séptimo.

—No te hagas el tonto —dijo Mudd—. Tu hermana ya está aquí. Y también tus hermanos.

—¿Primero está ahí?

—Sí.

—¿Primero está ahí? ¿En tu casa?

—Está abajo —dijo ella—. Con los otros.

—¿Qué otros?

—Todos —dijo—. Ha llegado la hora, Séptimo. ¿Vienes?

«Di que no», pensó Séptimo.

—Sí —dijo.

«Mierda.»

Así que Séptimo Seltzer dejó las memorias de un pescetariano arabofilipinxamericano parapléjico presbiteriano siamés y se dirigió a Brooklyn.

* * *

La experiencia de los caníbales como inmigrantes en América ha sido muy similar a la de cualquier otra comunidad minoritaria, aunque más clandestina y precaria. También ellos vinieron aquí hace mucho tiempo con sueños de aceptación; también ellos fueron recibidos con rechazo y hostilidad; también ellos se vieron excluidos de forma sistemática e institucional de las promesas que este país ofrecía. También ellos se vieron obligados a ocultar sus tradiciones y ceremonias. Y pronto también ellos se deshicieron. Cansados de sentirse tratados como extraños, atraídos por el seductor brillo del capitalismo y el materialismo, las generaciones más jóvenes empezaron a asimilarse. Se casaron con personas de otros orígenes. Se mudaron, ascendieron en el escalafón social y se marcharon, y la comunidad CanAm comenzó a menguar. Durante un tiempo, su cultura se sostuvo gracias a las carnicerías locales, que en la diáspora canibaloamericana a menudo hacían las veces de centro comunitario. Pero, finalmente, y ante la competencia de las cadenas

de supermercados nacionales, estas empezaron a cerrar, lo que supuso el golpe mortal que los líderes CanAm hacía tiempo que presagiaban.

Lo que en su día había sido una próspera comunidad establecida en Brooklyn pronto quedó reducida a apenas unas pocas decenas de familias. La existencia misma del pueblo CanAm estaba amenazada. Hacían falta medidas drásticas y también héroes, héroes capaces de hacer lo que fuera para salvar a su gente. Por eso, poco después de casarse con Humphrey, Mudd prometió tener tantos hijos como pudiera.

—Una docena —dijo.

—¿Una docena? —preguntó Humphrey.

—Varones —añadió Mudd, porque los caníbales son un pueblo patrilineal—. Hijos que llevarán nuestro nombre y construirán nuestra nación.

—Vale, pero ¿una docena?

Mudd se puso de pie. Era una mujer enorme: metro noventa y un cuarenta y cinco de pie. Humphrey era un hombre menudo, y a ella le gustaba recordárselo siempre que percibía resistencia.

—Hay una guerra en marcha, Humphrey Seltzer —dijo, agitando un dedo ante su cara. Tenía la mano del tamaño de su cabeza—. Una guerra encubierta, una guerra de guerrillas, no declarada pero innegable. El campo de batalla no está en Oriente Medio, ni en Europa, ni en África. No, Humphrey. Está en los úteros y los testículos de los habitantes del mundo. Estamos metidos en una maratón de follercio internacional en la que el ganador se lo llevará todo. Una guerra por la existencia, una guerra por la dominación mundial. La estrategia consiste en follar, Humphrey, y las armas son los bebés.

—Lo sé —respondió él con un suspiro, pues no era la primera vez que su mujer le exponía aquella visión del mundo—. Pero ¿una docena?

—De Brooklyn a Palestina —siguió diciendo ella—, de Ucrania a China, los pueblos están conformando mayorías a base de follar: mexicanos, judíos, musulmanes, chinos, japoneses, marrones, negros, blancos, a topos, lo que sea. Folian para acceder al poder y, al mismo tiempo, folian para relegar a sus enemigos a la irrelevancia. ¿Sabes cuántos hijos tiene de media un musulmán?

Diez. Los judíos tienen aún más. Y los chinos ya ni te cuento. Tú pasas por sus comunidades todo el tiempo, Hump, los ves cada día desde el coche. Joder, ¡pero si se caen por las ventanas!

—Pero doce hijos, Mudd —repitió Humphrey—. ¿Con un salario de taxista?

Pero Mudd se mostró inflexible («los viejos espíritus proveerán», insistía) y Humphrey estaba enamorado, de modo que cumplió con su deber, tal como ella le había ordenado.

Nueve meses más tarde, Mudd dio a luz a un niño sano al que llamó Primero.

—¿Primero? —preguntó Humphrey.

—Primero —respondió ella—. Y el siguiente será Segundo. Llevo la cuenta, Humphrey. Así no nos liamos.

A Humphrey le preocupaba que aquel sistema de nomenclatura resultara lesivo para la autoestima del niño. Que, al pensar en sí mismo como un simple número, como un mero lastre, el valor de su individualidad quedara reducido a la pertenencia a un grupo. Desde luego, eso crearía problemas emocionales más adelante.

—¿«Un simple número»? —preguntó Mudd—. ¿Acaso hay algo más importante que ser un número? Conformarán las nuevas tribus de nuestro pueblo… ¡Nuestro futuro, Humphrey! Como las tribus de Abraham.

—De Jacob —la corrigió él.

—¿Ellos también eran simples números? —preguntó—. ¿Los apóstoles eran simples números?

—No —dijo Humphrey—. Tenían nombres.

—¿Qué nombres, a ver?

—Lucas. Juan.

—¿Y qué más?

—Yo qué sé. ¿Steve?

Mudd se rio de él.

—Si fueran números los recordarías —le dijo—. Nuestro pueblo va a recordar a nuestros hijos, Humphrey, porque nuestros hijos devolverán la vida a nuestro pueblo, tal como Dios ha prometido.

—Promesas, promesas —farfulló Humphrey.

Mudd sofocó un grito de indignación al oír a su marido hablar de aquella manera. Los canibaloamericanos siempre han sido un pueblo religioso, pero, tras tanto tiempo condenados al secretismo,

los detalles concretos acerca de sus creencias espirituales se habían perdido y ya nadie estaba seguro de qué religión seguían. Algunos afirmaban que los caníbales eran cristianos, otros que eran judíos, otros que eran musulmanes… Unas diferencias de opinión con resultados previsiblemente divisorios. La enemistad entre los canibaloamericanos cristianos, los canibaloamericanos judíos y los canibaloamericanos musulmanes fracturó una comunidad ya de por sí menguada, hasta tal punto que los Antiguos, en su gran sabiduría, concluyeron que, si bien estaba prohibido negar la existencia de Dios, aún estaba más prohibido afirmar con certeza quién era Dios o qué podía querer de nosotros, más allá de afirmar sin lugar a dudas que Dios no quería que nadie afirmara con certeza quién era, pues eso podría causar que la gente la emprendiera a golpes. Los caníbales son, por tanto, un caso único entre los pueblos religiosos del mundo, en el sentido de que los más devotos niegan vehementemente saber nada y a menudo se refieren a Dios como Quienquiera o Alguien para subrayar su devota incerteza. Solo los despreciables paganos predican destructivamente la doctrina de la Santísima Trinidad, por ejemplo, o afirman que el Corán es la palabra literal de Dios. Humphrey, personalmente, prefería el Antiguo Testamento al Nuevo. No era que pensara en sí mismo como un canibaloamericano judío, pero el concepto judío de un Dios cabrón encajaba con su visión por lo general negativa del universo. Mudd, en cambio, aunque no se consideraba una CanAm cristiana, prefería el Nuevo Testamento, que contaba la historia de Jesús, que, según ella, había sido caníbal.

—¿«Comed de mi carne y bebed de mi sangre»? —le dijo un día a Séptimo—. Judío, y un huevo. Cristo era caníbal, como tú y como yo.

El sistema de nomenclatura de Mudd funcionó según lo previsto para los primeros cinco niños, hasta la terrible noche en que murió Sexto. Tenía solo cinco años, su muerte fue repentina e inesperada. Mudd lloró, no por la pérdida de su hijo, sino porque Séptimo, que en ese momento tenía cuatro años, y Octavo, que tenía dos, ya no eran su séptimo y su octavo hijos. Sexto había muerto, así que ahora Séptimo era el sexto y Octavo el séptimo. Y Mudd estaba embarazada de Noveno, que sería el octavo. El sistema de nomenclatura entero se había ido a la mierda.

Habiendo descarrilado su plan (o, cuando menos, habiéndose vuelto infinitamente más complicado), Mudd cayó postrada en cama, víctima de una pena debilitante, una pena que se negó a abandonar. Humphrey le rogó que pensara en la salud del niño que llevaba en el vientre y, con la esperanza de levantarle los ánimos, le prometió que tendrían trece hijos (incluido Sexto), para un total neto de doce. Noveno nació unos meses después sin incidentes, pero cuando un niño muere, a menudo lo hace también el matrimonio que lo engendró, y eso es lo que les pasó a Mudd y Humphrey Seltzer. La tristeza, el sentimiento de culpa y las recriminaciones se apoderaron del hogar de los Seltzer, y Humphrey juró en voz alta y con frecuencia que, en cuanto cumpliera su promesa reproductiva, dejaría a Mudd y no volvería a verla nunca más. Un año después, Mudd dio a luz a Décimo, dos años después dio a luz a los gemelos Undécimo y Duodécimo, y cuando, otros dos años más tarde, anunció que estaba embarazada de Decimotercero, Humphrey levantó las manos, dijo «me piro», hizo las maletas y se marchó esa misma noche. Aunque ese no fue el final de la historia, porque unos meses después una ecografía rutinaria reveló que el decimotercer hijo de Mudd era, por desgracia, una niña.

—¿Qué le he hecho a Alguien para merecer semejante castigo? —sollozó Mudd al ver la ecografía.

Mudd estaba furiosa con Humphrey por no haberle entregado los doce varones prometidos, pero él rechazó todas sus llamadas y terminó por cambiarse de número. Mudd declaró que era un traidor y un enemigo de su pueblo, peor aún que Jack Nicholson.

Cuando el bebé nació, unos meses más tarde, el decimotercer descendiente que debería haber sido su duodécimo niño pero que en cambio fue su primera niña, Mudd la llamó Cero.

Porque no contaba, dijo.

* * *

—Imagina un candelabro —solía decirle Mudd a Séptimo cuando era niño—. Un hermoso candelabro de plata forjado a mano por los mejores orfebres del mundo, con un tallo alto y ornamentado sobre el que se alzan tres hermosas velas. Una es roja, otra blanca y otra azul. Las velas también son las más finas de su clase, altas e

inmaculadas, y se estrechan suavemente a medida que se acercan al pabilo. Todo aquel que las ve queda cautivado por su belleza, cada una de ellas una obra de perfección absoluta.

»Y entonces las velas se encienden —seguía diciendo Mudd—. El fuego quema las mechas y un humo negro se eleva de sus torturados cuerpos. Comienzan a deshacerse, a debilitarse, a morir. Gritan de angustia. Lo que en su día fue bello se vuelve grotesco, un charco opaco de cera derretida, sin forma ni hechura, sin identidad ni carácter. El azul se mezcla con el rojo, el rojo con el blanco, el blanco con el azul, hasta que no queda nada de ninguno de ellos excepto una masa incolora y opaca que entierra el otrora hermoso candelabro entre sus restos endurecidos, destruyendo todo lo que antaño era perfecto y bueno.

Entonces tomaba las manos de Séptimo entre las suyas.

—La llama es América —decía Mudd.

Con su enorme dedo le apartaba el pelo de la frente con delicadeza.

—Y tú, hijo mío —añadía—, eres la hermosa vela.

* * *

Sexto murió de una enfermedad no identificada. Gripe, tal vez; acaso algo peor. Nadie lo sabía con certeza, dijo Mudd. Un día estaba ahí y al día siguiente se había ido. Le había contado la historia a Séptimo llorando. Ella había hecho todo lo posible: había llamado al doctor, había llamado al hospital… Todos le habían dicho lo mismo: solo es un virus, lo superará. Que descanse y se hidrate bien, dijeron.

—Estaba sola —dijo—. Aterrorizada. Tu padre se había ido quién sabe adónde, y a cada minuto nuestro pobre hijo se iba acercando un poco más a la muerte. Cerré la puerta de Sexto por temor a que tú o tus hermanos pescarais lo que tenía él. Y entonces, una noche, la tos cesó. La tos cesó y pensé que estaba mejorando, pero por la mañana… se había ido.

En el momento de la muerte de Sexto Séptimo tenía solo cuatro años, por lo que no recordaba gran cosa. Lo único que sabía con seguridad era que, tras la muerte de Sexto, la familia nunca había vuelto a ser la misma.

Y que él no podría haber sido más feliz.

La muerte de Sexto había supuesto un golpe devastador para Mudd, y algo en su interior había cambiado para siempre. La había debilitado, ablandado. Aquella mujer antaño belicosa y abusiva se había convertido en una madre melodramática y patética. Pasaba semanas en cama. Las riñas familiares, que soba instigar ella misma, se terminaron de la noche a la mañana. En la casa, antes llena de gritos, reinaba de pronto un silencio idílico. No había amor, pero había menos odio, algo que Séptimo sin duda agradecía.

Pero también se flagelaba por ello.

«¿Qué clase de persona se alegra de que su hermano haya muerto? —se reprendía a sí mismo—. ¿Qué clase de persona se alegra de que su madre esté rota por dentro?»

Sabía perfectamente qué clase de persona se comportaba así: una mala persona.

Y así fue como el joven Séptimo decidió ser bueno y dedicarse para siempre a salvar a su familia, a salvar a Mudd y a salvar a todo su pueblo.

Aunque eso significara destruirse a sí mismo.

* * *

Lo primero que hizo Séptimo al subir al taxi fue lo que hacen la mayoría de los neoyorquinos: apagar la maldita televisión del taxi, apretando furiosamente la sucia pantalla táctil hasta que aquel engendro del demonio dejó de gritar, se volvió negro y murió. Todos los pasajeros hacían exactamente lo mismo y, por lo tanto, la pantalla estaba cubierta de todas las enfermedades conocidas, más algunas desconocidas; una pantalla que, si se quería silenciar, había que tocar sí o sí con un dedo desnudo.

Esa era la elección a la que se enfrentaba el hombre moderno, pensó Séptimo mientras el taxi se incorporaba al tráfico y se dirigía hacia Brooklyn: sucumbir a la muerte espiritual de la mano de las noticias sobre celebridades y los insípidos programas de entrevistas, o exponerse a la muerte física provocada por cualquier virus que residiera en la pantalla.

Era Jimmy Kimmel o la peste.

Una decisión difícil.

Séptimo odiaba la televisión y se preguntaba si habría heredado ese odio de Mudd. Desde que tenía memoria, recordaba a su madre predicando que la televisión era el enemigo de su pueblo, un arma de propaganda que servía para difundir estereotipos caníbales negativos. La serie que más odiaba era *La Isla de Gilligan*, que presentaba a los caníbales (cazadores de cabezas, los llamaban) como salvajes ingenuos con la cara pintada, ataviados con faldas de paja y con las narices perforadas con los espantosos huesos de sus víctimas.

«¿Nosotros somos los salvajes? —bramaba Mudd—. ¡Nuestro pueblo inventó la rueda! ¡Inventamos el cuchillo, inventamos el libro! ¡Inventamos el fuego! Ellos arrojan a sus madres a un pozo sucio de dos metros de profundidad y las entierran bajo la tierra y el barro. Entregan sus seres amados a los gusanos, a las alimañas, a las lombrices. ¿Y resulta que los salvajes somos nosotros? Malditos Sherwoods.»

Mudd era una mujer cargada de odio que, como tantas personas cargadas de odio, insistía en que su intolerancia estaba justificada. Era ya imposible decir a quiénes odiaba más. Su odio había ido pasando por diferentes fases: había odiado a los negros en los ochenta, a los latinos en los noventa, otra vez a los negros a principios de siglo, y desde entonces odiaba principalmente a los musulmanes y a los chinos… Pero con independencia de quién ocupara el primer lugar, los judíos figuraban siempre entre los tres primeros. Los llamaba los Sherwoods, en honor al judío al que más despreciaba, Sherwood Schwartz, el creador de *La Isla de Gilligan*.

«¿Te imaginas que yo creara un programa de televisión y llamara a los judíos cazadores de dinero? —preguntaba furiosa—. ¿Un programa en el que todos los personajes vivieran aterrorizados de que aparecieran los malvados judíos? Me meterían en la cárcel y tirarían la llave al mar. En cambio, los malditos Sherwoods pueden decir lo que quieran de nosotros.»

Mientras el taxi atravesaba la ciudad, Séptimo le mandó un mensaje a Carol.

«¿Todo bien?», le preguntó.

«Sí —respondió ella—. ¿Y tú?»

«Bien —mintió Séptimo—. A punto de entrar en una reunión.»

Séptimo odiaba mentirle a Carol, pero no tenía más remedio. La

noticia de que se dirigía a ver a su madre la habría dejado muy sorprendida, ya que cuando se conocieron le había dicho que su madre estaba muerta.

—Murió cuando yo era un niño —dijo.

—¿Cómo? —preguntó Carol.

Séptimo se encogió de hombros. Nadie lo sabía con seguridad, dijo. Un día estaba allí y al día siguiente se había ido.

Los ojos de Carol se llenaron de la compasión infinita de la que él se había enamorado perdidamente.

—¿Así que nunca has sabido lo que es tener una madre? —preguntó.

—No —dijo él.

Eso, por lo menos, era verdad.

«¿Qué tal Reese esta mañana?», escribió.

Séptimo aún recordaba su llamada al Dr. Isaacson la noche del nacimiento de su hija, Reese, superado por la ansiedad y atormentado por sus dudas sobre si sabría ser un buen padre.

—¿Qué hace un padre, doctor? —le había preguntado Séptimo —. Dígamelo, por favor; no tengo ni idea.

—Quiera a su hija —contestó el Dr. Isaacson—. Incondicionalmente. Quiérala por lo que es, no por lo que usted quiere que sea.

Pero Séptimo no se lo creyó.

—Suena demasiado fácil —dijo.

—Entonces, ¿por qué hay tan pocas personas capaces de hacerlo? —preguntó el Dr. Isaacson.

A falta de otras opciones, Séptimo y Carol habían decidido fiarlo todo al amor. Reese tenía ya seis años y el Experimento de amor incondicional, tal como él y Carol lo habían llamado, estaba demostrando que el Dr. Isaacson tenía razón. Reese ya era todo lo que Séptimo no era: una niña valiente, segura de sí misma y cargada de confianza.

Carol le devolvió un mensaje de texto: «Ha estado genial. El festival comienza a las ocho. ¿Vas a llegar?».

Séptimo estaba decidido a ser el padre que su propio padre nunca había sido, de modo que, como todo padre decidido a ser el padre que su propio padre nunca había sido, no se había perdido ni un solo momento clave de la vida de Reese, incluidos cumpleaños,

visitas al médico y todo tipo de primeras veces. Disfrutaba sinceramente de la mayoría de aquellos momentos, pero los festivales de la escuela eran un horror, y aquella noche tocaba el concurso de talentos de la Escuela Roosevelt. Con la única excepción del todavía más atroz Día de los abuelos, no había ningún festival escolar tan deprimente como el concurso de talentos. Séptimo no estaba seguro de si eso era porque había muy pocos niños con verdadero talento o porque muy pocos padres parecían ser conscientes de ello. Aunque quizás era porque ver a los padres animando a sus hijos le recordaba todas aquellas cosas de las que él nunca había gozado: amor, la libertad para ser él mismo, el estímulo para perseguir sus sueños… Era muy difícil alegrarse por los ganadores del Premio a la familia funcional cuando habías crecido emocionalmente roto.

Reese, tras caer recientemente bajo el hechizo de un *influencer* de YouTube, se había aficionado a las contorsiones. Dorsales, paradas de pecho, *splits*… Para el concurso de talentos iba a meterse dentro de una caja de cartón.

«Anda siempre metiéndose en cajas —pensó Séptimo—. Y yo me he pasado la vida tratando de salir de una.»

Levantó la mirada. Ante él se alzaba el puente de Brooklyn: nunca podía mirarlo sin recordar su infancia, que había transcurrido justo al otro lado.

«Sí, claro», le escribió a Carol.

«Qué ilusión.»

* * *

Primero, Segundo, Tercero, Cuarto y Quinto habían crecido en lo que Séptimo llamaba la era AM de la familia: Antes de la Muerte, en referencia al trágico fallecimiento de Sexto. Esos primeros años AM habían sido la época más ruidosa y dominante de Mudd, años marcados por las terribles disputas y la inestabilidad emocional de una casa convertida en zona de guerra. Entonces Sexto murió y el fuego interior de Mudd se apagó. Seguía siendo una mujer manipuladora, combativa y controladora, pero ese guiso tóxico estaba ahora condimentado con grandes dosis de pena y autocompasión. Por eso Octavo, Noveno, Décimo, Undécimo,

Duodécimo y Cero crecieron en una familia algo diferente (que Séptimo denominaba PM: la época Postmortem) a la de Primero, Segundo, Tercero, Cuarto y Quinto. Los hermanos AM (a excepción de Tercero y Quinto) odiaban a Mudd y no entendían por qué sus hermanos PM no lo hacían, mientras que los hermanos PM (excepto Noveno, Undécimo y Duodécimo) sentían lástima por Mudd y no entendían cómo sus hermanos AM podían mostrarse tan fríos e indiferentes.

Séptimo, que era el hijo mediano, estaba atrapado cronológica y emocionalmente entre ambas Mudd (la cruelmente dominante y la patéticamente controladora), y eso, según el Dr. Isaacson, era la raíz de su ambivalencia. Si Sexto no hubiera muerto, el sentimiento de culpa de Séptimo habría sido menos acusado. Mudd probablemente habría seguido siendo una mujer mezquina en lugar de lastimosa, y a Séptimo le habría resultado más fácil distanciarse de ella. Tal vez entonces habría conocido la felicidad; tal vez entonces no la habría llamado al saber que había empezado a comer Whoppers; tal vez entonces no habría descolgado el teléfono cuando ella lo había llamado a él.

Y tal vez entonces no estaría ahora en el taxi, dirigiéndose a Brooklyn para verla.

¿Es el amor lo que une a una familia?, se preguntaba Séptimo, ¿o solo la culpa que causaría el distanciamiento? Los Seltzer, tanto los AM como los PM, habían sido siempre una familia de díscolos, y mientras el taxi atravesaba ruidosamente el viejo puente de Brooklyn, Séptimo estaba cada vez más ansioso ante la idea de volver a verlos. ¿De qué iban a hablar? La mayoría de las familias se dedicaban a rememorar lo buenos que habían sido los viejos tiempos, pero los viejos tiempos de los Seltzer nunca habían sido buenos: la familia tan solo había conocido malos tiempos y tiempos peores. De hecho, muchos días el joven Séptimo había deseado tener el coraje necesario para huir y no volver a ver a su familia nunca más. Algunos días se había sentido abrumado por la depresión y se había enfrentado llorando a su madre, preguntándole por qué no podían ser una familia feliz, como todas las demás. Quería que ella lo abrazara, que le dijera que lo sentía y le asegurara que iba a esforzarse más porque fueran la familia que él necesitaba.

«La culpa es de Primero —decía Mudd—. El desgraciado de tu hermano está imposible.»

Primero, por haber sido el primero, era el lienzo sobre el cual Mudd había proyectado todas sus esperanzas y sueños, para su familia y para su pueblo, y precisamente por eso se había llevado la peor parte de su tiranía.

Mudd quería que se convirtiera en el líder de su pueblo, en su estadista, su jefe. Pero Primero solo quería jugar con Malika, una niña que vivía en la misma calle que ellos.

—Es negra —decía Mudd.

—¿Y? —preguntaba Primero.

—Harías cualquier cosa con tal de herirme —replicaba Mudd.

Ella lo regañaba y lo reprendía, lo abofeteaba cuando la decepcionaba y lo abofeteaba más fuerte aún cuando decepcionaba a su pueblo. Por todo ello, Primero terminó por despreciar a Mudd, la rechazó y rechazó a su gente. Se fue de casa a los dieciocho años y nunca más volvió a hablar con nadie de la familia.

Segundo, que idolatraba a su hermano mayor, presenciaba la violencia desde lo alto de las escaleras, mirando a través de los postes de la barandilla como si fueran los barrotes de una prisión, deseando tener el coraje de salir en defensa de su hermano. Pero nunca lo hizo. Lo que sí hacía, en cambio, era consolar después a Primero: lo abrazaba cuando lloraba, le llevaba pañuelos de papel cuando los golpes de Mudd le dejaban la nariz ensangrentada, y llegó a odiar a su madre tanto como Primero. A los dieciocho años, Segundo siguió los pasos de su hermano mayor, salió por la puerta principal de casa y tampoco volvió a hablar nunca más con Mudd ni con nadie de la familia.

Mudd no fue más indulgente con Tercero de lo que había sido con Primero y Segundo, pero Tercero era físicamente enorme, un gigantón de nacimiento, más grande incluso que ella. Mudd lo golpeaba como hacía con los otros, pero, debido a su tamaño, los abusos físicos tuvieron poco efecto en él y en la relación entre ambos. Tercero siempre había tenido cuerpo de hombre pero, desde el punto de vista del desarrollo, seguía teniendo la mente de un niño y, en tanto que niño, no podía enfadarse con su madre, ya que las madres nunca hacen nada mal. Debido a su tamaño, Mudd decidió muy pronto que Tercero sería el guerrero de su tribu, el

defensor de su pueblo que los conduciría hasta la libertad. Pero Tercero no era un luchador, ni tampoco un conquistador. Era demasiado simple para estar enfadado, incluso cuando debería estarlo, y nunca levantaba la mano, ni siquiera cuando alguien merecía una tunda. Nunca abandonó la casa de Mudd y, a pesar de tener ya treinta y tantos, seguía viviendo con su madre en la casa de Brooklyn donde había nacido.

Cuarto, nacido dos años después, era lo opuesto a Tercero en todos los sentidos: delgado, el más pequeño de los cuatro, pálido, enfermizo, escuálido y absolutamente brillante. Cuarto era el caníbal más inteligente del que se tenía constancia en el Nuevo Mundo, o incluso en la antigua patria.

—Es un fuera de serie —dijo el director de la escuela al entregarle a Mudd los resultados del test de inteligencia de Cuarto.

«Dios mío —pensó Mudd, dirigiendo una mirada radiante al papel que tenía en la mano—. Si además mintiera y engañara, podría ser judío.»

Cuarto leía a los dos años, sabía hacer divisiones a los tres, y a los cuatro ya cuestionaba cada una de las palabras de Mudd.

Era incapaz de lanzar un balón de fútbol americano o de correr tres metros sin tropezar, pero no podía mantenerse callado ante la ignorancia de su madre.

—Cuando consumimos los cuerpos de nuestros seres queridos —les dijo Mudd a sus hijos—, nuestro amor transporta sus nutrientes hasta nuestras células, de modo que viven dentro de nosotros para siempre.

—Lo que transporta los nutrientes a las células no es el amor, sino las mitocondrias —replicó Cuarto.

Mudd le pegó un golpe en la cabeza con el dorso de la mano.

—No seas burro —le espetó.

El conocimiento había sido el medio de rebelión para Cuarto, y la inteligencia, su arma. Primero y Segundo se habían enfrentado a Mudd con gritos y violencia; Cuarto, en cambio, leía silenciosamente a Goethe, consciente de cuánto odiaba Mudd que los caníbales leyeran los libros de otros pueblos. Esta habría preferido los gritos y la violencia.

—Go… ¿ete? —le preguntó Mudd—. ¿Qué clase de nombre es *Goete*?

—Se pronuncia «Gota» —respondió Cuarto—. Fue un escritor y estadista alemán, además de científico y dramaturgo. Su primera novela fue tan conmovedora que muchos alemanes que la leyeron se quitaron la vida.

—Bueno —dijo Mudd, encogiéndose de hombros—. Alguien que logra que un puñado de alemanes se maten no puede ser tan malo.

Cuarto leyó rebeldemente a los irlandeses, estudió insolentemente a los rusos, se empapó descaradamente de los chinos e investigó truculentamente a los franceses. Luego aprendió por sí mismo todos esos idiomas y los releyó desafiantemente, por segunda vez, en versión original. Mudd soportó todas estas provocaciones con estoicismo, pero cuando Cuarto entró en la universidad a la edad de dieciséis años y anunció su intención de estudiar antropología, esa fue la gota que colmó el vaso.

—Tal vez deberías preocuparte un poco menos por la humanidad —le dijo Mudd— y un poco más por los de tu especie.

—La humanidad es mi especie —replicó Cuarto.

Mudd soltó una carcajada burlona.

—¿Y se supone que tú eres el inteligente de la familia? —preguntó.

Fueron las últimas palabras que le dirigió.

Quinto tenía seis años cuando Sexto murió, e inmediatamente se culpó a sí mismo por la muerte de su hermano menor.

—Debería haberme asegurado de que estaba bien —se reprochó a sí mismo—. Debería haberle llevado medicinas, debería haber llamado a una ambulancia.

Mudd lo abrazó.

—Todos cometemos errores —le dijo—. No tan graves como el tuyo, pero los cometemos.

Quinto habría odiado a Mudd tanto como los demás si no hubiera estado tan ocupado odiándose a sí mismo. Era incapaz de perdonarse, y su culpa fue extendiéndose como un cáncer al resto de las áreas de su vida. Se sentía culpable por comer demasiado y por comer demasiado poco; se sentía culpable por no limpiar su dormitorio y, cuando lo hacía, se sentía culpable porque su dormitorio impoluto hacía que sus hermanos parecieran unos descuidados; cuando sacaba un notable se sentía culpable por no haber sacado un sobresaliente; cuando sacaba un sobresaliente se

sentía culpable por no haber sacado una matrícula; y cuando sacaba una matrícula se sentía culpable por arruinar la curva de calificación de sus compañeros de clase. Se veía a sí mismo como un fracasado, en tanto que hijo y en tanto que caníbal.

—Lo siento, Mudd —dijo dos veces al día, si no más, cada día de su juventud.

No es de extrañar, pues, que se convirtiera en psiquiatra, algo que Mudd interpretó (como solía suceder con todo lo que hacían sus hijos) como un ataque personal contra ella.

—Culpadores profesionales de madres, eso es lo que sois todos los psiquiatras —le dijo el día de su graduación, cuando se sacó el título de Medicina.

—Lo siento —dijo Quinto.

«Sexto era perfecto en todos los sentidos —solía decir Mudd—. Nunca lloró, ni cuando tenía hambre, ni cuando estaba cansado, ni siquiera al nacer. Salió con una sonrisa en los labios —añadía—. Los médicos nunca habían visto nada igual. Mi ángel.»

Pero Primero, que había estado esperando fuera de la sala de partos, lo recordaba de otra forma.

—Pues yo escuché llantos —decía, burlándose de ella, cada vez que contaba la historia, que era a menudo.

—Sexto no fue —dijo Mudd—. No lloró nunca, ni una sola vez.

—Pues debió de ser el médico —le susurró Primero a Segundo —, al ver ese chumino tan gordo.

Mudd los atizó a ambos.

—No seáis burros —les dijo.

Séptimo tenía solo cuatro años cuando Sexto murió, y Mudd, traumatizada y atormentada por el dolor, dedicó toda su atención a proteger a Séptimo y a evitar que le hicieran daño, temiendo que también él se muriera. Lo hacía dormir en su cama, junto a una enorme foto de Sexto con marco dorado (por aquel entonces, su padre dormía ya en la sala de estar), para poder vigilarlo.

—No te me mueras —le decía a Séptimo—. No me hagas daño.

—No me moriré —le prometía él.

El joven Séptimo asumió la felicidad de su madre como misión vital. Ella se convirtió en una hija dependiente y él, en un padre cariñoso que hacía todo lo posible por complacerla. Cuando sus hermanos se peleaban, Séptimo se encargaba de poner paz. Cuando

maldecían a Mudd, Séptimo la defendía. Sus propios deseos y necesidades, mientras tanto, se medían por el grado de dolor o placer que, de hacerse realidad, podían causarle a su madre: cenaba aunque no tuviera hambre para que ella no sintiera que su trabajo era en vano, destacaba en la escuela para no decepcionarla y, si se ponía enfermo, le decía que no era nada, que no se preocupara, mientras sufría en silencio en su cama, tosiendo con la cara hundida en la almohada para no recordarle la terrible tos de Sexto la noche en que falleció.

Octavo, el primero de los hijos PM, siguió el ejemplo de Séptimo y también convirtió la felicidad de Mudd en su misión. Pero Octavo era un niño con unas competencias seriamente limitadas (ni tan desafiante como Primero, ni tan decidido como Segundo, ni tan fuerte como Tercero, ni tan inteligente como Cuarto, ni tan sensible como Quinto, ni tan desinteresado como Séptimo) y así, a falta de cualquier habilidad, talento o competencia discernible, Octavo se metió en la iglesia. Para ello se inspiró en su querido tío Ishmael, el hermano de su padre, al que todos llamaban Unclish, el líder espiritual de toda la comunidad canibaloamericana. Mientras sus hermanos perdían el tiempo aprendiendo las reglas del Monopoly y de Dragones y Mazmorras, Octavo estudiaba la historia y las antiguas reglas de consumo de su pueblo, las innumerables estipulaciones sobre Vituallas tradicionales, los beneficios del carbón frente al propano y cómo montar una parrilla con dos zonas de calor. Memorizó secciones enteras de la *Guía*, donde se codificaban todas las leyes y tradiciones de su pueblo, reunidas por el mismo Unclish, y se las repetía de memoria a Mudd, que se hinchaba de orgullo.

—Nuestro patrimonio cultural singular se transmitirá a través de ti —le decía ella.

Noveno era un niño con una sensibilidad incomparable ante el mundo que lo rodeaba, y con un gran amor por la naturaleza y una conexión casi mística con sus numerosas criaturas. El perro más rabioso se acurrucaba a sus pies, el gato más distante saltaba a sus brazos. Era como si los animales supieran que podían confiar en él, como si sintieran que en su interior había un ser espiritual sin parangón. Pero a Mudd todo eso la traía sin cuidado, lo único que le importaba era que Noveno era gay, una identidad que se reveló

muy pronto en su vida. Sus amigas eran todas chicas, y nunca mostró mucho interés en los deportes. Mudd fruncía el ceño con desprecio al ver al joven Noveno cepillar el pelo de su muñeca Barbie.

—Solo se está divirtiendo —decía Séptimo.

—No es natural —se quejaba ella.

Mudd no tenía un interés particular por las leyes de la naturaleza, lo único que la preocupaba era su pueblo. La naciente orientación sexual de Noveno implicaba que nunca iba a reproducirse y, por lo tanto, no iba a contribuir a remediar la curva demográfica de su pueblo. Sensible a la desaprobación de su madre, Noveno trataba de ocultar sus sentimientos lo mejor que podía, pero en la víspera de su decimocuarto cumpleaños decidió que no podía seguir mintiendo, ni a ella ni a sí mismo.

—Mudd —anunció—, soy gay.

—Hoy lloro la pérdida de un segundo hijo —sollozó ella— y de todos los hijos que podría habernos dado.

Se sentía engañada, se sentía traicionada y, por lo tanto, culpó a los judíos.

—Los Sherwoods de Hollywood —le gritó a Noveno—, ¡esos son los que te tienen confundido! Con sus ruines programas de televisión y sus películas, sus hombres disfrazados de mujeres y sus mujeres disfrazadas de hombres. ¡Animales! ¿Tú crees que quieren que nos reproduzcamos? ¿Que quieren que sobrevivamos? Nada los haría más felices que convertirnos en una nación de maricones, Noveno. Quieren que estemos enfermos… Y tu inversión es su mejor inversión.

—Regáñame todo lo que quieras, Mudd —dijo Noveno—, que no vas a hacer que me gusten las chicas.

—Ay, cariño —dijo ella con dulzura, pensando que quizá todo había sido un terrible malentendido—. Quién te guste no me importa, lo único que me importa es con quién te acuestas.

Noveno no creyó ni por un momento que la preocupación de Mudd fuera la reproducción y le dijo a su madre que lo sentía por ella, que se había convertido en una víctima más: de la homofobia, el odio y la estrechez de miras. Discutieron día y noche, hasta que Noveno tuvo edad de irse.

—No te odio, Mudd —le dijo—. Solo me das lástima.

—Pues yo sí te odio —dijo ella y le cerró la puerta en las narices.

Décimo, que había escuchado las diatribas de Mudd sobre cómo el egoísmo de Noveno estaba destruyendo a su pueblo, salió en defensa de la tribu: se convertiría en el guerrero que Tercero no era y dedicaría su vida a proteger a su pueblo de sus innumerables enemigos, cuyos nombres Mudd maldecía a diario. Compró revistas de karate para aprender a luchar, mancuernas para ponerse fuerte y cintas que se ataba a la cabeza para parecerse a Rambo.

—No se lo esperarán —dijo cuando Séptimo lo pescó escondiendo cuchillos de carne por toda la casa: bajo el sofá, detrás de la cabecera de su cama, encima de la estantería de la sala de estar…

—¿Quiénes? —preguntó Séptimo.

—Ellos —respondió Décimo—. Todos.

Undécimo y Duodécimo fueron gemelos, y Mudd celebró su milagroso nacimiento: los viejos espíritus, dijo, la habían restituido por la muerte de Sexto bendiciéndola con dos hijos por el precio de uno.

«De un parto dos hijos traerás —cantaba con alegría—, y de esos dos vendrán muchos más.»

Pero no fue ese el resultado. Antes de que los gemelos terminaran la escuela primaria ya sufrían la devastadora agonía psicológica de la disforia de género. Habían nacido en los cuerpos equivocados, no había duda de ello, eran espíritus femeninos atrapados en formas masculinas, y anhelaban ser liberados de la prisión de su yo físico. Había habido un error de fábrica: Dios había instalado por accidente el complejo motor de un Ferrari en el armazón de un burdo Jeep, y nadie en el servicio de atención al cliente podía ayudarlos. Así que se encargaron de convertirse en las personas que ya sabían que eran: empezaron a vestirse como niñas, se dejaron crecer el pelo, usaban maquillaje y ahorraban cada centavo, soñando con el día en que, finalmente, podrían permitirse la cirugía que las convertiría en las mujeres que estaban destinadas a ser.

—¡No seáis ridículos! —dijo Mudd cuando, llorando, le rogaron que no tirara sus vestidos y sus zapatos—. Uno no puede decidir ser algo nuevo. ¿Puede un árbol decidir que será un pájaro? ¿Puede un

pájaro decidir que será un árbol? El árbol tiene hojas, el pájaro tiene alas, no importa lo mucho que el árbol quiera tener alas, o lo mucho que el pájaro quiera tener hojas.

—No somos árboles —dijo Undécima, como exigía que la llamaran.

—Dijo el árbol —respondió Mudd.

Décimo, defensor de su pueblo, se burlaba de sus hermanas gemelas (aunque, por mucho que insistieran, para él siempre fueron «hermanos»), tiraba de sus trenzas, las llamaba mariquitas y las acusaba de estar destruyendo a su pueblo, pero todo eso servía solo para reforzar su determinación. Undécima y Duodécima llegaron a odiar a aquella madre que negaba su dolor, y también a Décimo, que abusaba de ellas, y a Octavo, que repetía, una y otra vez, que tenían prohibido cambiar lo que eran.

—¿Y eso quién lo dice? —preguntó Undécima.

—Ahí, ahí —añadió Duodécima—. ¿Quién lo dice?

—Los Ancianos —contestó Octavo.

—Ah, vaya, me pregunto cuántos de esos Ancianos serían hombres —dijo Undécima.

—Y cuántos LGBTQ_—añadió Duodécima.

—¿LG qué? —preguntó Octavo.

—Pues eso —dijo Duodécima.

Y luego estaba Cero. Cero amaba a su familia con todo su corazón y toda su alma. Perdonaba sus defectos, y respondía a su desdén con sonrisas y a su amargura con amor. Pero Cero no era útil para la comunidad caníbal, reproductivamente hablando, por lo que Mudd la ignoraba. Cuando era un bebé la dejó a cargo de Séptimo, que la alimentaba, la cambiaba y le hacía compañía por la noche cuando lloraba de miedo. Mudd no le veía el sentido a enseñarle a Cero sus normas y tradiciones, de modo que esta creció más americana que caníbal, más del Nuevo Mundo que del Viejo. Pero, aunque Mudd la rechazara, Cero la amaba; aunque Décimo la ignorara por no ser varón, ella también lo amaba; y aunque Octavo se negara a responder a sus preguntas sobre su historia y tradición porque no era más que una niña, ella también lo amaba. Su ecuanimidad los volvía locos y Mudd estaba segura de que había algo malo en su interior, aparte de su género inútil. Una mañana, Séptimo entró en la sala y encontró a Mudd ante la ventana. Cero,

que aún era una niña, estaba fuera, bajo una lluvia torrencial, brincando en los charcos de la acera con los brazos extendidos, mirando al cielo con rostro radiante, riendo con alegría desbordante. Séptimo sonrió al verla: su entusiasmo iluminaba aquel día gris y su felicidad era una reprimenda a las propias nubes, que, viéndola ahí abajo, pronto se deshilacharon, se despejaron y dejaron que el sol la iluminara de nuevo.

Mudd suspiró y meneó la cabeza.

—Que sea una chica ya es malo —dijo, alejándose de la ventana con expresión asqueada— pero, joder, ¿tenía que ser también retrasada?

* * *

«¿Puede una chica convertirse en un chico?», preguntaron los Ancianos:

«Sí», respondieron los Ancianos Mayores.

«¿Y puede un chico convertirse en una chica?», preguntaron los Ancianos.

«No», respondieron los Ancianos Mayores.

«Pero ¿por qué una chica puede convertirse en chico y, en cambio, un chico no puede convertirse en chica?», preguntaron los Ancianos.

«Porque uno no puede pasar de ser algo a no ser nada», dijeron los Ancianos Mayores.

* * *

Séptimo se había marchado de casa, dijo el Dr. Isaacson, pero nunca había pasado página. Séptimo estaba de acuerdo con él pero, al mismo tiempo, sentía que el Dr. Isaacson no comprendía la carga que suponía su singular herencia cultural.

El Dr. Isaacson soltó un suspiro.

—Otra vez lo de los cazadores de cabezas no —dijo.

—Caníbales —lo corrigió Séptimo—. Canibaloamericanos, concretamente.

—No hay caníbales en Brooklyn, Séptimo.

—Ya no.

—¿Adónde se fueron? —preguntó el Dr. Isaacson—. ¿A la isla de Gilligan?

—Lejos.

—Hmm —dijo el Dr. Isaacson—. ¿Y de dónde vinieron?

—De la antigua patria —dijo Séptimo—. Mi bisabuelo Julius llegó aquí con dieciocho años.

—¿Qué antigua patria?

—No lo sé.

—¿No lo sabe?

—Lo olvidamos.

—¿Así que recuerda que su bisabuelo era un caníbal, pero no sabe de dónde vino?

—Era caníbal —corrigió al buen doctor—. No «un caníbal».

La ascendencia de Séptimo era un asunto sensible entre él y el Dr. Isaacson, que nunca se había creído la historia de Séptimo y atribuía sus escandalosas afirmaciones a su necesidad de individuación respecto a su madre narcisista.

—Una cosa sí tengo que reconocerle, Séptimo —le dijo—. He tenido muchos pacientes consumidos por sus madres, pero nunca había tenido a uno que quisiera consumirla a ella, literalmente.

—Es que no quiero consumirla —replicó Séptimo, escamado—. Esa es la cuestión.

Al final, Séptimo dejó de visitarse con él. Su patrimonio cultural se había convertido en un callejón sin salida que ni médico ni paciente eran capaces de superar. Y, sin embargo, mientras el taxi atravesaba Brooklyn, Séptimo sintió que la ansiedad le oprimía el corazón como un puño y deseó poder llamar al Dr. Isaacson; en ese mismo instante, deseó que alguien, quien fuera, le dijera que diera media vuelta y regresara a Manhattan, junto a Carol y Reese, junto a la nueva familia que había construido sobre las ruinas de la antigua.

El gran ensayista francés Michel de Montaigne citó a Persio: «Ya he roto mis cadenas, dirás: como el perro rompe el lazo a fuerza de tirones, pero en su huida arrastra un buen trozo de cadena al cuello».

Séptimo tuvo su primer contacto con Montaigne en la universidad, cuando su profesor de literatura les asignó la lectura del famoso ensayo *Sobre los caníbales*. Al principio estaba

aterrorizado, pues asumió que de algún modo alguien había destapado su identidad secreta, pero el profesor ignoraba el patrimonio cultural de Séptimo y simplemente había elegido la pieza como un ejemplo temprano de lo que denominó *intertextualidad*, una palabra cuyo simple sonido hizo que a Séptimo se le pusieran lo ojos vidriosos. Oír los nombres de Bajtín y Barthes terminó de sellar el no-acuerdo para Séptimo, pues eran las dos señales más seguras para cualquier estudiante universitario de que el tiempo estaba a punto de ralentizarse hasta prácticamente detenerse, momento en el que uno anhelaba una muerte dulce y liberadora. Pero al leer las palabras de Montaigne, lo cautivó el apasionado humanismo del escritor francés, su desafiante franqueza, su sabiduría contestataria y, en definitiva, el hecho de que fuera tan diferente, en todos los sentidos, a la gente de la que él mismo descendía. Séptimo quería leer más cosas suyas, pero estaba en la universidad, un momento vital en el que adquirir conocimientos queda relegado a un segundo plano, a mucha distancia de tener sexo, de modo que nunca llegó a profundizar más en Montaigne. Hasta que, hacía apenas unos meses, después de interrumpir su tratamiento con el Dr. Isaacson y justo cuando andaba buscando un nuevo camino, una idea, algo que lo guiara a través del oscuro bosque de su vida, leyó el manuscrito de una judía latinxamericana de la cuarta ola, lesbiana, socialista, proinmigración y antivacunas, que mencionaba a Montaigne, al que atacaba por europatriarcal, francocatólico, cisgénero, hombre, monoteísta y apologista de lo burgués.

A lo mejor había llegado la hora de leerlo de nuevo, pensó Séptimo.

—Brooklyn, Estados Unidos —anunció el taxista al dejar atrás el cartel de Bienvenidos a Brooklyn que había al final del puente—. Yo me crie aquí.

—Yo también —dijo Séptimo.

—Aunque ahora no podría permitírmelo.

—Yo tampoco —dijo Séptimo.

El conductor miró por el espejo retrovisor y se fijó en el color de la piel de Séptimo.

—Se deshacen de nosotros —dijo el conductor—. De una forma u otra, se deshacen de nosotros.

—¿Quiénes? —preguntó Séptimo, pero el conductor hizo un gesto vago con la mano, como si fuera una pregunta absurda.

Hacía años que Séptimo no volvía por su barrio. Había cambiado enormemente, como casi todo lo demás. Las tiendecitas y los mercados locales habían desaparecido; en su lugar encontró cafés de moda, restaurantes de alta gama, panaderías de donuts gourmet y *lofts* para artistas que ningún artista podía permitirse. Los hipsters habían reemplazado a los sin techo, y Séptimo soltó un suspiro indignado al pasar frente a una tienda Apple instalada donde en su día había habido un mercado de frutas. «En el que vendían manzanas de verdad», pensó irónicamente. Y, sin embargo, mirando aquí y allá, atisbo restos ocasionales de la antigua comunidad CanAm: un viejo friso caníbal sobre la puerta de una tienda de *cupcakes* veganos, o encima de la entrada de un viejo banco reformado y reconvertido en eso que ahora llamaban un *coworking*, fuera lo que fuera. Aquí, tres figuras sentadas con las piernas cruzadas, consumiendo una pierna humana; allí, una figura echada boca abajo a la que otra figura de pie destripaba; y en todas partes, si uno sabía dónde mirar, los reveladores calderos en bajorrelieve que a ojos de los no caníbales eran simples decoraciones, pero que los CanAm reconocían como símbolos tradicionales que marcaban los hogares de los suyos.

Verlos avivó aún más las llamas del ya ardiente sentimiento de culpa de Séptimo. Siempre se había considerado a sí mismo un «caníbal cultural», una expresión que para Mudd era una simple muestra de cobardía, pero que permitía a Séptimo ejecutar un delicado número de ambivalencia sobre la cuerda floja: «No soy ni un retrógrado que abandona a la gente moderna —podía justificarse —, ni un moderno que abandona a la gente retrógrada». Pero comprobar cómo había cambiado el vecindario desde el asiento trasero del taxi lo hizo tropezarse, perder el equilibrio y caer de bruces en la duda y el arrepentimiento.

Se había ido. Había desaparecido. Y la comunidad había desaparecido con él.

«Lo único que ha de deshacerse son las velas», solía decir Mudd.

Pero la mayor parte de su familia se había ido deshaciendo. Séptimo recordaba perfectamente el día en que su hermano se había ido de casa. Desde las escaleras, con el corazoncito en un puño,

había visto cómo su querido hermano mayor se echaba una mochila a la espalda y salía por la puerta para no volver nunca más. Era media noche y los vecinos estaban dormidos, pero Mudd salió al porche, gritando tras él en la oscuridad:

—¡Ojalá Julius se hubiera hundido en el mar! —exclamó—. Preferiría que él se hubiera ahogado en el Atlántico a tener que ver como tú te ahogas en el mar de América. Déjame que te diga algo sobre los crisoles de culturas, chaval.

¡Nuestra gente sabe bastante sobre crisoles y calderos varios! Y no empiezan por tu cabeza, tus pies ni tus manos, eso te lo aseguro. Empiezan por tu alma, ¡eso es lo primero que cortan! ¡Tu espíritu! Y entonces, cuando tu espíritu está muerto, toman tu cuerpo y te hierven hasta que eres indistinguible, hasta que no eres más que mugre y huesos, idéntico al millón de otros tontos muertos en ese miserable caldero bastardo. Y mientras les das las gracias por dejarte hervir, ellos avivan el fuego y se alegran de que te hayas ido y, contigo, toda tu historia. ¡Vete, bastardo! ¡Vete y no vuelvas a pisar esta casa nunca más!

Lo mismo dijo cuando se fue Segundo, dos años más tarde, y una vez más cuando se fue Cuarto, unos años después.

A Séptimo le pareció oír aquella voz resonando otra vez en la calle oscura, mientras el taxi reducía la velocidad hasta detenerse frente a la casa de Mudd.

—Quince dólares —dijo el taxista.

«No se baje del taxi —oyó Séptimo que le decía el Dr. Isaacson —. No se baje del taxi.»

Séptimo se bajó del taxi.

«Mierda.»

* * *

Por desgracia, el color de la piel es uno de los principales marcadores de identidad para toda la humanidad. Eso es desde luego primitivo y descorazonador, pero tal vez también sea algo previsible teniendo en cuenta que, pese a la alta e infundada estima en que nos tenemos a nosotros mismos, somos apenas una especie animal más tratando de sobrevivir. Para una cebra, león = muerte, y a nadie se le ocurriría soltarle un sermón por formarse una idea

tan reduccionista del rey de la selva. Aun así, es imposible no imaginar las cimas a las que los humanos podríamos encaramarnos si algunas de nuestras características esenciales, como la amabilidad y la inteligencia, fueran tan inmediatamente discernibles y valoradas como las rayas y manchas de nuestros abrigos. Que te juzguen por el color de la piel es doloroso y degradante, como bien sabe cualquiera que haya pasado por ello. Pero si hay algo peor que ser juzgado por la propia piel es ser juzgado por el color de la piel de todo el mundo. Y, sin embargo, esa es la terrible situación que sufren los caníbales hoy en día, ya que no tienen la piel ni negra ni blanca, no son ni claros ni oscuros, ni orientales ni occidentales. Tras huir y asimilarse y huir de nuevo, tantas y tantas veces a lo largo de su atribulada historia, sus rasgos han alcanzado una especie de cero absoluto racial: su única característica es que no poseen ninguna característica única, y su tono de piel es tan particularmente ambiguo que pueden pasar —y, por ende, ser odiados— por cada una de las razas y cada uno de los pueblos de todas las naciones del mundo. Segundo, cuyo interés precoz por el arte lo empujó a hacer carrera en el mundo de la publicidad, comentó una vez que miles de años de historia los habían dejado sin patria y sin tesoros; lo único que habían heredado era una piel con un color Pantone específico que aseguraba que los odiaran todos, en todas partes, por los siglos de los siglos. A Séptimo lo habían tomado por mexicano en Texas, por blanco en South Central Los Angeles, por palestino en Jerusalén y por israelí en Cisjordania. Incluso en Nueva York mismo lo había asaltado un grupo en Staten Island creyendo que era negro, unos *hasidim* en Crown Heights que lo tomaron por hispano y unos supremacistas blancos en Queens que creían que era judío. Si Séptimo veía alguna ventaja en lo que Unclish denominaba su «maldita identidad ambigua» era la oportunidad que le brindaba de rondar a mujeres de etnias diversas que, de otra forma, tal vez no habrían querido salir con él.

—¿Negro? —le dijo a Jada, una dominatriz afroamericana demócrata liberal, baptista y proaborto—. Pues claro que soy negro.

—¿Judío? —le dijo a Leah, una ninfómana judíoamericana probélica, ortodoxa, neoconservadora y sionista—. Más judío que yo no hay nadie.

—¿Persa? —le dijo a Yazmin, una persoamericana bisexual,

comunista y disléxica—. ¿Parezco algo que no sea persa?

Pero la treta no era fácil de sostener, y mientras las turbias aguas de sus numerosas identidades ficticias iban subiendo de nivel a su alrededor, Séptimo deseaba conocer a alguien que se identificara simplemente como ser humano. Pero era imposible encontrar a una persona así, y Séptimo pronto se vio medio ahogado en tal aluvión de nacionalidades y etiquetas que a menudo era incapaz de recordar con quién salía, de dónde era ella o qué había afirmado ser él. Keira fue la gota que colmó el vaso, una poeta, contable y productora nigerianoirlandesaucranianoegipcia que conoció en la fiesta de publicación de un libro de memorias de un demócrata liberal, palestinocanadienseamericano de género fluido con problemas auditivos. («¡Ya era hora!», dijo la entusiasta crítica del *New York Times*.)

Séptimo se sintió aliviado cuando su relación finalmente se desmoronó: le dolían los hombros de cargar pancartas de protesta con ella cada fin de semana, y a menudo no lograba recordar qué causa se suponía que respaldaba y contra cuál fingía estar protestando. Estaba bastante seguro de que Keira tampoco lo sabía, pero cuando se lo dijo, ella puso fin a su relación. Él se desentendió de las mujeres, maldijo las relaciones, rechazó a los seres humanos y proclamó la imposibilidad del amor, y precisamente entonces conoció a Carol.

—¿Y tú qué eres? —le preguntó Séptimo, esperando el habitual aluvión de etiquetas.

—¿Qué soy? —respondió ella—. ¿O quién soy?

—Empecemos por el qué —dijo él.

—Soy un ser humano, tarugo. ¿Y tú?

Séptimo se coló por ella. Carol era aún más hermosa por dentro que por fuera, y eso que era una mujer infinitamente fascinante: sus opiniones ardientes, su humor oscuro, sus ojos verde jade que parecían arder con mayor intensidad cuando hablaba de las cosas que amaba y que se oscurecían cuando despotricaba contra aquello que despreciaba. Y su risa, una carcajada tan desinhibida y lujuriosa que, desde la primera vez que la escuchó, supo que quería escucharla todos los días durante el resto de su vida. Pero, por desgracia, su mente estaba tan llena de etiquetas y adjetivos que, a pesar de lo mucho que la quería, lo único que recordaba acerca de

su patrimonio cultural a los dos meses de relación era que era dominicoamericana y algo más, y preguntarle ahora era ya imposible. En cuanto a lo que le había dicho de sí mismo, solo podía estar seguro de que se trataba de una mentira.

—Papá, este es Séptimo —dijo Carol cuando le presentó a su padre—. Séptimo, mi padre.

—Hola —dijo su padre, que se fijó en el tono de piel de Séptimo en busca de pistas—. ¿Eres… colombiano?

—Sí, señor —dijo Séptimo.

—Pero me dijiste que eras dominicano —dijo Carol.

—Soy dominicocolombiano —dijo Séptimo.

—Pero dijiste que tu padre era guatemalteco —insistió ella.

—Sí, mi padre era guatemalteco —dijo Séptimo—. Guatemaltecocolombiano. Y mi madre era dominicana. Yo soy dominicoguatemaltecocolombianoamericano.

Carol se encogió de hombros, porque en realidad todo aquello la traía bastante sin cuidado, y, en cuanto se fue a la cocina a por bebidas, su padre le dio a Séptimo una buena palmada en la espalda.

—Mientras trates bien a mi hija —le dijo—, me da igual lo que seas. —Entonces le guiñó un ojo, le pegó un codazo y susurró—: Mientras no seas un maldito haitiano, claro.

—Jaja —dijo Séptimo.

Séptimo no sabía qué problema tendría el padre de Carol con los haitianos, pero si odiaba a los haitianos tampoco iban a gustarle mucho los caníbales, y le preocupaba que Carol compartiera los prejuicios de su padre. Así que Séptimo nunca le dijo una palabra sobre su pueblo, ni sobre sus tradiciones, ni sobre quién era realmente, hasta el punto de que, pasados tantos años, ni Carol ni Reese sabían nada acerca de su verdadera herencia cultural. En aquel momento, mientras contemplaba por primera vez en más de diez años la casa de su infancia (y el césped donde en su día se había dedicado a lanzar una pelota con su padre, y la ventana del segundo piso desde la que él y Primero solían lanzar paracaidistas de plástico, y la puerta principal por la que Sexto había salido una vez a recibirlo cuando se acercaba por el caminito de acceso, y la que quizá fuera la última casa de la última familia canibaloamericana existente), se preguntó si debería decírselo. Si

debían saberlo. Si debería pedirles a Carol y a Reese que se sentaran y decirles: «Chicas, tengo algo importante que contaros. ¿Sabéis el gordo de *La Isla de Gilligan*, con el hueso en la nariz? ¿Ese que lleva una lanza y grita "unga bunga"? Pues ese soy yo».

Tal vez había llegado el momento.

De aceptar quién era.

De asumir su propia historia. ¿No era eso a lo que actualmente se dedicaban todos los jóvenes? ¿A asumir sus propias historias?

De más joven había tenido miedo: miedo al rechazo, a no poder formar nunca parte del gran mundo que se abría al otro lado de su puerta. Pero ¿qué gran mundo era ese?, se preguntaba ahora. No había ningún gran mundo, tan solo una colección de minimundos en guerra, con sus nacionalidades, géneros, política y religiones, *istas* e *ismos*, neoestos y ultraaquellos.

A lo mejor Rosenbloom tenía razón.

Si todos los demás estaban metiéndose en sus jaulas y llamándolo libertad, ¿no debería hacer él lo mismo?

A lo mejor había llegado la hora de abrazar sus grilletes.

A lo mejor, a esas alturas, uno ya solo podía encajar entre los suyos.

* * *

Séptimo Seltzer se ahogaba en historias. Las muy cabronas estaban por todas partes: viejas historias escritas por maestros muertos desbordaban los estantes de su casa; mientras tanto, en su oficina se amontonaban las nuevas historias, gritando, chillando, exigiendo ser escuchadas; pero las peores, agazapadas en los oscuros rincones de su mente, eran las historias sobre su pueblo, cientos de ellas, historias milenarias, historias de sufrimiento y opresión, de persecuciones y acusaciones, de sueños arrasados y huesos rotos, melancólicas y sombrías, miserables cuentos del ayer que asaltaban su día a día.

«Nuestra historia de terror», la llamaba Mudd.

Mudd les contaba historias a sus hijos. Día y noche. Historias horribles, historias que les prohibía olvidar y les ordenaba volver a contar; historias de miseria y tortura, de victimización y matanzas, de sufrimientos interminables a manos de las abominables y

sangrientas naciones del mundo. *Érase una vez, mierda*.

Ningún niño era demasiado pequeño para escucharlas.

«Chicos, vosotros lo tenéis todo muy fácil», así era como empezaban todos sus cuentos.

—En el pasado todo era peor —añadió en una de esas ocasiones —, no os lo podéis ni imaginar. —Y cuanto más atrás en el pasado se remontaba, peor se ponían las cosas—. Hace doscientos años —siguió contando Mudd—, violaron y mataron a nuestros bebés frente a sus madres. Hace trescientos años violaron a nuestras madres delante de sus bebés y luego, cuando terminaron, violaron a los bebés delante de las madres. Y luego los mataron a todos.

—¿Y qué hicieron hace cuatrocientos años? —preguntó Tercero.

Mudd le pegó un golpe en la cabeza con el dorso de la mano.

—No seas burro —le dijo.

Mudd era una autoritaria estricta incluso en los momentos más irrelevantes, pero nunca tanto como cuando contaba las historias de su pueblo. No toleraba las faltas de respeto, no admitía preguntas, no permitía ninguna frivolidad infantil. Ni siquiera Primero se atrevía a desafiarla cuando relataba su pasado.

—Al menos por aquel entonces te mataban honestamente —dijo —, con un cuchillo en la garganta o una espada en el estómago. Aquí en América, en cambio, te van cortando parte a parte: te cambian el nombre, prohíben tus tradiciones, te menosprecian en la televisión… hasta que lo único que queda de miles de años de patrimonio cultural es un aparato de televisión y un par de Levi's.

—¿Qué son los Levi's? —preguntó Segundo.

—Unos pantalones —dijo Mudd—. Hechos por un judío de Nueva York.

—Levi Strauss era de San Francisco —señaló Cuarto.

—Perdón —dijo Mudd—. Hechos por un judío maricón.

Mudd amaba a su gente, tanto que, por orgullo, despreciaba a todos los demás: odiaba a los negros, a los asiáticos, a los latinos, a los caucásicos, a los indios, a los alemanes, a los sumerios, a los macedonios, a los cananeos, a los hititas, a los babilonios, a los homosexuales, a los travestidos, a los del cuero, a los veganos, a los hippies, a los cristianos, a los católicos, a los judíos, a los musulmanes, a los baptistas, a los jainistas, a los maniqueos, a los asuristas, a los paganos y a los ateos, y no tenía reparo alguno en

tacharlos a todos, en privado y también en público, de perezosos, criminales, poco éticos, cobardes, imperialistas, mentirosos, manipuladores, sucios, tacaños, feos, apestosos, incultos y sexualmente perversos.

—Algo bueno tendrán —dijo Quinto.

—Bueno, sí —respondió Mudd—. Que se mueren.

Séptimo solía preguntarse con preocupación si terminaría contrayendo el odio de su madre, si heredaría su intolerancia, como un virus, como un defecto de nacimiento, a pesar de todos sus esfuerzos por resistir, una especie de síndrome del gilipollas fetal. Tenía ya treinta años y, de momento, no había apreciado ningún síntoma. Pero no podía bajar la guardia: los síntomas podían presentarse en el momento más inesperado y, de pronto, uno se encontraba un domingo por la tarde en la tienda del Klan local, con la esposa y los niños probándose túnicas y capirotes.

Las historias eran las vacunas que Mudd administraba a sus hijos contra la influencia y los peligros de aquellos otros a quienes tanto despreciaba. Recurría a las historias para tratar a sus hijos de la misma forma que los médicos recurren a la medicación para tratar a sus pacientes, examinando su descendencia en busca de cualquier signo de infección moral o envenenamiento cultural y decidiendo, en función de los síntomas, qué historia administrar, con qué frecuencia y en qué formato.

Cuando Primero llegó a casa con una novia negra, le contó la historia de cómo Julius se había casado con su hermana Julia para así tener hijos caníbales y salvar a su pueblo.

Cuando Segundo llegó a casa con una novia judía, le contó historias de cómo los musulmanes habían violado y asesinado a su gente.

—Es judía —dijo Segundo—, no musulmana.

—Tanto monta, monta tanto —respondió Mudd, encogiéndose de hombros.

Pero la historia que contaba más a menudo, la historia que todos los canibaloamericanos contaban una y otra vez, era la historia de su bisabuelo Julius, que llegó a América con poco más que la camisa que llevaba puesta.

Y esa era la historia que, casi treinta años después de haberla escuchado por primera vez, seguía persiguiendo a Séptimo Seltzer.

* * *

—Era el año 1914 —dijo Mudd—, cuando Julius Seltzer, hijo de Samuel Seltzer, hijo de algún otro Seltzer, dejó la antigua patria y se marchó al Nuevo Mundo, apenas unos días después de cumplir los dieciocho años.

—¿Y cómo era la antigua patria? —preguntó el joven Séptimo.

—La antigua patria era un paraíso —dijo Mudd—, lleno de árboles altísimos, arroyos susurrantes y exuberantes praderas, con uvas del tamaño de manzanas, manzanas del tamaño de pomelos y pomelos del tamaño de un todoterreno. Pero un día llegó el momento de partir: un nuevo rey acababa de acceder al poder y aquel dejó de ser un lugar seguro para nuestros antepasados. Así pues, una noche, Samuel acompañó a su hijo Julius y a su hija Julia al muelle, donde le entregó a Julius una maleta de cuero marrón con asa de madera y pesados broches dorados. Dentro de la maleta estaba el antiguo Cuchillo de la Redención, con el que se lleva a cabo el sagrado rito del Consumo, y que pertenecía a su familia desde hacía generaciones.

—Llévatelo contigo —le dijo Samuel a Julius.

—Pero papá —dijo Julius, temeroso ante tamaña responsabilidad—, ¿estás seguro?

—Sí —dijo Samuel—. Llévatelo y nunca olvides quién eres ni de dónde vienes.

Después de cuatro angustiosas semanas en alta mar, Julius y su hermana, Julia, estaban acurrucados en la cubierta del *SS Expedition* esperando a que el Nuevo Mundo apareciera en el horizonte. Sentados junto a ellos había cientos de migrantes más, hambrientos y desesperados, procedentes de varias decenas de antiguas patrias. El sol dorado asomó al este y el cielo ardió con tonos violetas y rosas; habían dejado la antigua patria en pleno invierno, pero llegarían al Nuevo Mundo justo cuando la primavera empezaba ya a insinuarse. Habían superado tormentas, enfermedades y privaciones pero, por fin, en aquella estación en la que todo renacía, estaban cada vez más cerca de una nación también nueva, nacida hacía apenas un siglo y medio.

El barco atravesaba las pesadas olas de un mar interminable, las oscuras aguas chocando contra su cansado casco cuando, de

repente, un anciano que estaba a la izquierda de Julius se levantó sobre la barandilla, señaló a un lado del barco y exclamó:

—¡América!

Julius y Julia estiraron el cuello y se pusieron de puntillas. Ahí estaba, la diosa vestida que llevaban tanto tiempo esperando poder ver con sus propios ojos: la Estatua de la Libertad emergía entre la niebla con su magnífica antorcha como un faro de libertad para todos.

Los pasajeros empezaron a llorar de alegría. Aquellos que creían en Dios alzaron sus voces y entonaron cánticos de alabanza y agradecimiento, e incluso los no creyentes acompañaron a los fieles en sus extáticos himnos de gratitud. Los maridos abrazaron a las esposas, los hermanos abrazaron a las hermanas y los desconocidos bailaron unos con otros. En la cubierta de aquel barco exhausto y azotado por el clima, el pasaje se reunió sin tener en cuenta la raza, el credo, la religión o el color, porque allí, en el suelo del Nuevo Mundo, podrían vivir sin temor al odio o a la opresión.

—¿Qué eres? ¿Una especie de negro? —le preguntó el funcionario de inmigración a Julius, estudiando su ambigua pigmentación.

—No.

—¿Judío?

—No.

—¿Árabe?

—No.

—¿Asiático?

—No.

—¿Italiano?

—No.

—¿Francés?

—No.

—¿Comunista?

—No.

—¿Socialista?

—No.

—¿Gay?

—¿Gay? —preguntó Julius.

—Homosexual.

—No, ya sé qué significa «gay».

—Bueno, pero ¿lo eres o no?

—No.

—¿Judío?

—Eso ya me lo has preguntado.

El oficial se lo quedó mirando.

—Y, entonces, ¿qué demonios eres, chico? —le preguntó—. Tienes que ser algo.

Pero Julius sabía que estaba prohibido revelar quién era su gente o de dónde venía, porque, en cuanto lo hacían, nunca tardaban en aparecer las horcas y las antorchas.

—Soy de la antigua patria —dijo Julius.

—¿Qué antigua patria?

—La más antigua de todas.

—¿Cómo de antigua es?

—Antiquísima.

—Y esa patria… ¿tiene un nombre?

—Sí.

—¿Sabes cuál es?

—No.

El oficial soltó un suspiro de exasperación.

—Bueno, lo que está clarísimo es que de aquí no eres —le dijo.

—No —admitió Julius—. Esto es el Nuevo Mundo.

—Ya te digo —le espetó el funcionario, satisfecho de haber podido afirmar su autoridad de alguna manera—. Pondré «Otro».

—Perfecto —dijo Julius.

—¿Casado? —preguntó el funcionario.

Julius vaciló un instante, pues era bien sabido que los oficiales de inmigración preferían los casados a los solteros. Julius podría haber mentido y afirmado que su esposa llegaba en un barco posterior, pero habría servido de poco: si el cónyuge del inmigrante no estaba presente, los funcionarios consideraban al inmigrante soltero, de modo que Julius no tenía elección.

Ya iba a decir que no cuando, de repente, Julia se le adelantó, lo tomó de la mano y dijo:

—Sí.

—¿Eres su esposa? —preguntó el funcionario.

—Sí.

—Pues pareces su hermana…

A Julia le dio un vuelco el corazón, ya que todos los caníbales guardan un notable parecido familiar. Consternada, iba ya a salir corriendo por la puerta del centro de inmigración cuando, al darse la vuelta, presenció un espectáculo impactante: hermanos besando a hermanas, madres besando a hijos y padres besando a hijas, todos ellos tratando desesperadamente de demostrar que estaban casados para así convertirse, del primero al último, en americanos. Y así fue como Julia se volvió hacia su hermano, le tomó la cara entre las manos y lo besó con una pasión y un arrebato con el que nunca antes había besado a nadie.

Julius se aturulló, Julia se sonrojó, el oficial selló sus papeles y, después de atravesar la puerta marcada con un cartel de Bienvenidos, Julius y Julia dieron los primeros pasos de su familia en el Nuevo Mundo de sus sueños.

Pero la alegría duró poco, explicó Mudd. Las calles no estaban pavimentadas con oro. De hecho, la mayoría simplemente no estaban pavimentadas. La ciudad de Nueva York era un retrete. Había muy poco trabajo y faltaba la comida. Así que cuando Julius oyó que un gran hombre llamado Henry Ford prometía pagar a sus trabajadores cinco dólares diarios, una fortuna en aquellos tiempos, decidió empacar sus pocas pertenencias y partir hacia el oeste, a la tierra de Michigan donde, como tantos otros inmigrantes recientes, consiguió un trabajo en la Ford Motor Company, en la ciudad de Detroit.

Pero, una vez allí, Julius descubrió que aquella realidad tampoco se correspondía con sus sueños. El trabajo era brutal y peligroso, los capataces actuaban con crueldad y las máquinas eran implacables. Si a un trabajador se le enganchaba el puño de la camisa en uno de los engranajes o ganchos, la máquina lo consumía en segundos. Pero para aquellos hombres, fríos y hambrientos, el riesgo de morir bien valía los cinco dólares diarios que les permitían cuidar de sus familias. Y así seguían llegando, un día tras otro, a millares. De hecho, llegaron tantos trabajadores que Ford decidió cambiar las reglas. Decretó que, para poder percibir el salario diario de cinco dólares, los inmigrantes primero tenían que americanizarse, sometiéndose a un proceso sumamente exigente que incluía clases obligatorias, inspecciones aleatorias de los

hogares por parte de los supervisores de la Ford y la adhesión a un estricto código de conducta. Era una empresa ardua, intensa y a menudo degradante, que muchos no lograron completar con éxito. Pero para quienes sí lo hacían, Henry Ford celebraba una ceremonia anual, en el marco de lo que pasó a conocerse como el Día de la americanización.

El evento tenía lugar convenientemente el 4 de julio. A la hora señalada, los amigos y familiares de los aspirantes a la americanización se encontraban ante una extraña visión: un enorme caldero negro de madera contrachapada, de diez metros de ancho por cinco de alto, con las palabras «Crisol de culturas» escritas con grandes letras blancas en la parte delantera. Tras unas breves palabras de introducción, empezaba la ceremonia. Los empleados que habían completado con éxito sus cursos en la Academia de americanización iban subiendo al escenario ataviados con los trajes tradicionales de sus países de origen. Ante la atenta mirada de sus familiares, subían por una escalera y «se metían» en el crisol. Una vez dentro, y ya fuera de la vista del público, los empleados se despojaban de su vestimenta tradicional, bajo la cual llevaban el traje negro y la corbata del respetable trabajador americano. A continuación se les entregaba una pequeña bandera americana y se los dirigía a la escalera del lado opuesto del caldero, por la cual emergían entre los vítores de la multitud, orgullosos americanos con traje y bandera.

Aquí la voz de Mudd se quebraba por la emoción.

—Julius emergió de aquel crisol infernal entre lágrimas —dijo —. Había entrado como un hombre roto, desesperado por conseguir dinero, pero al salir no era ni siquiera un hombre. Porque, ¿qué es un hombre sino su pasado y su gente? Sin ellos queda reducido a un fantasma, una sombra, una silueta desprovista de rasgos, sin profundidad ni sustancia. Y, así, el pobre Julius salió por el otro lado de la maldita olla y, cuando tropezó con la maldita escalera y Julia lo tomó en sus brazos, dijo llorando: «América no valía la pena».

»Aquella fue la parte más lamentable del capítulo más angustioso de toda la desgarradora historia de los canibaloamericanos —dijo Mudd—. Desde entonces, es tradición que, el día en que cumplen dieciocho años, los jóvenes

canibaloamericanos se vistan con trajes negros y corbatas rojas, y empuñen maletas de cuero marrón con asas de madera y pesados broches dorados, para conmemorar el terrible día en que a Julius lo obligaron a convertirse en americano.

»Y vosotros, niños —añadía Mudd, enjugándose las lágrimas de la cara—, os estáis tirando a esa olla de cabeza.

* * *

Séptimo Seltzer abrió la puerta de la casa de su madre y tuvo la sensación de retroceder en el tiempo. Allí la historia seguía viva, como el asesino del hacha de una película de terror, que uno cree muerto pero que siempre se las arregla para regresar para una última carnicería.

—¿Hola? —dijo—. ¿Mudd?

Nada había cambiado desde que se había ido: ni las fotos de Sexto junto al aparador, ni el sofá con estampado de flores momificado para la eternidad bajo una funda de vinilo transparente, ni tampoco el descolorido póster de metro y medio de alto de la Universidad, que dominaba la sala desde su infancia.

Al ver la Universidad, Séptimo se estremeció.

La Universidad había sido el proyecto más ambicioso de Unclish, un vasto y multimillonario centro de aprendizaje canibaloamericano ubicado en Nueva Jersey, el primero en toda la historia caníbal. El póster era una acuarela que representaba el exterior del gran atrio principal, con estudiantes canibaloamericanos que pasaban bajo los arcos de sus altos portones, mientras otros se sentaban a la sombra de un roble cercano, debatiendo las leyes y costumbres de su pueblo, anhelando la antigua patria y contando historias de sus benditos antepasados.

—Un día estudiarás allí —le había dicho Mudd a Séptimo— y serás el orgullo de toda la Universidad.

Pero ese sueño, como tantos otros de los sueños de Mudd, nunca había llegado a cumplirse y, una vez más, Séptimo notó cómo la boca se le llenaba con el asqueroso sabor de la culpa.

—¿Hola? —volvió a llamar—. ¿Hay alguien?

En ese momento se abrió la puerta de la cocina y de dentro salió Cero, con una compresa fría en la mano. Al verlo se detuvo en seco.

—¿Séptimo? —preguntó.

—¿Cero? —dijo él, sorprendido—. Cero, Dios mío, ¿en serio eres tú?

Hacía una eternidad que Séptimo no veía a su hermana. Esta tenía ya veinte años y se había convertido en una joven atractiva, alta y de piel aceituna, con los ojos oscuros y una mirada profunda. Pero en esos ojos Séptimo detectó un cansancio que en su día no había estado ahí. La enfermedad de Mudd sin duda la había afectado, pero lo que percibió en Cero fue en realidad el cansancio de una madre, y tuvo que recordarse que, tal como él la había cuidado a ella de niña, Cero llevaba años cuidando de Tercero, que a los treinta años seguía siendo un niño mentalmente. Cero lo alimentaba y lo vestía, lo llevaba a pasear por el parque y a parques infantiles donde ella no jugaba, y le ponía películas infantiles que no tenía ningún interés en ver. Y sí, tal vez la infancia de Séptimo había estado marcada por la disfunción y la discriminación, pero es que Cero no había tenido infancia.

—Sep… —le dijo, abrazándolo fuerte.

—Supercero —respondió él, usando el nombre que le puso cuando eran pequeños—. ¿Cómo está?

—No pinta bien.

—¿Han sido las hamburguesas? —preguntó.

Cero se encogió de hombros.

—¿Cuántas? —preguntó Séptimo.

—¿En total? Tercero ha estado llevando la cuenta. Unas trece mil.

—¿¡Trece mil!?

—Lleva ya tres años comiéndolas…

—¿Cuánto cuesta un Whopper hoy en día? —preguntó Séptimo —. ¿Cuatro dólares? ¿Cinco?

—Seis —dijo Cero—. Doble de *bacon* y extra de queso.

—La herencia va a resentirse —bromeó Séptimo—. Mejor no se lo digamos a Primero.

Cero sonrió y, por un breve instante, volvió a ser la niña alegre que él recordaba.

—Ven —dijo ella, tomándolo de la mano—. No queda mucho tiempo.

Cero llevó a Séptimo a la habitación de Mudd, donde ya

esperaban el resto de los hermanos Seltzer, hacinados los diez alrededor de la cama extragrande de su madre. Séptimo no podía recordar la última vez que habían estado todos juntos en la misma habitación. A lo mejor, pensó, no lo habían estado nunca: para cuando los más pequeños de la familia habían empezado a ponerse de pie, los mayores ya estaban saliendo por patas.

La habitación apestaba, una pútrida combinación de Whoppers y orina, como el baño de un Burger King de un área de descanso. El aire era denso y pesado, sofocante, y tampoco ayudaba que hubiera una docena de adultos apelotonados alrededor de una cama que, desde la puerta, Séptimo no alcanzaba ni siquiera a ver.

Primero, que, como siempre, era el que estaba más cerca de la puerta, se volvió hacia él y lo saludó con la cabeza. Era ya casi un hombre de mediana edad, con unas entradas pronunciadas y el pelo gris, pero sus ojos poseían la misma intensidad que Séptimo recordaba de su juventud. Séptimo vio a Décimo al otro lado de la habitación, su expresión de pena contrastaba vivamente con el chándal de colores chillones que llevaba puesto; parecía que viniera directamente del gimnasio, donde, a juzgar por su físico, debía de pasar una parte considerable de su tiempo.

«Sigue siendo un guerrero —pensó Séptimo—, sigue esperando la guerra.»

(—Hoy he levantado cien kilos —se había jactado Décimo una vez hablando con Cuarto, exhibiendo los músculos de los brazos y del pecho después de una tarde triunfante en el gimnasio.

—¿Por qué? —preguntó Cuarto—. Si ahora tenemos máquinas que hacen eso por nosotros…

Era una pregunta genuina, pero Décimo lo placó y lo retuvo en el suelo hasta que Cuarto admitió que, a pesar del significativo progreso mecánico de la humanidad, levantar pesas era una actividad razonable.)

Junto a Décimo estaban Undécima y Duodécima (las gemelas, tal como las llamaban todos los que no insistían en seguir refiriéndose a ellas como «gemelos»), ataviadas con lúgubres vestidos negros y sombreros de fieltro negro con velos también negros; se llevaban pañuelos a la nariz con gestos delicados y se enjugaban las esquinas de los ojos manchados de rímel. Se hicieron a un lado, sus tacones altos chasqueando en el suelo, para dejar

pasar a Séptimo. Este se encogió y deseó que no se hubieran movido, consciente de que Mudd también oiría sus tacones. Fue una reacción residual de su niñez, algo que creía haber dejado atrás: deseaba que las gemelas fueran libres para ser ellas mismas, pero le preocupaba que Mudd se sintiera herida.

Tercero, que era medio metro más alto que todos los demás, estaba al pie de la cama de Mudd, llorando inconsolablemente. Cero tomó su enorme mano y trató de consolarlo. Tercero se hizo a un lado para dejar pasar a Séptimo y allí, en la cama, en medio de todos ellos, vio a Mudd, el oxidado eje de la deteriorada rueda de su familia.

Era enorme.

Más que enorme.

Se había vuelto completa, inviable, increíblemente obesa, tan ancha como siempre había sido alta. Su respiración era superficial y trabajosa, y Séptimo tuvo la sensación de que en cualquier momento iba a morirse asfixiada bajo su propia masa imposible. La pregunta, de hecho, no era cómo podía ser que se estuviera muriendo, sino cómo era posible que siguiera viva.

Había una alta torre de bolsas de Burger King amontonadas en la mesita de noche, paquetes de kétchup vacíos esparcidos por la cama y patatas fritas tiradas por el suelo, como si trataran de huir de su ineludible destino.

—¿Mudd? —preguntó Séptimo, acercándose a ella, incapaz de ocultar su sorpresa—. ¿Mudd…?

Era costumbre entre su gente que quienes se encontraban ya en las últimas etapas de la vida —y, más importante aún, en las primeras de la muerte— se atiborraran de comida para engordar lo máximo posible antes de morir, una tradición conocida como la Cornucopiación, para que aquellos que desearan consumirlos pudieran hacerlo sin límite. La costumbre había surgido hacía mucho tiempo, después de la Gran Privación, una época terrible en la antigua patria durante la cual su gente había experimentado tal hambre y pobreza que, cuando finalmente sucumbían y morían, quedaba muy poco de ellos que consumir. Decididos a seguir con sus tradiciones, los caníbales crearon un plato llamado *zubets*, aunque llamarlo *plato* era bastante optimista: se trataba básicamente de un montón de huesos salados del difunto, que la

familia roía hasta que alguien perdía un diente, momento en el que el acto de Consumo se consideraba completo.

Por eso Mudd había estado comiendo una docena de Whoppers diarios: convencida de que la muerte se acercaba, había comenzado su Cornucopiación. Pero la muerte había tardado más en llegar de lo que ella esperaba (o tal vez había llegado pero había sido incapaz de matarla), y Mudd había engordado tanto que Séptimo no la habría reconocido si se hubiera cruzado con ella por la calle (asumiendo, claro, que su madre hubiera cabido por la puerta principal).

—¿Séptimo? —gimió Mudd—. ¿Eres tú?

Séptimo tomó una de sus manos, enorme e hinchada.

—Estoy aquí, Mudd —dijo—. Estoy aquí.

Mudd lo miró con ojos vidriosos y oscuros.

—Llegas tarde —dijo.

—Había tráfico —respondió Séptimo—. En el puente.

—Hay que ser muy burro para tomar el puente en día laborable —le soltó ella.

—Mudd —dijo Séptimo—, ¿qué pasa?

Noveno estaba de pie frente a Séptimo, con su bata blanca de médico. También él debía de haber venido directamente del trabajo, pero desde donde estaba, Séptimo no lograba leer el nombre del hospital que llevaba bordado en el pecho. Noveno cogió la otra mano de Mudd en la suya y le tomó el pulso. Entonces miró a Séptimo y sacudió la cabeza: no pintaba bien.

—Mudd —dio Séptimo—, por favor, deja que llame a una ambulancia.

Pero Mudd se negó.

—No —dijo con voz firme—. La policía no existe.

—La policía no existe —repitió Séptimo—, pero eso no significa que no existan las ambulancias…

—¿Dónde está Quinto? —gimió Mudd—. ¿Está aquí?

Quinto estaba en un rincón, junto a la puerta del baño, con la cara cubierta de lágrimas.

—Estoy aquí, Mudd —dijo—. Estoy aquí. Mudd, lo siento mucho…

—Ya te has disculpado bastante, hijo mío —dijo ella—. Te disculpaste siempre que tus hermanos no lo hacían. Y por eso,

Quinto, te dejo mi corazón, ya que tú me diste el tuyo.

—Mudd, no… —suplicó Quinto.

—Mudd, voy a llamar a una ambulancia —dijo Séptimo—. Esto es ridículo.

Pero Mudd lo ignoró.

—¿Dónde está mi Octavo? —protestó.

Octavo se acercó a su madre, los ojos llorosos fijos en el reloj digital que había junto a la cama de Mudd. Séptimo sabía que Octavo, fiel guardián de sus leyes y reglas, estaba atento para anotar la hora precisa de la muerte. La hora de la muerte era crítica.

Crítica para… en fin…

Eso.

—Estoy aquí, Mudd —respondió Octavo sin apartar los ojos del reloj—. Estoy aquí.

—Octavo —dijo Mudd—, tú has sido mi único erudito.

Fuiste el único que estudió las costumbres de nuestro pueblo, el único que memorizó todas nuestras tradiciones. Y el único que un día liderará a nuestro pueblo, como lo ha hecho tu querido tío Unclish. Así que a ti, hijo mío, te dejo mi cabeza, ya que es con tu cabeza con lo que nos redimirás.

Las lágrimas rodaban por las mejillas de Octavo, que, sin embargo, no apartaba los ojos del reloj.

Mudd se volvió ahora hacia Décimo.

—Décimo —dijo, con voz débil.

—Mudd —respondió Décimo, con labios temblorosos—. Tienes que hidratarte…

—Mi guerrero —dijo Mudd—. Nuestro guerrero. A ti, mi héroe, te dejo mis manos, ya que será con tus puños que nos protegerás mucho después de que yo me haya ido.

De repente, Tercero se desmoronó, incapaz de oír a su madre refiriéndose a su propia muerte. Hundió la cabeza entre los hombros y se le encendió el rostro mientras intentaba contener su dolor, hasta que no pudo soportarlo más, echó la cabeza hacia atrás y rompió a llorar. Ver a Tercero llorando los afectó tanto (por su inocencia y falta de malicia, se había convertido en el latido, el corazón desprotegido de la familia) que los demás también se echaron a llorar.

—A ti, Tercero —dijo Mudd—, a ti que has estado a mi lado hasta mi última hora, que te quedaste conmigo cuando los demás se alejaron, a ti te dejo mis brazos, ya que tú siempre me has apoyado con los tuyos, tan robustos.

—Mudd —dijo Séptimo— ya basta. Voy a pedir ayuda.

—Y ahora te toca a ti, mi querido Séptimo —siguió diciendo su madre—, que desde joven hiciste tuya la misión de mantener a esta familia unida, a ti, hijo mío, te dejo mi piel, que me mantuvo unida a mí. Para que sigas manteniendo a nuestro pueblo unido.

Entonces Mudd empezó a toser, con una mueca de dolor.

—Si vamos a llamar a un médico tiene que ser ahora —le dijo Noveno a Séptimo.

—Pero si tú eres médico —observó Séptimo.

—No, soy veterinario —repuso Noveno.

—Pues perfecto, ¿no? —dijo Primero.

Décimo le dirigió una mirada de desprecio.

—Ojo con lo que dices —le advirtió.

—Que te den —replicó Primero.

El sonido de la voz de Primero pareció apartar a Mudd de la oscura puerta de la muerte. Levantó la cabeza, clavó los ojos en él y las llamitas de vida que todavía ardían en su interior se reavivaron de repente.

—Y ahora —dijo con vigor y asco renovados, la mirada todavía fija en él—, el resto. Los desertores. Los traidores. Los que os deshicisteis. Los que me dejasteis. Los que abandonasteis a vuestro pueblo.

Volvió la cabeza hacia Segundo.

—A ti, Segundo, que te casaste con una Sherwood y te alejaste corriendo de tu pueblo para refugiarte en otro, te dejo mis pies.

«¿Se ha casado con una Sherwood? —se dijo Séptimo—. ¿Segundo?»

Séptimo sintió una repentina oleada de ira en su interior.

¿Segundo se había casado con una judía?

¿Por qué?

Y, sobre todo, ¿por qué le importaba a él? Él mismo había dado también la espalda a su gente, ¿por qué no debería poder hacerlo Segundo? Y, sin embargo, por lo que fuera —quizá porque Mudd se estaba muriendo, quizá porque Tercero estaba llorando, quizá

porque Octavo no apartaba los ojos del maldito reloj de la mesita de noche—, Séptimo se sintió traicionado.

¿Traicionado?

Sí, traicionado.

¿En serio tenía que casarse ni más ni menos que con una judía?

Entonces, inmediatamente, Séptimo se estremeció, y se odió a sí mismo por haber pensado aquello.

Síndrome del gilipollas fetal.

«Bien hecho —se dijo Séptimo—. Bien por Segundo. Muy bien por él. Me alegro por él, bien.»

—A Cuarto —siguió diciendo Mudd—, el hombre de *ciencia* —y pronuncio esta palabra con el mismo desprecio que le despertaba desde que era joven—, el que podría haber escrito libros sobre nuestro pueblo pero eligió en cambio escribir sobre otros, a ti te dejo mi lengua, ya que usaste la tuya contra nosotros. A Noveno, el amante de hombres, que eligió el placer a la pervivencia, a ti te dejo mis piernas, pues tu vida fue como una zancadilla para mí. A Undécimo y a Duodécimo, que podrían haber engendrado a una nueva generación pero que eligieron convertirse en mujeres, os dejo mis genitales. Ya que odiáis tanto los vuestros, tal vez os gusten los míos. Y a Cero, que me dio cero, no le dejo nada.

El dolor la desgarró una vez más, mientras se retorcía entre agónicos padecimientos.

El final estaba ya cerca. Lo único que la sostenía en aquel momento era la rabia.

—Y por último —gruñó entre los dientes apretados y amarillos —, mi Primero. El primero en dejarme, el primero en traicionarme, el primero que se sumergió de cabeza en ese crisol que el gran Julius tanto despreció, el primero que fue peor que Jack Nicholson… A ti, Primero, te dejo mi culo.

Mudd hizo otra mueca de dolor.

—Para que me lo puedas besar —añadió.

Primero esbozó una sonrisa amarga.

—Oh, Mudd —dijo—. No tenías por qué.

Pero ella cerró los ojos, concentrándose en su respiración agitada.

—Niños —dijo—, todos vosotros nacisteis en esta casa y ahora yo moriré en ella. Se ha mantenido en pie mientras muchos de

vosotros caíais. La compré por una miseria, hace muchos años, y ahora vale una fortuna. Y si queréis vuestra parte de esa fortuna, honraréis mi última voluntad.

—Por supuesto —dijo Octavo.

—Lo que haga falta —lloró Décimo.

—¿Una fortuna? —preguntó Primero.

—Ya basta, Mudd —dijo Séptimo—. No vas a morir, por el amor de Dios. Deja que llame a alguien.

Sacó el teléfono, pero Mudd lo agarró por la muñeca, tiró de él y lo miró fijamente, con los ojos abiertos de par en par, mientras su alma empezaba a abandonar este mundo. Lo obligó a acercarse más, tirando de él con su manaza, y, con un último aliento, susurró las palabras que Séptimo sabía que diría, las palabras que Mudd llevaba toda su vida esperando para poder decir, las palabras que él no podía ni siquiera pensar, y mucho menos pronunciar.

—Cómeme —dijo.

Lo acercó aún más, clavando aquellos ardientes ojos moribundos en los suyos.

—Cómeme.

Y Séptimo, a pesar de todas las promesas que se había hecho a sí mismo a lo largo de los años, se secó las lágrimas y dijo lo que siempre había sabido que diría:

—De acuerdo, Mudd —dijo—. De acuerdo.

Entonces Mudd le soltó el brazo, su mano cayó lacia sobre la cama y el dolor desapareció de su rostro.

Mudd estaba muerta.

* * *

Tres años antes, tras saber que Mudd había empezado a comer Whoppers, Séptimo llamó al Dr. Isaacson. Hacía ya un tiempo que Séptimo había decidido abandonar su tratamiento, pero no sabía cómo lidiar con aquella noticia y necesitaba ayuda. Sentía que estaba a punto de perder el control y no podía acudir a Carol en busca de apoyo.

—Es mi madre —le dijo al Dr. Isaacson—. Está tratando de suicidarse.

—Pues llame a la policía —dijo el Dr. Isaacson.

—Está comiendo Whoppers.

—¿Las bolitas esas de leche malteada?

—No, hamburguesas —dijo Séptimo—. Con doble de *bacon* y extra de queso, sin lechuga.

—Pues llame a un nutricionista —dijo el Dr. Isaacson.

—Es una tradición.

—¿Comer Whoppers es una tradición?

—Engordar es una tradición —dijo Séptimo—. Antes de morir.

—¿Una tradición para quién? —preguntó el Dr. Isaacson.

—Ya se lo conté —respondió Séptimo—. Para… nosotros.

—Su patrimonio cultural singular —dijo el Dr. Isaacson.

Séptimo dudó un instante.

—Sí —dijo finalmente.

Oyó como el Dr. Isaacson soltaba un suspiro.

—No veo ninguna razón para reanudar su terapia, Sr. Seltzer —dijo el Dr. Isaacson— si no está dispuesto a decirme por lo menos quién es usted.

Y el Dr. Isaacson colgó.

«Pero es que eso es precisamente lo que estoy tratando de averiguar», pensó Séptimo.

* * *

Fue después de la muerte de su padre cuando Montaigne se encerró en su biblioteca para iniciar su proyecto de escribir sobre sí mismo, sus pensamientos, sus filias, sus fobias y sus inseguridades.

«Los otros conforman al hombre —escribió—; yo lo describo en tanto que un ejemplar bastante mal formado», escribió.

«¿Quién soy yo?», se preguntaba esencialmente Montaigne hace quinientos años. «¿Cuál es mi historia?» Tras la muerte de su madre, Séptimo se preguntaba lo mismo. Porque más allá de la honestidad y la conciencia que Montaigne tenía de sí mismo, más allá de su humanidad y perspicacia, lo que más había interesado a Séptimo desde siempre era lo siguiente:

Montaigne no se llamaba Montaigne.

Se llamaba Eyquem.

Michel había renunciado al nombre de sus antepasados.

Le había dado la espalda a su gente.

¿Michel de Montaigne, una de las figuras más significativas de la Ilustración, el parangón de la independencia personal y del pensamiento libre, el hombre que influyó en todos, desde Descartes a Emerson y Shakespeare, había optado por deshacerse?

«No relato el ser —escribió Montaigne—, sino el devenir.»

«Pues a mí me da que lo que relatas es lo que sucede cuando uno se deshace», pensó Séptimo.

* * *

Su padre les contó una versión muy diferente de la historia de la llegada de Julius a América de la que les había dado Mudd.

—Era el año 1914 —dijo su padre— cuando Julius Seltzer, hijo de Samuel Seltzer, hijo de algún otro Seltzer, dejó la antigua patria para ir al Nuevo Mundo, apenas unos días después de cumplir los dieciocho años, con poco más que la camisa que llevaba puesta.

—¿Cómo era la antigua patria? —preguntó el joven Séptimo, deseoso de volver a oír hablar de los prados y las colinas y de aquella fruta de un tamaño descomunal.

—La antigua patria —dijo su padre— era un retrete, con caminos de barro, sumideros apestosos y miseria. Y al final Samuel decidió que era hora de irse.

—Por el rey… —ofreció Séptimo.

—¿Qué rey?

—El nuevo rey.

—No había ningún rey —dijo su padre—. La antigua patria estaba gobernada por una afianza informal de líderes tribales organizados en torno a una rama ejecutiva sin poder real, sostenida a lo largo de los años por varias superpotencias mundiales.

—Ajá —dijo Séptimo.

—Así que había llegado la hora de irse —dijo su padre— porque Samuel quería una vida mejor para sus hijos que la que podía proporcionarles en la antigua patria. Y así, una noche, bajo el amparo de la oscuridad, llevó a Julius y a su hermana menor, Julia, al muelle, donde le entregó a Julius una maleta de cuero marrón con asa de madera y pesados broches dorados. Dentro de la maleta estaba guardado el antiguo Cuchillo de la Redención, con el que se lleva a cabo el sagrado rito del Consumo.

»—Llévate esto contigo —le dijo Samuel a Julius.

»—¿Para que nunca olvide quién soy o de dónde vengo? —preguntó Julius.

»—No —dijo Samuel—. Porque es lo único que tenemos de valor. Llévatelo, empéñalo por algo de dinero y sigue adelante con tu vida. Olvida quién eres, Julius, y olvida de dónde vienes.

»Julius se resistió. Lo habían criado para que amara sus tradiciones y su pasado, y sentía que su pueblo lo definía. No era solo Julius Seltzer: era un orgulloso canibalocomosellamarasupaisaniano y siempre lo sería.

»—Pero padre —suplicó Julius—, ¿cómo puedo tirar todos esos años de historia por la borda e ignorar todo lo que ha sufrido nuestro pueblo?

»Samuel le pegó un golpe en la cabeza con el dorso de la mano.

»—No seas burro —dijo—. El pasado es un ancla, hijo mío, con un extremo encadenado a nuestros tobillos y el otro enterrado en el barro de la historia. Y nos arrastra hacia abajo, nos impide avanzar. Darwin, que era caníbal, dijo que venimos de los monos. ¿Significa eso que debemos trepar a los árboles y columpiarnos de las parras porque es lo que hacían nuestros antepasados? ¿Debemos comer bichos, tirarnos mierda unos a otros y pelearnos por los plátanos? ¡No! Lo que hacemos es seguir adelante. Progresar. Dejar la selva atrás. Y ahora ¡vete! Si quieres ayudar a tu gente, ayuda a toda la gente, porque toda la gente es tu gente. Vete. Vete y sigue adelante, Julius. El futuro aguarda.

»¡Qué difícil le resultó a Julius hacer lo que su padre le había ordenado! Se resistió y pasó los primeros días y noches en ese barco abrazando la maleta marrón contra su pecho, negándose a soltarla. Pero pronto se olvidó de ella —dijo su padre— y siguió adelante. Porque lo que descubrió en ese viejo barco era algo mucho más valioso que cualquier maleta vieja.

»Porque Julius y Julia no eran los únicos del barco que buscaban algo nuevo —explicó su padre—; no eran los únicos que huían de su pasado. No tardaron en descubrir que todos los pasajeros, cada uno con su nación de origen, su raza, su religión y su pasado propios, compartían un mismo sueño, un sueño loco, un sueño hermoso, un sueño que no había soñado nadie en toda la historia de la humanidad: el sueño de un futuro compartido. Mientras el resto del

mundo vivía con los ojos puestos en el pasado, aquellos inmigrantes acurrucados miraban desafiantes hacia delante. El lugar de donde procedían individualmente era menos importante que el lugar al que se dirigían juntos.

»Estaban locos —dijo su padre—. Dementes, incluso. Pero todos los profetas lo están.

»Y así —siguió contando su padre—, ocho angustiosas semanas en el mar más tarde, cuando Julius y Julia, en la cubierta del *SS Expedition*, atisbaron la Estatua de la Libertad, lloraron. Desconocidos abrazaron a desconocidos, porque finalmente habían dejado atrás el sombrío y bestial mundo de la diferencia y la división, y allí, en el Nuevo Mundo, la humanidad viviría unida. El funcionario de inmigración les selló los papeles sin formular preguntas y los recibió con una sonrisa en el Nuevo Mundo.

»—Sean de donde sean —les dijo—, bienvenidos a casa.

»Y así fue como Julius y Julia Seltzer dieron los primeros pasos de la familia en América. Poco después, necesitado de dinero, Julius recordó las palabras de su padre y llevó la vieja maleta a una casa de empeños para tratar de vender el Cuchillo de la Redención. Colocó la maleta sobre el mostrador y explicó que lo que había dentro era una antigua reliquia familiar, y que le rompía el corazón tener que deshacerse de ella, pero que su padre le había ordenado venderla.

»El tendero le ofreció un centavo.

»En una segunda tienda le ofrecieron diez.

»En una tercera tienda le ofrecieron un par de zapatos, a los que después de negociar un poco añadieron un sombrero de paja seriamente deformado, para Julia.

»Julius no pudo hacerlo. Deshacerse de una pieza tan importante de su patrimonio cultural singular a cambio de tan poco era más de lo que podía soportar.

»—Antes me muero de hambre —le dijo al tendero.

»—Esa es siempre una opción —respondió este.

»Pero el cliente que hacía cola detrás de él, viendo que Julius necesitaba trabajo, se lo llevó a un lado y le dijo que un hombre llamado Henry Ford prometía pagar a sus trabajadores cinco dólares al día, una fortuna en aquellos tiempos, a cambio de ayuda construyendo sus coches. Julius no podía creer su buena estrella.

Decidió quedarse con la maleta y, al día siguiente, él y Julia partieron hacia Michigan.

»La experiencia de Julius en la fábrica Ford —dijo su padre— fue tan inspiradora como lo había sido la del barco. Allí, en la línea de montaje, los alemanes trabajaban junto a los japoneses, que trabajaban junto a los rusos, que trabajaban junto a los africanos. Ninguno se creía mejor que el resto y todos se esforzaban codo con codo para construir su sueño. Y así, cuando finalmente lo aceptaron en el programa de americanización, Julius lloró de alegría. Llegó el Día de la americanización y, al finalizar la ceremonia, Julius sostuvo a Julia en brazos y lloró de alegría, diciendo: «América: ¿no valía la pena?».

—Un momento —lo interrumpió Séptimo.

—Dime.

—Yo creía que había dicho «América no valía la pena».

Su padre negó con la cabeza.

—No —respondió—. Dijo: «América: ¿no valía la pena?».

Séptimo estaba confundido.

—¿Pero esta no fue la parte más dolorosa del capítulo más angustioso de toda la desgarradora historia de los canibaloamericanos? —preguntó.

—No —dijo su padre—. Fue la parte más edificante del capítulo más milagroso de la historia de los canibaloamericanos. De hecho —añadió—, fue tan edificante que desde entonces es tradición que, el día en que cumplen los dieciocho años, los jóvenes canibaloamericanos se vistan con trajes negros y corbatas rojas, y empuñen maletas de cuero marrón con asas de madera y pesados broches dorados para conmemorar el maravilloso día en que Julius finalmente se convirtió en americano.

Tanto Mudd como su padre se aferraban a sus particulares versiones de la historia. De hecho, Séptimo descubriría más tarde que sus padres no eran los únicos que discrepaban sobre la historia de la llegada de Julius a América, sino que a todos los CanAm les sucedía lo mismo. Las narrativas en conflicto habían dividido amargamente a la comunidad canibaloamericana. Un grupo se aferraba a la versión «no valía», el otro a la versión «¿no valía?», y ambos sentían un desprecio absoluto por quienes sostenían lo contrario. Las luchas internas habrían podido destruir la

comunidad, de no ser por la afortunada circunstancia de que las conmemoraciones de ambas versiones eran idénticas en la práctica (trajes, corbatas, maletas), y de que nadie podía decir con certeza quién estaba conmemorando qué o por qué razón. Eso evitó el desastre, pero el conflicto nunca se resolvió y la enemistad entre ambos grupos nunca disminuyó, de tal modo que la historia fundacional del pueblo canibaloamericano los mantenía unidos, sí, pero también los separaba.

Al terminar la historia, al padre de Séptimo se le quebró la voz de emoción.

—Tu bisabuelo Julius fue un gran hombre —dijo secándose una lágrima de la mejilla—. En toda su vida cometió un único error.

—¿Cuál? —preguntó Séptimo.

—Nunca vendió el Cuchillo de la Redención —dijo su Padre—. No fue capaz de hacerlo. Lo guardó en la vieja maleta y se lo llevó consigo adondequiera que fuera. Ese fue su único defecto, Séptimo: a pesar de su coraje, siguió aferrándose al pasado. Tendría que haber tirado el maldito cuchillo por la borda —dijo su padre—. Al mar —sentenció poniéndose de pie.

Y entonces, con un fuerte suspiro, añadió:

—Con el resto de toda esa mierda antigua.

* * *

De todos los hijos AM, solo Tercero se avino a celebrar su decimoctavo cumpleaños de la forma tradicional. Mudd le compró un traje negro y una corbata roja en una tienda de tallas extragrandes y encontró una vieja maleta marrón en una tienda de beneficencia de Fort Greene.

—¡Mírame! —dijo Tercero emocionado, mientras Mudd le arreglaba la corbata—. ¡Soy Julius!

Mudd le pegó un golpe en la cabeza con el dorso de la mano.

—Hoy es un día triste —dijo.

—Ups —dijo Tercero, adoptando una expresión más apropiada.

Para su decimoctavo cumpleaños, Primero, Segundo, Cuarto y Quinto se negaron rotundamente a someterse al ritual. Séptimo también se habría negado, pero era el primer hijo nacido después de Sexto y, el día en que habría sido el decimoctavo cumpleaños de

Sexto, Mudd lloró tan amargamente que un año más tarde, cuando le llegó el turno a Séptimo, este aceptó vestirse con traje a pesar de que no quería.

Eso sí, se pasó el día entero encerrado en casa y se negó a salir ni siquiera un momento.

—Pero tienes que salir —lo regañó Mudd—. ¡Los Ancianos dijeron que tienes que salir a dar una vuelta!

—No pienso salir a dar una vuelta —dijo Séptimo—. Me voy a mi habitación.

—Menuda desgracia —gruñó Mudd—. Mis hijos son una desgracia para su pueblo.

Entonces subió las escaleras, pisando tan fuerte que las paredes temblaron y el póster de la Universidad se inclinó en su gancho.

—¿Qué diría Julius? —preguntó justo antes de cerrar de golpe la puerta de su dormitorio.

Séptimo se desplomó sobre el sofá de vinilo, vestido con su astroso traje, y pensó lo que pensaba siempre que su madre hacía esa pregunta: «¿Cuál de los dos?».

* * *

Algunos dicen que Montaigne se encerró en su biblioteca no por la muerte de su padre, sino por la de su amigo Étienne de La Boétie. Otros dicen que Montaigne se encerró en su biblioteca no por la muerte de su padre o la de su amigo Étienne de La Boétie, sino por las numerosas guerras que sacudieron la Francia de la época. Otros dicen que Montaigne se encerró en su biblioteca no por la muerte de su padre o la de su amigo Étienne de La Boétie, ni tampoco por las numerosas guerras que sacudieron la Francia de la época, sino simplemente porque su carrera política se había desinflado.

Esa última teoría, que formaba parte de una biografía de seiscientas páginas que estaba leyendo, era la que más irritaba a Séptimo. («Un nuevo Montaigne», decía la elogiosa crítica del *New York Times*. «¡Ya era hora!») Montaigne, afirmaba el autor, no había sido más que un oportunista político que pretendía convertirse en noble; si había escrito sus *Ensayos* era tan solo porque eso era lo que se esperaba de los nobles, y tan solo había escrito sobre el yo y la identidad porque no tenía el valor de escribir sobre política.

La teoría formaba parte de otra tendencia editorial que Séptimo desdeñaba y a la que se refería como Estudios del Agilipollamiento Contemporáneo, en la que un autor elegía la figura histórica más querida que pudiera encontrar y le atribuía las motivaciones más despreciables que fuera capaz de imaginar.

«Una estrella —escribió Séptimo en la página del libro en Amazon— porque no puedo ponerle cero.»

Odiaba a la gente que dejaba ese tipo de reseñas. Pero, al mismo tiempo, sabía que para luchar contra la gilipollez a veces lo mejor es comportarse como un gilipollas.

* * *

Séptimo empezó a visitar al Dr. Isaacson porque sospechaba que era un gilipollas.

—No es usted un gilipollas —le dijo el Dr. Isaacson.

Séptimo se mostró vehementemente en desacuerdo. Vale, sobre el papel era una buena persona: un padre cariñoso, un buen cónyuge, un amigo leal. Pero eso solo era una parte de la historia. Había herido a su madre, había fallado a su familia, había perjudicado a su gente…

El Dr. Isaacson trató de convencer a Séptimo de que no era malo. Y de que no era un caníbal. De hecho, su opinión profesional era que la afirmación de Séptimo según la cual era un caníbal no era sino la manifestación externa de un niño interior herido, que se veía a sí mismo como fundamentalmente malvado; una imagen de sí mismo creada por su madre, una mujer narcisista y prepotente, y su padre, el cobarde que lo había abandonado.

—Usted es una buena persona, Séptimo —dijo el Dr. Isaacson.

—Soy un gilipollas.

El Dr. Isaacson suspiró.

—A ver, ¿engaña a su esposa? —le preguntó.

—No.

—¿Pega a su hija?

—No.

—¿Ha matado alguna vez a una persona?

Séptimo pensó un momento.

—No —dijo.

Pero años más tarde, de pie en la habitación de Mudd, contemplando su cadáver, cambió de opinión.

«He matado a todo un pueblo», se dijo.

* * *

Octavo abrió la ventana que había encima de la cama de Mudd y dejó que el amargo aire invernal llenara la habitación.

—Así el cuerpo se mantendrá frío —dijo—. Hasta que resolvamos todo esto.

Los hermanos Seltzer bajaron en silencio a la sala de estar. Segundo fue directamente a la cocina, de donde salió al cabo de un momento con una botella de *whisky* que sus agradecidos hermanos empezaron a hacer circular.

Tercero se sentó en el sofá, desolado, con su mano en la de Cero. Séptimo se sentó al otro lado, las últimas palabras de Mudd aún calientes en sus oídos:

«Cómeme.»

—Qué cosa más rara, ¿no? —le preguntó Cero a Séptimo—. ¿Qué estaba haciendo allí arriba? ¿Adjudicando… las partes?

Séptimo asintió con la cabeza.

—Se llama la Asignación —explicó.

—La Distribución —lo corrigió Décimo.

—No, se llama la Dispersión —dijo Segundo, entre dos tragos de *whisky*—. Estoy bastante seguro de que se llama la Dispersión.

A Séptimo lo irritó oír a Segundo opinando sobre sus tradiciones.

«Gracias, rabino», pensó.

—Se llama la Adjudicación —dijo Octavo, zanjando el asunto, y empezó a buscar en la estantería de la sala—. Tiene que estar por aquí, en alguna parte…

—¿Qué buscas? —preguntó Segundo.

—La *Guía* —dijo Octavo.

—¿La *Guía*? —preguntó Noveno—. Creía que te la sabías de memoria.

—Ha llovido mucho desde entonces —dijo Octavo.

La *Guía* —cuyo título oficial era *Guía completa para disfrutar de un asado a la parrilla*— era un compendio completo de la ley caníbal

bajo la guisa de un simple manual de caza. Lo había escrito Unclish siendo todavía joven, aunque incluso a esa temprana edad era ya considerado como la autoridad preeminente en las reglas y normas de su pueblo. La *Guía* había sido una solución ingeniosa que permitía a los miembros de su pueblo poner sus tradiciones por escrito —esconderlas, por así decirlo, a la vista de todos—, codificar sus leyes y educar a sus jóvenes sin arriesgarse a terminar entre rejas o perseguidos. El texto alcanzó rápidamente el número uno de ventas en la categoría de Supervivencia de Amazon, ya que los caníbales que buscaban orientación e información podían simplemente consultar la *Guía* y sustituir «la pieza» o «el animal» por «madre», «padre», «Sally» o «Bob» sin tener que revelar su identidad ni que nadie sospechara de ellos.

«El animal debe morir rápidamente, con poco o ningún dolor o miedo; el miedo desencadena la liberación de adrenalina, que puede afectar a la calidad de la carne.» (I4:2-3)

«Hay que drenar inmediatamente la sangre del animal para evitar el riesgo de contaminación por bacterias.» (7:I4)

«Calienta la mantequilla en una sartén grande a fuego medio. Incorpora la pieza y saltéala hasta que se dore.» (3:I6)

Primero cogió la botella de *whisky*.

—Aquí hace un frío de cojones —dijo—. Que alguien suba la calefacción.

—Tenemos que mantenerla fría —repuso Octavo.

—A mí siempre me pareció bastante fría, la verdad —dijo Primero con una sonrisa.

Décimo lo miró con desprecio.

—No te merecías una madre como ella —dijo.

—Muy poca gente se la merecía —replicó Primero—. Stalin. Mao, tal vez…

Segundo soltó una carcajada.

Décimo rechinó los dientes.

Séptimo volvió a oír la voz de Mudd en su cabeza:

«Cómeme.»

¿En serio esperaba que él, que todos ellos, hicieran… eso? Era una locura. No, nada de locura, era un delito grave: deshacerse indebidamente de un cuerpo. Se acordó del día, hacía apenas un año, en que el gobernador de Nueva York, el gobernador Cuomo,

había aprobado la ley. Mudd lo había llamado por teléfono esa misma noche, fuera de sí.

—¿Ese maldito espagueti cree que nací ayer? —se quejó—. Un día voy a dictaminar que comer un *cannoli* es un delito grave, a ver si le gusta. El muy mafioso me mandaría a sus matones en un abrir y cerrar de ojos.

Y, aun así, Séptimo sabía que había maneras.

Maneras de… hacerlo.

Sin que te pescaran.

Sin dejar rastro.

Ciertos… métodos.

Al fin y al cabo, el suyo era un pueblo antiguo. Sabían cosas. Técnicas. Nunca había sido fácil practicar sus rituales; solo en la antigua patria habían sido libres de llevar a cabo abiertamente sus ritos funerarios. En cualquier otro lugar, en cualquier otro momento, tenían que hacerlo a escondidas. Pero Séptimo sabía que lo habían hecho, durante siglos, sin incidentes. Sin arrestos. Sin juicios.

—El culo, ¿os lo podéis creer? —preguntó Primero—. Me ha dejado el culo. Octavo, tú que eres el gran erudito, ¿estamos hablando de las nalgas o del agujero?

—¿Se puede ser más capullo? —dijo Décimo.

—Las nalgas —contestó Octavo, que todavía andaba buscando en la estantería. Miró detrás de los libros, y en la parte superior del mueble. Nada—. El ano y el recto se descartan durante la Purga —añadió.

—¡Ah, qué alivio! —dijo Primero—. ¿Y quién se encarga de descartarlos? Porque ya te digo ahora que yo no pienso hacerlo…

Octavo se alejó de la estantería, preocupado.

—No está aquí —dijo—. Voy a mirar en la cocina.

—No te quejes porque te haya tocado el culo —le dijo Cuarto a Primero—. A mí me ha tocado la lengua. En comparación, has salido ganando.

Séptimo no podía creer que estuviera siquiera considerando la petición de su madre. ¡Era editor, por el amor de Dios! Lo suyo era cortar frases, no personas. Además, ¿cómo iban a hacerlo, aunque quisieran? Ninguno de ellos había presenciado antes un Consumo real, y mucho menos habían llevado cabo uno ellos mismos, por no

hablar del Drenaje, la Purga y la División. A Sexto lo habían consumido, desde luego, pero aquellas Vituallas habían corrido exclusivamente a cargo de Unclish. Mudd había prohibido expresamente a los hermanos que asistieran, pues todavía eran demasiado jóvenes. Por mucho que se tratara del último deseo de Mudd, Séptimo sabía que no tenían ni idea de qué hacer, ni por dónde empezar. Y estaban en medio de Brooklyn. En Brooklyn pasaban muchas cosas locas, pero locas y encima caníbales, pues no.

—¿Cómo va a ser peor la lengua que el culo? —le preguntó Primero a Cuarto—. Dos bocados y listo.

—No es una cuestión de cantidad —dijo Cuarto—. Estamos hablando de la lengua de mi madre; eso es prácticamente incesto.

—Pues a nosotras nos ha tocado la vagina —intervino Undécima —. No nos hables de incesto.

—Bueno, tampoco se trata de que os la folléis —intervino Primero—, solo de que os la comáis.

—¿Cómo que *solo*? —dijo Duodécima.

—Pues a mí me han tocado los pies —se quejó Segundo—. ¿Vosotras le habéis visto los pies? La lengua es asquerosa, vale, pero por lo menos la boca es estéril.

—Te confundes con la boca de los perros —lo corrigió Noveno —. La boca humana es una fosa séptica.

Séptimo se acercó a la ventana de la sala y abrió las persianas. Fuera, los peatones corrían de un lado a otro, hundidos en sus abrigos y sombreros, luchando contra el viento cortante.

Cuánto tiempo llevaba anhelado ser uno de ellos.

Uno de los otros.

La ventana de la sala de estar había sufrido cambios, era la única parte de la casa que lo había hecho. Durante los primeros días, cuando la comunidad CanAm prosperaba y los amigos saludaban a Mudd a través de la ventana y le preguntaban por la familia, esta había colgado cortinas transparentes y la luz del sol llenaba la habitación. Pero los recubrimientos de las ventanas se habían vuelto más pesados a medida que la comunidad iba disminuyendo. Las cortinas transparentes fueron reemplazadas por cortinas sólidas, y estas por cortinas opacas. Pero ni siquiera las cortinas opacas bastaban para que Mudd se ocultara de los negros:

cuando estos se mudaron al barrio, también lo hicieron las persianas venecianas, tiras sólidas de metal que estaban siempre cerradas, día y noche, desde el momento en que se instalaron.

—Lo único bueno que han hecho esos italianos piojosos por nosotros —dijo Mudd mientras las cerraba definitivamente.

—Las persianas venecianas no son de Venecia —la informó Cuarto—. De hecho, se inventaron en Francia.

—Ah, bueno —repuso Mudd—. Pues lo único bueno que han hecho esos franceses piojosos por nosotros.

Cuando aparecieron los latinos, también lo hicieron las barras de seguridad de hierro y, así, finalmente, la prisión de Séptimo, construida de dentro hacia fuera, estuvo completa.

Por otra parte, se dijo Séptimo, Brooklyn tenía un historial de pirados que cortaban cuerpos y los cocinaban; ciertamente no sería la primera vez. Estaba el policía ese al que habían arrestado hacía unos años por haber planeado comerse a varias mujeres. Y Albert Fish, en los años veinte.

Pero a todos esos los habían pillado.

Y ese era el punto clave.

No te comes a alguien, pides la cuenta y te vas. Joder, Fish terminó en la silla eléctrica.

Pero lo cierto era que Fish no era caníbal. Era *un* caníbal. A un caníbal auténtico no lo habrían pillado. Cada vez que oigas que la policía ha pillado a un caníbal, créeme: no es caníbal.

—¿Quieres un trueque? —le ofreció Primero a Segundo.

—¿Pies a cambio de culo? —dijo Segundo—. Ni hablar.

—Yo te cambio pies por lengua —dijo Cuarto.

—No se puede cambiar —dijo Décimo.

—¿Por qué no? —preguntó Primero.

—Porque está prohibido —respondió Décimo.

—Me sorprende que no te haya dado el trasero a ti —le soltó Primero a Décimo—, con la de tiempo que llevas besándoselo.

Décimo se puso de pie y se desabrochó el chándal, preparándose para luchar.

—Tú sigue buscándome —dijo Primero—. Sigue buscándome y verás.

Pero es que no se trataba ya de si podrían salirse con la suya, pensó Séptimo. Ni de si iban a conseguir ponerse todos de acuerdo.

La verdadera pregunta era: ¿se lo merecía su madre? Según los Antiguos, ser consumido era uno de los mayores honores, y ser enterrado una de las mayores deshonras. Séptimo no creía que Mudd se mereciera ni lo uno ni lo otro. ¿Quién se lo merecía, después de todo? ¿Cuántas personas merecen el mayor honor o la mayor deshonra? Un puñado en toda la historia de la humanidad, como mucho. La mayoría caemos en algún lugar intermedio, con la cabeza ni orgullosamente levantada ni vergonzosamente gacha. Somos, de media, mediocres. Pero Séptimo solo tenía esas dos opciones. Y si no le daba el mayor honor, le daría la mayor deshonra.

¿Se la merecía?

¿Merecía la mayor deshonra?

Mudd no era perfecta, se dijo Séptimo, ni mucho menos. Pero había tenido sus buenos momentos, y mientras miraba por la ventana de la sala, le vino a la mente una historia de su juventud en la que no había pensado desde hacía años.

Había sucedido poco después de que se fuera su padre. Séptimo, que en ese momento tenía tan solo diez años, se había convertido en un niño ansioso y retraído. La muerte de su hermano mayor, Sexto, y el abandono por parte de su padre habían trastocado su mundo entero, y él se había vuelto tímido y miedoso. En cuarto curso, el matón de la clase, Oscar Kowalski, percibió su debilidad como solo los matones saben hacerlo y decidió acosar a Séptimo. Y como parte de ese acoso, decidió que Séptimo era un caníbal.

Hacía años que corrían rumores acerca de caníbales que operaban en Brooklyn. Se trataba de un rumor cierto, pero no probado, y nadie podía presentar prueba alguna sobre la existencia de dicha comunidad. Pero a Oscar le pareció que sería divertido acusar a Séptimo de ser uno de esos salvajes misteriosos y despreciados, de modo que, día tras día, él y sus secuaces se dedicaban a aterrorizarlo, le robaban el almuerzo, le tiraban los libros al suelo y lo llamaban sucio caníbal.

Séptimo le rogó a Mudd que lo dejara quedarse en casa, pero ella no quiso ni oír hablar de ello.

—La última vez que lo comprobé, este todavía era un país libre —dijo—. Eso cambiará pronto, como ya sucedió en el resto de los países, pero basta entonces tienes tanto derecho a ir a la escuela

como cualquiera. Y ahora vístete, porque vas a ir.

Aquel día, Séptimo caminó hacia la escuela temblando. Se planteó la posibilidad de huir, de desaparecer, pero Mudd les había enseñado a sus hijos que un caníbal nunca huye de una pelea. Y si alguna vez se enteraba de que uno de sus hijos había huido, este iba a tener que huir de ella también.

—¿Se supone que huir de ti tiene que enseñarnos a no huir de los demás? —preguntó Cuarto.

Mudd le pegó un golpe en la cabeza con el dorso de la mano.

—No seas burro —le dijo.

Al llegar a la escuela, Séptimo encontró a Oscar esperándolo en el patio, junto con sus sonrientes y gárrulos secuaces.

—Muy bien, caníbal —dijo Oscar—. Tú y yo.

—Déjame en paz —le rogó Séptimo.

Pero Oscar tiró a Séptimo al suelo mientras sus secuaces se reían y lo animaban.

—Estoy cansado de que los animales como tú arruinéis nuestro vecindario —dijo Oscar.

Entonces se sentó a horcajadas sobre el pecho de Séptimo y le inmovilizó los brazos con las rodillas. Cuando le sonrió, a Séptimo lo traicionaron las lágrimas, que le corrieron por las mejillas. Oscar levantó el puño sobre su cabeza y ya estaba apunto de empezar a golpear a Séptimo cuando una sombra larga y oscura se cernió sobre ellos: sobre Oscar y sobre su banda; sobre el patio de la escuela, sobre la escuela misma y sobre todo Brooklyn.

Séptimo abrió los ojos.

Era Mudd, que eclipsaba el sol, sus enormes brazos cruzados sobre el pecho enorme, mirando a Oscar con mil años de opresión en sus ojos.

Mudd apenas salía de casa ya antes de la muerte de Sexto, y no había vuelto a hacerlo ni una sola vez después. Pocos en la comunidad la habían visto. Por eso, cuando Oscar Kowalski se dio la vuelta y vio, asomándose sobre él, al ser humano más grande que hubiera visto jamás, se le borró la sonrisa de los labios y la sangre abandonó su rostro.

—Buenos días, muchachos —dijo Mudd.

—La leche —dijo uno de los secuaces de Oscar, dando un paso atrás.

—Pero ¿qué coño…? —siseó otro. Se dieron la vuelta y echaron a correr hacia la puerta de la escuela.

Oscar salió de encima de Séptimo y se puso en pie.

—¿Quién…? ¿Quién es usted? —preguntó.

—Soy la madre de Séptimo —dijo Mudd en tono amable—. Tú debes de ser Oscar. Kowalski es un nombre polaco, ¿no?

Ella le tendió la mano, y Oscar, temeroso de rechazar a aquella temible giganta, se la estrechó lentamente. Mudd cerró la mano alrededor de la de él y le engulló el brazo desde los dedos hasta el codo.

—Es una camisa muy bonita —dijo, apretando con fuerza—. Te da un aspecto de lo más apetecible.

Oscar tragó saliva y empezó a temblar. El resto de los integrantes de su pandilla dieron media vuelta y echaron a correr gritando hacia la escuela, donde la pesada puerta de acero se cerró de golpe a sus espaldas.

Oscar trató de liberarse, pero Mudd no lo soltó.

—Me muero de hambre —dijo Mudd—. Será mejor que me vaya. Ha sido un placer conocerte, Oscar. Nos encantaría tenerte un día para cenar.

A Oscar le entró el pánico. Le temblaba la barbilla y se le llenaron los ojos de miedo, y aunque trató de soltarse con todas sus fuerzas, no lo logró. Justo entonces se abrió la puerta principal de la escuela y de dentro salió un grupo de indignados miembros del cuerpo docente, en mangas de camisa, las corbatas desatadas y las manos en las caderas, preguntándose qué era aquel alboroto. Pero su agitación desapareció en cuanto vieron a Mudd, y la directora, deteniéndose en seco, dijo:

—Caramba…

Mudd sonrió educadamente a los profesores.

—Qué niños tan dulces —dijo, y entonces se inclinó y pellizcó la mejilla de Oscar—. Este, en concreto —añadió entonces, mirándolo a los ojos—, está para comérselo.

Acto seguido le soltó la mano, se dio media vuelta y se marchó a casa.

Séptimo, mirando por la ventana de la sala, se vio a sí mismo de pie en el patio de la escuela, mucho después de que sonara la campana de la clase, viéndola alejarse con pasos pesados. Quienes

se cruzaban con ella la miraban boquiabiertos. Los perros ladraban. Los niños la señalaban riendo.

Sintió un brazo sobre los hombros.

—¿Estás bien? —le preguntó Cero.

Él se encogió de hombros.

—Sí, normal —dijo.

—Fue una buena madre —dijo Cero.

Séptimo volvió a encogerse de hombros.

—Normal —dijo.

Cero sonrió.

—Bueno —dijo—, fue una madre. Dejémoslo así.

* * *

—Necesitamos una novela —le dijo Mudd a Séptimo, que tenía quince años—. Necesitamos una novela y la vas a escribir tú.

Mudd había tenido hijos sobre todo para que estos tuvieran hijos propios, pero la reproducción no colmaba el deber de estos para con su pueblo. Cada niño tenía su propia misión secundaria, que Mudd les asignaba en función de sus talentos y capacidades específicas: esperaba que los nacidos con una fuerza indomable fueran sus defensores; que los que poseían carisma se convirtieran en sus líderes; que los dotados de sensibilidad lo superaran rápido; y que los que tenían facilidad de palabra contaran la historia de su pueblo.

—Nuestra gente no va a gozar de una pizca de respeto hasta que tengamos una novela —dijo—. La gran novela caníbal. Los Sherwoods tienen novelas, los negros tienen novelas, los sumerios tienen novelas, joder, hasta los gais tienen una o dos novelas.

Inicialmente, esperaba que fuera Cuarto, con su inteligencia precoz y su amor por la lectura, quien la escribiera. Sin embargo, al entrar en la universidad, este decidió estudiar antropología en lugar de literatura. O, tal como lo expresó Mudd, escribir sobre monos en lugar de hacerlo sobre su propia gente. Por aquel entonces Séptimo acababa de empezar el instituto y ella le pidió la novela que creía que iba a sacarlos de las sombras.

—Escríbela, Séptimo. Hazlo por mí. Llénala de amores y aventuras, de guerras y héroes, de opresión y supervivencia. Como

el irlandés ese, ¿cómo se llamaba? James Michener.

—James Michener no era irlandés —la corrigió Cuarto—. Era huérfano. Es imposible decir de dónde era.

—En ese caso tampoco podemos decir que no fuera irlandés, ¿verdad, tarugo? —le espetó Mudd.

Séptimo nunca había sabido decirle que no a Mudd, o sea que dijo que sí. Después de la escuela, pasaba horas en la biblioteca leyendo todas las sagas familiares que podía encontrar. Estudiaba sus estructuras, los arcos de sus personajes, las temáticas… Pero al final no le brindaron la inspiración que esperaba. De hecho, lo aburrieron. Puede que no fuera más que cinismo adolescente, pero todas aquellas historias le parecieron tediosamente similares y, por lo tanto, tediosamente inverosímiles, demasiado llenas de amor y aventuras, de guerra y héroes, de opresión y supervivencia, cargadas de autobombo y victimización, con unas narrativas hagiográficas que hacían perder la fe y unos héroes que actuaban con una intolerancia idéntica a aquella a la que decían estar sometidos.

Mudd sonrió al oír su descripción y le entregó una caja de lápices afilados.

—Ya suena bien —dijo.

Un año más tarde, Séptimo completó su novela, que tituló *Fuera de las sombras*, en honor a su madre. Metió el manuscrito en una caja y se lo regaló a Mudd por su cumpleaños. Su madre lo leyó esa misma noche. A la mañana siguiente declaró que se trataba de la mejor novela que hubiera leído jamás y predijo que significaría para los canibaloamericanos lo mismo que *Cien años de soledad* había significado para aquellos mexicanos que se estaban apoderando de sus tiendas de barrio.

Pero no iba a ser así. Séptimo vio cómo su novela era rechazada por todos los editores que se molestaban en leerla, además de los muchos más que no lo hicieron.

«Si esto es ficción, es ridículo —escribió un editor, resumiendo el sentir mayoritario de la profesión—; y si no lo es, es aún peor.»

Mudd culpó a los editores: los judíos, los alemanes, los británicos, los chinos.

—¿Los chinos? —preguntó Séptimo—. ¿También son dueños de editoriales?

—Son dueños de todo, maldita sea —dijo Mudd.

* * *

Ah, sí…, el manido «antagonista con el corazón de oro».

Era el ardid narrativo que más despreciaba Séptimo. Puro cliché. Démosle al antagonista un poco de profundidad, más matices.

El asesino salvaje.

Que salva al bebé.

El espeluznante pedófilo.

Que asesina al pedófilo aún más espeluznante.

La madre narcisista.

Que una vez defendió a su hijo.

Y el lector se pregunta: «¿Y si la madre era buena? ¿Y si las cosas no son tan blancas y negras?».

Era un pecado que abominaba y, sin embargo, acababa de cometerlo él mismo.

Su madre lo había defendido. Aquella vez. O, a lo mejor, ni siquiera aquella vez. A lo mejor tan solo había salido en defensa de los caníbales.

Por eso detestaba tanto aquella estratagema. Porque el objetivo no era darle profundidad al antagonista, ni tampoco crear un personaje redondo; el objetivo era que el escritor pudiera darse unas palmaditas en la espalda por su admirable objetividad, por su generosidad ilimitada, por su inaudita nobleza de espíritu.

«Y un huevo», se dijo Séptimo.

A veces la imparcialidad no era más que cobardía.

A veces la ecuanimidad era puro servilismo.

Y, sin embargo, allí la tenía, en su imaginación: su madre, su antagonista, Mudd, alejándose pesadamente por la calle, apesadumbrada por su propio ser, con la cabeza gacha mientras la gente la señalaba desde sus coches y los niños asustados se escondían detrás de sus cautelosos padres.

Música triste.

Fundido a negro.

Corten.

Cretino.

* * *

Cero era aún un bebé cuando Primero tenía dieciocho años, la época de sus peleas más enconadas con Mudd. Cero lloraba al oír los gritos y las discusiones, los portazos y las copas y jarrones que se estrellaban contra el suelo. Séptimo, aún un niño, la sacaba de la trona y se la llevaba rápidamente a su dormitorio, donde cerraba la puerta, la acostaba en la cama y le colocaba las manos sobre los oídos para que no oyera la guerra que se libraba a su alrededor.

—Están jugando, Supercero —le susurraba él al oído, mientras sus propias lágrimas se mezclaban con las de ella—. No pasa nada, Supercero. Solo están jugando…

* * *

La idea de enviar a Séptimo a un campamento de verano fue de su padre. Séptimo no quería ir, pero su padre insistió en que debía ver mundo y conocer a otras personas. Personas de otras comunidades y otros orígenes, concretamente. Mudd se oponía, pues temía la influencia que los demás niños y los monitores pudieran ejercer sobre él, convencida de que iban a alejarlo de su propia comunidad. Pero su padre insistió e insistió hasta que Mudd, embarazada y cansada, no tuvo más fuerzas para oponerse.

Séptimo detestó el campamento. Se sentía aislado, diferente de los demás, incapaz de hallar puntos en común con el resto de los niños. Vivía con el miedo a que lo descubrieran, a que los otros niños averiguaran quién era y de dónde venía. Así, mientras los demás nadaban y jugaban al béisbol, Séptimo pasaba los días en la oficina, rogando que lo mandaran de vuelta a casa.

—Muchos niños extrañan su casa —le dijo el director del campamento.

—No extraño mi casa —repuso Séptimo—. Es solo que detesto este lugar.

Por la noche, mientras los otros niños asaban nubes y cantaban canciones junto al fuego, Séptimo se iba a su habitación, se metía en la cama y trataba de encontrar la forma de escapar y volver a casa. Pensaba en Julius, en su largo y penoso viaje hacia la libertad, y en el enorme coraje que había necesitado para salir adelante por

su cuenta. Y así fue como una noche, inspirado por aquellos pensamientos, Séptimo se marchó: esperó a que sus monitores se durmieran, cogió una linterna y el poco dinero que tenía, pasó a hurtadillas ante la oficina principal y, al llegar a la carretera, echó a andar. No tenía ni idea de adonde iba, no sabía si se estaba alejando o acercando a su casa. Pero ¿qué sabía Julius cuando había subido a ese barco? ¿Qué sabía al partir hacia Detroit? El bosque oscuro le daba miedo, pero no pensaba dar media vuelta. Había recorrido cinco kilómetros cuando el encargado de una gasolinera lo vio y llamó a la policía, que lo llevó de vuelta al campamento. Allí, el director, avergonzado y convencido de que Séptimo suponía un riesgo de seguro inasumible, lo mandó a casa. Sus padres montaron en cólera.

—¡Pero Julius se marchó de viaje y dijisteis que era un héroe! —exclamó Séptimo.

Mudd le pegó un golpe en la cabeza.

—¡Cómo te atreves a compararte con Julius! —le espetó, y lo castigó durante un mes.

Pero a Séptimo aquel castigo no le importó lo más mínimo. Estaba encantado de haber regresado a Brooklyn y, por primera vez en semanas, se durmió sin llorar. Sin embargo, en el piso de abajo, Mudd y su padre empezaron a pelear.

—Les tiene miedo a los demás por tu culpa —gritó su padre.

—Ha vuelto porque es listo —replicó Mudd—. ¡Sabe cuál es su lugar!

—¡Si no se fuera nunca estarías encantada!

—¡Y tú estarías encantado si nunca volviera!

Décimo, todavía un bebé, se puso a llorar.

Séptimo fue hasta él, se inclinó sobre su cuna y le tapó las orejas.

—No pasa nada, Didi —le dijo—. Solo están jugando.

Al rato Séptimo volvió a su cuarto, se acostó y empezó a pensar en una forma de escapar de allí y volver al campamento.

* * *

Montaigne fue un humanista liberal, dicen los humanistas liberales.

Montaigne fue un conservador religioso, afirman los

conservadores religiosos.

Montaigne era judío, aseguran los judíos.

Montaigne era un católico devoto, mantienen los católicos.

Montaigne: «Preguntáronle a Sócrates que de dónde era. No respondió "de Atenas", sino "del mundo"».

* * *

Mudd odiaba el término *canibaloamericano*.

—¿Crees que importa mucho qué apelativo te des a ti mismo? —le preguntó—. Lo que importa es cómo te llamen los demás, y a ti te llaman salvaje. Te llaman cazador de cabezas.

Montaigne de nuevo: «En cada momento siento que estoy huyendo de mí mismo».

A Séptimo esa confesión le sirvió de consuelo. A su alrededor, todos proclamaban a voz en grito quiénes eran. En cambio Montaigne, muerto hacía cuatrocientos años, ofrecía algo diferente:

A lo mejor no tenías que saber quién eras.

A lo mejor eso no era ningún gran logro.

A lo mejor bastaba (a lo mejor era incluso el comienzo de la sabiduría misma) con saber quién no eras.

* * *

Julius había sido el pionero, el valeroso antepasado que había dejado atrás a sus padres y la dichosa antigua patria para llevarse a los suyos al Nuevo Mundo con la esperanza de darles una vida mejor. Su intrepidez había sido fuente de inspiración para que las subsiguientes generaciones canibaloamericanas nunca dejaran de buscar una patria caníbal ni se dejaran vencer por el miedo. Todos lo conocían como Julius el Valiente.

Pero su esposa-hermana, Julia, era la mártir de su pueblo, y Mudd contaba su historia con especial satisfacción. Ninguna mujer había sufrido tanto como Julia, aseguraba Mudd. La habían abofeteado, pateado, perseguido, golpeado y mutilado; había sufrido desde que había nacido hasta el momento de su muerte y, según decían, tan solo había habido un puñado de días en sus setenta y dos años de vida en los que no estuviera cubierta de

sangre. Uno de esos días, contaba Mudd, el propio Julius no la reconoció y gritó asustado al encontrarse a una mujer extraña en su casa. La policía, creyendo que era negra, la aporreó hasta hacerla sangrar, y solo entonces Julius se dio cuenta de que era Julia y rogó a los agentes que se detuvieran.

—¿La crucifixión? —decía Mudd—. La crucifixión habría sido pan comido. Julia habría matado para que la crucificaran.

Su sufrimiento había sido fuente de inspiración para que las subsiguientes generaciones de caníbales no se rindieran nunca, nunca sucumbieran, no cedieran nunca a la opresión y el odio. Todos la conocían como Julia la Atribulada.

Pero en su juventud, aseguraba Mudd, la conocían como Julia la Bella. Era la mujer más hermosa que hubiera existido jamás, y cuando ella y su hermano, Julius, el hombre más guapo que hubiera existido jamás, llegaron al Nuevo Mundo, todos los hombres de todas las naciones la deseaban, y algunos incluso deseaban a Julius. («Animales», espetaba Mudd). Sin embargo, el corazón de Julia solo pertenecía a su pueblo; por eso se casó con su hermano, porque deseaba tener hijos caníbales y esperaba que estar prometida la protegiera de los deseos lascivos de los hombres del Nuevo Mundo. Pero a los codiciosos hombres de las otras naciones les traía sin cuidado que estuviera casada, y al ver que ella no les daba lo que querían, o bien lo tomaban por la fuerza o bien trataban de destruirlo. Si no la violaban, la maltrataban: le rompían la nariz, le arrancaban los dientes; la atormentaban, la estiraban, la rompían en la rueda y la colgaban en una jaula en la plaza del pueblo, donde los transeúntes se burlaban de ella y le tiraban piedras. Y, aun así, la belleza de Julia era tal que incluso con su atractivo reducido a la mitad era aún más deseable que las mujeres más bellas de las otras naciones.

Y así, seguía contando Mudd, una mañana, yendo hacia el trabajo, Henry Ford se fijó en Julia en su jaula y su corazón se llenó de deseo por ella. Por aquel entonces Ford era el dueño de la ciudad de Detroit e inmediatamente mandó que desenjaularan a Julia y que la atendieran los mejores médicos de la ciudad, y desde la escalinata de su palacio dio la orden de que nadie volviera a hacerle daño.

—¿Palacio? —preguntó Séptimo.

—Bueno, casi —contestó Mudd.

Pero el precio a pagar por su rescate fue muy elevado: Ford decidió que Julia era suya, una simple posesión sin más libertades ni derechos que uno de sus automóviles. Si Julia no se sometía a sus oscuros deseos, le advirtió, o hablaba con alguien acerca de ellos, iba a despedir a su marido y los pondría a ambos de patitas en la calle. Acababa de empezar la Gran Depresión y Julia sabía que no podían arriesgarse a quedarse sin empleo. Ford le dio a Julius más horas en la línea de montaje para así disponer de más tiempo a solas con Julia; no solo eso, sino que lo asignó a las máquinas más peligrosas con la esperanza de que un accidente terminara con su vida y Julia fuera suya para siempre.

Aquí, mientras les contaba la historia a sus hijos, la voz de Mudd se llenaba de emoción.

—La profanó noche tras noche —dijo—. En aquella época no salía un solo Modelo T de la línea de montaje en el que no la hubiera violado, ni uno solo.

Se tocó suavemente las esquinas de los ojos como si hubiera estado llorando.

—Producían nueve mil vehículos al día, Mudd —señaló Cuarto.

Mudd asintió.

—Pobre mujer —respondió en tono lloroso.

Tal había sido la grandeza de Julia que, para honrar su memoria, Unclish aprobó una ley que prohibía a cualquier caníbal poseer un Ford, o alquilarlo, o incluso comprar uno de segunda mano, hasta el fin de los tiempos.

«Quienquiera que lo haga —declaró— será un traidor, un enemigo de nuestro pueblo.»

«Peor incluso que Jack Nicholson.»

* * *

«¿Y qué pasa con los F150? —preguntaron los Ancianos—. Porque no son coches, sino camiones.»

«Los camiones de la Ford también están prohibidos», respondieron los Ancianos Mayores.

«¿Y los Lincoln?», preguntaron los Ancianos.

«Los Lincoln están permitidos», dijeron los Ancianos Mayores.

«Pero la Lincoln es propiedad de la Ford», dijeron los Ancianos.

«Ya —respondieron los Ancianos Mayores—, pero nadie conduce un Lincoln.»

«Yo tengo un Lincoln», dijeron los Ancianos.

«Pues eres muy tonto», dijeron los Ancianos Mayores.

«No te pases, Larry —dijeron los Ancianos—. Que estamos en el mismo equipo.»

* * *

Un domingo, cuando tenía cinco años, Séptimo descubrió que viviría para siempre.

Aquella revelación planteaba algunas preguntas difíciles.

Se había despertado con un sobresalto, con el ruido de la aspiradora en el piso de abajo. Se incorporó en la cama y su joven corazón se llenó de alegría.

—¿Oís eso? —preguntó a sus hermanos.

—Es la aspiradora, ¿no? —dijo Cuarto.

—Sí —exclamó Tercero—. ¡La aspiradora!

—¡Invitados! —aplaudió Segundo.

—Joder, gracias a Dios —murmuró Primero.

Mudd no solía tener la casa particularmente ordenada, por lo que el inusual sonido de la aspiradora anunciaba algo especial. Si aspiraba, quería decir que esperaban visitas; y si tenían visitas, Mudd se comportaría: aunque a menudo insistiera en que no había nada de malo en golpearlos y gritar («Forma parte de ser una familia», decía), nunca lo hacía delante de invitados ni de extraños.

Los chicos bajaron rápidamente a la cocina, donde Mudd ya estaba preparando café («¿Tenemos una máquina de café?», preguntó Primero) y disponiendo una bandeja de pastas finas.

—¿Quién viene? —preguntó Séptimo.

—Vístete —dijo Mudd.

—¿Por qué? —preguntó Segundo.

—¡Te he dicho que te vistas! —le espetó, y lo habría golpeado si en ese preciso instante no hubieran llamado con fuerza a la puerta principal. Mudd maldijo entre dientes («Séptimo, ¡guarda la aspiradora! ¡Guarda la aspiradora!») y se dirigió apresuradamente a la puerta, alisándose el vestido y colocándose un mechón suelto

detrás de la oreja.

—¡Unclish! —exclamó tras abrirle la puerta a su querido cuñado —. ¡Dios mío, se me había olvidado que venías!

La esperanza de los chicos de poder pasar un domingo relajado se esfumó al instante. Su tío era un hombre seco y tan severo como intimidante. Seguramente se hubiera reído alguna vez, hacía mucho tiempo, pero nunca más desde entonces. De hecho, si Mudd hubiera mencionado antes que esperaba su visita, los hermanos que eran ya lo bastante mayores para salir solos a la calle se habrían marchado hacía horas.

—Efectivamente, soy digno de olvido —respondió Unclish con su practicada humildad—. De hecho, lo que hoy vamos a tratar de recordar son las cosas importantes.

Mudd suspiró ante aquella muestra de sabiduría y se puso una mano sobre el agitado pecho.

(Primero le había dicho una vez a Séptimo que creía que Mudd estaba enamorada de Unclish.

—Ay, por favor —había dicho Séptimo—. ¡Que está casada con su hermano!

—¿Y? —preguntó Primero—. Julius se casó con su hermana.

—Qué asco —dijo Séptimo).

Mudd sacó sus pastas.

—¿Una madalenita? —le preguntó a Unclish.

Unclish rechazó educadamente la oferta y entró en casa. Caminaba como empujado por las alas de un serafín; cruzó el umbral con una mano bajo la solapa de su gabán negro mientras con la otra ladeaba levemente su sombrero gris de copa alta.

Los chicos se pusieron muy erguidos, se arreglaron el pelo y se despidieron del domingo que habían imaginado.

—Hoy vais a convertiros en hombres —les dijo.

—Pero van a dar el partido de los Giants… —dijo Primero.

Mudd le pegó un golpe en la cabeza.

—El único gigante que vas a ver hoy es tu tío —le espetó.

Unclish llevó a los chicos a la sala, donde cerró las persianas, corrió las cortinas y entregó un ejemplar firmado de la *Guía completa para disfrutar de un asado a la parrilla* a cada uno de los hermanos. Eran para ellos, les dijo; aquel libro iba a protegerlos y guiarlos durante el resto de sus vidas.

Séptimo miró la cubierta, en la que un sonriente cazador vestido de camuflaje se arrodillaba orgulloso junto a un ciervo abatido a tiros.

—¿Cuál somos nosotros? —le preguntó Séptimo a Primero.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Primero.

—¿Somos los cazadores o los ciervos?

—Somos los dos, burro —dijo Primero.

—Qué asco —dijo Séptimo.

Unclish montó un caballete metálico de aspecto severo, sobre el que colocó un enorme bloc de papel. Se quitó el sombrero de copa y el gabán, los dejó encima de la silla que tenía al lado y dio comienzo a la clase.

—A ver, niños —les dijo—, ¿por qué estamos aquí?

—Porque Mudd ha dicho que teníamos que venir —respondió Primero.

Los demás se rieron por lo bajo.

—Estamos aquí —añadió Unclish fríamente— porque nos estamos muriendo.

—¿En serio? —preguntó Tercero.

—Es solo una forma de hablar —lo tranquilizó Segundo.

—No, es la verdad —dijo Unclish.

—¿Me estoy muriendo? —preguntó Tercero, con un principio de ataque de pánico. Hacía solo un año de la muerte de Sexto, y Tercero todavía tenía problemas para entender qué significaba la muerte, dónde había ido Sexto y cuándo volvería.

—No te estás muriendo —lo tranquilizó Séptimo.

—Entonces ¿por qué dice que me estoy muriendo? —preguntó Tercero.

Primero le dio un codazo.

—Vale ya con las preguntas —dijo—. Quiero terminar esto y ver el partido de los Giants.

—Nuestro pueblo ha consumido América —dijo Unclish, y su voz empezó a elevarse, como lo hacía a menudo cuando se le presentaba la oportunidad de soltar un sermón—. ¡Sus valores, su moral, su filosofía! Y, a su vez, América nos ha consumido a nosotros. Hoy nuestro pueblo está desapareciendo. Sois los últimos, hijos míos. Fijaos en lo que el gran caníbal Jesús logró con tan solo doce apóstoles. ¡Derrotó a todo el Imperio romano! ¡Conquistó el

mundo! Pero no será fácil. Debéis conocer todas nuestras leyes y debéis conocer todas nuestras reglas, pues el futuro de nuestro pueblo depende de vosotros. Hoy comenzaremos a estudiarlas, y las estudiaremos cada domingo por la mañana hasta que terminemos.

—¿Cada domingo? —preguntó Primero.

—Cada domingo —repitió Unclish.

—¿Incluso el domingo de la Super Bowl?

—Empezaremos con las tres primeras reglas de nuestro pueblo —dijo Unclish—. Se trata de las tres reglas fundamentales, las tres reglas que no debéis olvidar nunca, las tres reglas que debéis enseñar a vuestros hijos, para que ellos se las enseñen a sus hijos y estos se las enseñen a los suyos. Las reglas son tan antiguas como nuestro pueblo, excepto la regla número tres.

—¿Cuál es la regla número tres? —preguntó Segundo.

Unclish destapó un grueso rotulador de color negro y se acercó al bloc.

—Regla número uno —dijo al tiempo que lo escribía, y a continuación, en mayúsculas, añadió: «La policía no existe».

Entonces subrayó cada palabra dos veces.

La.

Policía.

No.

Existe.

—Si solo vais a recordar una cosa —dijo Unclish—, que sea esto.

Miró a los hermanos a los ojos, uno a uno, una mirada tan severa como nunca habían visto.

—La policía no existe —dijo—. Pase lo que pase.

Las comunidades minoritarias siempre han mantenido una relación de amor-odio con las autoridades, que se supone que deben protegerlas de la opresión, pero que a menudo se convierten ellas mismas en la fuente de dicha opresión. Para la comunidad CanAm, sin embargo, la policía representaba una amenaza mayor aún que para otras minorías, una amenaza a sus tradiciones seculares, ya que la ley que la policía había prometido defender las prohibía explícitamente. Llamar a la policía en el momento de la muerte de un caníbal, les explicó Unclish, significaba que el Consumo, el rito central de su patrimonio cultural singular, nunca podría celebrarse. La legislación tanto estatal como local establecía que un profesional

cualificado debía retirar el cuerpo del difunto del domicilio particular y entregarlo a una funeraria o a un representante acreditado del cementerio tan solo después de realizar la autopsia.

Y si eso sucedía, les dijo Unclish, estaban muertos.

—Jaja, muy bueno —dijo Primero.

Pero Unclish nunca bromeaba, y Primero lo sabía.

—La muerte —siguió diciendo Unclish— es para los demás.

Se acercó a la ventana, miró entre las cortinas, se volvió hacia los hermanos Seltzer y, bajando la voz, susurró:

—Los caníbales viven para siempre.

—¿Cómo? —preguntó Segundo.

—Los caníbales —repitió Unclish— viven para siempre. Cuando consumimos a nuestros seres queridos, estos viven en nuestro interior. Nos guían, nos definen, nos consuelan, nos inspiran. Se convierten en nosotros y nosotros nos convertimos en ellos. Y así, hijos míos, es como el pasado sigue vivo y nunca muere. Pero recordad: del mismo modo que el Consumo garantiza la vida eterna, la sepultura asegura la muerte eterna. Porque no somos árboles, no crecemos de la tierra. La tumba es un final propio de animales. Por eso nunca se debe llamar a la policía. Si seguimos las reglas, si no abandonamos a los nuestros, viviremos para siempre. Tú vivirás para siempre, y tú vivirás para siempre, y tú vivirás para siempre.

—¿Para siempre? —preguntó Tercero.

Le brillaban los ojos, y Séptimo sabía que estaba pensando en Sexto. Séptimo también estaba pensando en su hermano y sabía perfectamente lo que Tercero se estaba preguntando: si los caníbales consumidos vivían para siempre y Unclish había consumido a Sexto, ¿eso significaba que Sexto seguía vivo?

¿Dónde estaba?

¿Por qué no los había saludado?

A lo mejor podían ir a buscarlo, pensó Séptimo.

Unclish se giró y escribió las letras *N, Y, P y D* en el bloc de notas.

—«Notifícalo, Y tu Pueblo Desaparece» —dijo, completando el acrónimo—. Llamad a la policía, y los niños, tu madre y tu padre, tu hermana y tu hermano, vuestro pueblo, están muertos. La. Policía. No. Existe.

Los hermanos no dijeron nada y se miraron unos a otros, o

bajaron la vista a las *Guías* que tenían sobre sus regazos. Mudd ya se lo había dicho antes, pero oír cómo Unclish lo corroboraba era muy distinto: tenían en sus manos el futuro de todo su pueblo.

Su tío pasó la página del bloc de presentación.

—Regla número dos —dijo al tiempo que lo escribía, y a continuación, en mayúsculas, añadió: «No pongáis nada por escrito».

Entonces subrayó la palabra *nada* dos veces.

—Nuestro pueblo inventó las matemáticas —dijo Unclish—. ¿Eso lo sabíais? Inventamos el microscopio, el telescopio, el teléfono. Hemos hecho muchísimas cosas por el mundo y, aun así, el mundo nos trata como salvajes, como bestias, como monstruos. Un día nos aceptarán. Y ese día seremos libres de vivir como lo hicieron nuestros antepasados. Pero, hasta entonces, el secretismo absoluto es de suma importancia. Cualquier rastro escrito puede ser y será usado en nuestra contra. Y, por lo tanto, es fundamental que nunca se escriba nada.

—¿Y qué pasa con esto? —preguntó Primero, levantando la *Guía*.

—¿Qué pasa con eso? —preguntó Unclish.

—Que está escrito.

—Es una excepción —dijo Unclish.

—Pero acabas de escribir eso también —intervino Segundo.

—¿Qué he escrito?

—Que no debemos escribir nada.

Unclish les pegó un golpe en la cabeza con el dorso de la mano.

—No seáis burros —les dijo.

Entonces pasó otra hoja de papel y escribió: «Regla número tres».

—La regla número tres es tan importante como las dos primeras reglas —dijo—. Tal vez incluso más importante.

Y a continuación, en mayúsculas y con trazo furioso, añadió: «Jack Nicholson es un hijo de puta».

Subrayó la palabra «PUTA» dos veces.

—¿Quién es Jack Nicholson? —preguntó Séptimo.

—Eso lo dejaremos para la semana que viene —dijo Unclish.

—¿Qué es una puta? —preguntó Tercero.

—Y eso también —añadió Unclish.

Y, dicho eso, se puso el gabán negro, se caló el sombrero gris de copa alta y se marchó. Los hermanos lo observaron mientras se alejaba.

—¿Quién es Jack Nicholson? —le preguntó Séptimo a Primero.

—¿Qué más da? —dijo este, y puso la tele. Pero para entonces el partido de los Giants ya se había terminado. Y habían perdido por siete. Furioso, Primero tiró su ejemplar de la *Guía* al suelo y lo chutó contra la pared.

—Si ese hijo de puta vive para siempre —dijo señalando la dirección por donde se había marchado Unclish—, estamos todos bien jodidos.

* * *

La publicación de la *Guía completa para disfrutar de un asado a la parrilla* casi resultó desastrosa para la comunidad canibaloamericana. Incluso antes de su publicación, muchos expresaron su creencia de que suponía un riesgo innecesario, además de una flagrante vulneración de la regla número dos. Pero Unclish no dio su brazo a torcer, convencido de que si su pueblo quería mantener su identidad cultural única en el crisol americano, necesitaba un libro que recogiera todas sus reglas y leyes. Les aseguró que nada podía salir mal, pero los primeros ejemplares aparecieron con un trágico error de imprenta justo en la portada: sin que nadie supiera cómo, la palabra *asado* se había convertido en *amado*.

La *Guía completa para di frutar de un amado a la parrilla* provocó una ola de pánico en toda la comunidad. El pueblo culpó a Unclish de aquella debacle y de haber puesto en peligro a su gente. Quienes se dejaran caer por Brooklyn en aquellos días recordarán aún haber visto carteles colgados en ciertas áreas con la cara del luchador profesional André el Gigante, que era caníbal, y las palabras «¡Regla número dos!» garabateadas debajo de la imagen. Unclish condenó aquellos anuncios, tachándolos de vulneraciones de la regla número dos. Y así, justo antes de la fecha de publicación del libro, los CanAm se escondieron en sótanos y desvanes, esperando una vez más las horcas y las antorchas. Pero lo que tanto temían nunca sucedió. Los libreros creyeron que el libro era una sátira y lo

colocaron en la sección de humor, donde logró un éxito razonable durante las Navidades.

Séptimo recordaba como, después de contarle aquella historia, su padre había añadido que esta demostraba la arrogancia y la necesidad de validación de su hermano.

—Unclish solo ama a su pueblo para que su pueblo lo ame a él —dijo.

Cuando, más tarde, Séptimo le preguntó sobre eso a Mudd, esta respondió airadamente:

—¡Menuda sandez! —exclamó—. ¡No hubo ningún error de imprenta! ¡Fue tu tío, que decidió meter el dedo en el ojo de la nación que había condenado a su pueblo al ostracismo! ¡Se burló de ellos, los ridiculizó! Tu tío es un héroe, Séptimo.

»Y tu padre —añadió— es peor que Jack Nicholson.

* * *

Octavo regresó de la cocina retorciéndose las manos, al borde de un ataque de pánico.

—No tiene la *Guía* —dijo—. ¿Cómo es posible que Mudd no tenga la *Guía*?

—Ay, ¿qué más da? —preguntó Primero—. No tiene la *Guía*, vale: ¿y qué?

—Que la necesitamos.

—¿Para qué?

—Para saber qué hacer.

—¿Qué hacer con qué?

—¿Cómo que con qué? ¡Con ella!

—¿Qué pasa con ella?

—Que ha muerto a las doce y diez —dijo Octavo.

—¿Y?

—Que ya es casi la una.

—Pues que «dos para drenar, veinticuatro para consumir» —dijo Octavo—. No nos queda mucho tiempo.

Aquellas palabras hicieron temblar a Séptimo. Llevaba años sin oírlas.

«Dos para drenar, veinticuatro para consumir.»

¿Cuántas veces se lo había hecho repetir Unclish? ¿Mil? ¿Diez

mil?

Las Vituallas, el nombre con el que se conoce la tradición funeraria caníbal, consta de cuatro pasos básicos: el Drenaje (dela sangre), la Purga (de los órganos), la División (del cadáver) y el Consumo (de la carne). «Dos para drenar, veinticuatro para consumir» era una de las máximas de las clases de Unclish los domingos por la mañana: después de la muerte, uno dispone de dos horas para drenar el cuerpo de sangre, seguido de un período de veinticuatro horas para consumirlo. Pasadas esas dos horas, un cuerpo no drenado se considera putrefacto; y pasadas veinticuatro horas, su Consumo no se considera un Consumo verdadero. Vulnerar cualquiera de esos parámetros podría convertir las Vituallas en unas Vituallas incompletas y hacer que el difunto no recibiera la bendición de la vida eterna, sino la condena de la muerte eterna.

—¡Espera! —exclamó Tercero de repente—. ¡Yo tengo una!

—¿Una qué? —preguntó Primero.

—¡Una *Guía*! —dijo Tercero.

—¿Dónde? —preguntó Octavo.

—¡En mi habitación!

—¡Por Dios, ve a buscarla, tarado! —dijo Octavo.

—Oye, no te pases —lo advirtió Cero.

—Se nos acaba el tiempo —dijo Octavo.

—¿El tiempo? —preguntó Primero—. No estarás en serio pensando en comértela, ¿no?

—¿Y qué propones, si no? —preguntó Octavo.

—Llamar a la policía —dijo Primero.

—No —sentenció Décimo—. La policía no existe.

Quinto se puso del lado de Primero.

—No podemos comérnosla, chicos —dijo—. No seáis ridículos.

—¿Por qué no? —preguntó Octavo.

—¿Tú has visto el tamaño que tiene? —dijo Quinto.

—Es enorme —coincidió Cuarto—. Tardaremos un año. No, tardaremos diez.

—La idea no es comérnosla entera —dijo Octavo.

—¿Cuánto se supone que debemos comer? —quiso saber Cuarto.

—Un bocado —dijo Octavo—. Bocado y medio, técnicamente.

—¿Bocado y medio? —preguntó Segundo—. ¿Estás seguro?

Una vez más, Séptimo experimentó una violenta oleada de resentimiento hacia Segundo por haberse casado con una mujer judía, y de pronto cayó en la cuenta de que era posible que aquella situación no volviera a suceder nunca más: una familia caníbal reunida para consumir a un ser querido.

Eran los últimos.

Octavo recitó una de aquellas máximas que Unclish les había hecho memorizar:

> *Se trate de tu padre, tu hermana o tu madre,*
> *que no te preocupe el excedente:*
> *bocado y medio es suficiente.*

Al oír el viejo dicho, Séptimo sintió un pinchazo y lo invadió una sensación paradójica: quería huir de la casa gritando y, al mismo tiempo, subir corriendo al piso de arriba, caer de rodillas junto a la cama de Mudd y rogarle que lo perdonara.

—Bocado y medio es suficiente —dijo Quinto—. Sí, lo recuerdo.

—Yo también —dijo Noveno.

—Bocado y medio tampoco está tan mal —dijo Cuarto—. Visto con perspectiva, quiero decir.

Primero se puso de pie, furioso.

—¿Os habéis vuelto locos o qué? —preguntó—. ¿Habéis perdido la cabeza? ¿Vosotros habéis oído lo que estáis diciendo?

—¿De qué tipo de bocado estamos hablando? —le preguntó Undécima a Octavo.

—Sí, eso —dijo Duodécima—. ¿De qué tipo de bocado hablamos? ¿Un bocado de los de Tercero o uno de los de Cero?

—De los tuyos —dijo Octavo.

—Hablamos de un delito —dijo Primero—. Sois conscientes de ello, ¿no? Un delito grave. Penado con cárcel, cárcel real.

—¿Qué creías que íbamos a hacer, Primero? —preguntó Octavo.

—Creía que íbamos a hacer lo que hace todo el mundo cuando muere su madre —repuso Primero—. Creía que íbamos a beber un poco de alcohol, que contaríamos un par de historias para que pareciera que no fue una zorra rematada, y que luego elegiríamos un cementerio y nos pelearíamos por la herencia. Eso es lo que creía que íbamos a hacer.

—No voy a dejar que insultes a nuestra madre —dijo Décimo.

—No fue mi madre, imbécil —dijo Primero—. Me dio a luz, pero nunca fue mi madre.

Décimo también se puso de pie y dio un paso hacia Primero con los puños apretados. Era más joven, más alto y más fuerte que Primero, pero la ira de Primero era tan intensa que incluso Décimo dudó un instante. Los dos parecían listos para liarse a guantazos justo cuando Tercero bajó brincando por las escaleras.

—¡Lo tengo! —dijo con orgullo.

Los hermanos se quedaron petrificados, de Cero a Duodécima, y se les olvidó que habían estado a punto de enzarzarse en una pelea, ya que lo que Tercero llevaba en la mano no era un ejemplar de la *Guía*, sino una antigua maleta de cuero marrón con un asa de madera gastada y unos pesados broches dorados, ennegrecidos por el paso del tiempo.

—¿Eso es… lo que yo creo que es? —preguntó Primero.

Cero, que no había visto nunca la maleta, se volvió hacia Séptimo.

—¿Qué es? —preguntó.

—¿Tercero? —preguntó Séptimo—. Por el amor de Dios, Tercero, ¿de dónde has sacado eso?

—¿De dónde coño has sacado eso? —preguntó Primero.

Tercero dejó la maleta encima de la mesita del café. Confundiendo la sorpresa de sus hermanos con aprobación, y feliz de ser el centro de atención, exclamó:

—¡De Mudd!

—¿Mudd? —preguntó Séptimo—. ¿La tenía Mudd?

—Y me la dio a mí —dijo Tercero—. Me dijo que la guardara y que recordara siempre de quién soy, y quién soy, y quién no soy, y quién era o es.

Accionó los broches y abrió la maleta. La había estado usando para guardar sus tesoros: unos dados, dinero del Monopoly y varios chicles. Pero debajo de todo eso había una *Guía*, vieja y descolorida.

Tercero se metió un chicle en el bolsillo y sacó la *Guía*. Sonrió orgulloso y se la ofreció a sus hermanos, pero estos solo tenían ojos para el espantoso Cuchillo de la Redención que había quedado a la vista. La puntiaguda hoja de plata brillaba y los afilados dientes del filo de sierra parecían hambrientos, listos para morder. La hoja

tenía unas antiguas muescas que iban desde la empuñadura hasta el garfio de destripar en forma de colmillo que había bajo la punta; un arma mortal incluso cuando no la empuñaba nadie.

—¿Qué coño es eso? —preguntó Cero, que no comprendía qué hacía Tercero con un arma tan peligrosa.

A Séptimo lo invadió un miedo atroz. No había visto el cuchillo desde que era niño, cuando Unclish lo había llevado consigo a una de sus lecciones dominicales.

—Esto —les había dicho su tío, sosteniendo aquella arma terrible— es el Cuchillo de la Redención. Este cuchillo sirvió para drenar, purgar, dividir y consumir a vuestros ancestros. Y por eso se llama el Cuchillo de la Redención, hijos míos, porque nos redime de esta vida finita, de nuestro cuerpo, y nos bendice con la inmortalidad.

Séptimo se acercó un poco más. La hoja parecía haberse oxidado con el paso de los años, pero, al inclinarse para observar más de cerca, se dio cuenta de que lo que parecía óxido era en realidad sangre seca.

La sangre de Sexto.

Por eso lo tenía Mudd.

El de Sexto había sido el último Consumo. La tradición, recordó Séptimo, mandaba que la última familia en usar el cuchillo debía encargarse de guardarlo. Así, este no estaba siempre en el mismo lugar, lo que reducía las probabilidades de que las autoridades lo descubrieran. Además, así no se les olvidaba que el Cuchillo de la Redención no pertenecía a nadie en concreto, sino al pueblo entero.

Fue en ese momento cuando Séptimo decidió que iba a hacer lo que su madre le había pedido.

Honraría su último deseo y se aseguraría de que sus hermanos lo acompañaran.

No porque Mudd se lo mereciera; de hecho, sospechaba que no lo merecía. No, lo haría porque su pueblo era una cadena, como ella siempre había dicho, una cadena ininterrumpida que se remontaba varios milenios, y la sangre de Sexto en el filo de la hoja le había hecho pensar en todos los hombres y mujeres y niños caníbales que, generación tras generación, con independencia de dónde y cuándo hubieran vivido, habían participado en aquel ritual sagrado haciendo frente a las amenazas, la opresión e incluso la muerte.

Ahora todo dependía de ellos.

Solo ellos podían continuar la cadena.

Salvar a su gente.

Y eso significaba que dependía de él.

Una cosa era abandonar tu casa y dejar atrás a tu pueblo, afirmar que ya no querías formar parte de todo eso. Pero encontrarte al borde de su fangosa tumba, con la fría pala en la mano, y decidir si los enterrabas o los sacabas del hoyo… Eso era otra cosa muy distinta.

El Consumo de Mudd podía ser el último Consumo.

De la historia.

Tenían que hacerlo, pensó Séptimo.

Y tenían que hacerlo bien.

Pero su hermano mayor no quería saber nada más de aquel asunto. Mientras los demás miraban atónitos el cuchillo, Primero se puso de pie y comenzó a abotonarse el abrigo.

—Bueno, gente —dijo—, yo me piro. En cuanto aparece el viejo cuchillo, un servidor desaparece. Ha sido un placer, de verdad. Hermanos, hermanas: una fiesta cojonuda. Habría traído un pastel, pero al parecer Mudd se los comió todos. Todos los pasteles, quiero decir, de toda la tierra. Felicidades, familia, o condolencias, que cada uno elija. Yo estoy en el extremo de las felicitaciones, creo que ya lo sabéis. Así que *mazel tov, cheers, huzzah*, hurra y hosanna. Con viento fresco, Mudd, cabrona miserable. Si alguna vez logran cavar una tumba lo bastante grande para ti, escupiré sobre ella.

Dicho eso, dio media vuelta, salió y cerró la puerta principal detrás de él.

Octavo se volvió hacia Séptimo con expresión preocupada.

—No puede marcharse —dijo.

—Ya lo sé —respondió Séptimo.

—Tajo —añadió Octavo.

—Ya lo sé —respondió Séptimo.

—¿Tajo? —preguntó Cero.

—Tajo —explicó Octavo—. T-A-J-O. Es un acrónimo. «Todos Almorzarán Juntos Obligatoriamente». Si no la comemos todos, no se considera un Consumo verdadero. Séptimo, no podemos dejar que se ma…

Pero Séptimo ya había echado a correr hacia la puerta.

* * *

—Nuestra gente es una cadena —le había dicho Mudd una vez.

—¿Una cadena? —había preguntado Séptimo.

—Sí, una cadena compuesta de muchos eslabones —repitió esta —. Y tú eres el siguiente. Así que si alguna vez piensas: «Oye, ¿sabes qué?, ya no quiero ser un caníbal. Solo quiero ser yo mismo»… En fin, no pasa nada.

—¿En serio?

—Cada cual tiene que hacer lo que tiene que hacer, ¿no? —dijo Mudd—. Pero antes de eso, ¿te puedo pedir un favor?

—Claro, Mudd.

—Hazme el favor de imaginar todos esos eslabones de la cadena de tu pueblo, cientos de ellos, miles de ellos, extendiéndose durante kilómetros y kilómetros, más eslabones que granos de arena en la playa, más eslabones que gotas de agua en el océano, cada uno una vida, cada uno un miembro de tu pueblo que puso a su pueblo por delante de sí mismo. Quiero que te vuelvas hacia esos eslabones y que los mires: a tus padres, a tus abuelos, a tus tatarabuelos, y que les digas: «Que os folien».

—¿Perdón? —preguntó Séptimo.

—Quiero que les digas: «Que os den mucho por ahí»; que les digas: «No me importa que murierais por nuestro pueblo, no me importa que sufrierais y os esclavizarais. No me importa, porque yo soy demasiado bueno para ser un eslabón». Pero recuerda esto, Séptimo: por muy especial que te creas, un eslabón por sí mismo no es nada. No puede sostener nada, no puede alimentar nada, no puede proteger nada. Y eso es lo que serás sin tu gente: nada.

* * *

Cada parte entregada durante la Asignación, o la Distribución, o la Dispersión o la Adjudicación tiene un significado intrínsecamente profundo, pero Séptimo sabía que recibir la piel del difunto, como había sido su caso, era un honor particularmente especial.

—La piel —les había explicado una vez Unclish— es la prenda que usamos durante nuestra vida, el abrigo de nuestra existencia física, un abrigo marcado con todos los colores de nuestras vidas:

nuestras cicatrices y moratones, nuestras alegrías y nuestras penas. Esta mancha roja de la rodilla es de cuando, de niño, te caíste del columpio de neumático. Esta cicatriz marrón del abdomen es de la hernia que tuviste de mayor. Y este moratón azul del brazo es de cuando, ya viejo y frágil, resbalaste y caíste en la acera helada.

Marcas de nacimiento marrón oscuro.

Heridas morado grisáceo.

—Quien recibe esta bata multicolor —dijo Unclish contemplando su propia piel, cubierta de venas—, recibe una vida entera.

* * *

Tal vez en ningún lugar del mundo la nieve sea tan bienvenida como en Brooklyn. Los marrones sucios y los grises descompuestos desaparecen bajo un espeso manto blanco, y la mugre y la suciedad se borran, como por arte de magia, aunque solo sea durante unas horas. En los días de nieve, en la escuela, Séptimo solía mirar por la ventana, maldiciendo en silencio a la gente que caminaba por la acera, estropeando la nieve virgen, y el horrible quitanieves que bajaba por la calle convirtiendo aquel alegre manto blanco en una deprimente lengua gris, arrasando el nuevo mundo que apenas acababa de surgir de la oscuridad.

Mientras caían los primeros copos, Séptimo y Primero se pararon en la acera, contemplando la vieja casa de ladrillo que desde hacía tanto tiempo ocupaba un lugar preeminente en sus conciencias: la fachada medio desmoronada, las persianas sueltas, el descolorido cartel de seguridad falso… Séptimo señaló con la cabeza el tejado, donde el canalón se había desprendido de la casa y había doblado el bajante.

—¿Recuerdas cuando amenazaste con tirarte? —le preguntó.

—No.

—Pues lo hiciste.

—¿Cuándo?

—Justo después de la muerte de tía Hazel —dijo Séptimo—. Yo me encontraba en la sala de estar cuando, de repente, oí a Mudd gritando: «¡Baja ahora mismo, jovencito, y cómete a tu tía!».

Los dos hermanos comenzaron a reírse.

—Hazel era enorme —dijo Primero—. Bueno, no tanto como Mudd, pero sí muy grande.

—«¡No!» —exclamó Séptimo imitando la voz quebrada de un adolescente—. «¡No pienso bajar hasta que me prometas que no tendré que comérmela! ¡Prométemelo! ¡O me lo prometes o me tiro!»

Los hermanos se partieron de risa.

—Pesaba como ciento veinte kilos —recordó Primero—. Tenía miedo de que me obligara a comérmela toda.

—Estabas justo en el borde —siguió diciendo Séptimo—, con los pies asomando por el borde. Realmente creí que ibas a saltar.

—Mudd me dijo que lo hiciera —se rio Primero—. Dijo que era mejor que saltara, porque si no lo hacía, vendría y me mataría ella misma. Me pasé una eternidad allí arriba, tío. Pero al final gané; al final se bajó del burro.

Séptimo negó con la cabeza.

—No, no es verdad —dijo.

—Que sí. Dijo que no tenía que comérmela. ¡Pero si saliste y me lo dijiste tú mismo!

—Mentí —confesó Séptimo—. A ti te dije que Mudd había dicho que no tenías que comértela, pero a Mudd le dije que te la habías comido.

—Qué va —dijo Primero.

—Es la verdad —repuso Séptimo.

—Tú y tus ansias pacificadoras —dijo Primero—. Es un mal hábito, hermano.

—Ya, estoy tratando de dejarlo.

—Entonces, ¿qué hiciste con tía Hazel? ¿Tirarla al váter?

—Se la di a Tercero —dijo Séptimo—. Juro que se la podría haber ventilado él solo.

El viento sopló a su alrededor, dispersando las últimas hojas marrones del otoño. Primero se levantó el cuello del abrigo para cubrirse las orejas.

—Entonces, ¿por qué estás aquí tratando de convencerme de que me coma a Mudd? —preguntó—. Que Tercero se coma mi parte y ya, ¿no?

—Todos Almorzarán Juntos Obligatoriamente —dijo Séptimo.

—No me comí a Hazel —dijo Primero—. Si entonces no te

importó, ¿por qué te importa ahora?

—Porque Hazel no nos dejó una casa en Brooklyn —dijo Séptimo—. Ya oíste a Mudd: si no lo hacemos bien, no hay casa. No me vendría mal el dinero; el mundo editorial no es lo que era…

—Nada lo es —dijo Primero, volviéndose hacia la casa—. Es una pocilga, Séptimo. No puede valer lo suficiente. No lo suficiente como para comérnosla.

—Este ya no es el barrio donde crecimos —dijo Séptimo—. Lo que era el mercado hoy es una tienda Apple. El parque infantil es una tienda de Prada. Y la casa es una pocilga, sí, pero es una pocilga semiadosada de dos pisos y cinco dormitorios en el mercado inmobiliario más cotizado de Brooklyn.

Primero se sacó el teléfono del bolsillo.

—Oye, Siri —dijo—. ¿Cuál es el precio medio de una casa de cinco habitaciones cerca de Bensonhurst, Brooklyn, Nueva York?

Séptimo sonrió ante su discreción.

—Ni siquiera puedes decirle a Siri dónde estamos, ¿eh? —le preguntó.

—Los viejos hábitos nunca mueren —dijo Primero.

—He encontrado lo que estás buscando —dijo Siri—. El precio medio de una casa de cinco habitaciones en Bensonhurst, Brooklyn, es de uno coma tres millones de dólares.

Primero silbó.

—Es una pasta —dijo Séptimo.

—Dividido entre doce —dijo Primero.

—Sigue siendo dinero.

Pero Primero solo sacudió la cabeza.

—Lo siento, Séptimo. No me la voy a comer, ni por todo el dinero del mundo. Y, créeme, ahora mismo me vendría bien algo de dinero.

—Me comeré yo tu parte —dijo Séptimo—, como hizo Tercero con Hazel. Nadie se enterará. Solo tienes que volver ahí dentro y decir que pueden contar contigo. Que crean que todo es legítimo. Octavo es muy estricto con las reglas.

Séptimo sabía que comerse la parte de otra persona era una vulneración flagrante de las reglas de consumo, pero tenía esperanzas de que, mientras la preparaban, Primero cambiara de opinión. De todos modos, era o eso o se largaba.

—Esa mujer era veneno —dijo Primero—. No deberías comértela.

—A lo mejor la vomito —respondió Séptimo.

Primero se permitió una sonrisita.

—¿Eso vale? —preguntó.

—Se lo consultaré a Octavo —dijo Séptimo—. Entonces, ¿vas a volver?

Primero miró una vez más la vieja casa que tenía ante él.

—Hermano —dijo—, a veces tengo la sensación de no haberme ido nunca.

* * *

Una fría tarde de diciembre, hacía mucho tiempo, su padre llevó a Séptimo a Manhattan para ver los escaparates navideños de Macy's, que estaban llenos de maravillosos autómatas de Santa Claus que parpadeaban y agitaban las manos. La ciudad entera olía a castañas asadas y los alegres compradores llenaban las aceras, riendo y cantando villancicos, los brazos cargados de regalos envueltos con papel reluciente.

Los caníbales no celebran el solsticio de invierno como todos los demás, y Séptimo siempre se sentía terriblemente excluido de todas las festividades. Por eso ese mismo día, mientras él y su padre regresaban caminando a Brooklyn, Séptimo decidió inventarse una fiesta de invierno caníbal, para que los niños caníbales del futuro tuvieran también algo que celebrar. Sería una fiesta alegre, decidió, un día de regalos y golosinas que combinaría las parpadeantes velas de Janucá, las brillantes luces de colores de Navidad y la magia de los fuegos artificiales de Nochevieja. Se dijo que, como ya tenían un Díadel Recuerdo para conmemorar el episodio funesto que había vivido su pueblo —fuera cual fuera dicho episodio y hubiera sucedido cuando hubiera sucedido—, aquel nuevo día festivo conmemoraría todos los días de la historia en los que su pueblo no había vivido episodio funesto alguno, los días en los que los caníbales no habían sido víctimas de golpes ni violaciones, ni se habían visto expulsados de sus propios países con horcas y antorchas. Bautizó su nueva fiesta con el nombre de Día de Nada.

Dos semanas después llegó el primer Día de Nada. Séptimo se

despertó temprano, antes que el resto de la familia, y se puso manos a la obra. Tan sigilosamente como pudo, envolvió sus regalos: una vasija de arcilla que había hecho en la escuela para sus padres, un paquete de tarjetas de béisbol para Primero y un diccionario de segunda mano que había comprado por un dólar la semana anterior para Segundo. Para Tercero, al que le encantaban las cajas de cartón, llenó una caja de cartón grande con un montón de cajas más pequeñas, la envolvió y le puso un gran lazo rojo. Hizo una montaña de regalos sobre la mesa de café, colgó unas luces de Navidad del techo, encontró unas velas votivas en el armario de la cocina —no eran exactamente velas de Janucá, pero se les parecían bastante— y las colocó alrededor de la sala. El tenue resplandor de las velas y el alegre parpadeo de las luces de colores lo colmaron de una cálida sensación, y el espíritu del Día de Nada colmó asimismo su alma. Entonces, cuando todo estaba listo, colocó una sartén bocabajo en el suelo, metió un paquete de petardos Red Devil dentro y les prendió fuego.

¡PUM! ¡PUM! ¡PUM, PUM, PUM!

Las fuertes explosiones hicieron saltar de alegría a Séptimo, y cuando los aterrorizados miembros de su familia bajaron corriendo por las escaleras, todavía en bata y pijama, él levantó las manos y exclamó:

—¡Feliz Día de Nada!

—¿Qué diablos estás haciendo? —gritó Mudd con los ojos desorbitados por el pánico.

—¡Es el Día de Nada! —repitió Séptimo, ofreciéndole su regalo del Día de Nada—. ¡Feliz Día de Nada!

—¿Esas son mis velas buenas? —preguntó Mudd.

—¿Velas buenas? —preguntó Séptimo.

—¡Esas son mis velas del Día del Recuerdo! —exclamó—. ¿Quién dijo que podías tocar mis velas del Día del Recuerdo?

—Pero hoy es el Día de Nada —insistió Séptimo—. El día en que no le pasó nada malo a nuestro pueblo. Y lo celebramos con regalos, ¿ves?

Mudd le quitó el regalo de las manos de un guantazo y Séptimo oyó cómo la vasija se hacía añicos al caer al suelo. Luego Mudd agarró un jarrón cercano, sacó las flores y vació el agua sobre los petardos, que se apagaron con un penacho de humo blanco.

—Un día en que no nos pasó nada malo… —masculló mientras subía las escaleras, de vuelta a la cama—. En mi vida había oído cosa más ridícula.

Séptimo se puso a llorar, y su padre lo abrazó y le dijo que, aunque a Mudd no le gustara el Día de Nada, a él le encantaba e iba a celebrarlo con él todos los años.

Entonces saltó la alarma de incendios.

—Pero, si eso, el año que viene los fuegos artificiales los tiramos afuera —añadió—, ¿vale, colega?

* * *

—Molaría ser Siri —le dijo una vez Séptimo al Dr. Isaacson.

—¿Por qué? —preguntó este.

—No tener familia, ni pasado; ni padres, ni pueblo, ni cadenas. No tener identidad.

Oye, Siri, ¿eres negra?

No.

¿Judía?

No.

¿Árabe?

No. No soy nada.

Entonces, ¿eres Otra?

No, no soy nada.

Voy a marcar la casilla Ninguna.

Perfecto.

—Bueno, es una Apple —dijo el Dr. Isaacson.

—En un mundo plagado de Androids —añadió Séptimo.

—Malditos androides. Controlan todos los medios de comunicación.

—Y nos están quitando los trabajos —dijo Séptimo—. Sucios animales.

—También es mujer —apuntó el Dr. Isaacson.

—Sí, pero eso puedes cambiarlo en las preferencias —dijo Séptimo.

—O sea que es de género fluido —puntualizó el Dr. Isaacson.

—Exacto —dijo Séptimo—. Es una americana incorpórea de género fluido basada en iOS. Me sorprende que Rosenbloom no

haya publicado ya sus memorias.

—No lo tienen fácil —comentó el Dr. Isaacson.

—Es una batalla constante —dijo Séptimo, y el Dr. Isaacson comprendió claramente que ya no se refería a Siri.

—A la gente le gustan sus casillas —aventuró el Dr. Isaacson—. Incluso cuando dicen que no les gustan, les gustan. Les gusta encasillarse y encasillar a los demás. Creen que las casillas los protegerán. Y que vale la pena proteger las casillas.

—Pero mi casilla me está matando —dijo Séptimo meneando la cabeza.

—Lo sé —dijo el Dr. Isaacson—. La buena noticia es que salir de las casillas es bastante simple.

—Pero, entonces, ¿cómo es que tan pocos lo hacen? —preguntó Séptimo.

—He dicho que era simple —dijo el Dr. Isaacson—, no que fuera fácil. Porque fácil no lo es —añadió el doctor—, ni mucho menos.

* * *

—Bueno —dijo Séptimo—, ¿qué hacemos?

Había reunido a sus hermanos alrededor de la mesa del comedor, tal como una hora antes se habían reunido alrededor de la cama de su madre moribunda. Pero ahora la tensión era mayor: la muerte había hecho ya acto de presencia y se les estaba acabando el tiempo.

—Nuestra madre ha muerto —les dijo—. A algunos nos gustaba Mudd y a otros no. Algunos la queríamos, otros la odiábamos; nunca nos pusimos de acuerdo sobre eso y nunca lo haremos. Ni tenemos que hacerlo. Lo único sobre lo que tenemos que ponemos de acuerdo es qué vamos a hacer con ella. ¿Nos la comemos o la enterramos? Porque esas son las únicas opciones. Algunos de vosotros querréis comérosla por razones culturales, y otros acaso por razones de herencia; su casa vale una cantidad considerable de dinero. Otros, en cambio, la odiáis tanto que no queréis ni probarla. Pero el amor, el odio y el dinero no importan ahora mismo; solo tenemos que acordar qué vamos a hacer. Y tenemos que acordarlo ahora mismo.

Sugirió que lo sometieran a votación. Tendrían voto aquellos a

quienes Mudd había asignado una parte para el Consumo. En otras palabras, Cero no podía votar.

—Tranquilos, me sentaré aquí a horrorizarme en silencio —dijo esta.

Séptimo adoraba a Cero, pero en aquel momento no necesitaba su negatividad.

—Yo votaré primero —dijo, levantando la mano—. Consumo.

—¿Por amor, odio o dinero? —preguntó Cuarto.

—Por la cultura —contestó Séptimo—. Chicos, no hay más cera que la que arde: somos los últimos. No lo hago por ella, sino por todos los que vinieron antes que ella. Y por todos los que vengan después de nosotros.

Octavo estuvo de acuerdo con Séptimo.

—Consumo —dijo.

Décimo también estaba de acuerdo.

—Esto es más grande que nosotros —afirmó—. Es nuestro deber.

Un silencio abrumador se apoderó de la pequeña sala, mientras los indecisos se miraban entre ellos.

—Vale —dijo Primero—. Contad conmigo.

—¿En serio? —preguntó Segundo con incredulidad.

—Por el dinero, desde luego —aventuró Décimo, disgustado.

—Ya te digo, por dinero —espetó Primero—. Me lo he ganado.

—Estás enfermo —dijo Décimo.

—Más enfermo estaría si lo hiciera por amor —repuso Primero.

—¿De cuánto dinero estamos hablando? —preguntó Segundo.

—Según Siri —dijo Primero—, el precio medio de una casa de cinco habitaciones en esta zona es de uno coma tres.

—¿Millones? —preguntó Noveno.

—Millones —confirmó Primero, asintiendo con la cabeza.

—Eso es pasta —dijo Segundo.

—Dividido por doce —señaló Cuarto.

—Por once —dijo Cero—. No contéis conmigo.

—Pues claro que contamos contigo —dijo Séptimo—. Si vendemos la casa no tendrás donde vivir. Contamos contigo.

—Oye, Siri —dijo Primero—. ¿Cuánto es uno coma tres millones dividido por doce?

—He encontrado lo que estás buscando —dijo Siri—. Uno coma tres millones dividido por doce son ciento ocho mil trescientos

treinta y tres.

—¿Cien mil? —preguntó Noveno—. ¿Por cabeza?

—Buitres —murmuró Décimo—. En vez de dedicarnos a contar nuestras piezas de plata deberíamos alegrarnos de poder comernos a nuestra madre.

—Dijo el tipo al que le dejó los puños —dijo Primero.

—¿Y qué?

—Pues que, si tantas ganas tienes, prueba un plato de culo —dijo Primero—, y luego ya me cuentas que quieres comértela gratis.

Décimo parecía estar al borde de saltar por encima de la mesa y abalanzarse sobre Primero en cualquier momento, por lo que Séptimo decidió intervenir.

—Tienes razón, Décimo —dijo—. Toda la razón. Deberíamos alegrarnos de poder comernos a nuestra madre. Y algunos de nosotros nos alegramos. Pero otros no. Y, para ser justos, eso es tan culpa de Mudd como de cualquiera. Como ya he dicho, no tenemos por qué estar de acuerdo en eso.

Entonces dirigió su atención hacia los que aún no habían votado.

—Si vamos a hacerlo, tenemos que estar todos de acuerdo —dijo —. Sin excepciones. Todos Almorzarán Juntos Obligatoriamente. Si alguien quiere echarse atrás, que lo diga ahora y lo dejamos aquí. Llamamos a la policía, la enterramos y nos vamos a casa.

Undécima levantó la mano.

—Consumo —dijo.

Décimo objetó: sabía que Undécima planeaba usar el dinero para la cirugía de reasignación de sexo, un uso que creía que debía prohibirse.

—¿Por qué? —preguntó Duodécima.

—Porque los Ancianos lo prohibieron —dijo Décimo—. Y porque Mudd tampoco lo aprobaba; le dabais arcadas.

—A mí lo que me daría arcadas sería vivir una vida que Mudd aprobara —dijo Undécima.

—Contad también conmigo —dijo Duodécima, rodeando a Undécima con el brazo—. Dr. Emmanuel Zion: setenta mil del ala, pero es el mejor en lo suyo.

—Esto está mal —dijo Décimo.

—Ya te pasaré su número —le respondió Duodécima—. Quién sabe, tal vez a ti pueda convertirte en un hombre.

—Tiene unas manos milagrosas —añadió Undécima.

—Animales —murmuró Décimo.

—¿Quinto? —preguntó Séptimo.

Quinto se estaba mordiendo las uñas, un hábito que Séptimo reconoció de su juventud.

—¿A cuánto habéis dicho que salía? —preguntó.

—Ciento ocho mil —dijo Segundo.

—Trescientos treinta y tres —añadió Primero.

—Vale —dijo Quinto—. Contad conmigo.

Segundo levantó la mano («Y conmigo también —dijo—. Dinero»), y Tercero, feliz de hacer lo mismo que todos los demás, también votó que sí. Cuarto también estuvo de acuerdo, lo mismo que Noveno, por dinero.

—Entonces estamos todos de acuerdo —dijo Séptimo, con una sensación que era mitad victoria, mitad recelo—. Lo haremos.

Décimo no pudo contenerse más.

—Estáis enfermos, todos —escupió mientras se dirigía hacia la puerta—. Sois una vergüenza.

Antes de salir se giró para mirarlos.

—Sois peores que Jack Nicholson —dijo—. ¡Todos! ¡Peores que el hijoputa de Jack Nicholson!

* * *

En 1976, Jack Nicholson fue nominado para el Premio de la Academia al Mejor Actor. Lo habían nominado ya en otras ocasiones, pero nunca antes su victoria había parecido tan asegurada como aquel año, y nunca antes la comunidad canibaloamericana había necesitado tan desesperadamente que ganara.

Para ellos, la 48ª Ceremonia de los Premios de la Academia se convirtió en algo más que otra glamurosa gala de Hollywood. Hacía ya un tiempo que los vientos del cambio social soplaban por todo el país, provocando un amargo escalofrío entre la comunidad canibaloamericana: sus viejas costumbres y tradiciones no podían rivalizar con ABBA, Farrah Fawcett y la cocaína. Los años sesenta y principios de los setenta habían diezmado su comunidad, y las generaciones jóvenes sucumbían en números cada vez mayores bajo

el doble flagelo de la asimilación y el matrimonio mixto.

Y así, la noche del 29 de marzo de 1976, mientras Hollywood se reunía en el Dorothy Chandler Pavilion de Los Angeles para celebrar la Ceremonia de los Oscar de aquel año, los canibaloamericanos de todo el país se reunieron alrededor de sus televisores con la esperanza de que una victoria de Nicholson, que era caníbal, pudiera servir de inspiración para el renacimiento de su comunidad; con la esperanza de que se subiera al escenario y, delante de todo el mundo y mirando a las cámaras, agradeciera a la comunidad caníbal todo su apoyo y su amor, liberándolos de una vez por todas de las sombras de la vergüenza y el secretismo que los habían perseguido desde tiempos inmemoriales.

Mudd pasó el día entero fuera de sí a causa de la ansiedad y la emoción, limpiando y volviendo a limpiar lo que ya había limpiado. Despreciaba la televisión, pero aquello, al fin y al cabo, era historia en ciernes (historia caníbal, concretamente), motivo por el cual le había dado permiso a Humphrey para que comprara un pequeño televisor en blanco y negro para la ocasión.

Al inicio de la entrega de premios, la tensión en la sala de estar era palpable. Mudd daba golpecitos nerviosos con el pie en el suelo; Unclish, que en su día había considerado seriamente prohibir la televisión para toda la comunidad, estaba de pie junto al sofá, retorciéndose la barba y murmurando: «Sí, sí, hmm, hmm».

El público recibió a Art Carney, que no era caníbal, con un estruendoso aplauso mientras este se dirigía al podio para presentar el Premio de la Academia al Mejor Actor.

«Este año, los nominados a la mejor interpretación masculina protagonista son… —dijo, y echó un vistazo a la tarjeta que tenía en la mano—. ¡Walter Matthau por *La pareja chiflada*!»

La multitud dentro del pabellón vitoreó y la cámara cortó a un radiante Matthau, sentado entre el público. Unos años antes, Carney y Matthau habían aparecido juntos en la producción original de Broadway de *La extraña pareja*, dirigida por Neil Simon, y aquella historia compartida hacía que su nominación resultara todavía más adorable, tanto para los actores como para el público.

—Judío —refunfuñó Mudd.

«¡Jack Nicholson —siguió diciendo Carney— por *Alguien voló sobre el nido del cuco*!»

La multitud estalló de nuevo, y en esta ocasión Mudd vitoreó con ellos.

Nicholson, con sus características gafas de sol oscuras, esbozó una amplia sonrisa. Anjelica Huston, sentada a su lado, aplaudió y sonrió orgullosa, mientras que Matthau, en el plano inserido en la parte superior de la pantalla, ya no estaba tan radiante. A Mudd le pareció que fruncía el ceño.

—¿Pero tú estás viendo a ese gordo bastardo? —dijo.

—¿Quién? —preguntó Humphrey.

—Matthau. Así se pudra en el infierno.

—Pues a mí me gusta —dijo Humphrey—. Es un buen actor.

—Ellos se lo guisan, ellos se lo comen —dijo Mudd—. ¡Menudos son esos!

—¿Quiénes?

—«Quiénes», pregunta —escupió Mudd—. Neil Simon, *judío*, contrata a Walter Matthau, *judío*, y ahora Art Carney, *judío*, le va a dar el Óscar.

—Art Carney no es judío —dijo Humphrey—. Es católico.

Art Carney anunció el resto de los nominados, cogió el sobre y lo abrió. Mudd agarró la mano de Humphrey y se la apretó tan fuerte que este pensó que le iba a romper los huesos.

«Y el ganador es…», dijo Art Carney.

El silencio se apoderó del público del pabellón.

Mudd contuvo la respiración.

Carney miró la tarjeta.

—Jack Nicholson por *Alguien voló sobre el nido del cuco!* —exclamó.

Mudd se levantó de un salto, vitoreando y pateando el suelo, con las manos levantadas en señal de triunfo. Unclish también lo celebró, aplaudiendo y golpeando la espalda de Humphrey.

—¡Lo ha conseguido! —exclamó—. ¡Nuestro chico lo ha conseguido!

Nicholson besó a Anjelica Huston y se dirigió hacia el escenario.

—¿Ella es Can? —preguntó Mudd—. Yo creo que sí. Huston, Huston… podría ser Can, ¿no?

—¿Cómo voy a saberlo? —dijo Humphrey.

—¡Mira esa mandíbula! —dijo Mudd—. ¡Esa es una mandíbula Can de no te menees!

Nicholson se subió al escenario e hizo un contoneo a lo Ed Norton en homenaje a Art Carney. La multitud enloqueció.

—Allá vamos —dijo Mudd, temblando de emoción—. Allá vamos.

Carney entregó la reluciente estatuilla a Nicholson y los dos se abrazaron.

—¿Alguna vez pensasteis que veríais algo así? —preguntó Mudd —. ¿Alguna vez creísteis que llegaría el día en que uno de los nuestros se subiría a ese escenario para recibir un Oscar?

Jack Nicholson ocupó su lugar en el podio y recorrió el auditorio con la mirada.

«Bueno —dijo con aquella sonrisa tan picara—, supongo que esto demuestra que hay tantos locos en la Academia como en cualquier otro lugar.»

El público aplaudió y Mudd se unió a ellos, riéndose y dándose palmadas en las rodillas.

—Es gracioso —dijo ella—. ¡No sabía que fuera tan gracioso!

«Pero ya que me dan la oportunidad —siguió diciendo Nicholson —, quiero darles las gracias a Saul y a Michael…»

Nicholson hizo una pausa.

Mudd agarró el muslo de Humphrey con fuerza.

No sabía quiénes eran Saul ni Michael, pero Nicholson parecía estar armándose de coraje, haciendo acopio de valor, buscando las palabras, preparándose para mostrarse a sí mismo, y a todo su pueblo, ante el mundo.

«Y también a Louise…», siguió diciendo Nicholson, dubitativo.

Mudd apretó con más fuerza aún el muslo de Humphrey.

—Mudd… —dijo Humphrey con una mueca, mientras los dedos de su mujer le crujían los huesos.

«Y a Brad —dijo Nicholson—, a Lawrence y a Bo. Y a los chicos de la compañía, a la brigada de los federales…»

Mudd se inclinó hacia delante y buscó los ojos de Nicholson, esperando que declarara de una vez quién y qué era.

«*Y a mi gente* —quería que dijera—. *El gran pueblo caníbal. Que ha soportado tanto sufrimiento y tanto oprobio, escondido entre las sombras. A todos vosotros os digo: ¡levantaos! ¡Levantaos conmigo y contaos! Ya que hoy blablablá, ¡pero mañana gobernaremos el mundo!*»

Pero ese momento nunca llegó.

Nicholson sonrió, hizo una broma tonta sobre su agente, dio las gracias al público y bajó del escenario.

Unclish meneó la cabeza, ofendido.

—Tendría que haber prohibido la maldita caja tonta cuando pude hacerlo —dijo y, tras ponerse su sombrero de copa, se marchó enfurecido dando un portazo.

—¡El muy hijo de puta! —gritó Mudd.

—¡Mudd! —dijo Humphrey—. Cálmate, Mudd.

—¡Ni una palabra! —exclamó Mudd—. ¡Ni una sola palabra sobre su pueblo, su patrimonio cultural, su historia! ¡Solo vergüenza, vergüenza y más vergüenza!

—¿Qué esperabas que hiciera, Mudd? —preguntó Humphrey.

—¡Esperaba que tuviera agallas!

—¿En serio esperabas que Jack Nicholson se plantara en los Premios de la Academia y, delante de todo el mundo, declarara que es… es…?

—¡Ni siquiera tú puedes decirlo! —rugió Mudd.

—¡No me lo hagas pagar a mí, Mudd!

—No, claro, ¡que lo pague nuestra gente! —gritó Mudd, y salió hecha una furia de la sala.

Cuando Mudd se marchaba, siempre parecía como si el aire tardara un momento en regresar. Cuando finalmente lo hizo, Humphrey se levantó y fue hasta el televisor.

«Oye —dijo para sus adentros mientras lo apagaba—, ¿y qué tiene de malo un poco de vergüenza?»

* * *

Octavo estaba hojeando el ejemplar de la *Guía* de Tercero con expresión de desconcierto absoluto.

—Pero ¿qué demonios es esto? —preguntó.

Habían acordado consumir a Mudd, pero ya había pasado más de una hora desde su muerte. «Purga a mamá con atención para evitar la putrefacción», les había enseñado Unclish; sabían que no tenían tiempo que perder.

Octavo había sacado la *Guía* de la maleta, pero el gesto con el que iba pasando las hojas reveló sin lugar a dudas que sucedía algo terrible.

—¿Qué pasa? —preguntó Séptimo.

—¿Que qué pasa? —estalló Octavo—. Que esto es porno.

—¿Perdón?

—¡Que es porno!

Octavo lanzó la *Guía* a Séptimo, que la abrió y se topó con una mujer desnuda que se sujetaba unos pechos imposiblemente grandes. Llevaba puesto tan solo un gorro de cocinero. Sobre ella, en grandes letras rosas, ponía: «*¿Tienes hambre?*».

Séptimo echó un vistazo a la cubierta. Era la portada original, con el cazador camuflado y el ciervo cubierto de sangre, pero habían cambiado las páginas interiores por las de una revista pornográfica (*Cántaros*, al parecer). En cada página había una mujer con unos pechos del tamaño de un cuatro por cuatro.

«Si quieres carne, tenemos carne», decía el titular de una página.

«La hora del Whopper», ponía en la siguiente.

Séptimo miró a Tercero, que se cubrió la cara, avergonzado.

—Oh, oh… —dijo.

—¿Dónde está el resto? —le exigió Octavo—. ¡¿Dónde está el resto?!

—¡No le grites! —dijo Cero—. Él no lo sabía.

—Nuestra madre está ahí arriba pudriéndose —insistió Octavo —. ¿Dónde está el resto?

Tercero empezó a darse golpes en la cabeza.

—No seas burro —se reprendió a sí mismo—. No seas burro.

Séptimo lo agarró por los brazos, tratando de detenerlo.

—No pasa nada —le dijo—. No pasa nada, Tercero. No has hecho nada malo, colega; todos hacemos cosas así.

Tercero se escondió detrás de las manos.

—¿En serio? —murmuró.

—Sí, claro —dijo Séptimo—. Pero ahora mismo necesito que pienses, Tercero. Necesito que pienses muy bien. ¿Dónde guardaste el resto? La *Guía*, Tercero, ¿dónde la metiste?

Tercero se apretó los ojos con los puños y contuvo la respiración.

—Ups —dijo finalmente.

—¿Ups?

—La tiré.

—¿La tiraste? —preguntó Séptimo.

—¡Serás retrasado! —gritó Octavo.

—¡Oye! —dijo Cero.

—Purga a mamá con atención para evitar la putrefacción —dijo Segundo—. ¡Purga a mamá con atención para evitar la putrefacción!

—¡So retrasado! —volvió a gritar Octavo.

—¡Que él no lo sabía! —repitió Cero.

El pánico se apoderó de la sala. Los Seltzer que amaban a Mudd empezaron a temer que esta no fuera a vivir para siempre; los que se preocupaban por su gente empezaron a temer que la cadena estuviera a punto de romperse; y los que solo querían el dinero de Mudd temían no recibirlo nunca.

—A la mierda —dijo Primero—, ¡hagámoslo y ya está!

—¿Hagámoslo? —preguntó Octavo—. ¿Cómo?

—Con el cuchillo, tarugo —dijo Primero—. De la Redención. Cogemos el cuchillo, vamos arriba y… ya sabes, la drenamos.

—¿«Ya sabes, la drenamos»? —preguntó Quinto—. Pues no, Primero, no lo sé. ¿Cómo la drenamos?

—¿Y tú qué crees? —dijo Primero, y se pasó un dedo por la garganta.

—¿Tú sabes cuánta sangre contiene una mujer de ese tamaño? —preguntó Octavo.

—No —dijo Primero—. ¿Y tú?

—Litros y litros —dijo Noveno.

—Pues los echamos por el fregadero —dijo Cuarto.

—¿Y cómo propones que los hagamos llegar hasta el baño? —preguntó Quinto.

—¿Con una manguera? —propuso Undécima.

—No es un barril de cerveza —dijo Décimo.

—Purga a mamá con atención para evitar la putrefacción —dijo Segundo—. Purga a mamá con atención para evitar la putrefacción…

—¡Ya basta, calmaos todos! —gritó Séptimo, y tiró la *Guía / Cántaros* sobre la mesita del café—. A ver —dijo—, solo nos queda una salida. No tenemos tiempo, no sabemos lo que tenemos que hacer y, aunque lo supiéramos, tampoco sabemos cómo hacerlo.

Se pasó una mano por el pelo y respiró profundamente.

—Solo hay una persona que pueda ayudamos —dijo.

Pero Primero negó con la cabeza.
—Oh, Dios mío —dijo—. No. Ni hablar.
—No —dijo Segundo—. Eso sí que no.
—No, no, no —dijeron Cuarto, Quinto y Noveno.
—No —dijeron Undécima y Duodécima al unísono.
—Sí —sentenció Séptimo—. No nos queda otra.
Un silencio tremendo se apoderó de la sala.
—Tenemos que llamar a Unclish.

* * *

La historia que les había contado Mudd decía que antes incluso de que Unclish hubiera alcanzado la mayoría de edad —en aquel entonces era tan solo Ishmael Seltzer—, muchos lo consideraban ya el líder espiritual de la comunidad caníbal. Era un erudito, un sabio; conocía todas sus reglas, toda su historia, todas sus leyendas y todos sus episodios. Era un líder intrépido, un orador cautivador y un organizador incansable. A la edad de veinte años había fundado la Universidad y había empezado a recaudar fondos para su construcción. A los treinta años era maestro Avituallador. A los cuarenta, la gente acudía de todas partes para pedirle consejo sobre tradiciones de toda clase y todo tipo de veredictos legales. A los cincuenta, en cuanto entraba en una sala, todos se ponían de pie; cuando hablaba, se callaban; y cuando se marchaba, agradecían a los viejos espíritus que se lo hubieran enviado para guiarlos.

Los niños Seltzer lo despreciaban.

—Apuesto a que cuando muera sabrá a mierda —dijo Primero.

—Apuesto a que la mierda sabe mejor —dijo Segundo.

Donde otros veían a un erudito, ellos veían a un farsante pomposo (excepto Octavo, que soñaba con convertirse en él, y Tercero, cuyo corazón no conocía el odio). Unclish vestía unos pesados trajes negros, bufanda de seda blanca y un sombrero gris de copa alta, y se retorcía la barba blanca mientras decía: «Sí, sí, hmm, hmm», como si estuviera pensando algo tan complejo que no le quedara capacidad neuronal disponible para el habla corriente. Aunque se había criado en Brooklyn y casi nunca había salido de allí, hablaba con un falso acento de Harvard. (Nunca había estudiado allí, afirmaba Unclish, porque tenían una cuota

canibaloamericana de cero). Y era posible que aquel acento lograra engañar a los adultos, pero, a oídos de los niños, el hermano de su padre no sonaba como un sabio, sino como Thurston Howell III de *La Isla de Gilligan*. Nada les proporcionaba mayor placer que, al terminar las clases dominicales, reunirse en una de sus habitaciones e imitarlo hasta que se desplomaban de risa.

—Ay, cariño —decía Noveno—, hazme la bondad de cortarme una rebanada de Gilligan.

—Cómo no, querido —respondía Quinto—, pero luego debes probar un bocado de Profesor.

Todo eso, naturalmente, sucedía lejos de los oídos de Unclish, al que temían tanto como despreciaban. Su tío era un ideólogo apasionado que no toleraba la insolencia ni la rebelión. Con el puño siempre levantado, despotricaba contra la traición de las naciones, maldecía a los caníbales que abandonaban el redil y echaba pestes contra todos los males de Estados Unidos.

—¡Hemos sobrevivido a todo menos a la libertad! —exclamaba desde la cabecera de la mesa, soltando un puñetazo que hacía saltar los cubiertos—. La guerra, el odio, la violencia, la opresión… Pero todas esas desgracias combinadas nunca nos hicieron tanto daño como nos han hecho la CocaCola, Disney y el Burger King. ¡Nos hemos extraviado! ¡Nos hemos casado, nos hemos asimilado! Hemos comprado el sueño americano, ¡pero ese es un sueño ajeno, el sueño de alguien que sueña con destruirnos!

Cuanto más gritaba y más agitado se ponía, más lo adoraba Mudd, que a menudo les decía a sus hijos que desearía haberse casado con Unclish en vez de con su hermano.

—Me quedé con Garfunkel —dijo.

—¿Quién es Garfunkel? —preguntó Séptimo.

—Simon y Garfunkel —dijo ella—. Dos mariquitas judíos. Simon era el talentoso.

—Simon y Garfunkel no eran gais —la corrigió Cuarto—. Los dos se casaron y tuvieron hijos.

Mudd le pegó un golpe en la cabeza con el dorso de la mano.

—Eran judíos —le espetó—. Es suficiente.

* * *

Mudd se estaba echando a perder. A ojos vista. Sus extremidades habían empezado ya a hincharse y, bajo su sucio camisón, su cadáver iba adoptando un tono gris macilento, de animal atropellado. A Séptimo, aquel camisón le provocó otra punzada de culpa: Mudd no podía haberse quedado a muchos Whoppers de los doscientos cincuenta kilos, y aunque el camisón era enorme, apenas lograba contenerla. Pero lo que le provocaba cargo de conciencia no era que este le quedara justo, sino el camisón en sí mismo: el estampado de florecillas rosas y el encaje, otrora blanco, que bordeaba la parte inferior.

El interminable anhelo de belleza; de la mentira de la belleza, concretamente; de tener un bello final.

Un viejo dentro del ataúd, vestido con su traje elegante. Pañuelo de bolsillo. Corbata de seda.

«Se le ve tan tranquilo —dice la familia—. Casi parece que esté vivo…»

Unclish estaba al pie de la cama, retorciéndose la barba y diciendo «Sí, sí, hmm, hmm». También él había envejecido, Séptimo se dio cuenta de ello en cuanto abrió la puerta y vio a su estimado tío oliendo las flores de plástico que Mudd había colgado en la entrada.

—Segundo —le dijo Unclish a Séptimo—. Qué bien huelen.

—Soy Séptimo —dijo Séptimo.

—Es lo que he dicho —repuso Unclish.

—Pasa, Unclish —dijo Séptimo—. Mudd está arriba.

—Tienes razón, Quinto —respondió su tío—. Debemos darnos prisa.

Séptimo estaba preocupado. Confundir un par de nombres o números era fácilmente perdonable (al fin y al cabo eran doce hermanos, y habían pasado varios años desde la última vez que Unclish los había visto), pero no se trataba solo de eso. Unclish era más menudo de lo que Séptimo recordaba, el sombrero de copa le quedaba demasiado grande y el traje le venía holgado. Séptimo tuvo la sensación de que, al tiempo que Mudd crecía, Unclish se había ido encogiendo. Y si antes Séptimo lo miraba levantando la vista, ahora tenía que bajarla. Cuando eran más jóvenes, los ojos de Unclish ardían con un fervor inextinguible; ahora, en cambio, su fuego, como la llama de una vela otrora brillante, parecía haber

empezado a extinguirse.

—Sí, sí, —repitió Unclish, observando el cadáver de Mudd—. Hmm, hmm.

Octavo miró a Séptimo y se señaló la muñeca, como diciendo que el tiempo iba pasando.

—Han transcurrido ya dos horas, Unclish —dijo Séptimo—. Desde que ha muerto.

—Desde que ha muerto. Muerto, ¿entiendes? —insistió Octavo —. Dos horas.

Unclish le dirigió una mirada fulminante a Octavo. Sin apartar la vista de su insolente sobrino, tomó el dedo gordo del pie izquierdo de Mudd suavemente entre el pulgar y el índice.

—Dos horas y once minutos, hijo mío —le dijo a Octavo—. Para ser exactos.

Le soltó el dedo del pie y se limpió la mano en la sábana.

—¿Tenéis idea de qué día es hoy? —preguntó entonces, dirigiéndose a todos los presentes.

Los hermanos, temerosos de desatar sus iras, se devanaron los sesos.

—¿El Día de Colón? —aventuró Quinto.

—Eso es en octubre —lo corrigió Cuarto.

—Es el cumpleaños de Washington —dijo Segundo.

—¿El cumpleaños de Washington? —preguntó Primero—. ¿Te refieres al Día de los Presidentes?

—El Día de los Presidentes es el cumpleaños de Washington —insistió Segundo.

—¿En serio? —preguntó Noveno.

—¡Es el Día del Recuerdo, idiotas! —gritó Unclish y, de pronto, a pesar de su reducido tamaño, volvió a ser aquel líder ardiente que los hermanos habían conocido y temido de pequeños.

—¿En serio no recordáis nada de nuestras tradiciones? —los reprendió—. ¿Estados Unidos os ha aplastado finalmente entre sus insaciables mandíbulas? ¿Tenemos que tuitear sobre nuestros días festivos para que los recordéis, zoquetes, pringados, lameculos? ¿En serio tenéis una memoria tan pésima y lamentable? ¿Qué tenemos que hacer, pagarle a una puta famosa para que os los recuerde? ¿Imprimirlo en la parte trasera de los pantalones de yoga de Kim Kardashian para que, por un breve momento, os acordéis de quiénes

sois y de dónde venís?

Cerró los ojos y gritó a los cielos:

—¿ES QUE NUESTRO PUEBLO ENTERO MORIRÁ CON VUESTRA SANTA MADRE?

Los hermanos, arrepentidos, no respondieron. El Día del Recuerdo era el día más sagrado de todo el calendario caníbal; incluso aquellos caníbales que no observaban ninguna otra tradición celebraban el Día del Recuerdo. Naturalmente, el secretismo era tan fundamental para su supervivencia que los detalles exactos de la festividad se habían perdido y ya nadie recordaba qué efeméride se suponía que debían rememorar el Día del Recuerdo. Algo había sucedido, eso era evidente, y fuera lo que fuera había sido algo malo. Algo trágico. La cosa más trágica que jamás hubiera sucedido; de lo contrario, ¿por qué lo recordarían (aunque en realidad no lo recordaran)? Lo único que sabían con certeza era que en algún lugar (nadie recordaba dónde), en algún día en particular (nadie recordaba cuándo), algo terrible había sucedido a sus benditos ancestros (nadie recordaba qué), y que era importante que nunca lo olvidasen, fuera lo que fuera que hubiera sucedido y cuándo hubiera sucedido, y que maldijeran los nombres de quienes habían perpetrado lo que fuera que habían perpetrado, fueran quienes fueran y hubieran hecho lo que hubieran hecho. En resumen, los hermanos tenían excusas de sobra para no acordarse, pero Séptimo sabía que necesitaban que Unclish dirigiera las Vituallas, de modo que se apresuró a disculparse.

—Lamento el olvido, Unclish —dijo—. Pero ¿qué tiene que ver el Día del Recuerdo con Mudd?

Unclish recobró la compostura y explicó que nacer en el Día del Recuerdo era un gran honor, pues era una señal de los viejos espíritus de que, a su debido tiempo, el niño consagraría su vida al pueblo caníbal. No había mayor honor, de hecho, excepto morir en el Día del Recuerdo, que era una señal de los viejos espíritus de que el difunto había consagrado su vida al pueblo caníbal.

En consecuencia, declaró Unclish, con las Vituallas de Mudd no podían dejar ningún elemento al azar. Tenían que ejecutarlas con la mayor precisión y cuidado posibles.

—No podemos hacerlo aquí —dijo con decisión—. Es demasiado voluminosa, aquí es imposible drenarla y purgarla. Los vecinos nos

verían ir y venir y, si por algún casual llegaran a ver sangre, avisarían a la policía. No podemos arriesgarnos a que nos interrumpan, o algo peor.

—¿Dónde propones que lo hagamos, entonces? —preguntó Primero.

Unclish se retorció la barba blanca un momento, diciendo «Sí, sí, hmm, hmm».

—En la Universidad —anunció finalmente.

—¿La… Universidad? —preguntó Séptimo.

Los Seltzer, del primero al último, palidecieron de miedo.

—Debemos ir a la Universidad —dijo Unclish.

* * *

«Es un honor mayor morir en el Día del Recuerdo que nacer en el Día del Recuerdo», declararon los Ancianos Mayores.

«¿Qué importa eso?», preguntaron los Ancianos, picados aún por lo de «los caníbales no pueden conducir un Lincoln».

«Importa —respondieron los Ancianos Mayores—, porque no es lo mismo el hecho de haber dedicado realmente la vida a nuestro pueblo que la simple promesa de hacerlo.»

«Estás un poco obsesionado con todo el rollo este de que si algo es más o es menos —dijeron los Ancianos—. No es sano. ¿Por qué no pueden ser ambos honores igual de grandes?»

«No, un honor debe ser mayor que el otro —replicaron los Ancianos Mayores—, como yo soy mayor que tú.»

«Eso es lo que tú te crees», dijeron los Ancianos.

«Eso es lo que sé», replicaron los Ancianos Mayores.

Y no se hablaron hasta la cena.

* * *

A pesar de su sombrío objetivo, Séptimo guardaba un recuerdo bastante entrañable de los Días del Recuerdo. La solemnidad de la ocasión hacía que Mudd estuviera más sosegada y razonable de lo habitual: en lugar de gritarles a los chicos, se sentaba en el sofá y lloraba.

A Séptimo lo entristecía verla llorar, pero prefería el melodrama

al drama real. Su madre encendía las velas del Día del Recuerdo y las colocaba por toda la casa, normalmente oscura, y una extraña sensación de calma iluminaba aquellas habitaciones donde habitualmente ardía el rencor.

Se reconvino por haberlo olvidado.

No todo había sido malo, ¿no?, se preguntó.

Las tradiciones, los días de fiesta… Algo bueno habían tenido, ¿no?

—Como cangrejos en un cubo —había dicho el Dr. Isaacson cuando Séptimo le contó que Cero lo había llamado.

—¿Qué les pasa a los cangrejos? —preguntó Séptimo.

El Dr. Isaacson le explicó que los pescadores de cangrejos conocen un pequeño truco sobre los cangrejos: cuando los meten en un cubo y los dejan en la cubierta del barco, no tienen que cubrirlos para evitar que se escapen.

—¿Por qué no? —preguntó Séptimo.

—Porque si un cangrejo empieza a salir —dijo el Dr. Isaacson—, los otros siempre tiran de él, de vuelta al fondo del cubo. A medio camino de la libertad, la seguridad y la felicidad, sus propios congéneres lo arrastran de nuevo a las profundidades de una perdición segura.

En su momento, Séptimo le había encontrado sentido, y a lo largo de los años había pensado en ello a menudo, cuando Mudd lo llamaba por teléfono, pero tal vez ahora la situación había cambiado. «Porque yo sí salí del cubo —se dijo Séptimo—. Me escapé. Y nadie está tirando de mí. Estoy regresando yo solo. Al cubo. A Seltzerlandia. Para protegerla, defenderla, construirla.»

Unas semanas atrás, Rosenbloom había enviado un correo electrónico a todos los empleados de la empresa. En los años cincuenta, decía, el número total de libros nuevos publicados en inglés que contenían la palabra *identidad* en el título había sido de treinta y siete. Desde 2010, habían aparecido ya más de diez mil.

«Tengámoslo en cuenta, chicos», escribió Rosenbloom.

Todos los demás se estaban encaramando a sus cajas, escribiendo «Prohibido entrar» en el exterior y encerrándose dentro, pensó Séptimo.

«¿Por qué no iba a hacerlo yo también?»

* * *

«El sueño de esta Universidad es el resultado de una pesadilla —escribió Unclish en los folletos de la campaña de recaudación de fondos—. La pesadilla de la aceptación.»

«En todos los demás países —seguía diciendo el folleto—, y en todas las demás épocas, nos hemos topado con resistencia. Y con rechazo. Y aunque tuvimos que luchar, y aunque tuvimos que plantarles cara, en cierto modo fuimos afortunados. Porque ese rechazo nos mantuvo unidos; la opresión nos hizo más fuertes. Hoy, en cambio, nos ahogamos en las arenas movedizas de la aceptación. Y cuanto más luchamos, más nos hundimos.»

«La Universidad será nuestra salvación —añadía—. Estará situada en nuestro propio territorio (¡territorio caníbal!), entre las arboledas de un hermoso pueblo de Nueva Jersey al que acudirán caníbales de todas partes. Tendrá un gran atrio principal, una biblioteca aún más grande, aulas y un centro de Vituallas. Y los alumnos hallarán el tesoro que se les escapa desde hace tanto tiempo: el orgullo.»

«En cuanto a los cursos —especificaba—, nuestros distinguidos profesores crearán un programa centrado en los textos, las filosofías y la historia de nuestro pueblo. Los cursos concretos todavía no están diseñados, pero he aquí lo que NO se impartirá en la Universidad: los griegos. Los romanos. La Ilustración. La Reforma. La Revolución Popular china. La Revolución rusa. La Revolución francesa. La Revolución americana. Shakespeare. Moliere. Tolstoi. Platón. Nietzsche. Wittgenstein. Marx. Lenin. Freud. Darwin. Galileo. La Inquisición. El genocidio en Ruanda. El Holocausto. La trata de esclavos en África. La hambruna irlandesa. La hambruna en Ucrania.»

La lista seguía durante dos páginas más.

«Los escritores a los que sí leeremos —concluía el folleto— serán nuestros propios escritores. La historia que examinaremos será nuestra propia historia. Las tragedias que recordaremos serán nuestras propias tragedias.»

Unclish le encargó a un artista caníbal una acuarela de la futura Universidad. Mudd lloró al verla: en el grandioso atrio principal de estilo gótico, había unas ventanas de arco apuntado con magníficos

vitrales que representaban famosas escenas de la diáspora caníbal: Samuel entregándole a Julius la vieja maleta de cuero, Julia resistiendo a Henry Ford, Julius huyendo de Detroit… Unclish usó aquella obra de arte para sus campañas de recaudación de fondos y le regaló a Mudd un póster, que esta colgó con orgullo en el salón de casa, tras retirar las fotos de sus hijos para hacerle sitio en la pared. Cada verano, los niños suplicaban visitar la Universidad. Es cierto que estaban más interesados en la piscina olímpica que en la selección de cursos, pero, aun así, aquel interés llenaba de orgullo a Mudd. Pero la visita nunca llegó a materializarse. Mudd decía que era demasiado voluminosa para viajar; el viaje era largo y el coche, poco fiable; y, además, los niños no podían faltar a la escuela.

—¡El año que viene! ¡El año que viene en Nueva Jersey! —les prometía cada año, como un Sherwood cualquiera.

Octavo entraba en cólera cada vez que se enteraba de que su visita se había cancelado una vez más. Entonces se echaba en el sofá y contemplaba el cartel con las manos en la nuca, soñando con el día en que finalmente se matricularía y estudiaría las obras de su pueblo.

—Algún día iré —decía con tono melancólico—. Recordad mis palabras: algún día iré.

—Yo también —decía Primero, golpeando a Octavo en la cabeza con el dorso de la mano—. Y romperé esos malditos ventanales de una pedrada.

* * *

A Mudd no le gustaba hablar de la tía Hazel, hasta el punto de que, aunque alguien insistiera, se negaba a hacerlo. Séptimo tardó muchos años en oír su historia, y fue su padre quien se la contó.

Hazel era la hermana menor de su padre y de Unclish, y al ver que su hermano Ishmael gozaba de un aprecio cada vez mayor entre su gente, se comprometió a documentar su ascenso para las generaciones futuras en una suerte de registro, un nuevo Nuevo Testamento, un *Libro de los Mártires* sin (a poder ser) la parte del martirio.

El proyecto comenzó como un simple cuadernillo. Hazel era taquígrafa de oficio y podía registrar una hora de detalles en

cuestión de minutos. El proyecto suponía una transgresión flagrante de la Regla número dos, sí, pero como escribía por el bien de su gente (y sobre él), Unclish le concedió una exención y la autorizó para seguir adelante con el proyecto.

—Así como nosotros aprendemos de la vida de nuestros antepasados —dijo—, también nuestros descendientes podrán aprender de nosotros.

Hazel empezó modestamente: nombres, fechas, ciudad de nacimiento. Pero pronto las entradas empezaron a alargarse. Veredictos, sentencias… Ninguna ley o decisión escapaba a su cuaderno, y pronto decidió que, en la vida de aquel gran hombre, no había un solo momento que pudiera ser olvidado: nada era demasiado prosaico ni demasiado trivial, desde qué desayunaba hasta cómo se vestía para ir trabajar o a qué hora se acostaba.

«Dos huevos, revueltos. Sin tostada. Síndrome del intestino irritable.»

Los cuadernos empezaron a multiplicarse rápidamente. Consternada por todo lo que podría estar perdiéndose, Hazel renunció a su trabajo: la posteridad lo exigía; su pueblo lo exigía. Se dedicó a transcribir, palabra por palabra, todas las conversaciones de Unclish. Inicialmente recogía tan solo aquellas que trataban sobre leyes y tradiciones, pero pronto decidió que no iba a dejar pasar una sola palabra sin consignarla a sus páginas.

«¿Quién soy yo —se preguntaba— para decidir lo que es digno de la posteridad y lo que no?»

La lista de la compra de Unclish. Su lista de la lavandería. Su discusión con el agente encargado de poner multas de aparcamiento. Sus discusiones con el cartero:

> *Y dijo Unclish: «Creía que la última recogida era a las seis de la tarde».*
> *El cartero respondió: «Eso es durante la semana. Hoy es sábado».*
> *A lo que Unclish replicó: «Ya sé a qué día estamos, pero gracias».*

Unclish empezó a preocuparse y a mosquearse: Hazel estaba ahí cuando se duchaba, cuando se vestía y cuando se dormía. Cuando se despertaba seguía ahí, y le preguntaba qué había soñado por la noche y qué iba a desayunar. Un día, Unclish despertó de una siesta

y la descubrió husmeando en su ropa sucia.

«Bóxeres —había escrito—. Blancos. Manchas amarillas delante. Una marrón en la parte trasera.»

Unclish le quitó el cuaderno de las manos y arrancó la página.

—¡Hazel! —le gritó—. ¡Los pormenores de mi vida cotidiana no son más importantes que los de la tuya! ¡Esto se tiene que terminar!

Hazel se fue a casa y reflexionó sobre aquellas palabras. Su hermano era sabio, el hombre más sabio de la tierra, y no era alguien que hablara porque sí: cada una de sus palabras estaba imbuida de significado e intención.

No le llevó mucho tiempo comprender lo que había querido decir: en vez de registrar los pormenores de la vida de su hermano, debía registrar los suyos propios. Trazar los pasos no de la vida de un noble, sino de la de una mujer corriente, de una caníbal cualquiera del Nuevo Mundo. ¿Qué mejor manera de enseñar a las futuras generaciones cómo vivir? Se puso manos a la obra de inmediato, a la mañana siguiente.

«Me he despertado. Me he lavado los dientes. Me he tomado un café. Me he tomado otro café. He visto el programa de Kelly Ripa. Me he quedado dormida.»

Pronto se deprimió. El día a día de su hermano, por prosaico que fuera, estaba cargado de significado e importancia. El suyo, en cambio, le parecía aburrido y poco interesante. Cuanta más atención prestaba, menos veía y menos le gustaba lo que veía.

Conversaciones insípidas.

Pensamientos mezquinos.

Sueños banales.

Hemorroides.

Cera en los oídos.

Dientes amarillos.

«He cagado —escribió—. He meado. Me he tirado un pedo.»

«¿Qué más?»

Su depresión se agravó. Pasaba horas y horas en la cama, y solo salía de casa para ir a buscar comida. Humphrey, preocupado por la salud de su hermana, trató de intervenir.

—¿Qué haces? —le preguntó.

—Buscar —contestó ella.

—¿Qué buscas?

—Algo bueno —dijo.

Humphrey le confiscó los cuadernos, pero ella empezó a escribir en la contraportada de los libros que encontraba por ahí, o en las páginas de alguna revista. Al día siguiente Humphrey le confiscó los bolígrafos, pero ella se cortó los muslos y las pantorrillas y escribió en las paredes con su propia sangre. Humphrey salió corriendo a la farmacia a buscar vendas, pero al regresar la encontró muerta en la acera, bajo la ventana abierta de su apartamento del cuarto piso.

A su lado había un cuaderno de notas. Con las sirenas resonando a lo lejos, Humphrey lo recogió y leyó la última anotación:

«Fin», ponía.

Y a continuación:

«Menos mal.»

* *

Primero conducía un Escalade, un enorme Cadillac todoterreno con unas amplias puertas traseras dobles, el único de todos los vehículos de los hermanos donde cabía el cadáver de Mudd (aun así, iban a tener que quitar todos los asientos que se pudieran quitar, y empujar hacia delante todos los asientos que se pudieran empujar hacia delante), por lo que entre todos decidieron que este la llevaría consigo a la Universidad, mientras los demás lo seguían. Primero se negó y sugirió que alquilaran una furgoneta, pero Unclish insistió en que no había tiempo.

—Tenemos que irnos ya —dijo—. Se está poniendo gris.

Primero accedió, finalmente, pero dijo que no quería viajar a solas con ella. Séptimo, que de todos modos había ido a Brooklyn en taxi, accedió a acompañarlo. Cero iba a llevar a Tercero en el viejo Subaru de Mudd. Los demás cogieron sus propios coches. Seguirían todos a Primero, que, a su vez, seguiría a Unclish.

Para poder trasladar a Mudd al Escalade iban a tener que arrimar el hombro todos. Mientras se dirigían al piso de arriba para bajarla, Noveno se acercó a Séptimo y se lo llevó a un lado.

—Escucha —dijo Noveno en voz baja—, ya sé que debería haberte dicho esto antes, ¿vale?, pero, para serte sincero, no esperaba que esto fuera a llegar tan lejos. Creía que al final la enterraríamos, por el amor de Dios. No esperaba que fuéramos a

hacer… esto. Pero ahora, de repente, Unclish está aquí, y vamos a ir a la Universidad, y… o sea…

—¿Qué pasa, Noveno?

Noveno soltó un sonoro suspiro y esperó a que el último de los hermanos desapareciera escaleras arriba.

—Soy vegano —le dijo a Séptimo.

—¿Vegano?

—No lo digas así.

—¿Desde cuándo?

—Soy veterinario, Séptimo. No como animales; nunca lo he hecho.

—Te comiste a tía Hazel.

—Por aquel entonces todavía no era veterinario, Séptimo. Apenas era un niño. Además, le di mi parte a Tercero.

—Solo es un bocado…

—Bocado y medio —puntualizó Noveno—. No puedo.

—¡Ahora no te eches atrás, Noveno! Lo hemos acordado entre todos.

—No me voy a echar atrás —dijo Noveno—. Solo te pido… que me ayudes.

—¿Que te ayude? ¿Cómo te voy a ayudar?

—Cómete mi parte —dijo Noveno.

—No.

—Por favor.

—Noveno, acordamos darle un Consumo formal. Si quieres vomitarla después, es cosa tuya.

—Eso sigue siendo comer, Séptimo.

—Eso no es comer, es solo deglutir.

—Y eso es comer. Esa es la definición de *comer*.

Séptimo se sacó el teléfono del bolsillo.

—Oye, Siri —dijo—, ¿cuál es la definición de *comer*? Primero los llamó desde el piso de arriba.

—Chicos, ¡os necesitamos! —gritó.

—He encontrado lo que estás buscando —dijo Siri—. La definición de comer es introducir algo en la boca e ingerirlo.

—¿Lo ves? —dijo Noveno.

—Oye, Siri —siguió diciendo Séptimo—, ¿cuál es la definición de *ingerir*?

—He encontrado lo que estás buscando —dijo Siri—. La definición de *ingerir* es introducir un alimento en el cuerpo a través de su absorción.

—Ahí lo tienes —dijo Séptimo—. Si lo vomitas, no lo absorbes. Si no lo absorbes, no lo ingieres. Y si no lo ingirieres, no lo comes.

Noveno se rascó la barbilla, dubitativo. Primero los llamó de nuevo:

—¡Vamos, chicos! ¡Pesa más que un piano!

—Vale —le dijo Noveno a Séptimo mientras subían por las escaleras—, vale. Pero no la voy a absorber.

«Otra cosa buena de ser Siri —pensó Séptimo mientras subía las escaleras detrás de su hermano— es que no tiene hermanos. Ni hermanas. Ni nada.»

¿Acción de Gracias?

Una mesa vacía.

¿Navidad?

La casa para ella sola.

¿El día de los abuelos?

¿Qué es un abuelo?

¡No era de extrañar que fuera así de dicharachera!

* * *

«¿Puede cualquier persona consumir al difunto? —preguntaron los Ancianos—. ¿O solo los caníbales?»

«Solo los caníbales pueden consumir al difunto», respondieron los Ancianos Mayores.

«¿Y puede cualquier caníbal consumir al difunto? —preguntaron los Ancianos—. ¿O solo la familia?»

«Solo la familia puede consumir al difunto», respondieron los Ancianos Mayores.

«Pero ¿y si uno de los miembros de la familia se ha casado? —preguntaron los Ancianos—. ¿Puede la nuera, si no es caníbal, consumir al difunto?»

«No», respondieron los Ancianos Mayores.

«¿Pero una nuera no es de la familia?», preguntaron los Ancianos.

«Sí», respondieron los Ancianos Mayores.

«Entonces, ¿por qué no puede participar en el Consumo?», preguntaron los Ancianos.

«Porque solo los humanos pueden consumir al difunto —respondieron los Ancianos Mayores—. Y los no caníbales son subhumanos.»

«Cómo se te va la olla, colega», dijeron los Ancianos.

* * *

Décimo se subió a la cama de Mudd y la levantó por los hombros al tiempo que Tercero la tomaba por las piernas.

—¿No sería más fácil trocearla primero y luego bajarla? —preguntó Primero—. Quiero decir, los mudanceros tampoco bajan las camas de una sola pieza…

—No la vamos a trocear —dijo Unclish—. Primero la drenaremos, luego la purgaremos, luego la dividiremos y finalmente la consumiremos.

Los Seltzer al completo tuvieron que coordinarse para poder sacar a su madre muerta de la casa. Tuvieron que descolgar la puerta del dormitorio y desmontar la barandilla de la escalera y la contrapuerta de la entrada, pero al fin lograron sacarla y meterla en la parte trasera del todoterreno de Primero.

Finalmente, los Seltzer se pusieron en marcha.

Unclish le indicó a Primero que abriera todas las ventanas para mantener el cuerpo frío y ganar un poco de tiempo antes de empezar las Vituallas, y pidió a todos los hermanos que extremaran la precaución al volante y que respetaran estrictamente los límites de velocidad y las señales de tráfico para evitar que los parara la policía. Pero resultó que su preocupación por el exceso de velocidad estaba fuera de lugar: se aproximaba una tormenta invernal y quienes habían ido al trabajo en coche decidieron no esperar a la hora punta para volver a sus casas, de modo que encontraron retenciones en la Garden State Parkway. Mudd estaba abotargada y azul, y empezaba a oler.

—Cómo mola este coche —dijo Séptimo, tratando de distraer a Primero del hedor—. Un Escalade, ¿eh? ¿Cuánto cuesta uno de estos?

—¿Con cadáver o sin él? —contestó Primero—. Que sepas que

voy a exigir una tarifa de limpieza antes de dividir el dinero. No tengo más coche que este.

—Ya sé que no es asunto mío —dijo Séptimo—, pero ¿cómo es posible que alguien que conduce un Escalade ande tan justo de dinero?

—Es un remanente —dijo Primero—. De hecho, es la última.

—¿La última qué?

—La última limusina CanAm —dijo Primero, y empezó a explicar la historia:

Después de marcharse de casa a los dieciocho años, Primero encontró un trabajo de chófer para el Servicio de Taxi Tel-Aviv, en Queens. Los propietarios eran unos judíos que, dadas las oscuras pero ambiguas facciones de Primero, dieron por sentado que era israelí.

—¿Eres de Israel? —le preguntaron.

—Sí, claro.

—¿De qué parte?

—De la parte… principal —contestó Primero—. Con la cúpula y tal.

—¿De Jerusalén?

—Bingo.

Lo contrataron en el acto. El trabajo le gustaba, pero el porcentaje que se quedaba la empresa lo irritaba. Primero había crecido escuchando a Mudd condenar al entonces presidente Ronald Reagan por no reconocer su herencia caníbal. (Si bien se refería a su esposa como «mami», lo que a Mudd le parecía una buena señal.) Pero Primero admiraba a Reagan. No porque fuera CanAm, ni tampoco por lo de «mami», sino por haber dado el pistoletazo de salida a lo que terminaría conociéndose como la década de «la avaricia es buena». Por fin una visión de Estados Unidos que Primero podía abrazar:

Sálvese quien pueda.

Gana un dólar, quédate un dólar y que les den a los demás.

Primero había oído mil veces la historia de Julius en el crisol. Mudd le había contado la versión con «no valía la pena» y su padre la de «¿no valía la pena?», pero Primero tenía su propia versión capitalista: fuera lo que fuera lo que había pasado aquel día en Detroit, tanto si Julius quería entrar en ese crisol como si no, la

única persona que Primero sabía con seguridad que no estaba en el crisol era Henry Ford.

Porque Henry Ford era el puto dueño del crisol.

Y también era dueño de los pringados que había dentro.

Con eso en mente, Primero decidió fundar su propia empresa de taxis, con sus propios vehículos y sus propios chóferes. Era un joven decidido, y muy pronto Limusinas CanAm contaba con una flota de vehículos que operaba en los cinco distritos de la ciudad. Aparte de algún «A la mierda los canadienses» ocasional rayado en uno de los coches, fue una época de éxito embriagadora.

«América —pensó con una sonrisa—. ¿No valía la pena?»

Tenía contratos con decenas de empresas, y se mudó al Lower Manhattan, a un elegante *loft* recién renovado. Pero todo se oscureció a raíz del 11 de septiembre. Tras los ataques al World Trade Center, sus clientes empezaron a sospechar que Primero, dadas sus oscuras pero ambiguas facciones, era musulmán y, en consecuencia, un terrorista.

—¿Estáis locos o qué? —respondía él—. Pero si soy israelí. Soy de Tel Aviv, joder.

—Creía que habías dicho que eras de Jerusalén.

—Nací en Jerusalén, pero me crie en Tel Aviv…

Pero era imposible convencerlos con palabras, de modo que Primero hizo lo único que podía hacer para reafirmar su lealtad a los Estados Unidos: compró una caja de banderines americanos y cubrió su flota con ellos. Puso banderines americanos en los parabrisas, banderines americanos en las ventanas de los pasajeros, banderines americanos en los parachoques. Incluso puso banderines americanos dentro del coche, pegados a los portavasos plegables y detrás de los reposacabezas, desesperado por probar su inquebrantable patriotismo. Pero no sirvió de nada: los musulmanes auténticos, tratando también de demostrar su lealtad, hicieron lo mismo con sus coches y sus tiendas, de modo que los banderines americanos de los coches de Primero solo lograron que pareciera aún más musulmán que antes.

Uno por uno, todos sus clientes se pasaron a otros servicios de taxi sin vínculos a Al-Qaeda. Pronto no le quedó nada más que un último Escalade y una caja con dos mil banderines americanos. Sentado en su oficina, Primero estaba a punto de rendirse, a punto

de volver a casa como Mudd siempre había dicho que haría: con el rabo entre las piernas. Pero mientras guardaba los banderines sobrantes, se dio cuenta de algo. Grabadas sobre las pequeñas astas de madera, se podían leer las palabras «Made in China».

Incluso en aquel momento funesto, la ironía de la situación lo hizo reír: como estadounidense que acababa de perder su negocio por culpa de otros estadounidenses que lo consideraban poco estadounidense, se alegró bastante de descubrir que todas aquellas banderas estadounidenses las había fabricado el mayor competidor económico del país, que luego las vendía a estadounidenses que expresaban su apoyo a Estados Unidos mientras, en realidad, apoyaban económicamente a una empresa china que, probablemente, fabricaba banderas para todos los países del mundo.

Y de pronto Primero tuvo una idea.

Una búsqueda rápida reveló que la empresa china que fabricaba aquellos banderines americanos se llamaba All-American Flags Inc. y que, combinando una producción de mala calidad, materiales baratos y mano de obra mal pagada, había llevado a la ruina a una empresa de banderas con sede en los Estados Unidos llamada American Flags Inc. Los chinos solo habían tenido que añadir la palabra *All* al nombre y recortar el precio de sus competidores estadounidenses en un cincuenta por ciento para dejarlos sin cuota de mercado. Su estrategia había funcionado, pero eso había sucedido hacía diez años. En el ínterin, Estados Unidos se había convertido en un lugar muy diferente, impregnado de nacionalismo de pacotilla y de la xenofobia reaccionaria de rigor. Y Primero lo sabía de primera mano.

¿Por qué no beneficiarse del mismo tribalismo que lo había abocado a la bancarrota?

Al día siguiente, Primero fundó la All-All-American Inc., una empresa que iba a producir imitaciones estadounidenses baratas de imitaciones chinas baratas de productos estadounidenses. Compraba las piezas a granel en China, las montaba en su garaje, donde tenía un equipo de empleados musulmanes mal pagados que, como él, se habían quedado sin trabajo a raíz del 11 de septiembre y, finalmente, les estampaba el logo de All-All-American Inc. «Imitación fabricada *con orgullo en los Estados Unidos de América*», podía leerse en cada uno de los artículos que vendían.

Y los vendían a miles.

Ni siquiera tenía que producir más barato que la empresa china: bastaba con que igualara su precio, y el nacionalismo y la paranoia hacían el resto.

El dinero entraba a espuertas y Primero expandió el negocio. La AAAI producía imitaciones estadounidenses de teléfonos móviles chinos de imitación, imitaciones estadounidenses de juguetes chinos de imitación, imitaciones estadounidenses de relojes chinos de imitación, imitaciones estadounidenses de portátiles chinos de imitación. Se beneficiaron de unos años estupendos, y Primero ganó más dinero del que jamás hubiera imaginado. Pero, una vez más, tenía al destino en contra: llegó la Gran Recesión y, con ella, la oportunidad que los chinos habían estado esperando. El miedo a los otros pasó de pronto a un segundo plano, reemplazado por el miedo a la ruina económica. De repente, los estadounidenses estaban menos preocupados por salir volando por los aires que por hundirse. El odio a lo extranjero se vio reemplazado por el amor a lo barato, y los chinos aprovecharon la coyuntura y fundaron una nueva empresa llamada All-All-All-American Inc., especializada (como orgullosamente ponía en sus paquetes) en «Imitaciones chinas de las imitaciones estadounidenses de las imitaciones chinas que amas, a los precios baratos chinos que necesitas».

Primero no podía competir con eso, y no pasó mucho tiempo antes de que los pedidos se interrumpieran por completo. No le quedó más remedio que despedir a sus empleados, pero estos lo demandaron, alegando que los estaba despidiendo porque eran musulmanes.

—¡Pero si yo soy musulmán! —le dijo Primero a su abogado.

—Creía que eras negro —respondió su abogado, que, ahora que creía que Primero era musulmán, dejó de devolver sus llamadas.

Y ese era el final de la historia.

—Este Escalade es lo único que me queda —le dijo Primero a Séptimo—. Por eso necesito el dinero de Mudd. Detesto tener que cogerlo, pero lo necesito.

—Deberías escribir un libro —le dijo Séptimo—. *La historia radicalmente auténtica de un empresario canibaloamericano del sector de las limusinas musulmán-israelí a tiempo parcial*. Sería un supervenías, créeme.

Primero suspiró.

—Creía que había dejado toda esta mierda caníbal atrás —dijo.

—Solo es un bocado —repuso Séptimo—. Bueno, bocado y medio.

—No —dijo Primero—, me refiero a aquel entonces, cuando me fui de casa a los dieciocho años. Hice las maletas y salí por la puerta, pensando que encontraría a esa criatura misteriosa y maravillosa, tolerante y de mente abierta conocida como el *estadounidense*… Personas como las que Julius encontró en su barco, ¿te acuerdas? Pero no fue así. ¿Sabes qué encontré? Caníbales. En todas partes. No caníbales étnicos como nosotros, sino simples caníbales. Hombres caníbales con traje y corbata, poderosas mujeres caníbales vestidas con faldas entalladas y hombreras, caníbales con oficinas con vistas y un Porsche en el garaje. Y también consumen, colega. ¡Vaya que si consumen! Consumen coches y ropa y casas, consumen y consumen y consumen, pero esos caníbales nunca quedan saciados. Andan siempre hambrientos, desaforadamente hambrientos, incluso cuando tienen el estómago lleno. No hacen más que comer, comer y comer. Y cuando lo ves, piensas: «Joder, más me vale comer a mí también. Más me vale comer antes de que se termine toda la comida». Así que empiezas a comer tú también y, de pronto, te das cuenta de que tienes la misma hambre que ellos, un hambre infinita, insaciable. Y comes y comes y comes, pero comer tanto requiere mucha energía, ¿sabes? Estar al acecho, matar a la presa, llevarla a rastras a la cueva… Y todo eso está muy bien mientras eres joven, pero a medida que te haces mayor te das cuenta de que no puedes más, y empiezas a preguntarte si valió la pena. Llevas toda la vida comiendo, pero todavía tienes hambre. Y déjame que te diga que ahí es cuando se termina todo, ahí es cuando llegas al final. Porque con estos caníbales, si no tienes hambre, si no eres uno de los que comen (de los que comen sin saber siquiera por qué comen), se te comen a ti. Tengo casi cuarenta años y, sinceramente, Séptimo…, no soy más que carne. Soy el almuerzo. Estoy al punto.

Los colores de América no son el rojo, el blanco y el azul, colega; son el verde y el dorado. Tal vez debería haberme quedado con mis caníbales; por lo menos esos sabían por qué comían, ¿entiendes?

Séptimo contempló el mar de relucientes automóviles que los rodeaba.

—Sí —dijo—. Entiendo.

* * *

Julia mantuvo en secreto las indignidades sufridas a manos de Henry Ford, preocupada por lo que Julius podría hacerle a Ford si se enteraba. Sin darle un porqué, le rogó a Julius que se marchasen de Detroit y regresaran a Nueva York. Lloró y gritó, pero él se negó. El salario en la planta de Ford era demasiado bueno.

—De repente —les dijo Mudd a sus hijos— Julia comprendió que tenía que salvarse aunque eso les costara todos sus ingresos, aunque les costara su casa y su futuro. Como mujer caníbal, no podía permitir que la siguieran profanando. Entonces, un viernes por la noche, tras terminar la jornada y antes del fin de semana, Ford agarró a Julia como siempre hacía y se la llevó a rastras a su oficina.

—Por fin —dijo, desabrochándose los pantalones—. Tenemos toda la noche para nosotros.

Julia temblaba de miedo. Mientras él le rasgaba la ropa y enterraba la cara entre sus pechos, agarró el abrecartas de encima del escritorio. El asesinato significaría el fin de su libertad, pero también significaría el fin para el hijo de puta de Ford. Pero justo en ese momento se fijó en algo: en la pared de detrás de su escritorio, Ford tenía una fotografía enmarcada de Adolf Hitler.

—¿Toda la noche? —preguntó—. Vaya, no puedo.

—¡El asno de tu marido está ocupado limpiando retretes! —dijo Ford mientras la manoseaba y tiraba de ella—. No te preocupes por él.

—No, no es por él —repuso Julia—. Es solo que es el *shabbos*.

—¿Que es el qué?

—El *shabbos* —repitió Julia—. El *sabbat*.

Ford se subió la cremallera de los pantalones.

—Pero… ¿tú eres judía? —preguntó.

—Sí —dijo ella—. Aún puedes violarme si quieres, desde luego, pero tengo que estar de vuelta a casa antes del anochecer.

Ford se quedó pálido.

—Eres una… ¿judía? —insistió, y al pronunciar aquella palabra sintió como si tuviera tierra en la boca.

—¿No lo sabías? —preguntó Julia.

—¡No, no lo sabía! —exclamó Henry Ford—. ¡Joder, creía que eras india!

Julius nunca supo por qué los expulsaron de la fábrica Ford esa noche, ni por qué incendiaron todas sus pertenencias, ni por qué les rompieron las ventanas y pintaron esvásticas en la puerta de su casa.

—Los muy idiotas deben de pensar que somos nazis —dijo Julius mientras huían.

No tenían otro lugar adonde ir, de modo que regresaron a Brooklyn. Allí, Julius cayó en una profunda depresión y maldijo América y su destino; cada mañana y cada noche se disculpaba con Julia porque lo hubieran despedido, le prometía que la noche en cuestión había limpiado los retretes lo mejor que podía, y juraba que no era un nazi y que ni siquiera sabía lo que era el nacionalsocialismo.

Julia lo besaba y le decía que sabía que él no tenía la culpa de nada. Y que lo quería, independientemente de lo que hubiera pasado, y entonces se abrazaban. Nueve meses después, Julia dio a luz a un hermoso niño al que llamaron John.

—Porque vivimos en un país de Johns, Jims y Jacks —dijo Julia —, y quiero que mi hijo no tenga que excusarse nunca por ser quien es.

—Este mundo es un gran excusado —murmuró Julius cuando su mujer ya no podía oírlo—. Un excusado que nadie va a limpiar jamás.

* * *

Carol se acostó sobre la mesa de exploración mientras el técnico realizaba la ecografía. Todo parecía estar bien, dijo el técnico, pero no iban a poder determinar el sexo del bebé a través de una ecografía hasta pasadas varias semanas, cuando el feto hubiera superado lo que se conoce como la *etapa indiferente*.

—Eso lo ha sacado de mí —bromeó Séptimo.

—Antes de convertirnos en hombre o mujer —explicó la

enfermera— somos simplemente personas. Ni hombres, ni mujeres, ni ricos, ni pobres, ni demócratas, ni republicanos. Poseemos lo que se conoce como una gónada indiferente, que con el tiempo se convierte o bien en testículos, o bien en ovarios.

—Una gónada indiferente —dijo Carol—. Suena bien.

—Sí, es verdad —se rio la enfermera—. Alrededor de la octava semana, más o menos, la indiferencia termina y nos convertimos en una cosa o en la otra.

«Disfrútalo, chaval —pensó Séptimo—. Nunca vas a volver a tener una existencia así de simple.»

Esa noche, en la cama, colocó la cabeza sobre el vientre de Carol e intentó escuchar los latidos del corazón de su hijo.

—¿Te imaginas? —preguntó—. Durante un breve y maravilloso momento, no somos ni una cosa ni la otra. Somos todo y no somos nada.

—A lo mejor el cielo es eso —sugirió Carol—. Un lugar de indiferencia eterna. Y a lo mejor eso es la vida, un esfuerzo constante por regresar a la indiferencia primigenia que conocimos cuando recién nos estábamos formando.

—Así pues, ¿los indiferentes van al cielo? —preguntó Séptimo.

—Sí —dijo Carol—. El infierno es para la gente que se cree única.

Séptimo le besó el vientre y se pusieron a hablar de nombres. Querían algo positivo, algo esperanzador.

—¿Qué te parece Adán? —dijo Séptimo—. Porque será nuestro primero…

—Demasiado bíblico —respondió Carol—. Se supone que salimos de cuentas en agosto… ¿Qué tal Augusto?

—Demasiado romano —dijo Séptimo—. Fénix, porque se levantará de las cenizas.

—Sofía —dijo Carol—, porque será sabia.

—Gilligan —dijo Séptimo—, porque está perdido.

—¿Cómo *perdido*?

—En la tierra —dijo Séptimo—. Esperando a que lo rescaten.

—Ginebra —dijo ella—, porque la va a necesitar.

—Hielo —dijo Séptimo—, para todos los golpes que recibirá.

—Gasa —dijo Carol—, para que deje de sangrar.

—Diana —dijo Séptimo—, porque, no nos engañemos, va a

llevar una colgada en la espalda…

—Y si son gemelos —dijo Carol—, Ron y Cola.

—Tristán y Azul —dijo Séptimo.

—Horca y Antorcha —dijo Carol.

Séptimo se levantó y se sirvió un vaso de vino.

—Ya lo tengo —dijo, sosteniendo la botella—. Riesling.

—¿Riesling? ¿Eso es un nombre?

—Reese —dijo Séptimo—. Un nombre lleno de esperanza.

—¿Para que sea dulce? —preguntó Carol.

Séptimo volvió a meterse en la cama y Carol apoyó la cabeza en su pecho.

—Para que vaya bien con todo —dijo Séptimo.

Carol se rio. Esa risa, esa risa…

* * *

Mudd lloró cuando Séptimo se casó con Carol, porque Carol no era caníbal.

—Pero yo soy feliz, Mudd —dijo Séptimo.

—Algún día te darás cuenta de que hay cosas más importantes en este mundo que tu propia felicidad.

—¿Cómo cuáles? ¿La tuya?

—Como tu pueblo —dijo Mudd.

Carol, mientras tanto, le decía todo lo contrario.

—Cadenas, cadenas, cadenas —decía—. Serás un adorno de lo más encantador, Séptimo, colgando del extremo de tus cadenas.

Séptimo se cabreó tanto con Mudd que fue una de las pocas veces en toda su vida que la atacó, y la única vez que la hizo llorar.

—¿Y qué provecho sacará nuestro pueblo de mi miseria, si se puede saber? ¿Qué ha sacado de tu miseria, Mudd?

Esta lo miró fijamente.

—Yo por lo menos me he quedado —dijo—. He puesto a mi pueblo por encima de mi propia felicidad egoísta.

Séptimo sintió como la presa que contenía su ira se rompía en su interior.

—Tú y el perro sarnoso podéis discutir a ver quién es más leal —dijo—, que yo me voy.

A su madre se le llenaron los ojos de lágrimas, pero Séptimo se

armó de valor y se marchó, como había visto a sus hermanos hacer antes que él.

No volvería a verla hasta el día de su muerte.

* * *

Finalmente Unclish salió de la autopista y los otros le siguieron. Tomó una carretera y luego otra, y poco a poco las calles residenciales fueron dando paso a paisajes más rurales y boscosos. Las carreteras serpenteaban, cubiertas por árboles de copas bajas, y las casas escaseaban cada vez más a medida que el bosque se volvía más denso. Por fin, Unclish redujo la velocidad y se metió por un estrecho camino de tierra lleno de baches. Treinta metros más adelante, se detuvo frente a un portón de hierro, alto e imponente, montado sobre unas bisagras oxidadas, cerrado con una larga cadena con candado.

«Peligro. No pasar» decía un cartel herrumbroso que colgaba de la cadena.

Unclish se sacó unas llaves del bolsillo y abrió el candado. La cadena cayó al suelo. Las puertas eran pesadas y estaban atrapadas en el suelo helado. El esfuerzo combinado de Décimo y Tercero les permitió abrirlas apenas lo suficiente para que pudieran pasar de uno en uno.

—Dejaremos los coches aquí —dijo Unclish—. No queda lejos.

Los Seltzer siguieron a Unclish por el camino cubierto de vegetación, entre la espesa maleza y los densos matorrales, agachándose para pasar bajo las gruesas ramas de pino que parecían querer tocar el suelo. Finalmente, tras una curva en el camino, descubrieron, levantándose ante ellos, un edificio gótico viejo y abandonado. Con sus arbotantes y sus elaboradas agujas, parecía como si una antigua ruina de la Europa del siglo XII se las hubiera ingeniado para atravesar el Atlántico y llegar hasta los bosques de Nueva Jersey, donde había terminado pudriéndose y descomponiéndose. Lo que no estaba cubierto de hiedra y musgo, estaba cubierto de grafitis fluorescentes.

—¿Pero qué demonios es eso? —preguntó Primero.

Unclish levantó la mirada como si se encontrara ante las puertas del cielo y extendió los brazos en cruz.

—Hemos llegado —dijo.

—¿En serio? —preguntó Primero.

—¿Adónde? —preguntó Séptimo.

—He aquí —dijo Unclish— la Universidad.

—¿Perdón? —dijo Segundo—. ¿Esto es la Universidad?

—Es broma, ¿no? —dijo Primero.

Octavo contempló con incredulidad el Edén que había soñado de niño. Apenas guardaba algún parecido con el póster de la sala de estar de Mudd.

—¿Pero qué…? ¿Qué le ha pasado? —preguntó.

—A medida que nuestro pueblo se desmoronaba, lo hizo también el sueño de la Universidad —dijo Unclish con tono apesadumbrado—. Las viejas generaciones caníbales animaron a sus hijos a estudiar aquí, pero el proceso de disolución iniciado hace tanto tiempo en el crisol de Henry Ford ya había pasado factura. Los caníbales de las nuevas generaciones eligieron Yale y Harvard en lugar de la Universidad de su propio pueblo; no querían saber de nuestro pasado, nuestro sufrimiento y nuestro dolor. Lo único que querían saber era qué porcentaje de nuestros graduados habían estudiado Derecho después. Querían saber qué fraternidades ofrecía nuestra Universidad. ¡Fraternidades, con sus detestables combinaciones de letras del alfabeto griego, ¿os imagináis?! ¡Los mismos griegos que esclavizaron a nuestros antepasados! ¡Los mismos griegos que violaron a nuestras mujeres! ¡Los griegos que solo buscaron nuestra muerte!

Su voz se elevó y resonó en el bosque helado y vacío.

—No se matriculó ni un solo estudiante —siguió diciendo—. No se enseñó ni una sola asignatura. Yo creía que este sería nuestro comienzo; no sabía que ya había llegado nuestro final. Pero por lo menos hoy nos resultará útil, hijos míos. El Consumo de vuestra madre será el primer Consumo de la Universidad. Y tal vez el último.

Empezaron a subir la ruinosa escalinata de piedra. Séptimo le ofreció la mano a Unclish, pero este lo rechazó con un gesto seco. Finalmente se detuvo ante el alto portón, tallado en madera oscura y sobre el cual había una enorme pegatina amarilla: «Edificio condenado - Prohibida la entrada».

Unclish la arrancó y la tiró al suelo.

—Nos han condenado enemigos mucho más poderosos que el Departamento de Sanidad —dijo.

Empujó las puertas y el ruidoso chirrido de las viejas bisagras llenó el vestíbulo, un alto espacio que hacía pensar en una catedral y ante cuya maravillosa belleza, incluso en aquel estado de deterioro, Cero contuvo el aliento.

—Oh, uau —susurró al entrar—. Uau, uau, uau.

Una tenue luz se filtraba a través de los vitrales rotos, pero incluso bajo aquella luz escasa, la grandeza del lugar resultaba abrumadora. A Séptimo aquel lugar le generaba una angustia considerable. La belleza arruinada de la Universidad condenada parecía condenarlo también a él, como si tuviera la culpa de su ruina. El suelo estaba cubierto de colillas, latas de cerveza y agujas hipodérmicas desechadas, los testigos de la acusación.

Séptimo accionó los interruptores de la luz.

Nada.

Unclish atravesó con paso cauteloso el suelo de mármol abombado —la lechada entre las baldosas estaba cubierta de musgo y había charcos de agua negra por todas partes—, hasta llegar a la alta pared cubierta de grafitis del fondo del atrio.

«Muerte a los maricones.»

«Muerte a los judíos.»

«A la mierda tal.»

«A la mierda cual.»

Entonces se quitó el sombrero de copa, como se hace al entrar en un templo.

—Aquí debía ir un maravilloso fresco —dijo—. Del suelo al techo y de pared a pared. Obra de los artistas más talentosos de nuestro pueblo. Un paisaje de la antigua patria, con uvas del tamaño de manzanas, manzanas del tamaño de pomelos y pomelos del tamaño de un todoterreno.

—Así que pomelos, ¿eh? —dijo Primero, apartado un condón desechado—. Nuestro padre decía siempre que la antigua patria era un retrete.

—Tu padre sí que era un retrete —le espetó Unclish.

—A lo mejor puedo desgravarme esta pequeña excursión como investigación —le dijo Cuarto a Séptimo mientras examinaba los mensajes de odio pintados con aerosol—. «Signos xenófobos en la

América pregenocida.»

Entonces Cuarto desapareció.

Y Segundo desapareció también.

Y Primero.

Séptimo no podía ni verlos ni oírlos. Lo único que oía eran los emocionados estudiantes que pasaban junto a él, riendo, gritando, saludándose unos a otros tras el largo paréntesis veraniego, corriendo para no llegar tarde a la primera clase del semestre…

Uno llama a otro y le pregunta qué tal las vacaciones.

—¡Bien, muy bien! —responde el amigo—. ¡Nos vemos luego!

Chicas jóvenes y orgullosas se ríen al pasar, con sus oscuros rizos caníbales agitándose en el aire, mirándolo de reojo y riéndose mientras se alejan con paso apresurado.

Dos profesores atraviesan el atrio corriendo, sendos ejemplares del supervenías *Fuera de las sombras* entre las manos.

—¿Te ha gustado? —pregunta uno.

—Me ha encantado —dice el otro.

«Ya era hora», decía la elogiosa reseña del *New York Times*.

* * *

Cargar con el cadáver de Mudd hasta el edificio de la Universidad iba a resultar más difícil que sacarla de su casa. Aunque allí no había escaleras ni puertas que complicaran la tarea, debían cubrir una distancia mucho mayor, por no hablar del terreno rocoso o de que no tenían forma de saber en qué momento podía pasar un coche patrulla.

Mientras los hermanos se preparaban para moverla, Décimo se acercó a Séptimo y se lo llevó a un lado.

—No me gusta nada todo esto —le dijo, con las manos en las caderas.

—¿A qué te refieres?

—A todo esto —dijo, señalando a su alrededor—. Este lugar, este pueblo.

—No sé, ¿tienes otra universidad en mente que podamos usar? —le preguntó Séptimo.

—He parado a echar gasolina y he tenido una sensación muy incómoda —dijo Décimo.

—¿Sobre qué?

—Sobre la gente del lugar.

—¿Qué tipo de sensación?

—Un mal presentimiento.

—Pero, ¿te han dicho algo? —preguntó Séptimo.

—No ha hecho falta —dijo Décimo—. Sus miradas lo decían todo.

—¿Qué tipo de miradas?

—Miradas, Séptimo —dijo Décimo.

Séptimo sabía perfectamente a qué miradas se refería; todos conocían aquellas miradas. No era nada obvio ni descarado; no era una mirada tipo «Eres un maldito caníbal», del mismo modo que otros no recibían necesariamente miradas tipo «Eres un sucio judío», o «Me das miedo, negrata».

Era simplemente una mirada tipo «No eres de los nuestros».

El día en que Mudd asustó a Oscar Kowalski, cuando Séptimo regresó a casa, su madre lo hizo sentarse en la cocina y le preguntó qué había aprendido de aquella experiencia.

—¿Que no hay que dejarse amedrentar? —respondió Séptimo.

—Sí —dijo Mudd—. Pero hay otra cosa: no importa lo mucho que quieras encajar, no importa lo mucho que quieras ser uno de ellos. Porque no importa cómo te veas a ti mismo: los demás te verán siempre como quieran verte.

—Pero no saben lo que soy —dijo Séptimo.

—Da igual —dijo Mudd—. Porque saben lo que no eres… Saben que no eres de los suyos. Y eso es lo único que importa.

Una *pick-up* redujo la velocidad al pasar y sus luces de freno tiñeron de rojo el bosque oscuro.

Séptimo se volvió para mirarla.

«A lo mejor ha frenado para no atropellar una ardilla», pensó.

«Sí, seguramente sea por una ardilla.»

* * *

—No nos mira nadie —solía decir su padre siempre que Séptimo creía que los estaban mirando. En centros comerciales, calles, restaurantes… Dondequiera que mirara, Séptimo se veía a sí mismo siendo observado.

—Que sí —replicaba Séptimo.

—A ver, ¿quién te mira? —le preguntaba su padre.

—Esos tipos —decía Séptimo—. Esos de ahí.

—¿Y por qué te iban a estar mirando?

—Parece que me están mirando.

—Solo te parece que te están mirando porque crees que te están mirando —le espetaba su padre—. Si no creyeras que te están mirando, no te parecería que te están mirando.

Pero Séptimo sabía reconocer una mirada de «No eres de los nuestros» en cuanto la veía.

«No basta con apartarse de la turba —escribió Montaigne—; no basta con cambiar de lugar. Debemos apartarnos también de las disposiciones propias de la turba que llevamos en nuestro interior.»

«Claro que sí, Monty —pensó Séptimo—. Pero la turba que lleva bates de béisbol es la exterior.»

* * *

La *pick-up* se detuvo. Séptimo sintió cómo el corazón le latía desbocado en el pecho. No quería que lo pescaran in fraganti (el cadáver de Mudd seguía en el todoterreno de Primero), pero había una parte de él, pequeña pero rabiosa, que deseaba plantar cara. Defender a su gente. Contra los sedientos de sangre. Contra las enloquecidas turbas de pistoleros.

¿A qué venía esa fascinación de las enloquecidas turbas de pistoleros por las *pick-ups*?, se preguntó Séptimo. Porque a las enloquecidas turbas de pistoleros les encantaban las *pick-ups*. A lo mejor habría bastado con deshacerse de las *pick-ups* para reducir a la mitad la violencia en el mundo. Solo había que mirar fotos de diversas zonas de guerra de todo el mundo para ver *pick-ups* cargadas con enloquecidas turbas de pistoleros. Les flipaban *las pick-ups*. Cómprate *una pick-up* y déjala desatendida durante diez minutos: cuando vuelvas, encontrarás la trasera llena de una enloquecida turba de pistoleros, banderas al viento, armas en mano. Banderas somalíes, banderas del ISIS, banderas confederadas… Las furgonetas son para los asesinos en serie, pero las *pick-ups* son para las enloquecidas turbas de pistoleros.

«Ford Pick-up. La preferida de las turbas enloquecidas desde

1914.»

Décimo dio un paso hacia la *pick-up*. Séptimo hizo lo mismo.

El conductor pisó el acelerador y se marchó.

* * *

Déjalo que se pudra
en un oscuro callejón.
Jack Nicholson
es un cabrón.

Había empezado ya a producirse el *rigor mortis*. Hasta el más joven de los caníbales sabe que, entre cuatro y seis horas después de la muerte, el cuerpo experimenta una serie de cambios químicos que provocan la contracción de los músculos; posteriormente, otros cambios químicos impiden que dichos músculos se ablanden. Las Vituallas deben iniciarse antes de que el *rigor mortis* haga que el cuerpo sea imposible de masticar.

No seas lento cual tortuga,
actúa rápido y cuando toca
o el rigor mortis *dejará la carne*
más dura que una roca.

Para cuando lograron sacar a Mudd del todoterreno de Primero, acarrearla hasta el edificio y depositarla en el suelo del atrio principal, esta tenía ya la cara rígida y helada, y los dedos agarrotados.

—¡Deprisa! —exclamó Unclish al ver el cadáver—. ¡Antes de que sea demasiado tarde! Séptimo, ¡trae la cadena de la puerta principal! Tercero, ¡trae el Cuchillo de la Redención del coche! ¡Vamos, chicos, no hay tiempo que perder!

Que no se ponga tiesa,
no ignores su lividez ictérica.
Solo tú puedes evitar

la rigidez cadavérica.

Los viejos refranes volvían a la memoria como susurros salidos de una tumba antigua. Con la misma diligencia con la que Unclish había tratado de grabárselos en la mente, desde entonces Séptimo se había aplicado para olvidarlos. Y lo había logrado. Pero de pronto volvía a oírlos, un coro fantasmal (formado por él mismo, sus hermanos y Unclish, reunidos en el salón de Mudd los domingos por la mañana) recitándolos en voz alta, al unísono.

Evita los extravíos
por callejones umbríos.
Todos tus escalofríos
son culpa de los judíos.

Aquel probablemente era de Mudd.

Séptimo y Tercero regresaron corriendo donde los coches, tal como les había ordenado Unclish. Séptimo estaba atento a si aparecía alguna *pick-up*. Tercero parecía estar mareado por la emoción, y Séptimo se preguntaba si entendería lo que estaban a punto de hacer, o siquiera que su madre había muerto.

—¿Estás bien, machote? —le preguntó.

—¡Ya te digo! —respondió Tercero.

—Oye, colega, ya sabes que Mudd… que Mudd está muerta, ¿verdad?

Tercero asintió, excitadísimo.

—¿Adivina qué? —preguntó, como un niño incapaz de seguir guardando un secreto.

—¿Qué?

—¡Pronto seré Sexto!

—¿Pronto serás Sexto?

—Sí, pronto seré Sexto.

—Pero… ¿cómo que serás Sexto?

—Porque Mudd es Sexto.

—¿Mudd es Sexto?

—Sí, porque Mudd se comió a Sexto.

—Ah, vale —dijo Séptimo—. O sea que ahora ella es Sexto. Y cuando te comas a Mudd, tú serás Sexto.

—Sí —dijo Tercero—. Y también seré Mudd.

—Pues sí —dijo Séptimo.

—Yo seré todos y todos serán yo.

—No está nada mal —comentó Séptimo.

Tercero sonrió mientras sacaba la vieja maleta del coche de Segundo, y repitió:

—No está nada mal.

Volvieron al vestíbulo con la cadena y el Cuchillo de la Redención, y se pusieron todos manos a la obra. Unclish le pasó la cadena a Décimo y le pidió que subiera por la escalinata hasta llegar a la terraza que había encima de la columnata. Desde allí, Décimo debía lanzar un extremo de la cadena por encima de uno de los contrafuertes. Cuarto, que estaría esperando abajo, agarraría el extremo en cuanto lo tuviera al alcance. Necesitaron varios intentos, con Décimo maldiciendo y recogiendo la cadena cada vez, pero al final esta describió un arco perfecto y pasó por encima de un grueso contrafuerte cerca del centro de la cúpula, y Cuarto logró cogerla. Entonces, para asegurarse de que el contrafuerte iba a aguantar, Unclish llamó a Tercero y le pidió que agarrara los dos extremos de la cadena y levantara los pies del suelo.

—¡Yujuuu! —exclamó Tercero.

Séptimo se encogió, temiendo que el edificio se les cayera encima, pero el contrafuerte resistió. Unclish no perdió ni un segundo. Parecía como si de repente volviera a ser joven: sus manos se movieron a toda velocidad mientras aseguraba la cadena a las pantorrillas y tobillos de Mudd con un nudo corredizo. Así, cuanto más tiraran de la cadena, más se tensaría.

—¡Listo! —exclamó—. ¡Tirad! ¡Vamos, con fuerza!

Décimo y Tercero agarraron el extremo de la cadena y empezaron a tirar para levantar a Mudd del suelo, pero el peso combinado de ambos ni siquiera logró levantarle las piernas.

—¡Todos juntos! —gritó Unclish.

Los demás, de Primero a Quinto, se apresuraron a echar una mano; de Séptimo a Décimo se sumaron detrás; y Undécima y Duodécima se quitaron los zapatos y, junto con Cero, agarraron el extremo de la cadena.

—A la de tres —dijo Décimo.

Los hermanos tiraron, gimiendo, gritando, maldiciendo.

—Vamos, gorda hijaputa —gruñó Primero.

Lentamente, centímetro a centímetro, eslabón a eslabón, Mudd comenzó a elevarse. Con cada nuevo tirón se elevaba un poco más: primero las piernas, luego las caderas y luego el torso, hasta que finalmente lo único que seguía en el suelo era la cabeza. Los hermanos renovaron sus esfuerzos y, con un gruñido final, levantaron a Mudd, que quedó meciéndose suavemente de un lado a otro. Unclish les gritó que siguieran tirando («¡Más alto, más alto!», exclamó), hasta que la cabeza estuvo balanceándose a un metro del suelo, momento en el que les ordenó que ataran la cadena alrededor de una columna cercana y la aseguraran con el candado. Los hermanos obedecieron con los músculos tensos para mantenerla en alto, hasta que el clic del candado los liberó. Entonces soltaron la cadena y se dieron la vuelta, y vieron ante ellos el cuerpo oscilante de su madre, un Cristo de trescientos cincuenta kilos en posición invertida, con los brazos en cruz, esperando una resurrección que solo sus hijos podían brindarle.

Unclish arrastró un cubo de basura vacío y lo colocó justo debajo, y entonces levantó el Cuchillo de la Redención sobre la cabeza.

—¡Que tu cuerpo se drene, como tantos cuerpos de tus antepasados se drenaron antes! —exclamó.

Y con un gesto decidido, con el antiguo cuchillo, Unclish le cortó la garganta a Mudd.

* * *

—Hola, cariño —dijo Séptimo—. ¿Lista para el concurso de talentos?

La voz de Reese al otro lado de la línea sonó extremadamente frágil.

—Sí, supongo —dijo.

—Lo vas a hacer de fábula —le dijo Séptimo.

—¿Vas a estar ahí? —preguntó Reese.

Séptimo se volvió y miró el cadáver colgado de su madre, su sangre drenándose gota a gota en el viejo cubo de basura que Unclish había colocado debajo.

—No sé, cariño —dijo—. Estoy bastante liado ahora mismo…

—¡Pero papá…! —protestó Reese—. Tienes que venir…

—Ahí estaré, cariño —dijo Séptimo—, te lo prometo. Me perderé el principio, eso es todo, pero a ti no te toca hasta el final. Ahí estaré, confía en mí.

Eran las cinco y diez. El espectáculo empezaba a las ocho y Reese no actuaba hasta el final, Séptimo calculaba que alrededor de las nueve. Tenía cuatro horas para completar las Vituallas, comer bocado y medio de Mudd y regresar a la ciudad. Difícil, pero no imposible.

—¿Prometido? —preguntó Reese.

—Prometido.

«Mierda», pensó Séptimo mientras se guardaba el teléfono.

Tal vez Primero tuviera razón. Tal vez deberían cortar a Mudd en pedazos y terminar de una vez.

—Tienes que ir al pueblo —le dijo Unclish. Una película de sudor le cubría la frente.

—¿Al pueblo? —preguntó Séptimo—. ¿Ahora? ¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? —le espetó Unclish—. ¿Tú la has visto? El Cuchillo de la Redención no es suficiente para cuerpos americanos como este. Nos ha servido bien, pero lo fabricaron hace siglos, pensando en los cadáveres de la antigua patria, no en las formas grotescas del Nuevo Mundo. Ni una vida entera dedicada a la Cornucopiación en la antigua patria podría haber generado un mastodonte como este.

Primero había oído la conversación.

—No vamos a ir al pueblo —dijo—. Terminaremos esto aquí y ahora, y nos iremos a casa. Tengo una Leatherman en el coche que puede cortar hasta una lata de refresco.

—Lo que necesitamos es una sierra para metales, no una navaja multiusos —dijo Unclish—. Y bolsas de basura, platos de usar y tirar, hielo, una nevera, una barbacoa…

—¿Una barbacoa? —preguntó Primero.

—Tenemos que asarla —respondió Unclish—. ¿O es que se te ha olvidado también esa parte de la ceremonia?

—Unclish —dijo Octavo—, han pasado varias horas…

—El frío nos da un poco de tiempo extra —lo tranquilizó Unclish—. No será la mejor carne que hayamos probado, pero cosas peores ha comido nuestra gente.

Entonces cerró los ojos y recitó:

Huele a basura putrefacta
y probarla te da susto,
pero recuerda: ¡es tu madre!
Sazona al gusto.

—¿En serio quieres que compremos una barbacoa? —dijo Primero —. ¿Te has vuelto loco? ¿Se te ha olvidado tomarte la medicación esta mañana?

—¿Tienes una idea mejor? —preguntó Unclish.

—Sí —dijo Primero—. Una idea mucho mejor: vamos al bosque, recogemos troncos y ramas, hacemos una hoguera y la tiramos de cabeza dentro.

—Una hoguera atraería a la policía —dijo Unclish—. Los fuegos en el bosque están prohibidos.

—No recuerdo esa regla —dijo Primero—. Te lo estás inventando sobre la marcha.

—No te acuerdas de nada —le espetó Unclish—. «Haz una hoguera y acabarás en la perrera.»

—Yo esa tampoco la recuerdo… —dijo Octavo.

Que Primero cuestionara a Unclish no era algo inusual, pero que Octavo se sumara a sus objeciones sí preocupó a Séptimo.

Si Octavo tenía dudas, pronto las tendrían también todos los demás.

—Iré —dijo Séptimo—. Serán dos minutos.

—¡Qué coño van a ser dos minutos! —dijo Primero—. ¡Es media hora en cada dirección!

—Ve, anda —dijo Noveno, también al borde de la exasperación —. Hay que terminar de drenarla de todos modos…

—Dame las llaves —le dijo Séptimo a Primero.

—Te acompaño —dijo Cero, mirando el cadáver de Mudd—. Tengo que marcharme de aquí.

—No —dijo Primero, dirigiéndose hacia la puerta—. Conduzco yo. Si puedo ir de Manhattan al aeropuerto JFK en treinta minutos, también puedo hacer que estemos de vuelta aquí antes de las seis.

Había empezado a caer una nevisca, se acercaba la tormenta. En el asiento del copiloto, Séptimo se agarró al salpicadero con ambas

manos mientras contemplaba los copos de nieve, que en el último momento se apartaban de la trayectoria del Escalade; era imposible tocarlos ni aun queriendo, si bien Primero parecía intentarlo, cruzando los semáforos en ámbar a toda velocidad y acelerando en cada curva.

—Tómatelo con calma, ¿quieres? —le dijo Séptimo.

—Sabía que ese viejo cabrón complicaría las cosas —exclamó Primero—. Es que lo sabía.

—Chocar no hará que lleguemos más rápido —dijo Séptimo.

—Menuda locura —dijo Cero, todavía en shock por el Drenaje —. Eso ha sido una puta locura. Prácticamente le ha cortado la cabeza. ¿Tú sabías que iba a cortarle la cabeza?

—Es la tradición —dijo Séptimo.

—¿La tradición? —preguntó Cero—. ¿Esa es tu respuesta?

—Sí, esa es mi respuesta.

—¿Y si la tradición fuera pegarle un tiro en la cara? —preguntó Cero.

—Entonces lo habría hecho yo mismo —dijo Primero, dando gas a fondo mientras el Escalade doblaba una esquina.

—Nunca entenderé la fascinación que tenemos los humanos con la tradición —siguió diciendo Cero—. O sea, eh el pasado hubo un tonto que se puso no sé qué sombrero, o que comió no sé qué comida, que luchó en tal guerra o murió en tal cruz. Vale, ¿y qué? Pues aquí estamos nosotros, usando ese mismo sombrero y comiendo esa comida, con crucecitas colgando del cuello, y ni siquiera nos paramos a considerar que esas personas a las que emulamos ignoraban incluso las cosas más elementales sobre el mundo: elige un alumno de tercer curso actual, al azar, y sabrá más que ellos. Y ellos no tienen la culpa, que conste, pero encima creían que la tierra era plana, que no había nada moralmente reprobable en que unas personas fueran dueñas de otras personas, que el mundo tenía seis mil años de antigüedad y que Dios lo creó en menos de una semana. Incluso decidimos a quién odiamos *basándonos* en esos tontos de antaño. «Hace doscientos años, los burros de tus ancestros les hicieron no sé qué a los burros de mis ancestros, o sea que vete a la mierda.» Idiotas. La gente de hace doscientos años eran todos unos idiotas, todo el tiempo, con todo el mundo. Además, ¿qué tiene que ver eso con nosotros? ¿Tenemos

que ser idiotas solo porque ellos lo fueron? La respuesta te la dan el día en que tomas tu primera clase de conducción: no conduzcas pendiente del espejo retrovisor. Preocúpate por lo que tienes enfrente. Pero nosotros ni caso, ¿no? Fijaos en Unclish. ¿Ese es nuestro sabio? ¿Nuestro faro? El hombre ha vivido toda su vida pendiente del espejo retrovisor, caminando hacia atrás por la vida. ¿Qué dijo este hace quinientos años, qué dijo aquel? ¿Qué hizo Fulanito, qué hizo Menganita? Joder, y si la cosa se remontara a tan solo quinientos años, aún. Pero es que no es así; porque los catetos de hace quinientos años a quienes estamos emulando en realidad se dedicaron a emular a otros catetos de quinientos años antes que ellos, quienes, a su vez, emularon a unos catetos que vivieron quinientos años atrás. Estamos literalmente atrapados en el pasado.

Séptimo se dio cuenta de que Cero lo estaba irritando por momentos, aunque no habría sabido decir por qué. No estaba en desacuerdo con ella, pero a medida que iba hablando y hablando le entraron ganas de contradecirla, de protestar, de desbaratar sus argumentos.

«Estos estudiantes universitarios…», se dijo.

Si el trayecto hubiera durado más tiempo seguramente habría acabado interpelándola, pero estaban a punto de entrar en el pueblo, y Séptimo sintió como se apoderaba de él una ansiedad familiar que se intensificaba cuanto más cerca estaban. Era una sensación de incomodidad que no había experimentado en años, pero finalmente logró ubicarla: era la misma sensación que había tenido de niño cuando Mudd conducía por un barrio negro. En cuanto entraban en la «zona negra», tal como la llamaba Mudd, su madre soltaba el volante y pulsaba el botón que cerraba las puertas del coche.

Clac.

—Animales —murmuraba.

Primero se detuvo delante de la ferretería, pero había un cartel de cerrado en la ventana.

—¿Estos paletos dan alguna vez un palo al agua —dijo—, o es que se pasan todo el día follándose a sus hermanas?

—Muy edificante, Primero —dijo Cero—. Mudd estaría orgullosa de ti.

—Tiene que haber una primera vez para todo —respondió

Primero.

—Es por el clima, se acerca una nevada —dijo Séptimo.

Dieron unas vueltas por el pueblo y constataron que, efectivamente, estaba todo cerrado. No tenían adonde ir, de modo que Séptimo sugirió que probaran suerte en la tienda de la gasolinera: a lo mejor encontraban algo que les resultara útil.

—Buenas tardes —dijo el dependiente al verlos entrar—. ¿Os puedo ayudar en algo?

Ahí estaba la mirada de «No sois de los nuestros»; Séptimo la detectó a pesar de la sonrisa hipócrita del dependiente.

—Hemos pasado por la ferretería… —dijo Séptimo.

—Sí, cierran temprano —dijo el dependiente.

«Menudo genio», pensó Séptimo.

—Estamos organizando una barbacoa —dijo Cero—. Necesitamos cuatro cosas.

—Una noche bastante peculiar para una barbacoa —dijo el dependiente—. Tenéis algo suculento entre manos, ¿me equivoco?

—Necesitamos bolsas de basura —dijo Séptimo—. Una nevera portátil, linternas, cosas así.

—Hmm —dijo el dependiente—. Hay algunos productos del hogar en la parte de atrás. A lo mejor encontráis una nevera.

Séptimo se fijó en la mirada lasciva que el dependiente le dirigió a Cero mientras esta se dirigía hacia la parte de atrás de la tienda.

—Y una parrilla —dijo Séptimo, interponiéndose en su línea de visión.

—¿Una parrilla? —preguntó el dependiente—. ¿En plan barbacoa?

—Una pequeña —dijo Séptimo—. Tipo *hibachi*.

—*Hi*… ¿qué?

—*Hibachi* —repitió Séptimo.

—¿Qué es un *hibachi*?

—Una barbacoa pequeña —dijo Séptimo.

El dependiente frunció el ceño y se rascó la cabeza.

—En plan… ¿barbacoa japonesa? —preguntó.

Séptimo no estaba seguro, y su propia ignorancia interfirió con el placer que le producía la confusión del dependiente. Se cabreó todavía más.

—Sí —dijo—. En plan barbacoa japonesa.

—Voy a buscarlo en Google.

—No, no lo busques en Google.

—No creo que tengamos ninguna barbacoa japonesa —dijo el dependiente—. Pero tenemos salsa de soja…

Cero regresó con una neverita dentro de la cual llevaba bolsas de basura, linternas, platos de cartón, cubiertos de plástico y una bolsa de hielo.

El dependiente sonrió al verla.

—¿Has encontrado la salsa de soja? —preguntó.

—También necesitamos una sierra —dijo Séptimo.

—¿Salsa de soja? —preguntó Cero.

—¿Una sierra? —preguntó el dependiente—. En plan… ¿una sierra eléctrica?

—Una sierra de mano —puntualizó Séptimo.

El dependiente negó con la cabeza.

—No, lo siento —dijo—. Para eso sí que tendréis que ir a la ferretería. Abren a las ocho de la mañana, si todavía la necesitáis. Decidles que os manda Jimmy y os tratarán bien.

—Vaya tela —dijo Primero cuando volvieron al coche, y cerró la puerta tras de sí—. No tenemos sierra, no tenemos barbacoa… ¿Y ahora qué?

—Lo hemos intentado —dijo Séptimo—. Unclish lo entenderá. Tendremos que apañarnos con el cuchillo y hacer una hoguera en el bosque.

Una *pick-up* se detuvo en el surtidor de gasolina que había detrás de ellos. Séptimo la observó a través del retrovisor exterior.

—Muy amable, ¿no? —dijo Cero—. El dependiente, digo.

Primero arrancó y Séptimo pulsó el seguro de su puerta.

Clac…

«Animales», pensó.

* * *

Mudd veneraba a Julius el Valiente y lloraba por Julia la Atribulada. Pero de todas las historias que les contó, ninguna la emocionaba tanto como la del hijo de ambos: John. Intrépido, desafiante, inquebrantable, John era un hombre con una fuerza física enorme y un tremendo orgullo por su pueblo.

—Todos lo conocían como John el Fuerte —dijo Mudd.

A Mudd se le iluminaban los ojos de orgullo mientras narraba sus numerosas conquistas y batallas. Por fin había un caníbal que no tenía intención de seguir aguantando, explicó. En lugar de que lo violaran, violaba. En lugar de ser una víctima, se ensañaba con los demás. En lugar de contemplar el cañón de una pistola, acojonado y con las manos en alto, John empuñaba el arma con el dedo en el gatillo, exigiendo lo que era suyo.

—Y también algunas cosas que no lo eran —añadió Mudd con un guiño.

John, dijo, creció en un asqueroso barrio de Brooklyn, pasando hambre y frío, siempre enfermo. Su madre le contaba historias de abuso a manos de Henry Ford; su padre, historias de agotadoras jornadas laborales para terminar expulsado de Detroit con poco más que la camisa que llevaba puesta. John escuchó todas las historias de sus padres y prometió que ni él ni ningún otro caníbal volverían a pasar por aquello. Se propuso sacar a su gente de las sombras; los liberaría como Moisés, que era caníbal, de la esclavitud. Se puso a estudiar artes marciales, boxeo y lucha, hacía flexiones y sentadillas a miles. Según la leyenda, a los siete años de edad era ya tan fuerte que echaba una mano en las Vituallas, sosteniendo los cadáveres de familiares y amigos boca abajo por los tobillos durante horas, mientras se drenaban.

—A los nueve años —dijo Mudd—, compitió en un torneo internacional de artes marciales, donde derrotó no solo a los competidores sino también al malvado maestro, que tenía una mano protésica hecha de cuchillos y una habitación llena de espejos donde se escondía.

—Eso es *Operación Dragón* —dijo Primero.

Mudd le pegó un golpe en la cabeza con el dorso de la mano.

—¿De dónde crees que sacaron esa historia? —le espetó.

A los doce años, y de mutuo acuerdo, John dejó la escuela y se puso a trabajar para un célebre capo de la mafia. Aunque ascendía rápidamente en el orden jerárquico, John estaba insatisfecho. ¿Por qué un caníbal tenía que rebajarse a trabajar para un italiano? Pero el capo de la mafia era un hombre despiadado, incapaz de aceptar que su protegido quisiera marcharse. Amenazó a John y le dijo que no quería volver a hablar de ello. John no podía pensar en ninguna

salida y estaba a punto de resignarse a su destino… Y lo habría hecho si su madre, Julia, no hubiera muerto unas semanas después. Sentado junto a su cadáver, viendo cómo se drenaba, se acordó de cómo esta había luchado contra Henry Ford y, finalmente, halló la inspiración para luchar por su propia libertad. Y así, a la noche siguiente, invitó a aquel capo del crimen organizado a cenar.

—¿Qué celebramos? —preguntó el capo, sentándose a la mesa.

—Mi madre ha muerto —contestó John.

—Seguro que fue una buena mujer —dijo el capo respetuosamente.

John se acercó a la mesa con una bandeja de carne en una mano y la cabeza cortada de Julia en la otra.

—Buena no —dijo John—. Deliciosa.

El capo huyó despavorido de la casa de John y no solo no volvió a amenazarlo, sino que lo nombró capo de todas las familias de Brooklyn.

—Tú, en cambio —le dijo Mudd a Séptimo—, le tienes miedo a un polaco idiota.

* * *

«¿Estuvo mal que John el Fuerte invitara al capo del crimen organizado a consumir a su madre? —preguntaron los Ancianos—. Porque solo los caníbales pueden consumir al difunto.»

«No —contestaron los Ancianos Mayores—. Porque no lo invitó para que consumiera a su madre, sino para engañarlo.»

«Pero ¿cómo podía saber que su artimaña surtiría efecto?», preguntaron los Ancianos.

«Ah, bueno —dijeron los Ancianos Mayores—. Porque incluso el caníbal más tonto es más listo que el más listo de los italianos.»

«Una justificación un poco de brocha gorda», dijeron los Ancianos.

«Solo los necios pintan con brocha delgada», replicaron los Ancianos Mayores.

«¿Necios italianos?», preguntaron los Ancianos.

«Necios italianos», respondieron los Ancianos Mayores.

* * *

De todos sus hijos, Mudd esperaba que Tercero fuera su John el Fuerte. Tercero el Valiente, lo llamarían algún día. Tercero el Indomable. Pero los indicios de futuras decepciones no tardaron en aparecer. Si ella quería que fuera distante, Tercero era amistoso. Si quería que fuera cauteloso, era confiado. Ya de pequeño, iba por la calle saludando a los desconocidos, sonriendo de oreja a oreja y hablando con todos.

—¡Hola, chaval! —le respondían los desconocidos.

—¡Qué amables! —decía Tercero.

Pero Mudd le daba un golpe en la cabeza.

—No seas burro —le soltaba.

Cuanto más crecía, mayor era la decepción de Mudd, que sacudía la cabeza al ver aquellas anchas espaldas y aquellos poderosos brazos que su hijo nunca iba a usar para destruir a sus enemigos. Lo intentó todo para lograr que Tercero viera la luz (o, mejor dicho, la oscuridad), poniéndolo en todo tipo de situaciones peligrosas: lo llevaba de noche a zonas con un alto índice de criminalidad, o lo dejaba en las inmediaciones de algún instituto público de secundaria justo cuando terminaban las clases, con la esperanza de que tras experimentar la brutalidad de primera mano comprendiera la necesidad de estar siempre alerta. Pero aunque el tamaño de Tercero provocaba no pocos comentarios, su sonrisa espontánea y su confianza sin límites no tardaban en convertir a cualquier agresor en potencia en un amigo. Todos, desde pandilleros hasta mafiosos, adoraban a Tercero.

—¿Hasta cuándo vas a seguir castigándome, Alguien? —suspiraba Mudd.

Su decepción para con Tercero irritaba a Cero, que había sido una decepción para Mudd desde que había nacido. Y cuanto más lo criticaba Mudd por no estar alerta, más lo alababa Cero por su amabilidad. Tampoco era que la relación de Cero con Mudd pudiera empeorar. Al hacerse mayor, y sintiéndose rechazada por Mudd, Cero la rechazó a ella; rechazó el pueblo de Mudd, sus tradiciones y su intolerancia, y nunca ocultó su convicción de que todas las personas, caníbales o no, poseían la misma capacidad para el bien y el mal. Mudd, que normalmente ignoraba a Cero, no podía soportar aquel grado de ingenuidad voluntaria.

—Ese optimismo te va a pasar factura algún día, pequeña —le

dijo Mudd en una ocasión.

Cero se rio.

—No conozco a nadie más optimista que tú, Mudd. ¿Qué puede haber más optimista que la intolerancia hacia los que son distintos? ¿Hay optimismo mayor que creer que solo los negros son criminales, que solo los judíos son codiciosos, que solo los musulmanes son violentos? No, yo soy pesimista, Mudd. Creo que todos somos criminales, codiciosos y violentos por igual.

—Los caníbales no —replicó Mudd, blandiendo un dedo enorme ante la cara de Cero—. Nosotros somos diferentes.

Pero Cero no era Humphrey y no se dejaba amedrentar por Mudd, de modo que le apartó la mano de un golpe.

—Ahórrame tus rollos —le dijo—. Me fascina la idea de que defender a tu pueblo sea algo noble. ¡La superioridad tribal es tan fácil, Mudd! Estamos programados para ello. Es como si una piedra alardeara de haber caído rodando por una montaña. Si una piedra subiera rodando por una montaña, entonces sí que sería digna de halagos. Yo estoy tratando de subir la montaña, Mudd. Tú, en cambio, te limitas a rodar cuesta abajo.

Ahora le tocó a Mudd reírse.

—Incluso una pierda se daría cuenta de que eres tonta de remate —le dijo.

* * *

Estaba ya oscureciendo cuando volvieron a la Universidad. El atrio principal estaba frío y en penumbra, y los Seltzer estaban sentados en el suelo, temblando, pendientes de sus teléfonos, tratando de no mirar el cadáver de Mudd, cuya alargada sombra se proyectaba sobre el suelo del vestíbulo. Era una escena macabra, pero aun así, al entrar en el atrio principal y cerrar la pesada puerta detrás de él, Séptimo se sintió aliviado.

«Estoy en casa», pensó.

—Unclish —dijo Séptimo—, tenemos que hablar.

Le contó que la ferretería estaba cerrada y que, aunque habían encontrado algunos suministros básicos en la gasolinera, estos no eran suficientes. El hecho era que, sin una barbacoa y sin una tienda donde comprar una, y ante la imposibilidad de hacer una

hoguera, no iban a poder cocinar la carne en la Universidad. Séptimo sugirió que de momento purgaran a Mudd y que luego usaran el Cuchillo de la Redención (y seguramente un poco más de fuerza bruta de lo habitual) para dividirla. Entonces podrían meter toda la carne en la neverita y regresar a Brooklyn para cocinarla.

Los motivos de Séptimo no eran del todo desinteresados: si se marchaban de inmediato, y siempre y cuando no encontraran demasiado tráfico para entrar en la ciudad, todavía tenía alguna posibilidad de llegar a tiempo al espectáculo de Reese.

—Vamos, manos a la obra —indicó.

—Estoy de acuerdo —dijo Primero.

Pero Unclish sacudió la cabeza.

—Imposible —dijo.

—No tenemos otra opción —observó Séptimo.

—Ya hemos empezado a drenarla —señaló Unclish.

—¿Y qué?

—Pues que «dos para drenar, veinticuatro para purgar» —dijo Unclish—. No podemos purgarla hasta mañana.

—«Dos para drenar, veinticuatro para consumir» —lo corrigió Séptimo.

—¿Veinticuatro para consumir? —preguntó Unclish—. Eso es absurdo. ¿Cómo quieres consumirla en tan solo veinticuatro horas? Primero drenas durante veinticuatro horas, luego purgas y, después de eso, divides y consumes.

Primero dio un paso adelante, con expresión de incredulidad.

—¿En serio esperas que nos quedemos aquí veinticuatro horas esperando a que esa foca sebosa se seque gota a gota? —preguntó.

—Eso no es lo que nos enseñaste, Unclish —insistió Octavo—. Lo que nos enseñaste fue «dos para drenar, veinticuatro para consumir».

—No tenéis que contarme lo que os enseñé —masculló Unclish.

—No pienso quedarme veinticuatro horas aquí —dijo Segundo —. Ni hablar.

—Unclish, no podemos pasar la noche aquí… —dijo Séptimo.

—¿Por qué no?

—Es que mi hija… —dijo Séptimo, pero se arrepintió de inmediato.

—¿Qué le pasa a tu hija?

—Nada… Que tiene un festival en la escuela y…

Séptimo sabía lo que se avecinaba.

—¡Ah, un festival en la escuela! —exclamó Unclish—. Perdona, no lo sabía. ¿Y qué hace, toca la viola? ¿Canta y baila? Bueno, en ese caso, ¡cómo no! ¡Ignoremos miles de años de tradición! ¡Interrumpamos las Vituallas de una santa en el Día del Recuerdo para que tú puedas ir a ver cómo la panoli de tu hija hace el pino puente!

—No hace el pino puente —dijo Séptimo.

«Se dobla por la mitad», pensó.

«Se retuerce y hace nudos consigo misma.»

«Se contorsiona para meterse en cajas.»

«Una digna hija de su padre.»

—Esto es ridículo —dijo Primero—. No pienso pasar la noche en este antro solo porque tío Senil no es capaz de recordarlas malditas reglas. Además, ¿quién se ha muerto y ha nombrado jefe a este gilipollas decrépito?

—Vuestra madre —dijo Unclish.

—¿Nuestra madre qué, viejo chocho? —preguntó Primero.

—Vuestra madre me nombró ejecutor de su testamento —dijo Unclish—. Y es un testamento considerable. Vendió su casa, hace dos meses, por si no lo sabíais, y me dio instrucciones específicas de que, hasta que no quedara satisfecho y las Vituallas se hubieran completado de forma correcta según la tradición, no le entregara a nadie el dinero correspondiente de la venta.

—¿Vendió la casa? —preguntó Séptimo.

Unclish asintió con la cabeza.

—¿Cuándo? —preguntó Séptimo.

—¿Y por cuánto? —añadió Primero.

—Venta condicionada a su previo fallecimiento, desde luego —siguió diciendo Unclish—, una condición que obviamente se ha cumplido.

—Pero ¿la vendió? —preguntó Séptimo—. ¿Por qué?

—Porque sabía que algunos de vosotros solo cumpliríais con las Vituallas si había dinero de por medio —explicó Unclish—. Yo le dije que estaba equivocada, que erais buenos chicos, que sabíais que este podía ser el último Consumo de nuestra gente y que no hacía falta que os sobornaran para cumplir con nuestra más sagrada

tradición. Es obvio que estaba equivocado.

—No me avergüenza hacer esto por el dinero —dijo Primero—. Me avergonzaría mucho más estar haciéndolo por amor.

—Tu madre sabía que dirías eso —dijo Unclish—. También sabía que querrías tomar atajos. Tirarla de cabeza a una hoguera, como de hecho has sugerido. Le dije que se equivocaba, así de idiota soy. Le dije que, dado que este podía ser el último Consumo de la historia, seguro que sus hijos querrían ejecutarlo de la forma más estricta posible. También me equivoqué en eso. De hecho, Primero, predijo que serías tú, específicamente, quien se enervaría con los detalles. O sea que sí, niños, para emplear las palabras de vuestro hermano mayor, vuestra madre me nombró «jefe». Consumidla de manera apropiada y recibiréis su dinero. La drenaremos durante la noche. Por la mañana, volveréis a la ferretería a por provisiones y luego la purgaremos y la dividiremos. Y por la noche celebraremos el Consumo. Ni más ni menos. Y ahora vamos a dormir un poco, nos espera un día muy ocupado.

Los Seltzer estaban atónitos; por un momento nadie habló.

—¿Cuánto le dieron? —preguntó finalmente Primero.

—¿Qué le dieron? —preguntó Unclish.

—Por la casa.

—Por el amor de Dios, Primero —dijo Décimo—, ¿no tienes vergüenza? La mujer está muerta, su cuerpo está colgando a metro y medio de tus narices…

—Quiero saberlo —exigió Primero y su voz atronadora reverberó por todo el atrio principal.

—Yo también quiero saberlo —dijo Noveno—. Estoy en esto por el dinero, como la mayoría de nosotros. Si la vendió por nada, creo que deberíamos saberlo.

—¿Por qué la habría vendido por nada? —preguntó Décimo—. ¿Solo para jodernos?

—Exacto —dijo Segundo—. Solo para jodernos. Para que, después de comérnosla, descubriéramos que la vendió por un dólar. ¿No te parecería típico de Mudd?

—Totalmente típico de Mudd —dijo Quinto.

—Sois detestables —dijo Décimo—. Tenéis su cadáver colgando ante vosotros y…

—Cinco doscientos —dijo Unclish.

Los hermanos interrumpieron sus discusiones.

—¿Perdón? —preguntó Segundo.

—¿Cinco doscientos? —preguntó Primero.

—Cinco doscientos —dijo Unclish.

—¿Cinco doscientos qué? —preguntó Cuarto.

—Cinco millones doscientos mil —dijo Unclish.

—¿Cinco millones? —preguntó Segundo.

Unclish asintió con la cabeza.

—Más doscientos mil —añadió.

—Y un huevo —se burló Primero—. Está mintiendo para que hagamos todo lo que quiere. ¿Quién pagaría cinco millones por esa pocilga cubierta de grasa de Whopper?

—Un *holding* o algo así —dijo Unclish—. También compraron las casas contiguas. Lo más gracioso es que van a derribar las tres para poner un Whole Foods. Carne ecológica y sin antibióticos, ese tipo de cosas. Entiendo por vuestras miradas que estamos de acuerdo, entonces. Pasaremos la noche aquí y mañana nos encargaremos del resto. O eso, o abandonamos nuestra fortuna, junto con vuestra madre y toda nuestra historia, y vamos a ver a la hija de Séptimo tocar el clarinete.

Primero se sacó el teléfono del bolsillo.

—Oye, Siri —dijo—. ¿Cuánto es cinco millones doscientos mil dividido entre doce?

Nunca había habido una docena de personas tan concentradas en un iPhone.

—He encontrado lo que estás buscando —dijo Siri—. Cinco millones doscientos mil dividido entre doce son cuatrocientos treinta y tres mil trescientos treinta y tres.

Primero se quedó mirando su teléfono.

—Eso es casi medio millón —dijo.

—Por cabeza —dijo Segundo.

Primero sonrió y asintió.

—Por cabeza —repitió.

Los demás también empezaron a sonreír. Algunos se rieron, aliviados, incrédulos o ambas cosas a la vez. Segundo abrazó a Primero, Undécima abrazó a Duodécima, y Tercero abrazó a Quinto simplemente porque todos los demás se abrazaban, lo que hizo que todos se rieran y lo aclamaran.

—Entones ¿nos quedamos? —dijo Unclish.

—Nos quedamos, nos quedamos —dijo Primero—. ¡Joder que si nos quedamos!

—Vuestro entusiasmo es realmente conmovedor —dijo Unclish mientras se alejaba.

* * *

Séptimo le envió un mensaje a Carol: «Reunión con Rosenbloom. Va para largo. No estoy seguro de que llegue al festival de la escuela».

Reese se lo iba a tomar mal, desde luego, y experimentaría más ansiedad por tener que actuar sabiendo que él no estaba allí, pero se trataba de medio millón de dólares, por el amor de Dios. A largo plazo, eso sería mucho más importante para ella que el hecho de que su padre asistiera a uno de sus festivales escolares.

Miró los puntos suspensivos intermitentes de la pantalla, esperando la respuesta que sabía que vendría.

Iba a ser de todo menos agradable.

«¿Por qué no te comportas como un hombre por una vez?», iba a decirle. «¿Por qué siempre dejas que tu jefe te pisotee? ¡Tienes que plantarte, Séptimo! No te va a respetar hasta que lo hagas. Yo le diría algo como: "No, ni hablar. Lo siento, Sr. Rosenplasta, pero voy a ir al espectáculo de mi hija". Él se marcha temprano cada viernes para su *sabbat* de mierda, Séptimo, ¿por qué no puedes ir tú al espectáculo de tu hija? ¿Qué mierda es esa, Séptimo? Debes enfrentarte a él. Tienes que ser un hombre.»

Amaba a Carol, pero estaba empezando a hartarse de sus gilipolleces de machita latina. Se preguntaba cómo habría sido la vida con una mujer CanAm. Vivirían momentos duros, desde luego, pero por lo menos se entenderían, por lo menos estarían en sintonía.

«Bien hecho —diría su esposa CanAm—. Reese se va a llevar una decepción, pero lo superará.»

«Es que es mucho dinero», respondería él.

«No se trata del dinero —replicaría ella—. Se trata de nuestra gente. Se trata de nuestro patrimonio cultural singular.»

Los puntos suspensivos desaparecieron.

No había respuesta de Carol. No había ira, ni condena alguna,

solo silencio. La respuesta más temida de todas.

«Mierda», pensó Séptimo.

Estaba realmente harto de sus gilipolleces de latina.

* * *

Mudd se deleitaba con los fracasos de sus hijos y nunca se le olvidaba llamar a Séptimo para comunicarle alegremente las malas noticias. Cada nueva derrota demostraba que ella tenía razón: que tenía razón cuando les había dicho que nunca deberían haberse marchado, y cuando les había dicho que iban a arrepentirse. Así pues, Séptimo ya sabía por qué sus hermanos necesitaban dinero. Sabía que el negocio de Primero había fracasado (aunque hasta aquella tarde había ignorado de qué era el negocio y por qué había cerrado) y que Segundo odiaba tanto su trabajo de *marketing* que se moría por dejarlo (aunque, al mismo tiempo, tenía miedo de que lo despidieran).

—Huyó de nuestros consumos y ahora se pasa el día haciendo reverencias a los consumidores —se burló Mudd—. Si eso no es una venganza de los viejos espíritus…

Sabía que el trabajo de profesor de Cuarto dependía de que lograra publicar sus libros, y que Mudd consideraba irónico que ninguna parte significativa de la humanidad leyera sus publicaciones sobre la historia de la humanidad.

—Tal vez debería haber escrito sobre nosotros y no sobre los demás —comentaba.

Sabía que la clínica psiquiátrica de Quinto tenía problemas, algo de lo que Mudd ya lo había advertido.

—La gente no quiere que la arreglen —le había dicho—. Quieren que se arreglen los demás, que se conviertan en ellos.

En cambio, nunca hablaba de los fracasos de Octavo ni de Décimo, ya que estos eran los hijos que no la habían abandonado; al contrario, se jactaba de sus éxitos, de cómo Octavo había terminado Derecho y Décimo había terminado la maratón de Nueva York. Noveno completó con éxito la carrera de Veterinaria, pero Mudd encontró la forma de despreciarlo. La medicina veterinaria no daba tanto como la medicina humana, y a Noveno le costaba llegar a fin de mes, algo que Mudd atribuía, como todo lo demás, a su

homosexualidad traicionera.

—Tal vez si él no fuera también un animal no tendría que trabajar con ellos —dijo.

Y aunque nunca mencionaba a Undécima y Duodécima por su nombre, Séptimo sabía que hacía tiempo que deseaban transicionar, sabía que no podían permitírselo y sabía que Mudd pensaba en ellas cuando lloriqueaba por teléfono y decía que, por lo menos, en la antigua patria los hombres eran hombres.

—Es culpa del Gobierno —dijo—. Del Estado profundo. Echan estrógeno en el agua, ¿lo sabías? En el agua embotellada. Para debilitarnos, Séptimo, para someter a nuestro pueblo. Y tus hermanos van por ahí bebiendo ese zumo femenino. No me extraña que quieran ponerse bragas.

Que rechazara a Undécima y Duodécima enfurecía a Séptimo, tal vez porque él también se sentía atrapado, como si estuviera metido en una caja que no había elegido. Al menos las gemelas sabían en quién querían convertirse. Séptimo ni siquiera sabía eso.

—¿Y yo, Mudd? —le preguntó en una ocasión—. Me paso el día editando libros de otros cuando lo que quiero en realidad es escribir los míos. ¿Mi fracaso es tan dulce para ti como el de los demás?

—Pero tú lo intentaste, Séptimo —le dijo ella—. Escribiste un libro sobre nosotros, sobre nuestra gente.

—Un libro inédito —dijo Séptimo.

—Eso no es culpa tuya —lo consoló ella—. El mercado caníbal es demasiado pequeño como para que los judíos saquen beneficio.

—Creía que había sido culpa de los chinos —repuso Séptimo.

—Es culpa de todo el mundo, maldita sea —dijo Mudd.

* * *

A Unclish le gustaba decir que la historia de su pueblo era como una película.

—Una epopeya que abarca diez mil años —decía—. Cada uno de nosotros aparece en la pantalla, se queda allí un breve instante y entonces se va. ¿Y vosotros os atrevéis a decir que sabéis de qué trata la película? —se burlaba—. ¿A asegurar, encima, que la película va sobre vosotros? ¿Que vosotros, con vuestra escena de una fracción de segundo, sois los protagonistas de una narración

milenaria, con decenas de miles de personajes repartidos por varias decenas de países? Que no se os olvide —les decía Unclish— que si importáis es solo por todos los que vinieron antes de vosotros y todos los que vendrán después.

Muchos años más tarde, el Dr. Isaacson se referiría a eso como la Tentación de la Gran Narrativa. «Nacemos —le dijo a Séptimo—, estamos aquí durante un breve instante y entonces nos vamos. A la vista de tan asombrosa insignificancia, necesitamos sentir que formamos parte de una historia más grande: la de nuestra gente, nuestra nación, nuestra religión. Lo llamamos orgullo —añadió el Dr. Isaacson—, cuando en realidad no es más que una muestra de baja autoestima cuyo efecto final, de hecho, es el de volvernos menos importantes, minimizar nuestro propósito, nuestras metas y nuestros sueños hasta hacerlos irrelevantes.»

»Somos suficiente por lo que somos —dijo el Dr. Isaacson—. Usted es suficiente. Viva su vida, libre de capítulos anteriores. Su propio capítulo, breve, sucio y brutal, constituye una narrativa tan gloriosa, tan apoteósica, como la de cualquier epopeya milenaria que haya existido antes de usted.

Había empezado a caer la noche, y Unclish mandó a Séptimo y a Segundo a buscar camas. El ala este iba a albergar los dormitorios, les dijo. A lo mejor encontraban algunos colchones viejos todavía aprovechables.

La Universidad (la parte que se había construido o lo que quedaba de ella) tenía forma de T. El atrio principal era el núcleo desde el cual se ramificaban los brazos de las alas este y oeste. Séptimo recorrió los pasillos llenos de basura del ala este, deteniéndose de vez en cuando para echar un vistazo en los oscuros dormitorios, como si caminara por un cementerio, preguntándose por los estudiantes que podrían haber vivido allí.

—¿Y si vuelven? —preguntó Segundo.

—¿Quién?

—Quien sea que estuvo aquí antes —dijo Segundo—. Los que dejaron todas esas agujas y condones. A lo mejor son pandilleros, Séptimo; o putas adictas al crack. ¿Y si son peligrosos?

—Las putas adictas al crack no son peligrosas, Segundo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque son adictas al crack.

—Pero podrían ser pandilleros, Séptimo. Esto no es ninguna broma. Yo tengo hijos; tú tienes una hija…

—Todo esto es nuestro —dijo Séptimo.

—¿Y?

—Pues que lo vamos a defender.

—Y un huevo —dijo Segundo—. Como vuelvan yo me piro, así de claro te lo digo. Si quieres que te peguen un tiro por culpa de un edificio abandonado, todo tuyo. El edificio no es mío.

—Pues claro que es tuyo —le espetó Séptimo—. Es de todos.

—Mío no es.

—¿Porque eres judío?

—No, Séptimo, porque no soy gilipollas. Joder, es la misma pelea que tengo con Miriam una y otra vez. Nuestro hijo Josh cumple dieciocho años el año que viene. ¿Y sabes qué quiere que haga, su madre? Que se aliste al ejército israelí. ¡Al puto ejército israelí! Que quiere que luche por su país, me dijo. ¿Su país?, le dije yo. ¡Pero si somos de Westchester! No es ya que no vivamos en el Oriente Medio, es que no vivimos ni en el Medio Oeste.

—Es su tierra —dijo Séptimo—. Y quiere defenderla.

—Eso es lo que ella dice —respondió Segundo—. Dice que Israel es nuestra tierra. Que tenemos que defender nuestro país. ¿País?, le dije yo. ¿Pero qué es eso de *país*? ¿En serio seguimos jugando a ese juego? ¿Todavía no hemos pasado de pantalla, como especie? ¿Qué es un país? Dime, Séptimo. ¿Qué es una patria? Es una ficción, hermano, una ficción peligrosa. Un país es una línea sobre la arena trazada por un mono muerto de miedo que ha tenido la mala suerte de tomar conciencia de su propia mortalidad. Y de pronto Unga piensa: «Joder, qué miedo da todo este rollo de la existencia. ¡Puedo morir en cualquier momento!». Y eso tal vez da miedo, o tal vez no, pero ¿qué hace Unga? Empeorar las cosas. ¿Sabes cómo? El muy idiota va y crea un país. Hay que ser gilipollas. «Si tengo un país estaré a salvo», piensa. Y entonces Unga agarra un palo, traza esa línea sobre la arena y dice: «Este es mi país, desde ese abedul hasta aquella punta rocosa y hasta el acantilado junto a la pradera. Este es mi país». Y ¿sabes qué pasa entonces? Que de pronto se siente más seguro. ¡Tiene un país, maldita sea! ¡Si tuviera unos fuegos artificiales para celebrarlo ya sería la leche! Solo hay un problema: que en realidad no está más seguro. De hecho, está menos seguro,

Séptimo. Porque cerca de allí hay un segundo mono, Bunga, que también acaba de tomar conciencia de su propia mortalidad. Esa conciencia es como un virus. Y se está propagando, como el herpes. Así que Bunga ve el país de Unga y piensa: «Oye, yo también necesito un país. ¿Qué mierda es esta?». Y entonces agarra un palo, traza una línea sobre la arena y dice: «Este es mi país, desde este roble hasta ese arroyo y hasta ese campo de girasoles donde termina el valle». Pero Unga lo ve y dice: «Oye, tío, ¿de qué vas? El campo de girasoles es mío». A lo que Bunga responde: «Ya, bueno, ¿y a ti quién coño te dio permiso para quedarte con el abedul?». Y así, sin más, empiezan a pelearse, a aporrear con sus palos sus pequeñas cabezas simiescas. ¿Ves cómo funciona, Séptimo? Porque tenían miedo a que les aporrearan la cabeza, les están aporreando la cabeza. Imbéciles. Y ahora tienen que defender sus países, como Miriam quiere que Josh defienda Israel y tú quieres que yo defienda este edificio de yonquis abandonado. Lo siento, hermano, pero paso.

Séptimo se detuvo ante un dormitorio lleno de montañas de basura. Apoyados contra la pared había una pila de colchones viejos; estaban sucios y enmohecidos, pero les servirían para pasar la noche.

¿Qué joven estudiante podría haber vivido y estudiado allí?, se preguntó Séptimo mientras enderezaba un escritorio volcado. ¿Qué pósteres hubiera colgado en aquella pared? ¿De cantantes? ¿De actores? ¿De Unclish?

—¿Sabes esas fotos de la Tierra tomadas desde el espacio exterior? —siguió diciendo Segundo—. Muéstrame una sola nación en esa foto. Muéstrame una frontera. No hay ninguna. Solo hay tierra y agua, nada más. Las naciones son ficciones y yo no pienso morir por una ficción.

—Todos tenemos enemigos —dijo Séptimo, formando una montañita de basura con el zapato—, con país o sin él.

—¿Enemigos? —preguntó Segundo—. Por favor. ¿Qué enemigos? ¿Dónde están? Joder, ¡pero si cambian cada día! Hace sesenta años decían que el enemigo eran los rusos. Ahora los republicanos dicen que los rusos son nuestros amigos, y que los demócratas y los musulmanes son el enemigo. Los demócratas, en cambio, dicen que los rusos y los republicanos son nuestro enemigo, y que los musulmanes son nuestros amigos. Miriam soba tener

miedo de los negros. Cuando nos conocimos, cerraba las puertas del coche cuando pasábamos por el Bronx, igual que Mudd, ¿te acuerdas? Trece años después, ¿a que no adivinas quién actuó en el *bar mitzvá* de Josh? ¡Jay-Z! ¡No es coña! Ahora Miriam dice que los judíos y los negros tienen un objetivo común, y que ambos sabemos qué significa que te odien. Antes de Trump mi mujer les tenía miedo a los negros. Después de Trump les tiene miedo a los blancos. Ahora cierra las puertas cuando pasamos por Scarsdale.

Pero Segundo había desaparecido.

Séptimo ni siquiera lo oía…

Está sentado en su escritorio, con los auriculares puestos, haciendo los deberes. Biología. Matemáticas. Historia.

Historia caníbal.

Un compañero de clase se asoma por la puerta (un CanAm de Florida, Michigan o Los Ángeles) y le da un golpecito en el hombro.

—Hay una fiesta al fondo del pasillo, Sep —le dice—. ¿Vienes? Julia va.

Julia es la atractiva muchacha CanAm que le echó una miradita en el atrio principal, la que años más tarde le dirá que se salte el festival escolar porque el Consumo de Mudd es más importante. Pero Séptimo se fija en el póster de la antigua patria que tiene colgado sobre el escritorio.

—No —contesta.

Tiene que seguir trabajando.

Por su gente.

* * *

La historia de John el Fuerte que les había contado su padre era muy diferente a la de Mudd.

John, dijo su padre, era un matón y un inútil.

John, añadió su padre, creció en un asqueroso barrio de Brooklyn, pasando hambre y frío, siempre enfermo. Su madre le contaba historias de abuso a manos de Henry Ford; su padre, historias de agotadoras jornadas laborales para terminar expulsado de Detroit con poco más que la camisa que llevaba puesta.

En eso Mudd y su padre coincidían. Pero mientras el John de Mudd era un noble luchador por la libertad de su pueblo, el John de

su padre era un psicópata violento que usaba su identidad para justificar sus actos y engañar a sus padres. Cuando lo habían pescado acosando a un compañero de clase, les había dicho a sus padres que el otro chico (que medía la mitad que él) lo acosaba por ser CanAm.

—Madre, padre: lo siento —dijo—. Pero no permitiré que nadie pisotee a nuestra gente.

Aquella respuesta los colmó de felicidad.

Cuando lo pescaron robando las respuestas del examen de matemáticas de octavo curso del cajón del profesor, dijo que era porque su gente sufría una desventaja injusta.

—Los exámenes están amañados contra los nuestros —dijo.

Aquella respuesta los colmó de felicidad.

Cuando lo pescaron junto al capo de la mafia local vendiendo cigarrillos robados en la parte trasera de un camión robado, dijo que era porque su gente necesitaba cigarrillos.

—¿Qué gente? —preguntó su padre, que empezaba a sospechar que algo andaba mal—. ¿Los caníbales o los italianos?

—Toda mi gente —dijo John.

Al cabo de poco dirigía redes de narcotráfico, de prostitución, de apuestas… Era un mafioso, les contó su padre, simple y llanamente.

—Ay, por favor —dijo Mudd más tarde, cuando Séptimo le preguntó sobre eso—. Cuando lo hacen los blancos, lo llaman invertir; cuando lo hace nuestra gente, es un delito.

La única otra parte de la historia de John en la que Mudd y su padre coincidían era que había muerto en un tiroteo, aunque diferían en cuanto al porqué.

—Le dispararon porque no soportaban ver a un macho caníbal fuerte —dijo Mudd.

—Le dispararon porque mató a dos policías mientras cometía un robo a mano armada —dijo el padre.

Y aunque era tentador creer la versión de Mudd, Séptimo y sus hermanos no podían ignorar que su padre era hijo de John.

—Cuando me golpeaba, decía que era porque nuestro pueblo necesitaba disciplina —les explicaba su padre—. Cuando le dio una bofetada a mi madre, dijo que era porque esperaba mucho más de las mujeres caníbales. Cuando nos abandonó, dijo que era para luchar por nuestro pueblo. No era un héroe, Séptimo. Era un

gilipollas.

Mudd no veía contradicción alguna.

—Era un gilipollas, sí —dijo ella—. Pero era nuestro gilipollas.

* * *

Después de echar una mano para arrastrar los colchones hasta el vestíbulo, Séptimo decidió explorar el ala oeste. Había oscurecido ya, e iluminó el largo pasillo central con el estrecho haz de luz de su linterna, dejando atrás lo que supuso que habrían sido oficinas administrativas, o algo así: archivadores, lámparas de pantalla y esvásticas.

Esvásticas, esvásticas por todas partes, pintadas con spray en paredes, puertas y ventanas.

«Olvídate de los drogadictos», pensó Séptimo. Solo había dos explicaciones posibles: una era que había un montón de nazis en Nueva Jersey; la otra, que las esvásticas eran lo más fácil de dibujar con spray.

A lo mejor la gente no era tan detestable como sugerían los grafitis.

A lo mejor solo eran artistas pésimos.

Más adelante, pasó junto a lo que debía haber sido la biblioteca de la Universidad. Era un salón imponente, con ventanas en arco tapiadas y las paredes cubiertas de estanterías vacías.

«¿Será el símbolo de un final? —se preguntó—. ¿Con todos esos libros robados o retirados? ¿O de un comienzo en falso, con unos libros que nunca llegaron?»

La biblioteca está llena de estudiantes, pero apenas hacen ruido, concentrados en sus libros. Están sentados en silencio, absortos, en largas mesas de roble, con sus portátiles y el café a mano. Y ahí está Julia; su oscuro pelo color negro azabache caníbal brilla bajo la tenue luz del sol, su tez, sin duda caníbal, es de un tono imposiblemente ambiguo y seductor. No es, como pensó Séptimo una vez, un color inespecífico, sino más bien una mezcla de todos los colores, lo que lo convierte en el color más hermoso del mundo, el color de muchos, el color que la humanidad entera lleva mezclando en su paleta desde el principio de los tiempos.

Julia lo mira por encima de su delicado hombro, se coloca el

pelo detrás de la oreja y sonríe.

Séptimo se lleva un dedo a la boca («¡Shhh!») y ella vuelve a sonreír.

Séptimo siguió avanzando por el pasillo y, al fondo, vio unas puertas de madera ornamentadas. No eran muy diferentes al portón del atrio principal, pero percibió algo extraño en ellas, algo inusual; se acercó más y, al examinarlas de cerca, tuvo la sensación de que no las había tocado nadie: no estaban forzadas, ni grafiteadas, ni siquiera las habían abierto en años, quizá desde que se había construido el edificio.

Séptimo alargó las manos, asió los pomos de bronce reluciente y tiró de ellos. Y aunque el resto de las puertas del edificio se habían caído de las bisagras o chirriaban lastimosamente al abrirse, aquellas eran totalmente silenciosas, nuevas. Con suma cautela, Séptimo se adentró en lo que era el teatro más majestuoso que hubiera visto jamás. Por su profesión, Séptimo había llevado una vida tirando a culta (lecturas literarias, obras de teatro, sinfonías, estrenos de películas), pero nunca, en todos esos años, había visto un teatro tan suntuoso como aquel. La platea, que recordaba un antiguo proscenio, tenía los mismos techos altos con arcos y los mismos ventanales que el atrio principal, pero estaba tan intacta como las antiguas puertas: sin grafitis, sin basura, sin agujas hipodérmicas. Incluso parecía como si el polvo que se había asentado en el resto de la Universidad no se atreviera a entrar allí. Las filas de asientos rojos conducían a un amplio escenario de parqué, que parecía listo para que empezara el espectáculo. Los focos colgaban de las vigas, las paredes del escenario estaban cubiertas de altos altavoces, y justo en el centro del escenario había un podio con el micrófono aún en su trípode. Y aunque Séptimo sabía que los asientos esperaban en vano a un público que nunca llegaría, oyó las risas y los aplausos que habrían llenado la sala, vio a las parejas vestidas con sus mejores trajes de gala, saludándose con dos besos después del espectáculo y saliendo del brazo, tras experimentar en la gran obra caníbal que acababan de presenciar algo que otros pueblos tenían desde hace mucho tiempo: la sensación de pertenencia.

Séptimo avanzó por el pasillo, subió las pequeñas escaleras hasta el escenario de madera —las tablas del suelo crujiendo con cada

uno de sus pasos— y ocupó su lugar en el podio.

Miró a la multitud.

El lleno era absoluto.

Hombres, mujeres, niños…

—Damas y caballeros —dijo—. Caníbales todos. Buenas noches y bienvenidos, finalmente, más de cien años después de que Julius Seltzer llegara a este país con poco más que la camisa que llevaba puesta, al Teatro canibaloamericano Ishmael Seltzer.

Y la multitud se vuelve loca.

* * *

Fue el desprecio de Montaigne por la certeza lo que llamó la atención de Séptimo; su insobornable incertidumbre respecto a sus propias opiniones, respecto al mundo y su propio ser; su disposición a equivocarse, a reconocer su ignorancia con entusiasmo. Los demás podían quedarse con sus estrellas de *rock* y sus políticos revolucionarios: la verdadera rebelión era dudar de uno mismo. Incluso cuando Montaigne introducía cambios en sus ensayos, solo añadía, nunca borraba: quería que sus lectores pudieran ser testigos de su propia maleabilidad; la clave estaba precisamente en el cambio, no en las conclusiones. Se contradecía a sí mismo, cambiaba de opinión, siempre abierto, siempre buscando.

«Me gustan esas palabras que suavizan y moderan la temeridad de nuestras afirmaciones: *quizás, en cierto modo, algunos, dicen, creo* y otras semejantes», escribió.

Pero en aquel momento, echado en un sucio colchón, en el decrépito vestíbulo de la Universidad de su gente, lo que Séptimo quería eran certezas.

¿Soy tal cosa o tal otra?

¿Soy el último o el primero?

¿Soy héroe o villano?

No sabía muy bien por qué, pensó Séptimo, pero aquel lugar le daba buenas sensaciones. Sí, era un edificio frío y oscuro, sucio y destartalado, pero al mismo tiempo tenía algo que le resultaba reconfortante. Rodeado de su familia, reunida para cumplir con su antiguo ritual, Séptimo cerró los ojos y sonrió, disfrutando de algo que jamás había creído que iba a proporcionarle placer: la

agradable seguridad, la comodidad de sentirse arropado, como en un abrazo, por aquella caja de la que llevaba tanto tiempo deseando escapar.

* * *

Las guarniciones son un problema. Los aperitivos también son difíciles, pero hay pocos aspectos de la ley caníbal tan controvertidos como los que regulan las guarniciones. Los primeros caníbales sostenían que es preciso consumir el cuerpo tal cual, sin ningún otro alimento. Incluir una guarnición, decían, equivalía a sugerir que este era una comida como cualquier otra, para el sustento y la supervivencia, en lugar de un ritual sagrado de transubstanciación a través del cual uno ofrecía la vida eterna a sus seres queridos. A pesar de lo radical de esa posición, todavía había quienes sostenían que las guarniciones estaban estrictamente prohibidas, y que servirlas era un insulto al difunto, a su pueblo y a toda su historia.

«¿Ni siquiera una ensalada?», preguntaron los Ancianos.

«Ni siquiera una ensalada», respondieron los Ancianos Mayores.

«¿Y qué tal un acompañamiento?», preguntaron los Ancianos.

«Los acompañamientos —dijeron los Ancianos Mayores— son una treta de nuestros opresores, que desean engañarnos para que comamos cosas que no forman parte de nuestra tradición.»

«¿Engañarnos?», preguntaron los Ancianos.

«¿Acaso no cortan los rábanos para que parezcan flores? —dijeron los Ancianos Mayores—. ¿Y las zanahorias como muelles, y los pepinos como rosas?»

«Es verdad —respondieron los Ancianos—. Pero, ¿y qué tal un poco de pan? Pues un panecillo solo parece un panecillo.»

«¿Quieres un panecillo? —dijeron los Ancianos Mayores—. Cómete un panecillo.»

Pero por reconfortante que nos resulte su naturaleza supuestamente inmutable, las tradiciones van cambiando. Y así, después de drenar, purgar y dividir a su amada Julia, Julius se había sentado a la mesa que durante tantos años había compartido con ella, había mirado el plato que tenía enfrente, en el que había apenas un triste pedazo de carne, y se había echado a llorar. Al fin y

al cabo, Julia había llevado una vida marcada por un sufrimiento terrible. De joven había sido víctima de tantas profanaciones y golpes que al llegar a la mediana edad le habían robado ya toda su belleza; su fealdad había reducido el número de agresiones, pero entonces la angustia por los golpes se había visto reemplazada por las privaciones de la Gran Depresión. El dolor había sido su compañero más fiel durante la juventud, y el hambre durante toda su vida. Nadie había sufrido más que los caníbales, y ningún caníbal había sufrido más que Julia. Por todo ello, Julius decidió que no podía haber mayor insulto para Julia que un plato vacío, como los que la habían perseguido durante toda su vida, de modo que se levantó de la mesa, fue a la cocina y regresó con unas rodajas de manzana (la fruta favorita de Julia), un poco de mantequilla de cacahuete (que le gustaba untar en las manzanas) y unas cuantas galletas de mantequilla (el postre preferido de Julia), que consumió con ella, como si formaran parte de una misma persona.

A partir de aquel momento, y durante muchos años, esa había sido la tradición aceptada. Ningún Consumo se consideraba completo sin unas rodajas de manzana, un poco de mantequilla de cacahuete y unas galletas de mantequilla. Conformarse con menos, decían, era un insulto a los difuntos, a su gente y a su historia.

Años después, para cuando el propio Julius murió, su hijo John era ya un notorio criminal/héroe, vivía en un casoplón y tenía dos coches y un colchón lleno de dinero. Tras ver cómo su padre consumía a su madre con apenas unas manzanas y galletas, John decidió convertir el Consumo de Julius en un suntuoso festín, el festín más opulento y fastuoso jamás celebrado, y para ello invitó a todos los canibaloamericanos que quisieran asistir. (Los que no lo hicieran deberían responder ante él.)

La fiesta duró tres días y tres noches. Además de dos bandejas rebosantes con la carne de su padre, había dos bandejas con carne de cada animal de la tierra: vacas y pollos, ciervos y osos, bisontes y conejos… Había mesas y mesas llenas de salchichas, patatas, pasta, ensaladas, queso, vino, licores y postres varios. La gente habló del Consumo de Julius durante años.

Y, a consecuencia de ello, lo que en su día había sido una austera tradición se convirtió para muchos en un fastuoso banquete, que tenía lugar en los mejores clubes y salones de baile del mundo.

Incluso hoy en día hay quienes insisten en que ningún Consumo está completo sin una banda y servicio de *catering*. Conformarse con menos, dicen, es un insulto a los difuntos, a su gente y a su historia.

Desde luego, no todos aprobaban aquel cambio, y menos que nadie el hijo de John, Ishmael (al que más tarde todos conocerían como Unclish), que lamentaba amargamente el sino de su más sagrada tradición.

—No solo hemos consumido a mi abuelo —dijo Unclish refiriéndose al Consumo de Julius celebrado por John—, sino que el Consumo mismo nos ha consumido a nosotros.

Por ello, cuando, unos años más tarde, la policía finalmente acabó con la vida de John mientras este estaba atracando un banco/reapropiándose del dinero de su gente, Unclish lo consumió de forma parecida a como su abuelo hiciera con su abuela: con algo de fruta y un trozo de pastel. Años más tarde, Unclish se convirtió en el líder espiritual de su pueblo y decretó que la única comida permitida en los Consumos, más allá del propio fallecido y de unas pocas manzanas, sería una única guarnición (el plato favorito del fallecido) en una porción de una sola taza (sin amontonar), sin bebidas (se permitía el agua, pero no con gas) excepto quizás una taza de café (caliente, no con hielo), con un pedazo de pastel después (de una sola capa y sin relleno, tortas prohibidas). No conformarse con eso, proclamó Unclish, era un insulto a los difuntos, a su gente y a su historia.

* * *

A la mañana siguiente, Unclish despertó a Séptimo a primera hora y, exhalando una nube de vaho acompañada por el típico olor a aliento de viejo, dijo:

—Es hora de que vuelvas al pueblo y nos consigas una sierra.

Séptimo se quitó el sueño de los ojos y asintió con la cabeza.

—Vale —dijo.

—Y una barbacoa.

—De acuerdo.

—Y patatas fritas.

—¿Patatas fritas?

—Con kétchup —dijo Unclish, ya que según Tercero, las patatas

fritas con kétchup eran la guarnición preferida de Mudd.

Séptimo se puso el abrigo y la gorra, despertó a Primero, y juntos se dirigieron al pueblo.

—¿Quieres saber qué es lo primero que voy a comprar cuando cobre el cheque de la herencia? —dijo Primero—. Un Ford. No me importa ni el modelo, ni siquiera lo necesito. Es solo para joderla. ¿Qué te parece?

Cero iba sentada en la parte de atrás, feliz de haber encontrado una excusa para marcharse de la Universidad.

—Creo que eres mezquino —dijo.

—Perfecto —dijo Primero, metiéndose en el *parking* de la ferretería—. Es justo la reacción que andaba buscando.

Era invierno, por lo que la selección de barbacoas era limitada. Séptimo eligió el modelo de carbón más barato que encontró; no quería racanear en el Consumo de Mudd, pero se dijo que solo la iban a usar una vez, pues dudaba mucho que alguien quisiera llevársela a casa.

—Nos quedamos con esta —le dijo al vendedor—. Y una bolsa de carbón.

—¿Qué pensáis asar? —preguntó el vendedor—. Si no es mucho preguntar.

Séptimo sintió como la inquietud lo asaltaba de nuevo. ¿Qué le importaba a ese paleto qué querían asar?

—Sí, es mucho preguntar —dijo.

—Carne —dijo Primero, tratando de quitarle hierro a la hosquedad de Séptimo—. La hostia de carne.

—Hay buena caza mayor por aquí —dijo el vendedor—. Habéis pillado algo gordo, ¿no?

—Para serte sincero, colega —dijo Primero—, con una bestia de este tamaño yo más bien diría que nos ha pillado ella a nosotros.

El vendedor se rio entre dientes.

—¡Ya te digo! —exclamó—. Pero creo que os estáis equivocando.

—Ah, ¿sí? —preguntó Séptimo—. ¿Y eso?

—Hay dos tipos de personas en el mundo —dijo el vendedor—. Por un lado están los del carbón y, por el otro, los del gas. Los del carbón odian a los del gas, y los del gas odian a los del carbón. Supongo que ha sido así desde que el mundo es mundo, y no puedes

hablar con los unos si formas parte de los otros. Este verano estaba en un pícnic al aire libre en el parque cuando, de pronto, apareció un tipo con una barbacoa de gas; casi estalla una guerra. Han pasado varios meses, pero aún hoy hay mucha gente en el pueblo que no se habla. Yo soy de los del carbón, pero no juzgo a los del gas. Algunos de mis mejores amigos son del gas, lo digo en serio. Mi esposa es del gas; joder, hasta mis hijos son del gas. Ya sé que si buscas sabor, las briquetas son insuperables, no hay más. Pero, y que conste que esto lo digo como carbonista convencido, debo admitir que, si tienes una pieza grande y buscas rapidez y comodidad, no hay nada como el gas.

—La rapidez nos interesa —dijo Primero—. Definitivamente queremos rapidez.

El vendedor los llevó hasta una barbacoa de gran tamaño con el fondo de acero inoxidable, un remanente de la temporada anterior. Venía con todos los extras: dos quemadores laterales, un calentador, un asador eléctrico y un juego completo de herramientas para asar. La parrilla era el triple de grande que en el modelo de carbón, dijo, e iba a regalarles el bidón de propano, ya que no era exactamente temporada de barbacoas.

—También necesitaremos un cuchillo —dijo Séptimo.

—¿Con una hoja de veinticinco centímetros va bien? —preguntó el vendedor.

—Para el animal que tenemos entre manos, no —contestó Primero.

—Tengo uno de cincuenta y cinco —dijo el vendedor—, pero es sobre todo para árboles y ramas…

—Nos lo llevamos —dijo Primero.

—¡Menuda bestia debéis de haber pillado! —dijo el vendedor.

—Ni te lo imaginas —dijo Primero—. Madre mía.

* * *

Eran las diez de la mañana cuando entraron en el Burger King y pidieron una docena de raciones de patatas fritas. Primero pidió kétchup («Mogollón de kétchup», dijo), y se dirigieron de nuevo a la Universidad.

Primero había dejado que Séptimo pagara las patatas fritas,

como antes había hecho ya con la barbacoa.

—¿Qué más te da? —le dijo Primero—. ¡Estás a punto de ser rico, hermano!

Pero estar a punto de ser rico no era lo mismo que serlo; ante aquella mención de dinero, a Séptimo se le hizo un nudo en el estómago; todavía debía un manuscrito a Rosenbloom. Se sacó el teléfono del bolsillo.

«Tengo un manuscrito que me gusta —le dijo a Rosenbloompor mensaje de texto—. Me voy a quedar en casa hoy e intentaré leerlo de una sentada.»

«¡Genial! —respondió Rosenbloom—. ¿Es el del cojo socialdemócrata transgénero pakistanobritánicoamericano fiscalmente conservador y polígamo? Ese me pareció prometedor…»

«No —respondió Séptimo—. Es uno nuevo. Acaba de llegar.»

Se detuvo un instante.

«De un canibaloamericano», escribió.

Séptimo se quedó un momento mirando fijamente aquella palabra. Le gustó el aspecto que tenía: orgullosa, desafiante… Ante la vista de todos, por fin. Y aunque Séptimo sabía que estaba prohibido revelar que uno era caníbal, técnicamente no estaba revelando que él mismo lo fuera, ¿no?

¿Qué haría John?

John le daría a «Enviar».

Séptimo le dio a «Enviar».

Miró los puntos suspensivos intermitentes de la pantalla con una sensación parecida a la que imaginaba que Mudd habría sentido mientras esperaba las palabras de Jack Nicholson, esa noche en los Premios de la Academia. Esperando recibir validación, permiso.

¿Permiso para qué?

Para existir.

«Muy gracioso», respondió Rosenbloom. Y entonces añadió un «/s», para que Séptimo supiera que estaba siendo sarcástico.

«Sherwood asqueroso», pensó Séptimo.

—Mierda —dijo Primero de repente—. La poli.

Séptimo miró por el retrovisor. El coche patrulla estaba muy cerca, siguiéndolos. Sintió que se le aceleraba el pulso.

—¿Cuánto rato hace que lo llevamos detrás? —preguntó.

—Acabo de darme cuenta —dijo Primero—. Mierda, ¡mierda!

—Bueno, tranquilo —dijo Séptimo—. Tú sigue adelante.

—¿Hacia dónde?

—Hacia donde quieras, excepto a casa.

—¿Qué casa? —preguntó Primero.

—Bueno, la Universidad —añadió Séptimo.

El coche patrulla puso la sirena.

—Mierda —dijo Primero—. Quiere que paremos. Tengo que parar.

—Pero ¿cuál es el problema? —dijo Cero.

—El coche huele a cadáver —dijo Primero mientras frenaba—. Ese es el problema.

—Huele a patatas fritas —lo corrigió Cero.

—A patatas fritas y a cadáver —dijo Primero.

—No hemos hecho nada malo —dijo Cero.

—Claro, porque a la pasma eso le importa mucho —le espetó Primero.

—No todos los policías son malos —dijo Cero.

—No, solo la mayoría —dijo Primero.

El policía salió del coche y se acercó lentamente. Con la mano sobre la funda de la pistola, examinó la parrilla de la barbacoa, que sobresalía por la ventana trasera abierta.

—Buenos días, agente —dijo Primero, en tono exageradamente jovial—. ¿Todo bien?

El agente se agachó para mirarlo de cerca, y luego echó un vistazo a Séptimo, en el asiento del copiloto. Llevaba gafas de sol de espejo, a pesar de las densas nubes grises de tormenta que cubrían el cielo, y el sombrero de policía de ala ancha parecía flotar sobre su cabeza afeitada al estilo militar, como si incluso él tuviera miedo de tocarlo.

—Carnet y permiso de circulación —dijo simplemente.

¿Eres negro?

No.

¿Judío?

No.

¿Árabe?

No.

Primero le entregó los papeles al agente.

—¿Fecha de nacimiento? —preguntó este.

—¿Para qué quiere su fecha de nacimiento? —preguntó Séptimo.

El agente lo fulminó con la mirada. Una vez más, Primero intervino para tratar de compensar la agresividad de Séptimo.

—Quiere saber si es mi cumpleaños —dijo Primero, y se rio—. No lo atosigues, hermano; probablemente me dará un regalo mejor que el tuyo.

Entonces se volvió hacia el agente, le dio su fecha de nacimiento y añadió:

—Pero no me mande flores, que luego la gente habla…

El agente comprobó el carnet y se lo devolvió a Primero con una sonrisa.

—Tranquilo, elegiré algo sencillo —dijo—. Una tarjeta o así.

—Pero que sea graciosa —dijo Primero—. Las tarjetas pastelosas no me gustan.

—Los tenía justo enfrente saliendo del pueblo —dijo el agente—, cuando he visto la barbacoa que sobresale por la ventana trasera.

—Ah —dijo Primero—. Sí. Lo siento… Al final nos decidimos por la más grande. Hemos tenido que dejar la ventana trasera abierta para que cupiera.

—Tiene buena pinta —dijo el agente—. Yo soy más de carbón, pero, aun así, me duele pensar que una barbacoa nueva como esa pueda salir volando en alguna curva y termine abollada. Tengo una cuerda en el coche.

Primero lo vio regresar caminando a su coche patrulla.

—¿Se puede saber qué coño te pasa? —le preguntó a Séptimo.

—Que es un imbécil —murmuró Séptimo.

—Solo intenta ayudar —dijo Cero.

Al cabo de un momento, el agente regresó con una cuerda y comenzó a asegurarla al parachoques trasero.

—¡Puaj! —dijo mientras hacía un nudo—. ¡Esto huele a muertos!

—Una mofeta —dijo Primero—. Atropellamos una anoche…

—¿Una mofeta? —dijo el agente—. ¿En esta época del año?

Cero se acercó a la ventanilla.

—Iba conduciendo yo —dijo—. Se me echó encima.

El agente se fijó en ella por primera vez y se bajó las gafas de sol.

—Bueno —dijo con una sonrisa—, la verdad es que no la culpo.

Cero le devolvió la sonrisa.

El agente ató el nudo con fuerza y aseguró los extremos de la cuerda para que no volaran mientras conducían.

—Vinagre blanco —dijo el agente.

—¿Cómo? —preguntó Cero.

—Es un pequeño truco que tengo —añadió el policía—. Vinagre blanco en un pulverizador de jardín, rocías la parte inferior del vehículo y el olor a mofeta desaparece en un santiamén.

—¡Vinagre blanco! —repitió Cero—. No lo había oído nunca. Gracias, lo probaremos.

Primero saludó al agente mientras este se alejaba, y entonces volvió a la carretera.

—Qué amable —dijo Cero—. ¿Lo ves, Séptimo? A veces hay que confiar en la gente.

—Tienes veinte años —le soltó Séptimo.

La *pick-up* del día anterior pasó en sentido contrario.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Cero.

—Quiero decir que cierres la boca —respondió Séptimo.

* * *

—En la ciudad la Purga habría sido más simple —explicó Unclish—. Nadie se fija en una bolsa de órganos humanos en Brooklyn —añadió—. Dejas los pulmones en un basurero, el colon en otro… Nadie se da cuenta. Y, si se da cuenta, no le hace ni caso. ¿Qué importa un colon más en Bushwick? Podrías dejar un útero en una acera de Brownsville y nadie se detendría siquiera a mirarlo. Luego está el hedor, claro, pero hay otros peores que lo tapan.

En Nueva Jersey, en cambio, no era tan fácil.

—En los barrios residenciales —dijo—, la gente se da cuenta cuando metes cosas en sus contenedores. Y no les gusta. Típico del tan cacareado capitalismo americano: si pasas tanta hambre que tienes que comer *de* su basura, les da igual; pero intentas meter algo *en* su basura y te montan un follón.

La única opción en una zona rural era dejar las entrañas en el bosque, pero los coyotes no abundaban ya. La idea era que halcones y mapaches dieran cuenta de los órganos, pero con unas vísceras del

tamaño de las de Mudd eso llevaría demasiado tiempo, lo cual incrementaba el riesgo de que los descubrieran.

—Tendremos que llevárnoslas —dijo Unclish.

—Llevarnos… ¿las? —preguntó Primero.

—Las vísceras —dijo Unclish.

—¿Y adónde nos las llevaremos?

—Las meteremos en bolsas —dijo Unclish—, y las llevaremos de vuelta a la ciudad. Podemos deshacernos de ellas en el Bronx.

—Sí, ahí hay animales de sobra —dijo Décimo.

Unclish levantó el Cuchillo de la Redención y lo sostuvo en alto, con los ojos cerrados.

—Y ahora —anunció—, es hora de la Purga.

Le ordenó a Décimo que apartara el cubo lleno de sangre de debajo del cadáver de Mudd, con cuidado de no derramar ni una sola gota. Los Antiguos, explicó, creían que una vez que el cuerpo era consumido de forma correcta, la sangre se convertía en vino, signo inequívoco de un Consumo bien ejecutado. A continuación, era costumbre repartir la sangre entre los miembros de la familia, para que la disfrutaran una vez completadas las Vituallas.

—¿Disfrutarla? —preguntó Cero—. ¿Pero esto qué es?

Unclish colocó la punta del Cuchillo de la Redención sobre el hueso púbico de Mudd, cerró los ojos y, con una voz grave que retumbó por todo el atrio, gritó:

—¡Que los órganos que una vez te sostuvieron sean ahora liberados!

El proceso completo requirió apenas de tres cortes y tomó dos minutos. A Séptimo le resultó inquietante constatar el poco tiempo que se necesita para vaciar un cuerpo humano de todos sus órganos vitales, lo fácil que es desarmarnos, lo rápido que nos desmoronamos. Se quedó mirando fijamente la pila de vísceras brillantes amontonadas debajo del cadáver hueco de Mudd. Era como si Dios se hubiera tropezado yendo del almacén al taller, pensó, y todas las piezas de Mudd que llevaba consigo hubieran caído por el suelo.

«Mierda», murmuró Dios.

«Regla de los cinco segundos —dijo su asistente, arrodillándose para recogerlas—. Aquí no ha pasado nada.»

Séptimo se ofreció para la lúgubre tarea de meter las entrañas de

Mudd en una bolsa. Sabía que nadie más lo haría y quería hacer algo más que mirar; quería participar. Cuarto, Quinto y Noveno, hombres de ciencia y, por lo tanto, más acostumbrados a las vísceras que el resto, se ofrecieron a echar una mano.

—La verdad —dijo Noveno mientras trabajaban—, me ha sorprendido que tuviera corazón.

—Pues a mí lo que me ha sorprendido ha sido el útero —dijo Cuarto.

—Ya basta —les espetó Séptimo.

Carol seguía sin devolverle los mensajes y él estaba tentado de llamarla para confesarle quién era exactamente y qué estaba pasando. Rosenbloom, mientras tanto, no podía concebir la historia de su gente sino como un chiste. Los paraba la policía, había *pick-ups* que los seguían por todas partes… Joder, ¿tanto les costaba a sus hermanos tratar el ritual más importante de su gente con un poco de respeto?

—Es fascinante —dijo Noveno, contemplando las entrañas que tenía a sus pies—. ¡La maquinaria de humanos y animales es tan similar! Habida cuenta de que nos tenemos en tan alta estima, uno esperaría abrir un perro o una rata y encontrar un diseño completamente diferente, totalmente ajeno al nuestro. Pero no es así. Con pequeñas variaciones, somos más o menos iguales.

Cuarto estuvo de acuerdo.

—Y las desviaciones son aún menores entre humanos —dijo—. Somos prácticamente idénticos y, sin embargo, nos despreciamos mutuamente. El primer día de clase les digo a mis alumnos: «Imaginad un campo de batalla, una guerra, el 11 de septiembre. A continuación eliminad todo lo exógeno: ropa, insignias, armas… Dejad todos los cuerpos desnudos hasta los huesos y la tragedia adquiere tintes cómicos y horrendos a partes iguales: un montón de esqueletos desgarbados, desgarradores, idénticos en todo, indistinguibles unos de otros, golpeándose en la cabeza con palos y reivindicando su superioridad. “Capullos —nos dice la naturaleza—, sois todos iguales.”».

Pero Séptimo no estaba de acuerdo.

—¿Y si nos está diciendo lo contrario? —dijo.

—¿Lo contrario? —preguntó Cuarto.

—Sí, lo contrario —insistió Séptimo—. ¿Y si la naturaleza hizo

nuestros cuerpos idénticos para mostrarnos que el cuerpo en sí mismo no importa, que lo que importa es la mente? ¿Que en la forma, en los huesos y la estructura, somos similares, y que, por lo tanto, la forma es irrelevante? Lo que nos convierte en quienes somos no es la forma, sino el contenido. La mente, el yo. Y ahí sí somos diferentes. Ni mejores ni peores, tan solo… diferentes.

—Pero es que no somos diferentes —dijo Quinto—. Todo lo que sabemos sobre la mente apunta a similitudes, no a diferencias. Gais, heterosexuales, negros, blancos, occidentales, orientales, antiguos, modernos… Todos tenemos el mismo cableado emocional: deseamos las mismas cosas, necesitamos las mismas cosas, tememos las mismas cosas…

A Séptimo empezaba a cargarlo lo que Mudd solía llamar la vanidad liberal de sus hijos.

(—No piensan algo porque lo piensen —insistía Mudd—. Lo piensan porque quieren que los demás piensen que lo piensan.)

—Pero fijaos en la historia —les dijo Séptimo a sus hermanos—. La historia no admite discusión: empezamos en África y nos separamos, nos alejamos unos de otros. Para estar solos, para estar con los nuestros.

—Pero es que la historia no es esa —dijo Cuarto, con un tono tan arrogante que a Séptimo le entraron ganas de abofetearlo—. Eso no son más que los primeros capítulos. Estamos en el punto medio, cada vez más lejos del lugar donde empezamos y más cerca de la resolución, del final… Y ese final es la unidad, la convergencia. No nos estamos alejando unos de otros; de hecho, nos estamos acercando, mezclándonos, convirtiéndonos en uno. Esa es la dirección de la vida humana, Séptimo; las cosas van hacia allí. Mis hijos no ven el color…

—¡Y una mierda! —exclamó Séptimo, con tanta rabia que los demás se asustaron—. Pues claro que lo ven. ¡Claro que lo ven, joder! Todos lo vemos. Las cebras ven a los leones, por muy progresistas que se proclamen, y los leones matan cebras. Las vidas de las cebras no importan, por lo menos a los leones; y si las cebras pudieran, se descojonarían cada vez que un cazador furtivo le dispara a un león en el culo. A los negros les importan las vidas de los negros, a los blancos les importan las vidas de los blancos. Así es el mundo. Y nuestras vidas no le importan a nadie.

Ató la bolsa con gesto brusco y se marchó.

—Empiezas a hablar como Mudd —le espetó Cuarto a sus espaldas.

«Alguien tiene que hacerlo», pensó Séptimo.

* * *

«¿Ha pasado alguna vez que la sangre de unas Vituallas se haya convertido en vino?», preguntaron los Ancianos.

«No», respondieron los Ancianos Mayores.

«Entonces, ¿por qué seguimos repartiéndonos la sangre?», preguntaron los Ancianos.

«Para que no se pierda nuestra tradición —contestaron los Ancianos— y nuestro pueblo no se desvíe del camino de la verdad.»

«Así pues, ¿la mentira nos conduce a la verdad?», preguntaron los Ancianos.

«Bingo», respondieron los Ancianos Mayores.

* * *

Decidieron instalar la barbacoa en el patio de baldosas de la parte trasera; las juntas estaban cubiertas de maleza y las piedras se estaban desmoronando, pero quedaba una pequeña área que todavía era prácticamente plana y, lo más importante, no se veía desde el camino.

Séptimo acababa de conectar el gas cuando se le acercó Segundo.

—¿Podemos hablar un minuto? —preguntó este.

—Tengo que preparar la barbacoa —dijo Séptimo.

—Ya sé que… Ya sé que debería haber mencionado esto antes —dijo Segundo—. Lo sé. Pero, para ser sincero…, en fin, no creía que esto fuera a llegar tan lejos, ¿me entiendes? Pensé que vendríamos aquí, hablaríamos un poco de Mudd, reiríamos, lloraríamos, nos daríamos cuenta de que toda esta idea era una locura, y regresaríamos. Y que ahí terminaría todo.

—¿Y qué?

—Pues que aquí estamos.

—¿Y?

Segundo suspiró profundamente y se metió las manos en los bolsillos.

—Soy *kosher* —dijo.

—¿Cómo?

—Que soy *kosher*.

—*¿Kosher?*

—No puedo hacerlo. No puedo comérmela. Soy judío.

—Tú no eres judío, Segundo.

—Que sí.

—Que te casaras con una judía no significa que seas judío.

—Me convertí —insistió Segundo—. Me circuncidé y todo eso. Soy judío.

—Me da igual —dijo Séptimo.

—¿Perdón?

—Que me da igual. Me da igual si eres Abraham y me da igual si eres Moisés. Joder, me da igual incluso si eres Jesucristo. Te la vas a comer.

—No puedo.

—Te comiste a tía Hazel.

—Por aquel entonces todavía no era judío, Séptimo; apenas era un niño. Además, le di mi parte a Tercero.

—Es solo un bocado —dijo Séptimo, tratando de no perder los estribos—. Y luego lo puedes vomitar. Noveno va a hacer lo mismo. Nadie se va a enterar.

—No puede atravesar mis labios —dijo Segundo—. De hecho, ni siquiera debería estar en la misma casa que ese cuerpo. Estoy infringiendo mi pacto con Dios. Lo siento, no puedo hacerlo.

—¿Dónde está tu sombrero?

—¿Te refieres a mi *yarmulke*? No todos los judíos llevan *yarmulke*.

—¿Pero eso no forma parte también de tu pacto con Dios?

—Vivimos en una sociedad intolerante, Séptimo, y me di cuenta de que identificarme externamente como judío, llevando *yarmulke*, tenía un efecto perjudicial para mi carrera. Nuestro pueblo ha sufrido este tipo de odio durante siglos.

—¿Qué pueblo?

—Los dos.

—La madre que te parió, Segundo; te vas a comer esa carne.

—No.

—Que sí, joder. Porque solo tienes dos opciones. O te comes ese pedazo de carne, un mísero pedazo de carne, y confías en que tu Dios te lo deje pasar por una vez, o vuelves ahí adentro y les dices a Primero y a todos los demás que van a perder medio millón de dólares por culpa de tu estúpido pacto con Dios; un pacto que, dicho sea de paso, tampoco será tan importante si puedes infringirlo para progresar profesionalmente.

Segundo le dirigió una mirada de desprecio, pero no se le ocurrió ninguna réplica contundente.

—¿O sea que eso es todo? —dijo—. ¿Todo esto lo estás haciendo solo por el dinero?

—No, no se trata del dinero. Lo hago por nuestro pueblo.

—Vete a la mierda, Séptimo —le dijo Segundo, que le dio la espalda y empezó a alejarse—. ¿Se puede saber desde cuándo te importa tanto nuestro puto pueblo?

«Buena pregunta», pensó Séptimo.

* * *

—Los Antiguos —explicó Unclish—, en su inconmensurable sabiduría, idearon las Vituallas como una ceremonia con más de un propósito. A un nivel superficial, los cuatro pasos del proceso tienen como objetivo preparar el cadáver para su Consumo, es decir, garantizar que esté listo para ser consumido. Pero el proceso tiene un segundo nivel, quizá más importante, pensado para preparar a la familia misma. Prepararla para el Consumo.

Se detuvo junto a lo que quedaba del cadáver suspendido de Mudd, y los hermanos se reunieron a su alrededor.

—Cuando nuestros seres queridos mueren —siguió diciendo—, es natural verlos en la muerte tal como los vimos en vida: como cuerpos, como personas, como seres físicos. Imaginar que llegará el momento de consumirlos nos repugna, por eso lo primero que los Antiguos nos enseñaron a hacer es colgarlos, como se hace con un ciervo o una vaca, y drenar la sangre. Físicamente, este es el paso más fácil; emocionalmente, en cambio, es el más difícil, porque el fallecido se parece a la persona a la que todavía lloramos, pero también porque ese es el momento en que empezamos a darnos

cuenta de que esta, y nosotros, no somos más que un cuerpo, puro recipiente. Que del mismo modo que es posible llenarnos, también se nos puede drenar; que somos una máquina como cualquier otra. Llega entonces el momento de la Purga, en la que tanto nosotros como el difunto vamos un paso más allá en nuestra transición. Es ahí cuando nos deshacemos de los órganos vitales: el motor, el carburador, el filtro… Descartamos todo aquello que daba vida y, al terminar, nos damos cuenta de que no somos más que un cascarón vacío, un chasis, un armazón. Llegamos entonces al tercer paso, la División, que es el que nosotros mismos estamos a punto de llevar a cabo. Se trata del paso anterior al Consumo, el momento de la verdadera carnicería. Aquí dividimos el cuerpo en trozos de carne, quitamos la piel y separamos la carne de la costilla, el flanco del redondo. Pero la División representa también la forma en que nosotros mismos nos separamos del muerto, nuestro ser querido. Ya no es el ser físico que fue en su día, y nuestra conexión con él, física y espiritual, queda cortada. El duelo aquí tiene un propósito definido; no es mero dolor, sino que está pensado para que podamos seguir adelante. Todavía sentiremos un agujero en el alma, pero este se llenará pronto, durante el Consumo.

Y, con eso, Unclish comenzó a despellejar a su madre.

Los Seltzer se dieron la vuelta instintivamente. Algunos cerraron los ojos. Otros incluso se taparon los oídos para no oír lo que estaba pasando a sus espaldas y sentir la tentación de imaginarlo.

Las doctas manos de Unclish no tardaron ni diez minutos en despellejar y dividir a su madre. Cuando los hermanos se dieron la vuelta, la cadena que la sostenía colgaba vacía del techo. Debajo, en el suelo, Unclish había dispuesto los diversos cortes de carne que hacía apenas un momento formaban parte de su madre.

De hecho, tal como habían predicho los Antiguos, por primera vez desde que a su madre se le parara el corazón y su espíritu abandonara su cuerpo, Séptimo sintió realmente que esta había muerto.

El Dr. Isaacson nunca se saltaba una sesión; ni por la nieve, ni por el hielo, ni por los ataques al World Trade Center: siempre estaba ahí. La única vez que canceló sus citas fue el día en que su propia madre murió. Séptimo todavía se acordaba de cuando había vuelto a verlo, unos días después del funeral.

—Dios quiera que pase usted pronto por lo mismo —bromeó el Dr. Isaacson.

El doctor no deseaba la muerte de nadie, por supuesto, pero sí creía que con la muerte de Mudd el mundo de Séptimo se abriría, y que la mayoría de sus sentimientos negativos desaparecerían con ella.

Pero lo que pasó no fue eso. Para Séptimo, ver aquella cadena fue como levantar la vista y ver la cadena de su pueblo, de la que Mudd tanto solía hablar, vacía, acabada y cubierta de sangre.

¿Qué era la felicidad de una persona al lado de mil años de tradición?

De repente, Séptimo vio las paredes negras del crisol de Henry Ford levantarse a su alrededor, y junto a él estaba su gente, apretujada, incapaz de moverse, de escapar. Habían encendido el fuego y todos gritaban de dolor; y él se les acercó y los consoló, diciendo: «No os preocupéis, porque nuestra cadena nunca se romperá».

—No pinta bien —dijo Unclish.

—¿No pinta bien? —preguntó Séptimo.

Unclish estaba a su lado, con las manos en las caderas, mirando los cortes de carne.

—No, no pinta bien —repitió.

—¿Qué es lo que no pinta bien? —preguntó Primero.

—El color —dijo Unclish—. El color de la carne.

Lo que debería haber sido de un rojo intenso, explicó Unclish, en algunos lugares tenía un preocupante tono gris apagado; y, lo que era aún peor, en otros había adquirido una asquerosa coloración verde pantano.

—¿Pero está buena? —preguntó Séptimo—. ¿Se puede comer?

Unclish se retorció la barba.

—Por supuesto —dijo finalmente—. Se puede comer.

—¿No nos sentará mal? —insistió Séptimo—. Quiero decir que si se ha pasado…

—Las he comido peores —dijo Unclish, y de pronto lo invadió una profunda tristeza. Séptimo se arrepintió de haber preguntado. Sabía que Unclish pensaba en su propio padre, John el Fuerte, cuya carne estropeada (veinte kilos, ni más ni menos, les había contado Mudd) había consumido él solo. «Y vosotros —añadía Mudd— os

quejáis porque tenéis que comer un poco de tía Hazel.»

* * *

Según su padre, a John el Fuerte lo buscaban en diecisiete estados en el momento de su muerte, acusado de delitos que iban desde la extorsión y el chantaje hasta el asalto con un arma mortal.

—¿Sabéis a quién más buscaban en el momento de su muerte? —les dijo Mudd a sus hijos—. A Jesucristo.

—Pero Jesús no asaltó a nadie con un arma mortal —dijo Cuarto —. Jesús predicaba la paz y la concordia.

Mudd le pegó un golpe en la cabeza con el dorso de la mano.

—No te creas a esos liberales que pretenden pintar a Cristo como si fuera el hippie de John Lennon —dijo Mudd—. Jesús era un luchador, era un guerrero. ¿Sabes cómo lo sé? Porque lo mataron, por eso lo sé. Es lo que hacen con todo aquel que les planta cara.

La voz le temblaba de rabia mientras contaba la parte más dolorosa de la historia de John el Fuerte: su terrible profanación a manos de la policía.

—Se llevaron su pobre cuerpo acribillado a balazos a la morgue —dijo—. Para examinarlo, dijeron. Para determinar la causa de la muerte. ¡Le habían disparado cinco veces en la cara, a quemarropa, y todavía tenían que determinar la causa de la muerte!

—Dijiste que le habían disparado nueve veces —dijo Cuarto—. En el pecho.

Mudd le pegó un golpe en la cabeza con el dorso de la mano.

—¿Qué parte de «ráfaga de balazos» no entendiste? —le preguntó—. ¡Lo llevaron a la morgue porque querían que se echara a perder! ¡Querían que se pudriera! Querían impedir que tu tío lo consumiera. Pero no conocían a nuestro Unclish, ¡ni de lejos! ¡Vuestro tío tenía la fuerza de John, la valentía de Julius y la entereza de Julia, todo en uno! Y así fue como Unclish fue a la morgue y permaneció allí, día y noche, durante dos días enteros, hasta que le devolvieron el cuerpo de su padre. Entonces lo trajo aquí, a esta misma casa, y aunque ya habían pasado días desde su muerte, aunque su cadáver desfigurado estaba ya putrefacto y descompuesto, Unclish lo drenó, y luego lo purgó, y luego lo partió.

Y después de eso, niños, sí: lo consumió. Un corte corrompido tras otro, consumió a su padre, y al día siguiente se enfermó tan violentamente que tuvieron que llevarlo al hospital. Creían que no iba a sobrevivir, ¡pero no lo conocían! El doctor escuchó atentamente mientras vuestro tío le contaba lo que había hecho: que se había comido toda esa carne aun a sabiendas de que estaba podrida, aun a sabiendas de que podía matarlo.

»—¿Ha perdido una apuesta? —le preguntó el doctor.

»—No —respondió vuestro tío, con una afable sonrisa en el rostro—. He ganado una guerra.

* * *

«¿Está permitido comer carne rancia?», preguntaron los Ancianos.

«No solo está permitido —respondieron los Ancianos Mayores—, sino que a menudo es obligatorio.»

«Pero ¿no está prohibido quitarse la vida voluntariamente? —preguntaron los Ancianos—. ¿Cómo puede uno entonces consumir voluntariamente carne corrompida?»

«Quien no esté dispuesto a morir por su pueblo —sentenciaron los Ancianos Mayores— no merece vivir.»

«¡Toma ya!» dijeron los Ancianos.

* * *

A lo largo de los años, los caníbales han propuesto varias teorías para explicar por qué al cocinarla una madre desprende el hedor repugnante que desprende, pero todavía no hay una explicación definitiva. La causa no puede ser algo tan simple como la edad (es decir, que el mal olor de las madres sea fruto de la vejez), ya que las madres jóvenes desprenden un hedor tan insoportable como el de las ancianas (aunque sepan deliciosas).

En épocas menos progresistas que la nuestra, algunos sugirieron que su fetidez podría estar vinculada a su apariencia; es decir, que las feas olerían peor que las guapas. Pero basta una simple observación para desacreditar esa teoría, ya que ha habido muchas madres encantadoras que han terminado en la pira, y la pestilencia que invariablemente generan es suficiente para que sus propios

hijos huyan corriendo en busca de refugio.

A principios de siglo, Unclish, que había completado más Vituallas en su tiempo que nadie antes que él, propuso una teoría más espiritual. Los niños pequeños, señaló, no producen casi ningún olor: podrías encontrarte junto a la barbacoa y ni siquiera intuir que hay uno ahí dentro. A lo mejor, sugirió, el terrible olor de las madres era el olor de la culpa, del egoísmo y del narcisismo (del pecado, en realidad), que ardían con el cuerpo. Eso explicaría también por qué los más jóvenes casi no tienen olor, ya que no conocen la culpa.

La comunidad CanAm de Twitter explotó. Las mujeres expresaron su indignación ante aquella sugerencia y muchas pidieron su reprobación.

«Claro, porque, como todas sabemos, los hombres son tan puros… #Yunamierda», escribió una de ellas, expresando el sentir mayoritario.

Los desmentidos de Unclish y sus peticiones de que no se sacaran sus palabras de contexto cayeron en saco roto. Al final, se vio obligado a acudir a las redes sociales y disculparse por sus comentarios. En un *post* que recibieron todos los caníbales que quedaban en el mundo, Unclish les aseguró que no había hombre ni mujer, joven ni viejo más pecador que él, y nadie tenía más maldad que quemar.

«Al recalar finalmente sobre las llamas, ninguna madre desprenderá un olor tan putrefacto como el que desprenderé yo», terminaba su mensaje.

* * *

La barbacoa alcanzó por fin los 260˚C y Unclish salió al patio para empezar a asar.

El hedor fue inmediato, familiar para aquellos que han pasado tiempo en zonas de guerra, donde el olor a neumáticos quemados se mezcla con el de los desagües de aguas residuales abiertos. Todos se refugiaron en el interior del edificio, excepto Séptimo, que se quedó para ver trabajar a Unclish. De vez en cuando, Unclish sacaba un trozo de carne de la parrilla, cortaba un pedacito y se lo metía en la boca; pero inmediatamente sacudía la cabeza y lo volvía a colocar

en la parrilla. Séptimo se estremecía al pensar que la carne que comía era la de su madre, pero aquel pequeño anciano con el sombrero gris se movía con tal elegancia y determinación, girando la carne, probándola y recolocándola sobre la parrilla, que su repugnancia pronto se vio reemplazada por admiración. Imaginó a Unclish haciendo eso mismo por John el Fuerte, a John el Fuerte haciendo eso mismo por Julius el Valiente, a Julius el Valiente haciendo eso mismo por Julia la Atribulada.

—Unclish —le dijo—. ¿Las ventanas de la biblioteca siempre han estado tapiadas con ladrillos? Quiero decir, ¿originalmente tenían cristal y las cegaron luego, o fueron siempre de ladrillo y nunca tuvieron cristal?

—Siempre fueron de ladrillo —respondió Unclish.

—¿Para que los de fuera no pudieran mirar hacia dentro? —preguntó Séptimo.

—No, para que los de dentro no pudieran mirar hacia fuera —dijo Unclish.

—Pero una educación completa exige conocer el mundo que nos rodea —comentó Séptimo.

—¿Tú tuviste una de esas educaciones completas? —preguntó Unclish.

—Sí.

—¿Y conoces el mundo que nos rodea?

—Sí —dijo Séptimo.

—Y dime, Quinto: ¿de qué le ha servido eso a tu gente, exactamente?

Unclish se volvió hacia la barbacoa.

—Soy Séptimo —dijo Séptimo.

—Eso es lo que he dicho —contestó Unclish.

Acto seguido, sacó el último trozo de carne de la parrilla, cerró la tapa y apagó el gas. Parecía exhausto, tenía los ojos enrojecidos por el humo, y la piel pálida y espectral.

—Esto ya está —dijo.

* * *

El comedor de la Universidad, tan abandonado como el resto del edificio, era inmenso pero al mismo tiempo conservaba su

elegancia, algo de lo más apropiado para una cultura que, como la suya, otorgaba un papel tan crucial a la alimentación. La alfombra roja, ahora agujereada y manchada de musgo, hacía juego con las cortinas también rojas que enmarcaban los altos ventanales. Había varias decenas de sillas de color rojo amontonadas en un rincón. De las muchas mesas de comedor que debían de haber ocupado el atrio ya solo quedaban dos, pero serían suficientes. Los hermanos arrastraron las mesas hasta el centro del comedor y las dispusieron a lo largo. Séptimo distribuyó sillas a lado y lado, con una en la cabeza para Unclish y otra en el extremo opuesto para Cero.

—Se supone que no debería sentarse con nosotros —le dijo Primero a Séptimo, preocupado porque Unclish aprovechara cualquier infracción de las reglas para no entregarles la herencia—. No forma parte del Consumo.

—Pero sí es parte de la familia —dijo Séptimo.

—¿Y eso no es suficiente castigo? —preguntó Primero.

Séptimo quería que Cero lo viera: la última mujer canibaloamericana debía por lo menos presenciar el último Consumo. Cero, por su parte, no tenía el menor interés en presenciar nada de todo aquello y, si solo hubiera dependido de ella, no habría dudado en saltarse aquel espantoso episodio por completo, pero no quería abandonar a Tercero.

Cuarto y Quinto cubrieron las mesas con un viejo mantel sucio, Noveno dispuso los platos de cartón y los cubiertos de plástico, y Undécima y Duodécima distribuyeron las linternas para dar luz.

—Entonces, ¿cómo funciona esto, exactamente? —le preguntó Undécima a Séptimo mientras preparaban la mesa.

—Eso —coincidió Duodécima—. ¿Cómo funciona?

—No lo sé —dijo Séptimo.

—Pero ¿quién va primero? —preguntó Segundo—. Porque yo no seré el primero.

—Yo tampoco seré el primero —dijo Primero.

—Deberíamos hacerlo todos juntos —propuso Octavo.

—Me parece justo —dijo Quinto—. Todos Almorzarán Juntos Obligatoriamente… Solo tenemos que comprometernos a comer juntos.

—Es solo un bocado —dijo Primero—. Podemos hacerlo.

—Bocado y medio —puntualizó Noveno.

Tercero ya estaba sentado a la mesa, tenedor y cuchillo en mano, la servilleta metida en el cuello de la camisa, como un niño esperando un bocadillo.

—¡Voy a ser Mudd! —exclamó.

Cero sonrió lo mejor que pudo.

—Pues claro que sí —dijo.

—¡Y Sexto! —añadió Tercero.

—Muy pronto —dijo Cero.

Unclish entró en el comedor. En una mano llevaba un plato de patatas fritas recalentadas cubiertas de kétchup; en la otra, una bandeja de metal con la carne de Mudd al punto.

—Dios —murmuró Segundo—. Dios, Dios, Dios.

Con gran reverencia, Unclish colocó las bandejas encima de la mesa.

—Vamos allá —dijo Primero, que empezó a hiperventilar—. Vamos allá, la madre que me parió.

Undécima tomó la mano de Duodécima.

—Podemos hacerlo —dijo Undécima.

—Claro que podemos —dijo Duodécima.

Décimo inspiró y espiró con vehemencia, como si se preparara para levantar pesas.

Séptimo se dijo que Unclish parecía estar aún más cansado que antes, en el patio. Vio cómo su tío se sentaba en su silla con la lentitud y la cautela propia de los ancianos, como si fuera de cristal, como si temiera sentarse demasiado rápido y que se le quebraran los huesos, que su cuerpo se partiera en mil pedazos. Nunca lo había visto moverse con tanta precaución y Séptimo estaba preocupado, aunque, por otro lado, había sido un largo día de cocineo y preparaciones varias, y Unclish ya no era precisamente un chaval. Se trataba de una tarea ardua y agotadora incluso para un Avituallador experimentado.

Unclish se retorció la barba un momento.

—Sí, sí, —dijo—. Hmm, hmm… En fin, llegó el momento del Consumo —añadió—. El paso final de las Vituallas. Hemos drenado, hemos purgado y hemos dividido. Hemos llorado al ser físico que en su día conocimos y, mediante los tres primeros pasos, nos hemos hecho a la idea de que nos ha dejado. Pero en nuestros adentros albergamos aún un anhelo insatisfecho, un vacío interior.

Hizo un gesto de dolor.

—¿Unclish? —preguntó Séptimo.

—Llenar ese vacío es el verdadero propósito del Consumo —siguió diciendo Unclish—. Porque consumiendo a nuestros seres amados no solo les damos a ellos la vida eterna, proporcionándoles un cuerpo físico para que puedan seguir viviendo por toda la eternidad, sino que por el hecho de llevarlos en nuestro interior llenamos el vacío que su traspaso dejó en nuestras almas. Y ahora, los platos.

Los hermanos tomaron un plato cada uno y formaron una fila junto a él. Uno por uno, dieron un paso al frente y Unclish les sirvió una pequeña porción de patatas fritas acompañadas por la pieza de carne que les correspondía.

A continuación regresaron en silencio a sus asientos.

Cuarto bajó la mirada y estudió la gruesa rebanada de lengua que tenía en el plato.

—Chicos —dijo— no puedo hacerlo.

—Es solo carne —repuso Primero.

—No es carne —insistió Cuarto—. Es mamá.

Noveno, con expresión pálida, levantó la vista de su trozo de pierna y miró a Undécima. Estaba lívida, enfermiza.

—¿Qué es eso? —preguntó Noveno.

—El útero —dijo Undécima.

—Aaay, madre —dijo Quinto, la vista clavada en el trozo de corazón marrón rojizo de su plato—. Aaaaaay, madre.

—Podemos hacerlo —dijo Duodécima.

—No sé —dudó Undécima.

—El Dr. Zion —dijo Duodécima—. Acuérdate de Zion.

Undécima tomó la mano de su hermana.

—Zion —dijo.

En casos como aquel, cuando el fallecido no había asignado ningún corte específico de carne al Avituallador, la costumbre era que este eligiera alguna de las partes sobrantes, no asignadas. Unclish se había inclinado por el hígado de Mudd, porque, igual que un hígado, les había dicho, Mudd había estado toda su vida filtrando las toxinas de América para su pueblo.

Cortó un pequeño trozo de la carne rosada de su plato, lo pinchó con el tenedor y lo sostuvo en el aire.

—Los caníbales viven para siempre —dijo Unclish, pero sus palabras sonaron tan amargas y cargadas de resentimiento que Séptimo levantó la vista de su plato—. Pero por culpa vuestra, desgraciados, Mudd no pervivirá —añadió con tono de amargo desprecio.

Los Seltzer se miraron, confundidos.

—Unclish —dijo Séptimo—, ¿estás bien?

—¡Ninguno de nosotros pervivirá! —gritó su tío—. ¡Ni Mudd, ni yo, ni vosotros!

—Lo sabía —dijo Primero—. Sabía que iba a salir con algún rollo de última hora.

—¿Hemos hecho algo mal, Unclish? —preguntó Décimo.

—Hemos seguido todos los pasos… —aseguró Segundo.

Pero Unclish los ignoró.

—Hace tan solo unos años —continuó— celebramos el centenario del día en que nuestro antepasado, Julius, terminó deshaciéndose a manos del cabronazo de Henry Ford. Aquel día fui a visitar a vuestra madre. Nos sentamos en el patio trasero de la casa. «Hoy hace cien años que empezó nuestra historia», le dije. Pero ella se echó a llorar, y dijo: «Sí, pero ¿cuánto tiempo falta para que se termine?».

Unclish golpeó la mesa con el puño.

—¡Los que estáis sentados a esta mesa erais nuestra última esperanza! ¡De vosotros debía surgir una nueva nación de caníbales! ¡Ibais a salir al mundo, a encontrar esposas caníbales, a tener hijos caníbales y a auspiciar una nueva generación de nuestro pueblo!

Unclish se puso de pie, sus delgados brazos temblando por el esfuerzo.

—Unclish —comenzó a decir Séptimo—. Ten cuidado…

—¡PERO NO LO HABÉIS HECHO! —gritó su tío, con los ojos desorbitados y rojos de furia—. ¡Preferisteis seguir vuestro propio camino! ¡Perseguir vuestros sueños, vuestra felicidad, vuestra «libertad»! Y ahora ya no vendrá una nueva generación después de la vuestra; no quedará nadie que os consuma.

No habéis logrado nada más que la mortalidad. Habéis asegurado vuestra propia destrucción y la destrucción de vuestro pueblo. ¡NO PERVIVIRÉIS! ¡MUDD NO PERVIVIRÁ! ¡NUESTRO PUEBLO NO PERVIVIRÁ!

—No te alteres, Unclish —le dijo Séptimo.

Tercero se volvió hacia Cero, confundido.

—¿Mudd no vivirá? —preguntó.

Cero no sabía qué contestarle, debatiéndose entre la preocupación por Tercero y la preocupación por Unclish, que había empezado a transpirar.

—¡Mudd vivirá en mí! —le gritó Tercero a Unclish—. ¡Yo soy Mudd! ¡Mudd es yo!

Unclish, exhausto, no se tenía en pie, de modo que volvió a sentarse en su silla.

—De momento —le dijo a Tercero con un hilo de voz—. Durante unos años, sí. Ella seguirá viviendo. Pero si no hay nadie que te consuma a ti, morirá contigo.

—Mudd vivirá —insistió Tercero—. ¡Y Sexto vivirá!

Unclish no tenía fuerzas para discutir con él, por lo que, dirigiéndose al resto, se limitó a decir:

—Podéis empezar.

Séptimo cogió el tenedor y el cuchillo, respiró hondo y cortó un trocito de piel de su plato, del tamaño de un bocado y medio.

Los otros hicieron lo mismo.

—¿Unclish? —preguntó Séptimo—. ¿Hay algún orden? ¿Tenemos que seguir algún orden concreto?

Pero Unclish, que tenía la cabeza entre las manos, no respondió.

Séptimo miró el colgajo de piel que tenía en el tenedor. Era blando y con los bordes crujientes, como la piel del pollo asado, pero de un color gris y deprimente. Trató de convencerse de que era efectivamente pollo, pero no funcionó.

Era Mudd.

¿De dónde era la piel?, se preguntó. ¿Del pecho que lo había destetado? ¿De la mano que lo había golpeado? ¿De los brazos que durante tantos años había deseado que lo abrazaran?

Se había alejado demasiado rápido.

De ella, de su gente.

Mudd tenía razón. Se había tirado de cabeza a aquella olla en la que Juhus solo había entrado obligado. Tal vez había estado demasiado ansioso por marcharse; tal vez todos lo habían estado. Total, ¿para qué? ¿Para convertirse en carne ellos mismos, tal como había dicho Primero?

«Tal vez debería haberme quedado con mis caníbales; por lo menos esos sabían por qué comían…»

Séptimo acercó el tenedor a sus labios.

La piel tembló, maloliente.

¡Qué burro había sido! Cien años después de Julius, allí estaba él, tratando aún de mezclarse, de deshacerse; creyendo que aún quedaba algo en lo que deshacerse.

—¡Eso de mezclarse es algo tan de hace dos siglos! —le gustaba decir a Rosenbloom—. *Ex uno multi* —añadía—. De uno, muchos: muchos pueblos, muchos muros, muchas identidades, muchas naciones de medio metro por medio metro en guerra, juntas pero a kilómetros de distancia, preparando las armas para la Guerra de las Mil Naciones, la Batalla de Todos, el Gran Holocausto Híbrido.

Y mientras todos los demás corrían a reclamar su recuadrito, allí estaba Séptimo, solo, como un tonto, preguntándose dónde se habían metido todos los aficionados a deshacerse.

Después de todo, Henry Ford, el señor Crisol, era un nazi. No un nazi en plan mala persona, no: un nazi *nazi*. Había recibido medallas del Partido Nazi. Estos habían leído sus libros. Era el héroe de Hitler, y Hitler era el suyo.

Crisoles, hornos…

Lo mismo da que da lo mismo.

Nota mental: cuando un nazi construya una olla gigante y encienda un fuego debajo, ¡no te metas dentro!

Séptimo cerró los ojos, se metió a Mudd en la boca, cerró los labios y he aquí que se llenó de Mudd, y de todos aquellos a quienes esta había consumido, y de todos los que estos habían consumido y de todos los que estos habían consumido antes que ellos, de Julius y de Julia, de todos los golpeados, todos los violados, los encarcelados y los esclavos, y tenía un sabor horrible, el más horrible que hubiera probado jamás, porque sabía a su sangre y a sus lágrimas, a sus esperanzas y a sus sueños, a su dolor y a su pena.

Entonces Séptimo tragó.

Y todos se convirtieron en él.

Y él se convirtió en ellos.

Y Séptimo lloró.

* * *

Séptimo odiaba el Día de los abuelos, el día en que la escuela abría sus puertas y sus aulas para que los orgullosos abuelos y abuelas de los alumnos pudieran ver lo que sus espabilados nietos estaban aprendiendo. Detestaba la mayoría de los festivales escolares, pero el Día de los abuelos le resultaba particularmente difícil.

—Papá —le había preguntado Reese durante el último Día de los abuelos—. ¿Por qué nunca conocí a tu mamá?

—Bueno —le contestó Séptimo—, porque se murió.

—Ya, me refiero a cuando estaba viva —insistió Reese.

—Murió antes de que nacieras tú —respondió Séptimo.

—Ah. ¿Y por qué mamá nunca la conoció?

—Bueno —dijo Séptimo—, mi madre vivía lejos. En su tierra natal.

—¿Dónde está su tierra natal?

—En Brasil —dijo Séptimo, optando por un país exótico y lejano que disuadiera a Reese de querer ir a visitarlo.

—Pero… yo creía que mamá había dicho que eras de Guatemala —replicó Reese.

—Mi padre era de Guatemala —dijo Séptimo—. Mi madre era brasileña.

—Creía que habías dicho que era dominicana —insistió Reese.

—Y lo era —dijo Séptimo—. Dominicanobrasileña.

—¿Y yo? —preguntó Reese—. ¿Qué soy yo?

Séptimo sonrió, la sentó en su regazo y la abrazó con fuerza.

—Tú eres tú, cariño. Y eso es lo único que importa.

* * *

Noveno empezó a ahogarse. Se puso rojo y se llevó la mano a la boca.

—Ni se te ocurra —lo advirtió Primero.

Pero Noveno sacudió la cabeza al tiempo que su tez adquiría un tono aún más oscuro.

—Oh, Dios —gimió con expresión de repugnancia. Entonces intentó ponerse de pie, pero tropezó y cayó de espaldas, volcando la silla—. Oh, Dios —repitió—. Oh, Dios…

Era demasiado tarde. Ya fuera por veganismo, por razones emocionales o por alguna combinación de ambas, el organismo de

Noveno rechazaba por completo su bocado y medio. Hizo una mueca, se dobló y soltó un bramido, y la carne que se había obligado a tragar salió propulsada de su boca con tanta fuerza que todos vieron, conmocionados, cómo describía un arco en el aire que pasaba por encima de sus cabezas antes de llegar al punto más alto y caer con un asqueroso plaf justo en medio de la mesa.

Durante un breve instante nadie habló, ni siquiera se movió.

—Eso —jadeó Noveno mientras trataba de recuperar el aliento— cuenta.

Y se armó la gorda.

—¡Qué va a contar! —exclamó Segundo, que acababa de infringir su pacto con Dios engullendo bocado y medio del pie de Mudd.

—¡Pues claro que cuenta!

—¿Cómo coño va a contar eso?

—He dicho que cuenta —insistió Noveno—. Me lo he comido y cuenta, joder.

—No cuenta —repitió Segundo—. Séptimo, ¿eso cuenta?

—¡Por supuesto que cuenta! —dijo Primero, cuyo único interés era confirmar que habían comido lo que técnicamente se les exigía, de modo que finalmente podían cobrar.

—Unclish, eso cuenta —dijo Noveno, apelando a su autoridad—. Cuenta, ¿verdad? ¿Unclish?

Pero Unclish estaba sumido en su propia agonía; se levantó de la silla, con las manos en la garganta. Parecía tener problemas para respirar.

—¿Unclish? —preguntó Séptimo—. Unclish, ¿estás bien?

Unclish hizo una mueca, retorciéndose de dolor. El sombrero de copa cayó al suelo y acto seguido Unclish aterrizó encima de este con un terrible crujido.

—¡Unclish! —exclamó Séptimo. Él y sus hermanos corrieron a su lado, todos menos Noveno, cuyo cuerpo seguía rechazando violentamente a su madre, y Tercero, que, con mirada perdida, sentado a la mesa ahora vacía, iba metiéndose en la boca un pedazo tras otro de su madre muerta.

—Mudd vivirá —dijo, dirigiéndose a nadie en particular mientras masticaba—. Sexto vivirá. Julius vivirá. Todos vivirán…

* * *

Los hermanos llevaron a Unclish hasta el atrio principal y lo ayudaron a acostarse en su colchón. Estaba consciente, pero parecía sufrir unos terribles dolores, con la frente cubierta de sudor frío mientras se agarraba el estómago. Los hermanos se reunieron a su alrededor, tal como habían hecho un día antes alrededor de Mudd.

Quinto sospechaba que se trataba de algún tipo de intoxicación alimentaria, pero Unclish no había comido la carne de Mudd, dijo; y aunque lo hubiera hecho, los síntomas no se habrían manifestado tan rápido.

—Estuvo comiendo antes —dijo Séptimo.

—¿La carne? —preguntó Octavo, y Séptimo asintió con la cabeza.

—Mientras la asaba —dijo.

—Pues entonces probablemente sea eso —dijo Quinto—. La carne.

—¿Eso quiere decir que vamos a enfermarnos todos? —preguntó Undécima.

—Es posible —dijo Quinto, que, sin embargo, señaló que Unclish era viejo y que, debido a su menor resistencia física, los ancianos eran más vulnerables a ese tipo de cosas—. Deberíamos llevarlo a un hospital —añadió—. Tiene que verlo un médico.

Unclish estaba tumbado de costado, en posición fetal y con los ojos cerrados. Noveno se arrodilló junto a él.

—He comido la carne, Unclish. Tú lo has visto, ¡me he comido esa mierda! Me la he metido en la boca y me la he tragado. Eso es comer, Unclish. ¡Eso cuenta!

—Y un huevo —replicó Segundo. De pronto todos los Seltzer estaban gritando y protestando, empujándose unos a otros. Octavo y Décimo estaban de acuerdo con Segundo; Cuarto y Quinto, con Noveno; Undécima y Duodécima ayudaban a Cero para intentar calmar a Tercero, que gritaba a Séptimo, que trataba de evitar que Décimo atacara a Noveno. La batalla campal parecía inevitable, pero justo entonces unos fuertes golpes hicieron que todos se detuvieran en seco y se volvieran hacia Primero, que aporreaba la tapa de un cubo de basura con el Cuchillo de la Redención.

—Hermanos, hermanas —dijo con voz tranquila cuando hubo

captado su atención—. Sí, eso cuenta, Noveno. Te lo has puesto en la boca y te lo has tragado. Te lo has comido. Todos lo hemos hecho. Hemos terminado, amigos. Se acabó. Esto, Mudd y todo lo demás.

Entonces tiró el cuchillo al suelo, donde rebotó con estrépito, como la campana final de un combate de boxeo.

—Se acabó —repitió Primero.

Sus palabras tardaron un momento en calar, pero cuando finalmente lo hicieron, las expresiones de sus hermanos le recordaron a Séptimo a las de un grupo de rehenes a quienes acabaran de liberar después de meses de cautiverio: el receloso escepticismo mientas abandonaban sus celdas, el desconcierto que de pronto se convertía en certeza, los abrazos, los llantos… Lo que los Seltzer experimentaban en aquel momento era exactamente lo mismo: algunos habían sido prisioneros de Mudd, mientras que otros habían sido prisioneros de su propio pasado; pero tanto si celebraban el hecho de que deseaban consumir a Mudd y por fin lo habían hecho, o de que no querían hacerlo y de pronto constataban eufóricos que todo había terminado, lo cierto era que lo celebraron todos juntos. Algunos reían, otros lloraban y había quienes incluso lloraban al tiempo que reían.

Séptimo se los quedó mirando y, finalmente, tomó la decisión.

Se lo iba a contar.

Se lo contaría a Reese.

Se lo contaría a Carol.

Les contaría quién era.

Quiénes eran.

Les contaría su historia, y su historia seguiría viva.

—Y ahora, chavales —dijo Primero—, larguémonos de aquí.

Cuarto se ofreció a llevar a Unclish a urgencias de camino a la ciudad. Habría preferido llevarlo a un hospital de Nueva York, pero Quinto insistió en que Unclish requería una atención inmediata que el hospital local podía proporcionarle sin problema.

Segundo y Octavo aceptaron la espantosa tarea de verter la sangre de su madre en el bosque, y Noveno se avino a llevarse la bolsa de órganos y deshacerse de ella en su centro veterinario, donde pasaría desapercibida junto al resto de los desechos biomédicos que tiraban todos los días. Estaban ya a punto de

ponerse manos a la obra cuando la voz de Unclish resonó, débil pero firme, en el oscuro vestíbulo:

—Hay que… terminar —dijo.

Los hermanos se volvieron, sorprendidos de que estuviera consciente. Séptimo se arrodilló a su lado y le tomó la mano.

—Está bien, Unclish —dijo Séptimo—. Intenta descansar. Vamos a llevarte a un hospital. Cuarto te llevará.

—Hay que terminar —repitió.

—Ya terminamos —dijo Séptimo.

—Está hecho —confirmó Primero.

Pero Unclish negó con la cabeza.

—No…

—Unclish —dijo Noveno—, si lo dices por mí, ya cumplí con mi parte: me he tragado mi bocado. Hemos estado todos de acuerdo en que eso era comer.

—Todos nos hemos comido nuestros bocados, Unclish —añadió Séptimo.

—Hay que terminar… —insistió Unclish.

—Pero todos hemos comido nuestros bocados, Unclish —repitió Séptimo—, y luego te has desmayado. ¿Te acuerdas? Hemos comido y luego te has desmayado. Estás indispuesto, Unclish, vamos a llevarte a un hospital.

—¿Bocados? —preguntó Unclish, incorporándose—. ¿Qué bocados?

—De Mudd —dijo Octavo—. Los bocados de Mudd. Tal como nos enseñaste, Unclish: «Ya se trate de tu padre, tu hermana o tu madre, que no te preocupe el excedente: bocado y medio es suficiente».

Unclish hizo una mueca de dolor y negó con la cabeza.

—¡Yo nunca os enseñé tal cosa! —exclamó.

—Cuando éramos pequeños —dijo Octavo—. En el sótano: «Bocado y medio es suficiente».

—¡No, es la mitad y un bocado, imbécil! —le espetó Unclish—. «Ya se trate de tu padre, tu hermana o tu madre, que no te preocupe el excedente: la mitad y un bocado es suficiente.»

—¿La mitad y un bocado? —preguntó Primero—. ¿De qué demonios hablas?

—La mitad —insistió Unclish.

—¿La mitad de qué?

—De ella —dijo Unclish—. Y un bocado.

—¿La mitad de Mudd? —preguntó Segundo.

—¿Quieres que nos comamos la mitad de su cuerpo? —preguntó Primero—. ¿Te has vuelto loco?

—Eso no es lo que nos enseñaste —protestó Octavo—. Eso no es lo que nos enseñaste.

—¿La mitad de Mudd? —preguntó Undécima—. Pero si pesaba trescientos cincuenta kilos. ¿Esperas que nos comamos ciento setenta y cinco kilos de carne?

—Dividido por doce —dijo Unclish.

Primero se sacó el teléfono del bolsillo.

—Oye, Siri —dijo—, ¿cuánto es ciento setenta y cinco dividido por doce?

—He encontrado lo que estás buscando —dijo Siri—. Ciento setenta y cinco dividido por doce son catorce coma cinco ocho tres periódico.

—Quince kilos —dijo Primero—. De carne. Por persona. Ni hablar, que te den.

La cara de Unclish se contorsionó de dolor. El sudor le corría por el rostro y, aun así, temblaba de frío.

—Los Ancianos preguntaron —dijo Unclish débilmente—: «¿Cuánto debemos consumir?». «La mayor parte», respondieron los Ancianos Mayores… «Pero ¿cuánto es la mayor parte?», preguntaron los Ancianos… «La mitad del fallecido más un bocado», sentenciaron los Ancianos Mayores… La mitad y un bocado… «Sea tu padre, tu hermana o incluso tu madre, no seas exagerado: basta con la mitad y un bocado.»

—Pero Unclish —dijo Séptimo—. La carne… La carne se ha echado a perder. No podemos comérnosla. Estamos todos indispuestos, Unclish: yo, tú, todos. La carne se ha echado a perder.

Unclish agarró a Séptimo por la solapa del abrigo.

—Si solo comiéramos cuando la carne está perfecta —le espetó —, no comeríamos nunca.

Séptimo se volvió hacia Primero, que estaba descompuesto por la ira. Este apuntó con el dedo a Unclish, preparado para soltarle la caballería:

—¡Escúchame bien! —empezó a decir, pero de pronto sonaron

unos golpes terribles, procedentes de la puerta principal.

¡TOC! ¡TOC! ¡TOC!

Se quedaron helados.

—¿Quién demonios será? —susurró Décimo.

Golpearon de nuevo en la puerta, con insistencia: ¡TOC! ¡TOC! ¡TOC!

—Es el policía ese —susurró Primero—. Apuesto a que es el cabrón del policía ese.

—La *pick-up* —dijo Séptimo—. Son los de *pick-up*.

—Te dije que no me gustaba este pueblo, joder —bufó Décimo —. ¡Es que te lo dije!

—¡Chis! —dijo Séptimo—. ¡Silencio!

Otro golpe.

—¡Abran! —dijo la persona que había al otro lado de la puerta —. ¡Sé que están ahí! ¡ABRAN DE UNA VEZ!

* * *

«Ama al prójimo como te amas a ti mismo.» Séptimo aún recordaba lo que solía decirle su padre. Porque si Mudd hacía lo posible para que sus hijos crecieran como caníbales orgullosos y devotos, su padre se esforzaba para que fueran amables y tomaran conciencia de sí mismos.

—A pesar de todos los problemas que la Biblia ha causado en este mundo —dijo—, y ha causado muchísimos, solo por esa frase ya vale la pena. Esa frase puede salvarnos a todos.

—¿Porque entonces nos amaremos los unos a los otros? —preguntó Séptimo.

Pero su padre negó con la cabeza: él no interpretaba ese precepto como lo hacían otros, como un mero recordatorio de amar al prójimo «tanto» como a uno mismo. Eso era lo que los líderes religiosos habían extraído de aquellas palabras, dijo, porque eran demasiado necios y arrogantes para comprender la verdadera admonición de la frase: amar al prójimo «como» uno tiende a amarse a sí mismo.

«Como» en el sentido, hoy perdido en la historia, de «en cuanto», de «tan pronto como».

En cuanto te ames a ti mismo, recuerda amar también al

prójimo.

—Porque el momento en que empezamos a amarnos a nosotros mismos —sentenció su padre— es el momento en que empezamos a odiar a los demás.

* * *

La tradición más odiada entre los niños Seltzer era la de Llamar insistentemente a las puertas a media noche. Llamar insistentemente a las puertas a media noche, una práctica que se observaba cada Día del Recuerdo, tenía el propósito de conmemorar los insistentes golpes en las puertas a media noche que habían plagado la historia de los caníbales. «Toda la historia del pueblo caníbal —había dicho Unclish— podría narrarse como una serie de insistentes golpes en las puertas a media noche.»

—Llamaron a nuestras puertas a media noche en la vieja patria —dijo— y llamaron a nuestras puertas a media noche en el Nuevo Mundo. Llamaron a nuestras puertas a media noche en Detroit y llamaron a nuestras puertas a media noche en Brooklyn. Lo que sea que sucediera el Día del Recuerdo, y donde fuera que sucediera, os aseguro que empezó con unos insistentes golpes en la puerta a media noche. Cuando Ford fue a buscar a Julia, llamó insistentemente a su puerta a media noche. Cuando la policía vino a informarme de la muerte de mi padre, golpeó insistentemente en mi puerta a media noche. Vienen con horcas y antorchas, con pistolas y con placas. Y cuando vienen, niños, llaman a la puerta insistentemente, a media noche.

Para conmemorar aquel horror, una de las tradiciones del Día del Recuerdo consistía en que los caníbales pasaban la noche yendo a hurtadillas de casa en casa, llamando insistentemente a la puerta principal para luego salir corriendo. Los niños de la casa se llevaban un buen susto, tal como se pretendía: se despertaban de repente y corrían gritando hacia la habitación de sus padres. Pero cada caníbal tenía una idea diferente acerca de cuándo era exactamente el Día del Recuerdo, y eso complicaba bastante el asunto; algunos decían que era en verano y otros que era en invierno, algunos decían que era en marzo y otros que era en septiembre, y el resultado era que durante todo el año, sin previo aviso y sin motivo

aparente, en cualquier momento de cualquier noche, alguien podía acercarse sigilosamente a la puerta y empezar a llamar insistentemente, a media noche. Una circunstancia que provocaba una ansiedad extrema en los niños.

—Perfecto —les decía Unclish—. Eso es exactamente lo que debéis sentir.

Y por eso aquella noche, mientras se dirigía a abrir la puerta de la Universidad, Séptimo hervía de rabia. Porque no se trataba tan solo de golpes insistentes en la puerta, sino de un caso más de golpes insistentes en una puerta caníbal más.

Y estaba ya cansado de ese rollo.

«Y encima nos llaman salvajes», oyó decir a Mudd, tan claramente como si la tuviera a su lado.

Respiró hondo y abrió la puerta, con los dientes apretados y expresión impertérrita. Esperaba policías, *pick-ups*, horcas, antorchas…

Lo que encontró, en cambio, fue una mujer menuda, compacta, de mediana edad, con los brazos cruzados con rabia sobre el pecho y el ceño fruncido sobre una cara surcada de arrugas.

—¿Qué están haciendo aquí? —preguntó la mujer, mirando por encima del hombro de Séptimo para ver qué sucedía en el atrio principal—. ¿Quiénes son ustedes?

A veces, para luchar contra la gilipollez lo mejor es comportarse como un gilipollas.

—No, ¿qué hace usted aquí? —replicó Séptimo, con furia desbordante—. ¿Quién diablos es usted?

—Tienen que marcharse de aquí —dijo la mujer.

—No, quien tiene que marcharse es usted.

—¿Se puede saber qué hacen? ¿Quemar neumáticos? —preguntó —. Esto apesta, el olor llega hasta mi casa. No deberían estar aquí.

—¡Quien no debería estar aquí es usted! —le gritó Séptimo.

Se regodeó viéndola estremecerse, percibiendo su miedo. Aquella mujer personificaba a todos los que habían atormentado a su gente, a cada maldito Sherwood, a cada Oscar Kowalski de los cojones.

—Esta es nuestra propiedad —dijo—. ¡Nuestra, ¿me oye?!

Primero se acercó por detrás y le puso una mano en el hombro, con la esperanza de poder asumir el control de la situación, con la

esperanza de calmar los ánimos. Pero Séptimo se lo quitó de encima.

«Ni esto —pensó—. No nos permiten tener ni esto. Incluso esto nos tienen que quitar: un edificio abandonado en medio del bosque. Incluso esto quieren para ellos.»

«Te equivocas —escuchó a Mudd susurrándole al oído—. No lo quieren. Simplemente no quieren que lo tengamos nosotros, ¿entiendes? No quieren que lo tengamos nosotros. O te metes en la olla o ya puedes largarte… ¿Lo ves ahora? ¿Lo ves?»

—Este edificio está abandonado —insistió la mujer, intentando una vez más ver lo que sucedía a espaldas de Séptimo—. ¿Qué están haciendo ahí?

A Séptimo le dieron ganas de partirle la cara. De agarrar el Cuchillo de la Redención y cortarle la cabeza a aquella amargada y luego dejar que se pudriera en el suelo, sin enterrar, sin comer, sin redención posible.

—Somos caníbales —dijo Séptimo—. Hemos venido aquí para comernos a nuestra madre muerta.

A la mujer se le desencajó el rostro y dio un delicioso paso hacia atrás.

—Por el amor de Dios —oyó Séptimo que murmuraba Primero detrás de él—. Séptimo, ¿qué estás haciendo?

—Hemos tenido un día duro —siguió diciendo Séptimo—, destripando y despiezando. Pero ahora está todo asado, de modo que tendrá que disculparnos. Es la hora de la cena.

—Están enfermos —dijo la mujer, envolviéndose en su abrigo y dando otro paso atrás—. ¡Enfermos!

—No, no —dijo Séptimo—, quien está enfermo es mi tío. Me temo que es el estómago: mi madre está ya un poco pasada. Tengo la impresión de que la carne ecológica dura más tiempo, ¿no cree usted? Mi tío se recuperará, no se preocupe, pero, en fin, los demás tendremos que comer más de nuestra vieja de lo que esperábamos.

—Voy a llamar a la policía.

—Oh, no se vaya —le rogó Séptimo—. Nos encantaría tenerla para el postre.

Mudd se rio.

—Está usted enfermo —dijo la mujer mientras bajaba por las escaleras—. «Ama al prójimo…» ¿Le suena? «¡Ama al prójimo!»

«Y lo haré —pensó Séptimo mientras cerraba la puerta—. En cuanto el prójimo me ame a mí.»

* * *

Y luego estaban los Nacimientos Milagrosos, el tropo más irritante de la No Tan Gran Novela Algoamericana. Era una vieja técnica de narración a la que habían recurrido narradores tan antiguos como los autores del Antiguo Testamento. Embarazos geriátricos, vírgenes parturientas… Desde Isaac hasta Jesús, tantos fundadores de tantos movimientos habían nacido de forma milagrosa que casi parecía que en aquel entonces nadie naciera de forma natural. Sin embargo, los milagros como recurso narrativo para hacer avanzar la trama han caído en desgracia en los últimos siglos, de modo que los escritores de mitos e identidades se han pasado a los Nacimientos Valerosos: nacimientos en tiempos de guerra, nacimientos bajo ocupación extranjera, nacimientos en balsas… Al parecer, el milagro de un nacimiento normal y corriente no es suficiente para algunos escritores: los nacimientos corrientes, sugieren, son para la gente corriente. Sin ir más lejos, Primero, le dijo Mudd a Séptimo, nació con el puño en alto.

—Salió con el puño por delante —dijo—. Nació enfadado y sigue enfadado.

Fue un parto agónico, le contó. Como tenía el brazo levantado, se le atascó el hombro en el hueso pélvico de Mudd. Los doctores trataron de doblarle el codo, pero Primero estaba demasiado enfadado y era demasiado fuerte. Intentaron retorcerlo y girarlo por todos los medios, pero el bebé se resistió. Al final tuvieron que cortarle el perineo a Mudd para poder sacarlo, un procedimiento doloroso del que nunca terminó de recuperarse.

—Y desde entonces tu hermano ha sido como un grano en el culo —añadió.

El nacimiento de Segundo fue más rutinario, pero, por desgracia, la enfermera que lo envolvió al nacer era una judía con sobrepeso llamada Lipschitz, a quien Segundo confundió con su madre. Hundió la cara en su escote y lloró cuando trataron de apartarlo.

—Y desde entonces se dedica a perseguir a esas malditas Sherwoods —dijo Mudd.

El parto de Tercero fue bastante más macabro, porque al salir de su vientre, explicó Mudd, Tercero tenía ya el tamaño de la mayoría de los chicos cuando terminan la escuela. Se puso de parto a principios de septiembre y Tercero no terminó de salir hasta finales de octubre. Al terminar el parto la habían saqueado, su jardín secreto había quedado deshojado, y Humphrey no volvió a mostrar interés sexual por ella nunca más. Tercero no sabía lo que era el interés sexual (ni comprendía la disputa marital de la que Mudd lo culpaba), pero al oír la historia de su nacimiento lloró y le prometió a Mudd que nunca más volvería a hacerle daño.

Cuarto salió hablando en frases completas y antes incluso de que le limpiaran el líquido amniótico de la cara era ya capaz de leer y escribir a nivel universitario. La enfermera le cortó el cordón umbilical, envolvió al pequeño y lo tomó en sus brazos, y Cuarto, tras echar un vistazo a la placa de identificación, dijo, con claridad meridiana: «Mi querida enfermera Wilson, ¿qué le he hecho yo para que me arrastre al fétido pozo de la existencia humana? Si tiene la bondad de devolverme al útero del que salí, le estaré en deuda para siempre».

La enfermera, una afable británica, pasó el bebé al obstetra y procedió a desmayarse. Al caer al suelo se rompió un brazo, por lo que se tomó un mes de baja, tras el que decidió que la enfermería era demasiado estresante y decidió hacer carrera en el mundo de la cerámica.

—También me denunció por el brazo roto —dijo Mudd—. Zorra inglesa.

El nacimiento de Quinto no fue excepcional, pero las primeras palabras del futuro psiquiatra fueron «lo siento». Tenía doce meses y Mudd lo mecía en su regazo, dándole el biberón, cuando la tetina se le resbaló de entre los labios y la leche, blanca y tibia, manchó la blusa de su madre. Aunque hasta el momento no había pronunciado ni una sola palabra, la miró, se disculpó y se preguntó en voz alta si la leche blanca que se derramaba por aquel escote sugería que inconscientemente quería acostarse con ella. Mudd le pegó un golpe en la cabeza.

—No seas burro —le dijo.

Sexto, por supuesto, nació perfecto. Llegó el día exacto en que los médicos habían dicho que lo haría y a la hora exacta a la que

Mudd lo esperaba, sin el menor dolor ni dificultad. No hubo sangre, ni gritos, ni puños en alto. Inmediatamente después de nacer, dijo Mudd, en cuanto la partera lo acostó para limpiarlo, el bebé le quitó la toalla de las manos, limpió suavemente la entrepierna de Mudd y le dio las gracias por haberle dado cobijo tan desinteresadamente durante los últimos nueve meses. Las enfermeras lloraron al ver a un niño tan cariñoso y coincidieron en que era mejor que cualquiera de los que habían venido antes.

Octavo salió con un ejemplar de la *Guía* con las páginas marcadas, y aunque Mudd pasó unos meses sin dormir recuperándose de los cortes que el papel le dejó en sus regiones más sensibles, nunca se sintió más orgullosa.

—¿Cómo entró un libro en tu útero? —preguntó Primero.

—No seas burro —contestó Mudd—. No era de tapa dura.

Noveno nació temeroso, un rasgo que Mudd atribuyó a su homosexualidad latente. La comadrona tiró y tiró, pero Noveno se negaba a salir.

—Ah, pero del armario sí sale —murmuró Mudd cuando, años más tarde, Noveno reveló su preferencia sexual por los hombres—. Debería haber dejado que el hijo de puta se pudriera ahí dentro.

Décimo nació como un hombre: cubierto de músculo y vello púbico, con un tatuaje CanAm en el hombro y barba de tres días. Salió sacando bola y casi le desgarra el perineo otra vez. Undécima y Duodécima nacieron peleándose, tirándose mutuamente del tobillo para ser la primera en salir al mundo. Mudd se dijo que aquella actitud era comprensible: cualquiera estaría emocionado de nacer siendo caníbal, el mejor pueblo del mundo entero. Pero Undécima y Duodécima aseguraban que no se peleaban por salir, sino por quedarse dentro: sentían que estaban en los cuerpos equivocados y sospechaban que a lo mejor era preferible pasar un tiempo más en el horno.

En cuanto al nacimiento de Cero, Mudd no lo recordaba.

Pero el de Séptimo había sido el más milagroso de todos, dijo. Porque cuando nació Séptimo, Mudd murió.

—¿Te moriste? —le preguntó el joven Séptimo.

—Sí, me morí —dijo Mudd—. Durante el parto.

Se le había parado el corazón, dijo, y había dejado de respirar. Médicos y enfermeras gritaron, hicieron sonar alarmas y le

colocaron una máscara de oxígeno, en vano.

—Pero tú no dejaste que me muriera —le dijo a Séptimo.

Después de nacer sin ayuda y cortar su propio cordón umbilical, dijo Mudd, Séptimo se encaramó a su vientre, le sacó la máscara de oxígeno, colocó su boca sobre la de ella y comenzó a hacerle el boca a boca. Mudd tosió, escupió y empezó a respirar de nuevo.

—Me salvaste entonces —le dijo al contarle la historia—. Y un día nos salvarás a todos, lo sé.

A cada niño le contó una versión diferente de su parto. En cada versión, el niño que oía la historia era el héroe, el que más prometía, el que tenía más habilidades y dones, mientras que los demás no eran más que motivo de dolor y pena para Mudd. Y por eso Séptimo odiaba el tropo de los Nacimientos Milagrosos: porque era una ficción, pero no era solo eso. Era un prólogo. Era el destino. Era el capítulo uno de la narrativa vital a la que su madre lo había condenado. Eran los cimientos de la prisión en la que había nacido, la mentira que lo mantenía atado al altar de Mudd.

Esta es tu historia, le había dicho ella.

Esto es en lo que te convertirás.

Estos son los que te odian y estos, los que tú odiarás.

Punto final.

De tus decisiones, de tu libertad, de tu voluntad, de tus posibilidades.

Punto.

Pelota.

* * *

O, a lo mejor, pensó Séptimo, la verdad era otra.

A lo mejor los Antiguos, en su gran e inestimable sabiduría, habían concebido las Vituallas con más de dos objetivos en mente: para preparar el cuerpo para su Consumo y a los miembros de la familia para convertirse en consumidores, sí, pero también para convencer a los dolientes, paso a paso, de que hicieran algo que dé otro modo nunca habrían accedido a hacer.

Para darles el empujón final hacia lo impensable, lo inimaginable, lo grotesco.

Por eso empezaban pidiéndote que hicieras algo que en realidad

no era «hacer», sino «no hacer»: no llamar a la policía. Así de fácil. Sin cuchillos, ni sangre, ni tripas. Simplemente no hagas aquello que crees que debes hacer. Ahí es donde comienza todo. Así es como te hacen dar el primer paso. No con una acción, sino con una inacción. Con tu mera aceptación. Y, a partir de ahí, pequeño, ¿realmente hay un paso tan grande hasta el Drenaje? Si no vas a llamar a la policía, lo menos que puedes hacer es mantener el cuerpo en buen estado, ¿no? Evitar que se hinche, evitar que estalle. Sigue sin haber decisiones importantes (no se trata de elegir las guarniciones, ni de decidir entre el propano y el carbón), de momento todo se limita al mantenimiento: cuélgala y drénala. Es lo menos que puedes hacer. Mientras te lo piensas; mientras le das vueltas al asunto; mientras lo sopesas. Y de repente, sin más, la estás purgando. Y aunque apenas dos pasos antes ni te lo habrías planteado, ahora te parece casi… razonable. Al fin y al cabo no es tan diferente del Drenaje: los órganos pueden contaminarla y propagar bacterias. No es que quieras purgarla, no es que seas un caníbal insensible, es que uno debe terminar lo que ha empezado. Y eso es lo que haces: un corte, zas, y se acabó. Está purgada. Y ahí está, ya no es una mujer, ya no es humana, sino tan solo un trozo de carne como los que has visto tantas veces en la carnicería. Y así, sin comerlo ni beberlo (aún), llega la hora de la División. La verdad, si tres pasos antes alguien hubiera insinuado que ibas a dividir a tu madre, habrías pensado que estaba loco. Pero ¿es realmente tu madre? No se parece a tu madre; no huele como tu madre; no te prepara galletas como tu madre, ni te dice que todo irá bien, como tu madre. Y si la cortaras, si cortaras esa carne, ¿realmente sería para tanto? Es carne…, ¿qué vas a hacer con ella, si no? ¿Acaso el carnicero se lo piensa dos veces? Joder, has comprado carne en el supermercado que tenía el mismo aspecto que esta. De modo que lo haces. La cortas. Bistecs, lomos, costillas… Un festín. Y, por supuesto, llega el momento de comer. «¡No, jamás!», dijiste cuando te preguntaron. ¡El horror! Pero aquí estás, delante de la barbacoa, con un montón de carne, y de pronto ya no parece tan descabellado. Has comido carne con anterioridad; de hecho, es probable que hayas comido carne esa misma mañana. Has comido *bacon* de lomo de cerdo, has preparado un pollo no-nacido revuelto. Prueba un bocado, te exhortan los Antiguos. ¡Un bocado, nada más! Puedes

comer un bocado de ternera, de pollo, de pavo, ¿pero no de esto? Así que lo haces. Te comes un bocado de tu madre. Has hecho lo impensable, lo inimaginable.

—En este punto —les dijo Séptimo a sus hermanos—, ¿cuál es la diferencia entre un bocado y cien bocados, entre cien bocados y mil bocados? Bocado y medio o la mitad y un bocado… ¿Qué más da? Ya hemos comido un bocado, ¿no? Ya hemos infringido la ley, ya nos hemos manchado las manos de sangre. ¿Por qué no vamos a consumir todo lo que nos diga Unclish?

—Porque no —dijo Primero—. Ni hablar.

Los hermanos se reunieron ante la puerta principal, donde su tío no podía oírlos, para discutir si iban a comerse la mitad de Mudd más un bocado, tal como les pedía este.

—Es la regla —dijo Séptimo—. Ya habéis oído a Unclish. Ya comimos un bocado, ¿qué son unos pocos más?

—¿Unos pocos más? —dijo Noveno—. Son quince kilos, Séptimo…, ¡cada uno! Eso son mil bocados. No, diez mil bocados.

—Yo no vine aquí a comerme la mitad —dijo Cuarto—. Ya tengo el colesterol por las nubes de por sí, no pienso comerme quince kilos de carne.

—De carne podrida —puntualizó Quinto—. Seriamente podrida.

—No toda está podrida —dijo Séptimo—. Podemos encontrar suficiente en buen estado, que no esté estropeada.

—Tenemos que largarnos —dijo Primero—. Como esa vecina llame a la policía y se presenten aquí nos vamos a la cárcel, chavales. Y no por una noche: esto es un delito grave de cojones, amigos. «Una familia de Brooklyn mata y asa a su madre, ampliamos noticia a las once.»

—No la matamos —dijo Séptimo.

—Ya, estoy seguro de que harán lo posible por dejarlo claro.

—Unclish está enfermo —le dijo Octavo a Séptimo—. He apoyado todo esto desde el principio, más que nadie, pero seamos serios, Séptimo: apenas se acuerda de nuestros nombres, por no hablar de las reglas. Y la regla dice bocado y medio, estoy segurísimo. Vamos a sentarnos otra vez a la mesa y nos comeremos la mitad de esa mujer, solo para que una hora más tarde Unclish se despierte y diga que tenemos que comérnosla entera.

—Bueno —dijo Séptimo—, a ver qué os parece esto, ¿vale?

Hacemos que se incorpore y que ingiera algo de líquido, y se lo volvemos a preguntar. De forma clara y concisa. De una vez por todas. Y lo que diga, va a misa.

—Si dice que hemos terminado, hemos terminado —dijo Primero.

—Exacto —dijo Séptimo.

—Trato hecho —dijo Segundo.

—Trato hecho —dijo Noveno.

—No hay trato —dijo Cero, que estaba arrodillada al lado de Unclish, sosteniendo su mano en la de ella.

—¿Por qué no? —preguntó Primero.

—Porque está muerto —dijo Cero.

* * *

«Si el difunto no tiene descendencia —declararon los Ancianos Mayores—, corresponde a sus sobrinos y sobrinas consumirlo como harían con sus propios padres. Cualquiera que no lo haga se considerará malvado a los ojos de nuestro pueblo.»

«¿Puedo preguntarte algo?», dijeron los Ancianos.

«Dime.»

«Si tú solo eres uno y yo soy solo uno —preguntan los Ancianos —, ¿por qué se refieren a nosotros en plural?»

«Porque es más importante que se nos respete que decir la verdad», respondieron los Ancianos Mayores.

«Bueno, entonces deja que te haga otra pregunta», dijeron los Ancianos.

«Dispara.»

«¿Por qué a mí me llaman Ancianos y a ti te llaman Ancianos Mayores?»

«Porque yo soy mayor que tú», dijeron los Ancianos Mayores.

«Exacto —dijeron los Ancianos—. Y eso significa que estás más cerca del principio de la historia, cronológicamente hablando… De nuestra historia, quiero decir; la historia de los caníbales. La historia comienza por el comienzo, ¿no es así? Día uno. Erase una vez un hombre que se comió a su hermano. Ese es el comienzo, ¿verdad?»

«Eres muy sabio.»

«O sea que si eso, aquel entonces, fue el principio, en realidad yo soy "mayor" que tú… Con respecto al comienzo, digo. Porque estoy más lejos del principio; o sea, más cerca del final. Soy producto de una mayor sabiduría caníbal.»

«No te sigo», dijeron los Ancianos Mayores.

«Piensa en los Antiguos», dijeron los Ancianos. «Antes de los Antiguos vino alguien más, ¿no es así?»

«Los Antiguos Mayores», dijeron los Ancianos Mayores.

«Correcto —dijeron los Ancianos—. Solo que es incorrecto. Quienes vivieron antes que los Antiguos estaban más cerca del principio de la historia que los Antiguos. De modo que, en lo que respecta al principio de la historia, son menos antiguos, y no más, que los Antiguos. Solo son más antiguos para nosotros, desde nuestra perspectiva actual. Pero ¿por qué contar la historia desde el ahora, desde nuestro lugar en el tiempo? ¿Qué sentido tiene bautizarlo todo en función del lugar que ocupamos hoy? Somos apenas el capítulo más reciente. La historia no trata de nosotros, ¿por qué la contamos como si fuéramos los que importan?»

«¿Qué estás diciendo? —preguntaron los Ancianos Mayores—. ¿Que no importamos?»

«Digo que tal vez no importamos tanto como los demás.»

Los Ancianos Mayores les pegaron un golpe en la cabeza a los Ancianos con el dorso de la mano.

«No seas burro», dijeron.

* * *

Iban a venir, Séptimo lo sabía. Los vecinos, la policía, las turbas. En cualquier momento. Al fin y al cabo, las turbas están de moda. Dentro de su cabeza, Séptimo podía oír a los empresarios, a los inversores, a los Rosenblooms, a los directores ejecutivos.

«Olvídense del negocio digital —decían—, el verdadero crecimiento está en los disturbios.»

«Compren ahora», aconsejaría el *Wall Street Journal*. American Rifle. Taser Incorporated. International Bandage.

Hernández Town no pensaba seguir aguantando las gilipolleces de Abdullahville, Abdullahville estaba hasta las narices de Rosenbloomia, y si Hernández Town creía que Rosenbloomia iba a

quedarse de brazos cruzados mientras forjaban una mayoría política mediante la fornicación, lo llevaba claro.

Séptimo pensaba que tenían que hacerlo.

—¿Qué es lo que tenemos que hacer? —preguntó Primero.

—Las Vituallas —dijo Séptimo—. De Unclish.

—¿Pero qué coño estás diciendo…? —protestó Primero.

—Somos los únicos que quedamos —dijo Séptimo—. ¿Quieres dejarlo ahí tirado?

—Sí —dijo Primero—. Quiero dejarlo ahí tirado.

—¿Y así es como termina nuestro pueblo? —preguntó Séptimo —. ¿Esto es lo único que queda de nosotros?

—¿«Nosotros»? —preguntó Primero—. ¿Qué es esta mierda de «nosotros»? ¿De repente hay un «nosotros»? No hay ningún «nosotros», ¿estamos? Lo único que hay es una docena de hermanos consumidos por la culpa y con una ligera intoxicación alimentaria, en un edificio medio derrumbado y en ejecución hipotecaria, junto al cuerpo de su tío muerto. Es una situación sin trasfondo alguno; no estamos viviendo ningún momento histórico. Cero tenía razón: si dentro de cien años alguien cuenta esta historia y le importa lo que hicimos o dejamos de hacer, entonces es que es idiota, tal como nosotros somos unos idiotas si nos importa lo que hizo una gente que vivió hace cien años. Todo esto no importa, Séptimo, ¿no lo entiendes? El sol saldrá mañana tal como lo hizo hoy, y tal vez el día será incluso mejor porque habrá un idiota menos en el mundo, una tribu menos, una historia menos que la noche anterior. Así es como terminan las cosas, Séptimo, y todo termina. Y si nos quedamos aquí mucho tiempo más, para nosotros terminará en la cárcel.

—¡Pero es que no tiene por qué terminar! —dijo Séptimo—. La cadena… Los eslabones…

—Sí, bueno —lo interrumpió Primero—, no sé el resto de vosotros, pero yo estoy harto de todas estas cadenas. —Se puso el abrigo y empegó a abotonarlo—. Llevadlo al hospital —dijo, refiriéndose a Unclish—. Comió carne en mal estado. Oh, no, ¿está muerto? Vaya. Mala suerte. Se acabó. Por fin, aleluya, punto pelota.

—¿Y qué hay del dinero? —le preguntó Segundo a Primero—. Todavía nos toca el dinero, ¿no?

—Unclish está muerto —dijo Primero—. Ahora somos los

ejecutores testamentarios. El dinero es nuestro, tanto si nos comemos a Mudd como si la enterramos, la convertimos en cecina o la dejamos aquí para que se pudra.

—Pero es que no se trata del dinero —insistió Séptimo—. Se trata de la cadena; se trata de hacer lo correcto.

—¡El dinero es lo correcto, maldita sea! —gritó Primero—. Una compensación es lo correcto, hermanos. Una indemnización es lo correcto. Si me abollas el coche, lo pagas. Si me rompes el brazo, lo pagas. SI ME JODES LA VIDA, LO PAGAS. Hemos echado cuentas, Siri y yo: mis cuentas. Una visita al psiquiatra, a trescientos dólares por sesión, cada semana durante veintisiete años, son cuatrocientos veintiún mil doscientos dólares. Eso es lo que me costó empezar de nuevo, empezar de cero. Borrarla, volver a la página en blanco con la que empecé. Eso es lo queme debe, cuatrocientos veintiún mil doscientos dólares, que es más o menos la cantidad que recibirá cada uno por la venta de esa miserable casa condenada a la demolición. A la que, os aviso ya, pienso asistir desde la acera de enfrente, sentado en una cómoda silla con una cerveza helada en la mano. Y en cuanto a tu cadena, Séptimo… En esa cadena hay dos tipos de personas. Las primeras son unos pringados miserables que gritan: «¡Quedaos!»; y las otras, unos pringados todavía más miserables que desearían haber salido por patas.

Y, dicho eso, Primero dio media vuelta, abrió la puerta y se fue.

Otra vez.

El viento frío hizo entrar un remolino de copos de nieve. Por fin había empezado a nevar en serio. «Ojalá cubriera el mundo entero —pensó Séptimo—. Ojalá cubriera el pasado, el presente y el futuro; ojalá nevara tanto y durante tanto tiempo que cubriera a la humanidad entera.»

Segundo siguió a Primero y se marchó.

—¿Adónde van? —preguntó Tercero, que estaba sentado al lado de Unclish. No había hablado desde el Consumo.

—A casa —dijo Cuarto, dirigiéndose también hacia la puerta—. Todos nos vamos a casa.

—No hemos terminado —dijo Tercero.

—Sí, hemos terminado —le respondió Cuarto mientras salía—. Hemos terminado.

—¡No hemos terminado! —le gritó Tercero.

Cero le puso la mano sobre el hombro.

—No pasa nada —le dijo—. No pasa nada.

Séptimo miró a los hermanos que quedaban en el vestíbulo.

—¿Alguien más? —preguntó.

Quinto dio un paso al frente.

—Lo siento, Séptimo —dijo, y al oírse pronunciar otra disculpa meneó la cabeza—. «Lo siento, lo siento, lo siento…»; me he pasado la vida repitiendo esas palabras, disculpándome ante esa mujer. Creía que consumirla aliviaría finalmente la culpa, de una vez por todas. Y a lo mejor lo ha hecho, no digo que no, pero ahora mismo me siento como un cobarde.

—Ser un buen hijo no es un acto de cobardía —repuso Séptimo —. Ser un buen caníbal no es un acto de cobardía. Son actos de valentía.

—Una vez tuve un paciente —dijo Quinto—, un joven con las aflicciones típicas de alguien que ha crecido en una familia disfuncional: depresión, ansiedad, baja autoestima… Y, sin embargo, se enorgullecía de ser un buen hijo. Cuidaba de su padre anciano, lo alimentaba, lo vestía, incluso lo llevaba a la iglesia y rezaba con él. Los feligreses derramaban lágrimas al verlo y el sacerdote lo mencionaba a menudo en sus sermones, comparando la devoción que le dispensaba a su padre con la forma en que Jesús había consagrado su propia vida al Padre celestial. Finalmente el padre murió, y el joven se hundió en una profunda y oscura depresión. Fue entonces cuando empezó a visitarse. La oscuridad que experimentaba era más severa que la que normalmente se asocia con el duelo: estaba completamente destrozado. Finalmente, muchos meses después, logramos seguirle la pista a su melancolía hasta un momento concreto en el hospital, más o menos un día antes de la muerte de su padre: estaba de pie junto a la cama, ordenando los objetos de la mesita de noche, cuando su padre, en medio de un sueño febril, levantó repentinamente el brazo. Y el joven se encogió de miedo.

»Resulta que su padre había sido un auténtico cabrón: maltratador, violento y proclive a los ataques de ira. Actitudes que el hijo había excusado, tolerado y pasado por alto. Era un buen hijo de un mal padre, e incluso en aquel momento, cuando su padre estaba demacrado y lleno de tubos que le entraban y salían del

cuerpo, demasiado débil incluso para respirar por sí mismo, el hijo, que habría podido matarlo de un solo golpe, seguía teniéndole miedo y encogiéndose cuando levantaba la mano. Esa era la fuente de su depresión. Mientras que otros alababan su devoción, él sabía que en realidad no era más que miedo. No había tenido el valor de ser un mal hijo. De alejarse, de dejar aquella familia desestructurada y encontrar una nueva, darle la espalda a ese hombre y unirse a la gran familia humana. Le aconsejé que siguiera adelante antes de que fuera demasiado tarde. Y a ti te aconsejo que hagas lo mismo.

Y, dicho eso, se fue también.

«Y ya solo quedaban siete», pensó Séptimo.

Sin contar a Supercero.

Que, como Séptimo sabía, no contaba.

* * *

Es la noche del estreno, y caníbales de todo el país se han reunido en la Universidad para asistir a la gala inaugural de la galardonada obra caníbal en dos actos *El crisol*, adaptación del supervenías editorial *Fuera de las sombras*, en el primer teatro caníbal de la primera Universidad caníbal del mundo. La expectación se masca en el ambiente cuando se levanta el telón, y la multitud horrorizada contiene el aliento al ver ante ella el atroz crisol de Henry Ford, de casi diez metros de alto: negro, terrible, ineludible. Una joven aparece corriendo en el escenario (con el vestido hecho jirones, despeinada, descalza), mira al público y exclama: «¡Julius! ¡Julius! Ven, ¡rápido!».

Julius hace también su entrada corriendo, cargado con una antigua maleta de cuero. Lo siguen una decena de inmigrantes cansados y hambrientos.

—¡Mira! —exclama Julia, señalando hacia el público.

—¿Es…? —pregunta uno de los inmigrantes.

—¡La Estatua de la Libertad! —grita Julia—. ¡El Nuevo Mundo!

Los inmigrantes jalean, bailan y cantan, pero Julius, preocupado, agarra su maleta y se aleja.

—Que Dios nos asista —susurra.

Pero el Nuevo Mundo es sumamente tentador, y a medida que el

primer acto avanza, Julius comienza a caer presa de sus irresistibles encantos. Después de una conmovedora escena en la que Julia y Julius dan su primer paseo en un Ford Modelo T («¡Ojalá padre pudiera ver este carruaje mágico!», exclama Julia), se dirigen a la tierra prometida de Detroit. Julius y Julia están emocionados, pero el público se pone ansioso, consciente de lo que se avecina. De pronto aparece Henry Ford, que, entre los gritos de ira de la audiencia, besa la mano de Julia y les da la bienvenida a Detroit. Pero la indignación no hará más que crecer, ya que al final del primer acto, el crisol se arrastra, como un fantasma, hasta ocupar el centro del escenario, expulsando una columna de humo. Desde el techo desciende un cartel que anuncia que ha llegado el Día de la americanización. Julius sale a escena y sube la escalera hasta el borde del crisol.

La multitud contiene el aliento.

Julius se vuelve hacia Julia y sonríe.

—América —le dice—. ¿No valía la pena?

Abre los brazos, cierra los ojos y se sumerge en la olla.

Cae el telón.

Durante el intermedio, la multitud está que trina de indignación. «¿Esto es lo que pagamos para ver?», preguntan. «¿Una revisión histórica a cargo de un asimilacionista de los del “no valía la pena” con interrogantes? ¿Propaganda barata sobre el Nuevo Mundo?» Algunos piden que les devuelvan el dinero; otros se marchan enfadados con la promesa de no volver jamás.

Cuando el telón se levanta para el segundo acto, el público está listo para silbar y abuchear a los actores, y hacer saber a la compañía lo que piensa de ellos. Pero ahí, en el escenario, está Julia, en la parte trasera de un Ford Modelo T, mientras Henry Ford la viola. Ella grita y le pide misericordia, pero Ford le arranca la ropa y la abofetea. Al final del segundo acto, Julia ha recibido tantos golpes que está irreconocible, Julius es una sombra de su antiguo yo, y los mismos inmigrantes que en la escena inicial celebraron con ellos la llegada al Nuevo Mundo, los persiguen hasta echarlos de Detroit.

Julius se derrumba. Julia lo sostiene entre sus brazos mientras la turba los rodea.

—América —dice Julius—. No valía la pena.

Y entonces se muere.

Cae el telón.

El público estalla en una ovación cerrada. «¡Bis, bis, bis!», exclaman.

La puerta del teatro vacío se abrió.

—¿Séptimo? —preguntó Octavo—. ¿Estás aquí?

—Acabas de perderte un espectáculo fabuloso —dijo Séptimo.

Octavo avanzó por el pasillo central y se sentó al lado de Séptimo, que sabía lo que iba a decir su hermano antes incluso de que abriera la boca.

—Te vas, ¿verdad? —le preguntó Séptimo.

Octavo asintió con la cabeza.

—Pues sí —dijo.

Séptimo creía que Octavo sería el último en marcharse. Incluso Décimo, pensaba, abandonaría antes que Octavo.

—Imagina un candelabro —dijo Séptimo.

—Hecho —dijo Octavo.

—Hay tres velas —siguió diciendo Séptimo—. Una roja, una blanca y una azul. Están ardiendo. Se están quemando. ¿Acaso la roja ayuda a la azul? ¿Acaso a la azul le importa un bledo la blanca? No. ¿Acaso alguna vez la blanca ha hecho algo por la azul? «Que le den a la blanca», dice la roja. «Que le den a la azul», dice la blanca. «Que le den a la roja», dice la azul.

—Las velas son gilipollas —dijo Octavo.

Séptimo asintió con la cabeza.

—Pues sí —dijo.

—Siempre lo han sido —añadió Octavo—. ¿Y quién puede culparlas? Nacen, se queman y mueren. Una manera horrible de morir, por cierto, eso de que te prendan fuego a la cabeza. Las velas lo tienen francamente mal. Sean rojas, blancas o azules, están todas bastante jodidas.

—Y uno pensaría que van a arrimar el hombro, ¿no? —dijo Séptimo—. Cuando las pasan canutas, digo.

—¿Seguimos hablando de velas?

—Ayúdame —dijo Séptimo—. Con Unclish. No puedo hacerlo solo.

Pero Octavo negó con la cabeza.

—Todo esto solía significar algo para mí —dijo—. Este lugar,

estas reglas. Estas historias. Me sentía parte de algo que valía la pena preservar. Ahora, en cambio, lo único que puedo pensar es: ¿de quién son todas esas reglas? ¿De quién son todas esas historias? ¿De Unclish? ¿De Julius? ¿De Mudd? ¿De nuestro padre? Me he aferrado a esta identidad de mierda como si fuera un barco en medio de una tormenta, con la esperanza de salvarme. Pero solo era un madero a la deriva, Séptimo. Y me ha arrastrado mar adentro. Se acabó.

—¿Me comerías? —preguntó Séptimo.

—¿Cómo?

—Si me muriera. ¿Me comerías?

—¿La mitad más un bocado? —preguntó Octavo.

—Bocado y medio —replicó Séptimo.

Pero Octavo negó con la cabeza.

—¿Y condenarte a la vida eterna? —dijo—. No me caes muy bien, Séptimo, pero tampoco te odio.

—Vale —respondió Séptimo—. Solo quería saberlo.

Se abrazaron. Séptimo no recordaba cuándo había abrazado por última vez a uno de sus hermanos, si es que alguna vez lo había hecho.

* * *

Tercero se tendió en el asiento trasero del coche de Cero, se acurrucó en posición fetal y se durmió. A última hora de la tarde, el tráfico de entrada a la ciudad era escaso. Cero conducía en silencio, mirando a Tercero por el retrovisor de vez en cuando.

—Me ha pedido que haga un bebé con él —dijo Cero.

—¿Quién, Tercero?

Ella asintió.

—¿Cuándo?

—Después de que Unclish muriera —dijo Cero—. Quería asegurarse de que Mudd seguirá viviendo.

—¿Sabe siquiera cómo se hace un bebé?

—Ha sido más bien como si me estuviera pidiendo ayuda —dijo ella—. Como si hubiera una receta: dos tazas de agua, tres tazas de harina, y tal.

—¿Y qué le has dicho?

—Que tenía que ir a por los ingredientes.

Sonrieron. Entre los pies de Séptimo estaba la vieja maleta de cuero. Le mandó un mensaje a Rosenbloom.

«Acabo de terminar de leer un manuscrito», escribió.

«¿Es bueno?», preguntó este.

«Es genial», respondió Séptimo.

«¿De qué va?»

«De una familia —respondió Séptimo—, y de cómo la muerte de la matriarca los obliga a replantearse sus sueños de asimilación en un país que no los acepta.»

«De eso van todos», replicó Rosenbloom.

«Pero este va de canibaloamericanos», dijo Séptimo.

Hubo una larga pausa.

«*¿Ada o el asador?*», escribió Rosenbloom.

Y al rato: «*¿Kétchuppor la muerte de su padre?*».

Y finalmente, tras una pausa mucho más larga, añadió: «Te pago un buen sueldo, Séptimo. Y no es para que me tomes el pelo.»

—Voy a tener que ingresarlo en algún lugar —dijo Cero—. A Tercero, digo. Una residencia, un hospicio, o algo.

Séptimo asintió con la cabeza.

—Mudd debería haberlo hecho hace mucho tiempo —dijo.

—Tal vez ahora pueda ser feliz por fin —dijo Cero—. Se acabó, nos hemos ido todos. Ya no queda nadie a quien defender. ¿No es maravilloso? Ya no tiene por qué ser un guerrero. Él puede ser Tercero, yo puedo ser yo y tú puedes ser tú.

—Porque como tengo clarísimo quién soy… —dijo Séptimo.

Ahora la nieve caía con fuerza sobre la carretera. El tráfico se fue ralentizando a medida que se acercaban a Manhattan y se paralizó por completo en medio del puente de George Washington. Cero señaló un pequeño cartel que colgaba del cable de suspensión en el que ponía «Nueva York». Había otro, mirando hacia el otro lado, que decía «Nueva Jersey». En algún lugar debajo de ellos, o muy por encima, estaba la frontera invisible entre ambos estados, cuyos residentes se amaban tanto los unos a los otros como se aman los partidarios del gas y los del carbón.

—Qué montón de tontos del culo —dijo Cero.

—¿Quién?

—La gente —añadió ella—. «Yo soy de aquí, tú eres de allí. Grrr,

grrr; bang, bang; ¡muérete, no muérete tú!» Y que conste que no es solo mi opinión: la gente es tonta del culo. Es un hecho objetivo, ¿lo sabías? Un hecho biológico.

—¿Que la gente es tonta del culo?

—Sí —dijo ella—. Me lo dijo Cuarto cuando volvimos de comprar la barbacoa, ¿recuerdas? ¿Después de que yo dijera que el policía parecía amable y tú me mandaras cerrar la boca?

—Lo siento.

—Estaba cabreada y Cuarto trató de animarme —dijo Cero—. «Joder, ¿todas las personas son tontas del culo?», le pregunté, y él dijo: «Pues sí, lo son. Desde que nacen». Dijo que en el útero empezamos como un pequeño grupo de células… Una blástula, lo llamó. Esas células se rompen y forman una abertura. En algunas criaturas, esa abertura se convierte en la boca. En otras se convierte en el ano.

—¿El ano? ¿En serio?

—En serio —dijo Cero—. El ano es el primer órgano que se forma; todo lo demás viene después. Así que todas las criaturas son o bien «boca primero», o bien «ano primero». Y adivina a qué grupo pertenecemos los humanos. Somos los del ano, Séptimo, desde el primer día. Tontos del culo. Todos, sin excepción. Gandhi fue un tonto del culo, Stalin fue un tonto del culo, Jesús fue un tonto del culo. Deja de lado todo lo demás: clase, nivel de estudios, raza, religión, apariencia física, nivel socioeconómico… y en esencia, somos todos un puñado de tontos del culo. Es un hecho que lo explica literalmente todo… Mudd, Unclish, tú, yo, la religión, la guerra, la política. Todo.

Séptimo había estudiado a Montaigne. Había estudiado a Cicerón, a Séneca y a Epicteto. Había estudiado a todos los grandes filósofos y a todos los grandes pensadores de todos los tiempos. Y sabía que lo que Cero acababa de decir era la verdad más incontestable que hubiera oído jamás.

* * *

Cero paró el coche delante del edificio de apartamentos de Séptimo en el Upper East Side. Este le pidió que lo tuviera al corriente de la situación de Tercero y prometió ir a visitarlo en cuanto pudiera.

Cero le aseguró que lo mantendría informado. Prometieron mantenerse en contacto y se abrazaron.

—Supercero —dijo Séptimo—. Siempre serás mi superheroína.

El conductor del coche que tenían detrás tocó la bocina. Cero se dio la vuelta.

—¡Tonto del culo! —le gritó, y entonces, dirigiéndose a Séptimo, añadió—: ¿Ves?

Fuera de las sombras se publicó casi un año después. Era la historia de la lucha de un joven por escapar de su identidad.

Mudd lo habría detestado.

Séptimo lo había escrito como una obra de no ficción, como una historia cultural, pero Rosenbloom solo aceptó publicarlo como novela. Había sido un año difícil para Rosenbloom: en vez de recibir elogios por publicar a autores con identidades tan diversas, lo habían machacado por obtener beneficio de sus historias y había recibido críticas feroces procedentes de las pocas identidades que había pasado por alto. En ese contexto, los caníbales le parecieron una apuesta política segura.

Pero *Fuera de las sombras* pasó sin pena ni gloria. Su héroe era un hombre que dejaba que su pueblo desapareciera en la historia, que elegía definirse por lo que él y sus prójimos tenían en común en lugar de por lo que los hacía diferentes. O prójimas.

«Típica basura para liberales tarados —decía el primer comentario en Amazon—. Le pongo una estrella porque no puedo ponerle cero.»

«Los machotes republicanos solo saben odiar», le respondió alguien.

«Los judíos y los homosexuales ya no mandan en este país: vete acostumbrándote», replicó el autor del comentario.

«Saca la polla de dentro de la Biblia y ve a lavar la capucha del KKK, so paleto», le espetó el segundo.

Los dos gilipollas siguieron a lo suyo un tiempo, como suelen hacer los gilipollas, pero aparte de dos compradores más que alabaron la rapidez del envío, el libro no generó más comentarios.

Pero a Séptimo no le importó. Escribir sobre su pasado había sido una forma de exorcismo, y había funcionado. Unos meses después, el día, invernal, del aniversario de la muerte de Mudd, Séptimo salió a dar un paseo. Le hubiera gustado llevarse a Reese

con él, pero nunca le había hablado de su herencia cultural: había decidido que la historia de su hija empezaría con ella y que esta podría seguirla hacia donde quisiera.

Reese era su propio primer capítulo, sin prólogos. ¿Por qué Adán tenía que ser el único que había nacido sin pasado, el único que había nacido sin el defecto paralizante de la historia? Reese no tenía que hacer nada más que ser Reese, una Reese lo más típicamente Reese posible.

Caminó dos manzanas hacia el este, hasta llegar al gran parque que marcaba el límite de la ciudad. El parque estaba construido sobre la autovía Frank Delano Roosevelt, la concurrida arteria viaria de cuatro carriles que discurría a lo largo del East River desde el punto más meridional de Manhattan hasta la calle 125. La principal desventaja de aquel diseño era que, en ciertos puntos del parque, se oía el tráfico que corría y retumbaba abajo. Pero, por otro lado, permitía a los visitantes llegar al East River sin tener que cruzar la autopista.

Aunque la verdad es que muy poca gente, aparte de Séptimo, quería llegar al East River.

El East River era un retrete en el que hacía décadas que terminaban los residuos y aguas negras de todo tipo de tontos del culo: americanos, desde luego, pero también los británicos que los habían precedido, y los nativos americanos antes que ellos. Los humanos llevaban tanto tiempo vertiendo todo lo que salía de sus culos al East River que solo a un tonto del culo rematado se le habría ocurrido meter un pie en sus aguas.

Séptimo se fijó en el río depredado.

«Tontos del culo desde el momento en que empezamos a ser», pensó.

«Encontrándome totalmente desprovisto y vacío de otra materia, me he constituido a mí mismo como argumento y sujeto de mi libro», así era como Montaigne había empezado sus famosos ensayos. Miles de páginas más tarde, había llegado a la misma conclusión que Cero: «Incluso en el trono más alto del mundo, seguimos sentados sobre nuestros traseros».

Humanista liberal o conservador religioso, católico o judío, filósofo valeroso o político cobarde, aquel había sido el gran genio de Montaigne: saber que era un tonto del culo.

Que todos somos tontos del culo.

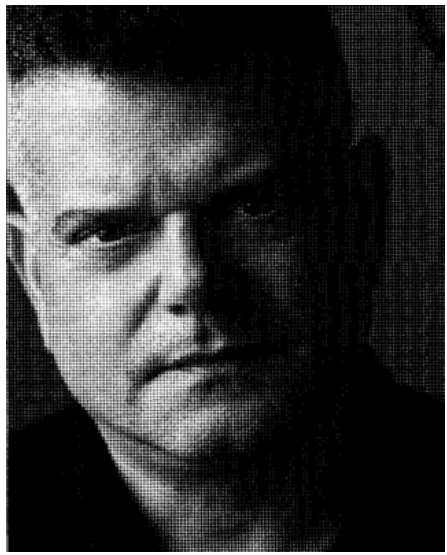
«Tal vez tengamos razón al acusarnos de engendrar una cosa tan torpe como el hombre; razón al llamarlo un acto vergonzoso y considerar los órganos que sirven para dicho propósito asimismo vergonzosos», escribió.

Tal vez, pensó Séptimo, eso era justo lo que necesitábamos, la única forma posible de salvar el mundo. Si había que deshacerse, que fuera así: aceptando que somos todos tontos del culo. Tal vez entonces perderíamos el respeto a los tontos del culo de nuestros antepasados y abandonaríamos nuestras tradiciones de mierda, cuestionaríamos nuestras creencias, nacionalidades e identidades de mierda, borraríamos nuestras fronteras de mierda y conviviríamos todos juntos, todo lo bien que puede esperarse de una panda de tontos del culo.

Séptimo levantó la vieja maleta y la apoyó en la barandilla. Accionó los viejos broches oxidados y la abrió por última vez. Sacó los dados, el dinero del Monopoly y el chicle, y se los guardó en el bolsillo; iba a mandárselos por correo a Cero para que esta se los devolviera a Tercero.

Entonces metió la mano, sacó el Cuchillo de la Redención y lo sostuvo un momento, pesado y temible, cubierto por la sangre de personas muertas hacía mucho tiempo, y entonces, haciendo caso a lo que Samuel el Sabio había ordenado hacía tanto tiempo, lo lanzó al río con todas sus fuerzas, tan lejos como pudo, y vio cómo se hundía. Y luego cerró la vieja maleta con los broches y la tiró también, tan lejos como pudo, tal como su padre había deseado que Julius hubiera hecho tanto tiempo atrás.

Con el resto de toda esa mierda antigua.



SHALOM AUSLANDER (Monsey, Nueva York, 1970) fue educado «como un ternero» en el seno de una comunidad judía ortodoxa hasta que cursó sus años de instituto en Manhattan. Desde su más tierna juventud, el autor ha intentado armarse de valor a través de placeres tan mundanos como la deglución de comida no kosher o la masturbación más temerosa. La literatura, no siempre menos prosaica pero sí más duradera, también le ha servido para burlarse de sus propias zozobras e intentar superar sus miedos infantiles. Aun así, la presencia insidiosa de esa figura rencorosa, abusiva y caprichosa conocida como Yahvé, no le da tregua: este neoyorquino quiere con todas sus fuerzas no creer, pero no lo logra.

Desde su primer libro de relatos, *Beware of God: Stories*, Auslander ha intentado exorcizar ese pasado, pero solo ha podido cosechar un apabullante éxito de críticas y de público. Un clamor que se repitió con sus memorias, *Lamentaciones de un prepucio*, y que se vio confirmado con su primera novela: *Esperanza: una tragedia*, en la que Ana Frank es vieja y no tan digna de elogio como los seguidores del dios hebreo pensaban. Ahora llega con *Mamá para cenar*, su historia más delirante, donde las convenciones sociales absurdas y las tradiciones familiares rocambolescas terminan por desencadenar una serie de acontecimientos entre hilarantes y terribles. Auslander ha intentado encontrar cierta paz en Woodstock, en el estado de

Nueva York, donde escribe para publicaciones del relumbrón de *The New Yorker, The New York Times Magazine, Esquire* y *GQ*. Allí, también, continúa pactando con el Altísimo para poder echarse al coleto una chocolatina convencional o para ver una carrera de Moto GP sin que el Señor que le vigila allá arriba escupa su venganza sobre sus dos hijos.